

EMILIO MIRA Y LOPEZ

*Cuatro gigantes  
del alma*



EL MIEDO • LA IRA • EL AMOR • EL DEBER

**LIDIUN**

## **CUATRO GIGANTES DEL ALMA**

## **SERIE SEPA USTED**

- Asimov, I. — **De los números y su historia**  
Bacq, R. — **La energía solar y las bombas de calor**  
Béguery, M. — **La explotación de los océanos**  
Bourde, Ch. — **Las enfermedades circulatorias**  
Escardó, F. — **Anatomía de la familia**  
Escardó, F. — **Sexología de la familia**  
Firpo, N. — **Diccionario del amor**  
Greppi, C. — **Hacia un mundo mejor**  
Guéron, J. — **La energía nuclear**  
Judd, S. H. — **La dieta de California**  
Laborde, S. — **El cáncer**  
Lequin, Y. - Maillard, J. — **Europa occidental en el siglo XX**  
Maillard, J. - Lequin, Y. — **El nuevo mundo del Extremo Oriente**  
Matras, J. J. — **El sonido**  
Mira y López, E. — **Cuatro gigantes del alma**  
Ribas, A. P. — **El rol del empresario en la sociedad**  
Rousseau, P. — **La luz**  
Termier, H. - Termier, G. — **Los animales prehistóricos**

EMILIO MIRA Y LOPEZ

# CUATRO GIGANTES DEL ALMA

*El miedo - La ira*  
*El amor - El deber*

DECIMOCUARTA EDICION

Ediciones Lidiun

---

BUENOS AIRES

Director de la colección: M. Alberto Mornigo

**Advertencia Importante:**

El **derecho de propiedad** de esta obra comprende para su autor la facultad de disponer de ella, publicarla, traducirla, adaptarla o autorizar su traducción y reproducirla en cualquier forma, total o parcialmente, por medios electrónicos o mecánicos, incluyendo fotocopias, grabación magnetofónica y cualquier sistema de almacenamiento de información.

Por consiguiente, nadie tiene facultad a ejercitar los derechos precitados sin permiso del autor y del editor, por escrito.

Los infractores serán reprimidos con las penas del artículo 172 y concordantes del Código Penal (arts. 2, 9, 10, 71, 72 ley 11.723).

Queda hecho el depósito que establece la ley N° 11.723.

© 1988, 1993, Ediciones Lidiun, Florida 336, Buenos Aires, República Argentina.

ISBN 950-524-936-5

ISBN 950-02-6230-4 (edición publicada anteriormente por "El Ateneo", Buenos Aires).

IMPRESIONES AVELLANEDA S.A.  
Manuel Ocarinos 253, Avellaneda, Bs. As.

Fecha de Impresión: ENERO DE 1994

Tirada: 3.000 ejemplares.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Distribuidor exclusivo:  
Librería "El Ateneo" Editorial

## A GUISA DE ENFOQUE

*Nunca como ahora, que se está gestando el cauce social del nuevo hombre, se ha hecho tan necesaria la investigación científica —objetiva y sistemática— de la naturaleza humana. Nunca como ahora, también, ha sido tan conveniente que los datos alcanzados por la ciencia se pongan al servicio y beneficio del mayor número posible de personas, para contribuir al alivio de sus pesares.*

*Así como hay enfermedades hay sufrimientos evitables con sólo observar algunas sencillas normas de conducta. Pero éstas no pueden ser impuestas a nadie, sino que han de ser creadas y adoptadas por cada cual voluntaria y satisfactoriamente, en la medida en que se desgajen de su criterio de acción, de un modo tan sencillo y natural como un fruto maduro se desprende del árbol en que se engendró. De aquí la conveniencia —y casi diríamos la imperativa urgencia— de ilustrar en los fundamentos del autoconocimiento a la mayor cantidad posible de adultos. Éstos alcanzan, espontáneamente o por estudio, una visión aceptable del mundo en que viven, pero ignoran casi todo cuanto hace-referencia a su propio universo personal, del cual aquél no pasa de ser, en definitiva, más que una parte extrapolada.*

*Dos grandes obstáculos, empero, dificultan este autoconocimiento que Sócrates ya reclamaba, como principio de toda actuación: el primero de ellos consiste en que la propia inmediatez dificulta enormemente todo intento introspectivo (del propio modo como cuanto más acercamos un objeto a nuestra vista peor lo vemos); el segundo deriva de los cambios constantes de nuestro tono vital —reflejados en nuestro humor y en nuestra autoconfianza— que nos llevan a teñir siempre el autojuicio estimativo, dándote un exagerado color de rosa o un injustificado tono de oscuro pesimismo. En efecto, el hombre pasa, casi sin término medio, de considerarse el “rey de la creación” a creerse “simple barro”; unas veces se*

autojuzga como espíritu "cercano a Dios" y otras como una "máquina de reflejos".

Hasta hace apenas medio siglo, la psicología aparecía dividida —al igual que la filosofía— en dos campos ideológicos irreconciliables: en uno se hallaban quienes creían que la esencia y sustancia del hombre es un principio sutil, inextenso y eterno, llamado "alma"; en otro militaban quienes opinaban que desde el más profundo de los idiotas hasta el más excelso de los genios, no pasan de ser acúmulos de materia que toman la forma de "cuerpo humano". Éste, en una de sus partes —el cerebro— engendraría la conciencia, de un modo tan directo y natural como el riñón segrega la orina. Esas dos actitudes (idealista y materialista) más o menos suavizadas y disimuladas constituían la base de los sistemas psicológicos imperantes. Afortunadamente, hoy se ha superado la "impasse" y comienza a surgir la síntesis dialéctica, impulsora de nuestra ciencia: el ser humano es, sí, un acúmulo de sustancia viva, una inmensa colonia celular —si se quiere— pero en él se observan, además de las actividades propias de la vida "elemental" de cada una de sus micropartes, otras —globales, individuales, inter y supra-celulares o personales— que le imprimen un peculiar modo de vivir y comportarse, asegurando no solamente su persistencia en el espacio y en el tiempo, sino su expansión y trascendencia en otro plano, más reciente: el plano superpersonal o social.

Objeto de estudio de la moderna psicología son, precisamente, esas actividades integrales del organismo humano vivo, productos de una complejísima interacción de estímulos y necesidades (excitantes e incitantes) del ambiente y del llamado medio interno. Según cuál sea la calidad lograda de esa perpetua y oscilante síntesis vital del hombre se nos presentará como ángel o demonio, como mero proyectil impulsado por las ciegas y mecánicas fuerzas de instintos ancestrales o como unidad sui generis —jamás lograda ni repetida hasta entonces— que brilla con luz propia, inconfundible, en el reino de los valores, inconmensurablemente alejada de los planos en que se entroncan y agitan las fuerzas fisiconaturales.

Pero, a pesar de sus diferencias de aspecto y rendimiento, el hombre tiene un cierto número de características que lo definen y delimitan como especie, inconfundible con las demás del reino animal. Estudiarlas y comprenderlas es el afán primordial de los actuales cultores de la caracterología, la tipología, la antropología y

la personalología. Todos ellos parten del concepto dinámicoevolutivo y propenden a relacionar entre sí las imágenes obtenidas desde los diversos planos de enfoque (actitud pluralista) tales como: la apariencia (mórfica) corporal y el temperamento; ésta y la fórmula hormonal; dichos tres factores y el carácter; éste y la educación; ésta y el ambiente económicosocial, etcétera. Tales interrelaciones se llevan a cabo con la esperanza de llegar a constituir una visión del hombre en su total devenir, pues la psicología actual aun siendo por definición integral, unitaria y global, aspira también a ser infinal, o sea, a no trazarse límites estrictos en su campo de investigaciones. De aquí que partiendo del análisis del más sencillo acto personal —morderse una uña por ejemplo— llegue, a veces, con facilidad a tener que interesarse por el estudio de las peculiaridades culturales de una época humana.

Precisamente por esa extensión y profundización de sus temas, nuestra ciencia es hoy, paradójicamente, más abstracta y más concreta que hace un siglo: si, de una parte, estudia con mayor detalle a Juan López, de otra, en cambio, lo disuelve o desvanece en un inmenso océano de heterogéneas fuerzas (físicas, químicas, biológicas, sociales) en el que apenas si queda su corporeidad como simple punto de referencia. De aquí la conveniencia de acudir, periódicamente, a los artificios “plásticos” —dinámicorrepresentativos— para facilitar la mejor comprensión de los actuales postulados psicopersonales.

Y es por ello que, sin perder excesivamente el tono austero que conviene a toda descripción científica, nos creemos autorizados a presentar al público interesado en conocer sus tuétanos mentales, una visión de los mismos que dista sumamente, claro está, de lo real, pero que, no obstante, es singularmente homóloga de la que hoy aceptan como verdadera los psicólogos profesionales. Cualquiera que sea la escuela a que éstos pertenezcan, la vida personal es concebida como una intermitente serie de expansiones y retracciones (pulsiones y pasiones) condicionadas por la interacción de las energías contenidas en el potencial hereditario (plasma germinal) desarrolladas por el aporte nutritivo (citotípico) y modificadas por la estimulación constante del ambiente (inducciones, o mejor inducciones y educiones o educaciones que pueden resultar, a su vez, de puros actos mecánicos o de influjos ideoaffectivos).

*El hombre en estado primitivo o "salvaje", el "homo natura", es principalmente movido por los ingentes impulsos de preservación y de expansión en su ser, que constituyen los complejos dispositivos defensivo-ofensivos y procreadores vulgarmente conocidos bajo el calificativo de "instintos de conservación y de reproducción". Éstos se acusan a cada momento en nosotros, primero en forma de leves "deseos", luego de claras "ganas" y más tarde, si no son a tiempo satisfechos, de imperiosas e impulsivas "necesidades" de huida, de ataque o de posesión.*

*Los estudios experimentales del conductismo y de la psicología pre y neonatal han demostrado que existen notables diferencias individuales en el modo y la intensidad con que el ser humano muestra tales pautas reaccionales, cuando son excitadas por diversas situaciones experimentales. De aquí que no sea justo considerarlas como meros mecanismos reflejos, aun cuando es evidente que se expresan a través de multitud de automatismos a los que cuadra ese calificativo. Por ello es preferible elegir una palabra que englobe los aspectos neurológicos y psíquicos, heredados y adquiridos, estables y mudables, colectivos e individuales de dichas reacciones; y esa palabra la hallamos en el término EMOCIÓN.*

*Pues bien; tres son las emociones primarias en las que se inscribe toda la gama de reflejos y deslejos de huida, agresión y fusión posesiva. Sus nombres más comunes son: EL MIEDO, LA IRA y el afecto o AMOR. La energía que ellas son capaces de movilizar y vehicular es tan inmensa que cuanto el hombre ha hecho de bueno y de malo sobre la Tierra se debe, fundamentalmente, cargar en su cuenta. Pero, desde hace ya muchos siglos, los seres humanos no viven aislada y anárquicamente sobre la corteza del planeta, sino que constituyen grupos y, por ello, cada individuo requiere —de buen grado o por fuerza— la categoría de "homo socialis". Y aquí entra en juego otra inmensa fuerza, predominantemente represiva de las anteriores, que es vulgarmente conocida con los nombres de ley, obligación, costumbre, norma, tradición, etc., no solamente contenida en códigos y mandamientos más o menos sagrados, sino almacenada en determinadas "autoridades", que usan su poder para cuidar que sea introducida equitativamente en cada cerebro, apenas éste es capaz de recibirla. A esa cuarta fuerza vamos a denominarla, globalmente, DEBER.*

Ciertamente, no es posible considerar a esta nueva faz en el mismo plano que las anteriores; no es, en primer lugar, congénita ni tampoco cabe incluirla en el calificativo genérico de las emociones. Pero, como veremos en el momento oportuno, es capaz, muchas veces, de conmocionar al hombre y de hacerle, en ocasiones, resistir el embate de cualquiera de ellas o, inclusive, de todas juntas. Al igual que el miedo, la ira o el amor, el DEBER, cuando no es satisfecho puede no solamente morder sino remorder en las entrañas anímicas y conducir a los máximos sufrimientos y al suicidio. Puede, pues, parangonarse sin menoscabo con los tres gigantes "naturales" este gigante "social" que, en cierto modo, deriva de ellos y contiene algo de cada uno en su singular textura.

No es exagerado emplear la voz "gigante" para designar estos cuatro núcleos energéticos que, a modo de los cuatro puntos cardinales, orientan, propulsan y a la vez limitan el universo mental, individual y específico, del hombre. Nuestra vida personal, en efecto, discurre a menudo por los cauces de la mera "noesis" del mero "contemplar", "divagar", "saber" o "razonar", neutro, frío y objetivo.

Mas cuando ello sucede es porque en nada interfiere lo contemplado, divagado, sabido o razonado con el ámbito de nuestros propios intereses vitales. Tan pronto como los roza —y mucho más si penetra directamente en su zona— sentimos la punzada vivencial del sentimiento o la emoción: nuestra vida se anima y colorea en la medida en que se tiñe, entonces, de la paralizante angustia miedosa, de la impulsiva furia colérica, del arrebatador éxtasis amoroso o del implacable "imperativo categórico" del deber. Desde ese momento el "Yo" se siente invadido y tironeado por los dedos, garras y tentáculos de sus gigantes y asiste, casi siempre, como mero espectador doliente a su terrible lucha, para luego obedecer, cual sumiso esclavo, al que resulte vencedor, aun cuando sea por un breve espacio de tiempo. La tan cacareada y pomposa "razón" —que tan brillantemente se exhibe cuando el individuo se halla "fuera" de la zona en donde actúan aquéllos— es ahora igualmente zarandeada y peloteada de uno a otro, con la misma aparente sencillez con que una ola de tempestad altera el rumbo de una barca, el viento huracanado juega con las hojas o un terremoto desquicia una casa. Por ello no cabe considerarla, hasta ahora, más que como una enana; eso sí, muy avispada y marisabidilla, que es capaz, a veces, de aprovechar

*el sueño de sus tiranos para mostrarse en toda su belleza o, incluso, de cabalgar a su lado, cuando éstos van al paso y no están muy desvelados.*

*En las siguientes páginas vamos a estudiar EL MIEDO, LA IRA, EL AMOR Y EL DEBER, los 4 gigantes del alma, siguiendo el orden de su enumeración, que corresponde, en nuestra opinión, al de su creación, tanto en la historia del mundo animal como en la evolución del ser humano. Después, iniciaremos al lector en algunos secretos de su estrategia bélica y describiremos algunas de sus más frecuentes batallas; con esto pretendemos hacer algo más que entretenerlo: deseamos ayudarle a liberarse, siquiera sea parcial y efímeramente, de las consecuencias más angustiosas de su yugo. No vamos a realizar alardes de pseudoerudición ni a seguir normas sistemáticas; usaremos de nuestra propia psicología didáctica, para hacer atractiva la composición, sin falsear su fondo conceptual. . .*

*En cada caso nos remontaremos hasta el origen mismo de su ser y lo seguiremos en las diversas fases evolutivas, señalando sus diversas máscaras y sus múltiples mañas. Ahora, lector amigo, dobla la hoja y empieza a enfrentarte con el más viejo de nuestros gigantes y quizás el peor comprendido, hasta hace poco.*

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL MIEDO

#### Sus orígenes en la escala biológica.

Dedúcese de los sagrados textos que Dios introdujo el temor desde los albores de la vida (Génesis 9, 2: Y vuestro temor y vuestro pavor será sobre todo animal de la tierra y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se moverá en la tierra y en todos los peces del mar. Levítico p. 26, 16: Yo también haré con vosotros esto: enviaré sobre vosotros terror, extenuación y calentura que consuman los ojos y atormenten el alma... Isaias 8, 13: A Jehová de los ejércitos, a él santificad: sea él vuestro temor y él sea vuestro miedo). En esto coinciden el punto de vista religioso y el científico, pues, para el biólogo actual, el miedo —heraldo de la muerte— no es, ni más ni menos, que la emoción con que se acusan, en los niveles superiores del reino animal, los fenómenos de parálisis o detención del curso vital que se observan hasta en los más sencillos seres vivos unicelulares, cuando se ven sometidos a bruscos o desproporcionados cambios en sus condiciones ambientales de existencia.

Hagamos un esfuerzo imaginativo y tratemos de representarnos los orígenes de la vida en nuestro planeta: siguiendo las ideas de Heckel podemos suponer que los primeros seres vivos del reino vegetal aparecieron en el fondo de los mares, en donde las variaciones del ambiente son, relativamente, suaves y lentas, de suerte que es más fácil la conservación de cualquier ritmo metabólico; es casi como, en un momento dado, por agrupación especial de complejas moléculas de carbono, se crearon los anillos propios de la serie orgánica de la química y surgieron las primeras micelas protoplásmi-

cas, posiblemente aún no estructuradas en forma específicamente estable, ni mucho menos en forma individualizable macroscópicamente. Pues bien: ya desde entonces, en ese primitivo protoplasma, cabe suponer que sus micelas, al recibir el impacto de las nuevas o bruscas modificaciones del ambiente físicoquímico (alteraciones de tensión osmótica, de carga eléctrica, etc.), revelan una modificación de su ritmo metabólico, el cual se ve momentánea —o definitivamente— comprometido cuando el desnivel entre la capacidad alterante del exterior y resistente de su interior se inclina a favor del primero (excitante o estímulo). Y entonces puede sobrevenir en ellas un proceso de precipitación coloidal, más o menos extenso, o sea, una fase de “gelificación” que según sea reversible o irreversible (en función de la capacidad de recuperación vital) determinará un estado de primitivo “shock” coloidal o de “muerte” protoplásmica.

La disminución o detención de los fenómenos vitales, directamente producida por potenciales de acción que comprometen el inestable equilibrio entre todo agregado o masa de materia viva es, pues, un hecho de tipo físicoquímico, consustancial de su propia naturaleza. Cuando una primitiva red circulatoria —aun antes de la existencia de tejido nervioso— permite la difusión de la alteración producida en el lugar de incidencia de los excitantes o estímulos nociceptivos se observará, sin duda, una tendencia a la *globalización* de la aparente reacción de la masa viva; de tal suerte ésta empieza a adquirir una fisonomía de *individualidad*, casi siempre coetánea con una cierta tendencia a la persistencia de sus límites morfológicos. Pues bien: desde ese momento puede afirmarse que existe la raíz biológica *primitiva* del fenómeno emocional del miedo.

¿Qué falta para que tal raíz produzca, propiamente, la planta miedosa?: la existencia de un sistema nervioso, capaz de *condicionar* esa reacción sin necesidad de la actuación directa de los factores absolutos que hasta ahora la determinaban. Tan pronto como un organismo *anticipa* un efecto, o sea, tan pronto como establece el reflejo condicionado correspondiente, bastará la presencia —más o menos lejana— de un estímulo asociativamente ligado a la acción dañina, para que se observe en el ser el mismo cuadro de disminución o detención de sus más aparentes manifestaciones vitales. De esta manera nace ya, completamente constituido, nuestro primer gigante, a lo largo de la milenaria cadena secular de la evolución biológica. Por ello, si en cualquier protozoo podemos sorprender la

*inactivación* (cesación de actividades) en respuesta al impacto del excitante nociceptivo, en un vertebrado ya somos capaces de notar esa misma inactivación en *previsión* del posible o probable daño. Y eso —se revele o no en forma subjetiva— es propiamente el miedo.

### Sus orígenes en la vida individual humana.

Un feto de 3 meses es, ya, capaz de responder a estímulos eléctricos, mecánicos y térmicos, de intensidad algógena (provocadora de dolor en el neonato) mediante una brusca contracción, seguida de la paralización de sus movimientos durante un período de varios segundos o de varios minutos, según los casos. Esta detención del curso vital no parece, empero, tener aún carácter *profiláctico*, sino que, con toda probabilidad, resulta de una inhibición refleja, directamente provocada por la llegada, a los centros nerviosos, de la onda de excitación anormal, puesta en marcha en el sitio de aplicación de los estímulos alterantes (golpe, descarga eléctrica, etc.).

Lo que interesa, no obstante, es señalar que tan pronto como empieza el organismo humano, en su desarrollo intrauterino, a mostrar señales de una conducta integral o individualizada, éstas son —precisamente— las que corresponden a la fisonomía miedosa, es decir, inhibitoria. Bien poco se sabe aún acerca de la naturaleza íntima de este proceso inhibitorio: parece que durante él se eleva extraordinariamente la resistencia al paso de las corrientes celulífugas a través de las conexiones entre el axón (cilindro-eje o prolongación efectora de las células nerviosas) y las dendritas (prolongaciones receptoras de las neuronas vecinas). La "articulación" entre cada dos células nerviosas no ha de ser concebida en forma de charnela mecánica sino de una especial barrera química o, mejor, electroquímica, que se denomina "sinapsis" y en determinadas ocasiones se torna intraspasable para determinadas cargas o trenes de ondas néuricas. Entonces surge un verdadero "bloqueo" y paralización de las corrientes nerviosas (semejante a la paralización del tránsito en una red ferroviaria si dejan de funcionar las casillas de los guardagujas) desintegrándose el tráfico vital de los impulsos reaccionales y desapareciendo toda manifestación de conducta individual planificada. Desde el punto de vista bioquímico se afirma que en tales momentos las células nerviosas están en "fase refractaria", y no tienen lugar

en su interior desprendimientos energéticos, sino simples microcambios anabólicos.

Sea de ello lo que quiera, también en el ser humano se cumple el hecho de que las primeras manifestaciones de su vida individual llevan aparejada esta reacción premortal, que revela la existencia en él de nuestro primer gigante, aún antes de que sea presumible pensar en que posea conciencia de su existir.

### **Presencia del miedo en el neonato.**

Esa reacción espasmódicoinhibitoria que acabamos de señalar ya en el feto, se revela de modo mucho más evidente en el hombre recién nacido. Efectivamente, si tomamos un neonato entre nuestras manos, lo suspendemos en el aire y lo dejamos caer un par de palmos, recogiendo nuevamente en ellas, podremos observar no solamente la misma brusca y general contracción de su musculatura —que le hace retomar su curvatura y flexión fetal—, sino que los fenómenos de parálisis o disminución de las manifestaciones vitales subsiguientes se harán mucho más evidentes que en el feto: su corazón se habrá detenido uno o más segundos, al igual que su respiración, para reemprender su marcha débilmente, primero, y en forma acelerada, pronto. Una palidez mortal habrá sustituido en su cara a la vultuosidad anterior y si en ese momento pudiésemos pincharle un brazo o una pierna no provocaríamos la salida de sangre, pues una brusca contracción de los vasomotores ha casi detenido la circulación periférica.

Si pudiésemos, también, extraer una radiografía, aun al cabo de varios minutos, notaríamos una dilatación de las asas intestinales y cólicas y una cesación de la actividad motriz del estómago, no solamente por la parálisis secretora (que influye secundariamente sobre sus movimientos) sino, también, por la relajación de la fibra muscular lisa, a lo largo de todo el tubo digestivo. Tales síntomas viscerales —y otros muchos que no describimos, en aras de la brevedad— son producidos por una intensificación del tono simpático, con liberación, más o menos abundante, de adrenalina.

Suponiendo que la caída experimental —y no mecánicamente traumática— a la que hemos sometido al recién nacido hubiese durado más tiempo, intensificando así la violencia del fenómeno es-

tudiado, podríamos, quizá, no llegar a ver en él una sola *contusión*, pero persistirían, a veces durante horas, huellas de una gran *conmoción* o "shock", con casi completa pérdida de la actividad de su corteza cerebral y profundas alteraciones del tono neurovegetativo. En tales condiciones, incluso la muerte sería posible —sin herida ni lesión traumática (externa ni interna) — porque tal conmoción no habría sido provocada, en realidad, por acción directa sobre tal o cual parte de su organismo, sino por una acción *global e indirecta sobre todas ellas* (pérdida de la base de sustentación) desencadenando de esta suerte una complicada serie de reflejos inhibitorios (denominada en este caso "deflejo catastrófal", de Goldscheider). Pues bien, si un hombre vulgar e ingenuo hubiese asistido a nuestro experimento, amén de sus comprensibles críticas acerca de su dureza, seguramente habría descrito la situación diciendo que "se le había dado un susto bárbaro (*o un susto de muerte*) al pobre nene"; lo que confirma la exactitud que en muchos casos existe entre los puntos de vista popular y científico, en el campo psicológico.

Naturalmente, tampoco nos es posible saber de qué modo vive subjetivamente esos momentos la alboreante persona, neonata también (pues el cúmulo de estímulos que actúan sobre el organismo fetal durante el parto, y apenas nacido, es la principal fuerza que determina la integración de sus respuestas, en forma que principie a constituirse su persona); mas, no importa, pues el miedo puede existir *ser tenido sin ser sentido*, aunque la recíproca no es verdadera (o sea, que no es posible sentirlo sin tenerlo).

Si en vez de un cambio tan brusco y dañino como al que lo hemos sometido, procedemos, ahora, a disminuir progresivamente su vitalidad, mediante una sustracción de calor, una alimentación deficiente, etc., llegará pronto un instante en el que con *menor intensidad* de la estimulación (caída más leve) desencadenaremos la misma o mayor respuesta inhibitoria. El miedo es, en efecto, *un gigante que se nutre de la carencia* (y por eso, como más adelante veremos, la máxima forma de carencia, que es la NADA, es, también, la que mejor lo cultiva).

Por esta razón, los neonatos desvitalizados, sujetos a hipoalimentación, a frío, falta de reposo, etc., tiemblan y exhiben la reacción del "shock", la emoción premortal y el miedo, aun por motivos relativamente nimios. Y una de las maneras, leves, de manifestar esa tendencia a la parálisis vital es, precisamente, *la ausencia de res-*

*puesta colérica ante los estímulos irritantes intensos*; otras veces, esa propia desvitalización llevará al neonato a mostrar una respuesta de irritación ante estímulos que son perfectamente neutros para los recién nacidos normales (y entonces puede afirmarse que tales niños tienen, desde el nacimiento, la "debilidad irritable", que luego se transformará en la llamada "neurastenia constitucional", uno de cuyos síntomas primordiales es, precisamente, un miedo exagerado).

### Cómo crece el Gigante Negro.

Tanto en la escala filogénica como en la ontogénica, hemos visto que la raíz biológica del miedo cala en lo más hondo de su génesis. Ahora es preciso, empero, que tomemos aliento para seguir el curso evolutivo, acelerado, de su desarrollo y madurez, hasta considerarlo en su estructura, su aspecto y fisonomía actuales, o sea, en su modo de presentarse y de existir en cualquier adulto civilizado de nuestra época.

Si retomamos la consideración del que podríamos denominar *miedo orgánico-personal*, en la escala animal, recordaremos que era condición "sine qua non" para su formación, la existencia de un sistema nervioso, capaz de difundir en todos los ámbitos orgánicos la acción conmocionante del excitante (en este caso, *incitante*) dañino y, a la vez, determinar la respuesta *global* de inmovilización, retracción vital y muerte aparente (parcial y transitoria) del ser ante él (en tanto se reforzaba ulteriormente la vida vegetativa, gracias a la liberación de hormonas adrenalérgicas). Pues bien: en un grado más avanzado y elevado de complicación biológica, se produce una conducta global, nueva, que es preciso considerar como derivada de la anterior, pero presupone, ya, la existencia de una *intencionalidad personal* en el animal, es decir, de un sentido teleológico en sus actos: la denominada *conducta fugitiva o reacción de huida*, cuyo propósito es el alejamiento material del ser ante la situación dañina.

Esta reacción de huida toma diversas manifestaciones según las especies de animales en que la estudiemos, pero siempre presupone la puesta en marcha de sus dispositivos kinéticos (músculoestriados) de *traslación* y la orientación de los mismos en forma que el desplazamiento corporal se produzca en sentido opuesto al que marca la

dirección actuante del estímulo provocador del miedo (al que, de ahora en adelante, llamaremos "fobígeno", o sea, engendrador de fobia, para mayor concisión expositiva).

Importa, pues, señalar, que el paso de la huida hacia dentro de sí a la huida hacia fuera de sí y hacia atrás del estímulo fobígeno requiere, obligadamente, en algún momento de la evolución biológica, el paso de la mera pasividad a la activa defensa individual ante la acción nociceptiva. De esta suerte podría decirse que *el animal no huye porque tiene miedo, sino que huye para librarse de él*; ha pasado, de ser víctima propiciatoria e indefensa, a ser una individualidad personal que pone en juego sus recursos para superar la situación, eliminándose de ella sin sufrir peores daños.

Por tanto, entiéndase bien, la tendencia a huir no puede ser considerada como síntoma *sui generis* del miedo, sino como indicio patognomónico de su intelección por parte del animal, aun cuando ella no haya de ser, forzosamente, consciente (ya que incluso el hombre huye, muchas veces, sin saberlo).

Casi simultáneamente con la aparición de este alivio en la lucha contra los efectos deletéreos del miedo, éste gana, empero, una colosal batalla para asegurar su dominio y extenderlo infinitamente en el ámbito de la vida psíquica. En efecto: son muchos los vertebrados superiores que, si bien poseen seguros mecanismos de huida ante los entes que les son dañinos, sufren, en cambio, sus efectos no sólo ante la acción real y directa de éstos sino ante la presencia de cualquier estímulo que —previamente coincidente con ellos— haya sido asociado y *actúe como signo condicionante y anticipador del sufrimiento*, provocando una reacción miedosa, muchas veces innecesaria. Es así como se origina, no ya el miedo ante el daño sino el miedo ante el "indicio" del daño, o sea, el peligro.

Podría parecer que esto significa un progreso, una adquisición favorable para el animal, pero es preciso aclarar que, en realidad, el proceso de condicionalización asociativa y refleja que ocasiona tal preparación (aparentemente previsor) es un arma de doble filo, pues si, de una parte, al determinar la conducta de huida profiláctica, evita al ser algunos daños, al desencadenarla ante todo cuanto ha estado conectado (temporal o especialmente) con el agente primitivamente fobígeno (el llamado "estímulo absoluto") le impulsa a renunciar, de antemano, a muchos posibles éxitos y le inflige, a la

vez, lo que podríamos denominar "presentaciones de lujo", del miedo, que de esta suerte se ve alimentado a dos carrillos, con todos los daños reales y, además, con múltiples signos pseudodafinos.

### **Análisis de la "doble alimentación" del miedo.**

El hecho que acabamos de señalar merece ser estudiado y explicado un poco detalladamente, teniendo en cuenta el carácter fundamental de este libro, destinado no tanto a los especialistas como a lectores de cultura psicobiológica media. Aun éstos, probablemente, ya saben que todo el aprendizaje experiencial de los animales superiores se basa en el establecimiento de una constantemente mudable serie de reflejos condicionales. Tales reflejos derivan del primitivo y limitado equipo de reacciones heredadas (congénitas, instintivas, automáticas, genéricas, absolutas; todos estos nombres, en este caso, son sinónimos) que, desde el nacimiento, va siendo ampliado y completado por la progresiva extensión del campo de estímulos que las motivan, a la vez que se van matizando y adquiriendo gradaciones de intensidad y adecuaciones específicamente concretas ante cada grupo de ellos. Pues bien, en este sentido puede afirmarse que nuestro gigante es uno de los más rápidos y avispados aprendices que se conocen. Veamos, por ejemplo, lo que sucede a un perro de pocas semanas si un hombre que va en un carro desciende de él, grita de un modo peculiar y le da un fuerte bastonazo en el lomo: durante varios días o semanas se habrán vinculado como estímulos efectivos (es decir, se habrán condicionado) para determinar su miedo y su reacción de huida todos cuantos integrasen la situación (constelación) que resultó dolorosa. Así pues, le bastará ver a cualquier persona descender de cualquier vehículo en movimiento; percibir cualquier grito similar al que precedió a su dolor; ver a cualquier individuo con un bastón, etc., para asustarse. Con ello ha multiplicado infinitamente las ocasiones de sufrir el zarpazo del miedo sin real necesidad.

Tan sólo a fuerza de tiempo, en la medida en que ciertas personas que descienden de vehículos lo acaricien; que otras griten y le den comida; que otras le dejen su bastón para que lo muerda, etc., irá paulatinamente descondicionándose toda esa serie de estímulos que se habían convertido en "señales de alarma", capaces por sí

mismos de provocar la misma impresión reaccional que, primitivamente, sólo resultaba del dolor producido por el bastón sobre el lomo. Ya podemos imaginar cuán difícil resulta proceder a una extinción completa de todos esos estímulos, y por ello en la práctica resulta que "cada susto crea cien miedos", o sea, que mientras las reales acciones dañinas —causantes de la respuesta de inactivación directa— aumentan en proporción aritmética, los estímulos que las representan y anticipan, provocando la denominada "reacción de alarma" (también denominada "eco" o "sombra" del verdadero miedo) aumentan en proporción geométrica. Y en definitiva, tratándose de animales que posean un sentimiento existencial, resulta evidente que tales miedos —comprensibles pero injustificados— aumentan innecesariamente el sufrimiento, en un ciego intento de evitarlo. Porque, a su vez, cada uno de ellos crea cien sustos y, de esta suerte, se engendra una especie de círculo vicioso que nutre a nuestro gigante, haciéndole tomar inusitadas proporciones; éstas llegarían a invalidarnos para toda acción, a no ser porque en ese grado de evolución han surgido de su propio vientre otros que, desconociendo su paternidad, van a oponérsele ferozmente.

### **La imaginación, poderosa aliada del miedo humano.**

A partir del 2º año de vida, el niño posee, ya, un esbozo de vida representativa. Esto significa que sus recuerdos pueden, en cualquier momento, transformarse en imágenes y volverse a presentar ante él (re-presentaciones) siendo, así, objeto de una reviviscencia y dando pábulo a la reactivación de cuantas tendencias se asociaron con la original ocurrencia que los determinó.

De esta suerte, la vida mental, hasta ahora desarrollada en superficie, esto es, sobre el presente del telón ambiental, adquiere, ya, una profundidad y un relieve insospechados; las dimensiones "pasado" y "futuro" le dan un volumen de tipo universal; el ser se trasciende; el pensamiento "adquiere alas" y ya puede lanzarse a construir estímulos propios, alimentándose a sí mismo, sin necesidad del aporte de excitantes concretos. La función psíquica mediante la cual se asocian y combinan los datos e imágenes de la vida representativa, dando lugar a construcciones y procesos ideoafectivos que son ajenos a la estimulación directa (circundante) se deno-

mina imaginación. Constituye, claro está, un elemento importante para el pensamiento, mas también lo es para la conducta, ya que ésta, a veces, se ajusta más a sus efectos que a la realidad exterior, porque el sujeto queda prendido de su magia, cual el sediento caminante se descarría por el espejismo en el desierto. Mas la fuerza impulsora de las múltiples combinaciones temáticas que constituyen el pensamiento imaginativo es casi siempre la de alguna tendencia directriz, vinculada a la satisfacción de alguna necesidad vital primaria. Tan sólo en muy contadas ocasiones, tratándose de personas de buen desarrollo y capital psíquicos, se da el caso de que "jueguen" con su imaginación y se dediquen a divagar y entretenerse con ella, salvando cuidadosamente —aquí y allá— los escollos desagradables de los recuerdos que, al emerger, podrían despertar las emociones molestas. Lo general es, empero, como ya hemos advertido, que la imaginación sea sumisa sierva de las tendencias, positivas o negativas, de acción. Si son las primeras las que privan —reveladas en el plano consciente en forma de "deseo", "ensueño ilusorio" (o del, más intenso, afán) — el pensamiento imaginativo discurre por floridos senderos. Pero rara será la vez que en algún recodo del camino no tropiece con la interferencia de las segundas, que se presentan en forma de "dudas", "presagios", "sospechas" o, más concretamente, "temores". Y entonces, tan pronto como la imaginación cabalga sobre ellas, nos traerá al galope el negro manto del miedo y lo instalará en el paisaje, agrandándolo de modo tal que con su sombra cubra todos los caminos asociativos.

Entonces el hombre —niño o adulto, varón o mujer, sano o enfermo— empieza a sufrir uno de los más siniestros efectos de este gigante: el denominado "miedo imaginario", contra el cual poco puede hacer, pues la razón —fría, lógica, pero neutra— es impotente ante los efectos deletéreos, velocísimos, ágiles, cálidos y sutiles de la fantasía pavorosa. Por una extraña paradoja, cuanto más irreal, o sea, cuanto menos prendido de la realidad —presente y concreta— es un temor (imaginario) tanto más difícil es combatirlo por el mero razonar de un sano juicio. Y ello explica por qué hasta los más valerosos guerreros, capaces de lanzarse al descubierto contra una muralla de fuego o de lanzas, retroceden despavoridos ante la sospecha de un enemigo ingrátido e invisible. Es así como los "muertos" asustan más que los "vivos"; los "fantasmas" angustian

y torturan a las mentes ingenuas mucho más de lo que un bandido de carne y hueso; en suma: lo que *no* existe acongoja más que lo que existe. Sería, sin embargo, injusto negar existencia a eso que no existe, en el sentido corriente del término, pues la verdad es que *existe en la imaginación*, o sea, *creado por quien lo sufre* y, precisamente por esto, no puede huir de ello, pues sería necesario *huir de sí mismo* para lograr zafarse de su amenaza.



## CAPÍTULO II

### LAS MOTIVACIONES DEL MIEDO

#### Previa distinción entre causa y motivo.

En las precedentes páginas hemos pasado revista a los factores o raíces causales del miedo y nos hemos dado cuenta de que éste, tal como se presenta en nosotros, representa una emoción sumamente compleja, pues se halla integrada por la combinación de varios procesos, que han ido surgiendo a lo largo de la evolución biológica: en primer lugar, la tendencia a la irreversibilidad de ciertas reacciones (precipitación coloidal, por ejemplo) producidas por cambios desusados de la estimulación celular, origina en el organismo una invalidez parcial y temporal que se traduce en una disminución de sus actividades vitales (raíz bioquímica); en segundo término, los mismos efectos nociceptivos, cuando se ejercen a través de un sistema nervioso, provocan en éste un "blocaje", una inhibición, o interceptación del paso de los impulsos, que priva de su habitual estimulación a los centros nerviosos superiores (corticales) y paraliza, así, los arcos aferentes (sensitivos) y eferentes (motores) dejando al ser suspendido y angustiado; es decir, reducido a mero punto psíquico, sin volumen ni iniciativa personal. En tercer término, empero, aparece una primera reacción defensiva contra ese efecto, consistente en el refuerzo de los dispositivos propulsores de la traslación, para emprender la huida o alejamiento, en sentido opuesto al de la acción nociceptiva (dañina); mas este alivio se ve contrapesado pronto, no sólo por la material imposibilidad de realizar la huida (ausencia de escape geográfico, coacción moral del ambiente, falta de energía para vencer la inhibición de las vías motrices correspondientes, etc.) sino porque, en virtud de un proceso de condicionación refleja negativa, aumentan rápidamente los estímulos fóbicos.

genos. El hombre sufre entonces no solamente el miedo ante la situación absoluta, concreta, presente y dañina, sino ante cuantos signos quedaron asociados a ella y ahora la evocan; sufre asimismo ante la ineficiencia de asegurar su huida; o ante el conflicto (ético) que se le engendra al considerar que ella tendrá peores efectos que los que trata de evitar. Finalmente, surge el miedo imaginario —cuarta y peor de sus modalidades— ocasionada por una presunción analógica y fantástica, que lleva al hombre al *temor de lo desconocido* y, singularmente, al miedo de lo inexistente y de lo inesperado; culminando todo ello en el miedo y la angustia ante la cara cóncava de la realidad: LA NADEDAD.

Pues bien; todos esos factores son *causas* integrantes de nuestro miedo; pero los *motivos*, es decir, los influjos que nos hacen sentir, en un momento dado, atenazados por sus múltiples tentáculos, son muchos más; casi podría afirmarse que son infinitos, si se toman como tales los objetos, seres o conceptos que (por alguna conexión asociativa con los motivos primitivos) son capaces de desvelarlo y reactivarlo. Importa señalar ahora una fundamental distinción: mientras los motivos son, generalmente, extrínsecos, es decir, ajenos a la estructura general, las causas son, siempre, intrínsecas, es decir, propias de dicha estructura. Aquéllos son el fulminante y éstas son la pólvora.

### Motivos por carencia.

Un grupo de motivos del miedo puede ser calificado como negativo, o sea, por carencia: cuando el ser necesita vitalmente algo, lo busca y no lo encuentra, siente la frustración de sus esfuerzos y agota, redoblándolos, su energía. Entonces surge la sospecha —y luego la creencia— anticipadora del fracaso o renuncia en la consecución de lo buscado y, si esto resulta básico para la prosecución de la vida personal, el ser no sólo sentirá disgusto, tristeza o decepción (fórmulas leves y disimuladas —marginales apéndices de nuestro gigante—) sino que sufrirá el zarpazo directo del miedo. Es así como el caminante descarriado siente miedo a morir de hambre y de sed; cómo el obrero en paro forzoso siente miedo de no poder sostener su familia; cómo el niño siente miedo de la obscuridad y la soledad; cómo, todos nosotros, sentimos miedo por la simple caren-

cia de los medios (dinero, cariño, salud, etc.) de que nos valemos para poder seguir viviendo. Ese miedo producido por la impresión del real o supuesto "desamparo" es, a veces, totalmente inaguantable, porque no tiene un objeto que, al fijarlo, lo justifique. Precisamente esa carencia, esa incompletud, esa *nada parcial*, contra la que no cabe adoptar una postura concreta de defensa ni de ataque, puede, a su vez, no existir en verdad. Quiere ello decir que *el sujeto se asusta ante su creencia de que carece de algo que en realidad tiene*. Y el caso más típico es el de muchos adolescentes (y de adultos emocionalmente adolescentes) que viven angustiados y torturados por creerse que carecen de valor (ánimo, valentía, coraje); tales sujetos nos presentan el más curioso de los motivos del miedo cuando, por azar, se olvidan de tal carencia y, retrospectivamente, se dan cuenta de que se comportaron bien en una situación de emergencia. Tan habituados están a ser pusilánimes que ese brusco cambio los asusta doblemente y "se horrorizan entonces ante la idea de sufrir la carencia del miedo". Surge así la paradoja de que *se atemorizan porque no se atemorizan*. Y nuestro negro gigante goza de la posibilidad de utilizar, en ausencia, su propia sombra.

### Motivos por insuficiencia.

Una variante, mitigada y cualitativamente distinta, del grupo anterior nos la dan los motivos que podemos englobar bajo la denominación de este acápite y, también, con el término de "minusvalencia", siguiendo la terminología adleriana.

En efecto, son legión las personas que sufren más de la cuenta y pagan excesivo tributo al miedo por creerse deficientes o inferiores al promedio de sus semejantes en la posesión de tal o cual carta de triunfo en la vida. Esas personas desarrollan el célebre "complejo de inferioridad" y adquieren una actitud encogida y tímida, cualesquiera que sean las circunstancias que las rodean.

Mucho cabría escribir acerca del daño que algunos términos médicos y otros términos psicológicos han hecho, en este aspecto, a quienes los leen sin comprenderlos bien. Porque, por ejemplo, en este aspecto, es frecuente observar personas inteligentes que acuden al psicoterapeuta en demanda de que les libere de su complejo de inferioridad, como si se tratase de un algo ajeno a ellos —una espe-

cie de tumor psíquico— que pudiese ser eliminado con las pinzas del psicoanálisis de un modo semejante a como el dentista saca una muela. (Tales ingenuos no se dan cuenta de que lo que se precisa hacer con ellos es darles un nuevo criterio para enjuiciarse y enjuiciar su misión y su destino en la vida, tras de lo cual vendrá suavemente y por añadidura el dominio de los medios instrumentales [estrategia de la conducta] que les aseguren el éxito, profesional, sexual o social).

Fácilmente se comprende la diversidad de este grupo de motivos: insuficiencia cultural, estética, económica, psicológica, práctica, etc. Cada uno de esos títulos incluye multitud de posibles factores de temor, mas en todos asoma, tras la cortina, el manto del segundo gigante que pronto estudiaremos (ahora disimulado bajo la forma de impulso de afirmación del prestigio).

De todas suertes y cualquiera sea el sector de la conducta en que se localice esta estimación de la autoinsuficiencia, interesa señalar que su acento cae invariablemente en la vertiente del “hacer” y apenas si roza la del “saber” o la del “valer”. Es así como, por ejemplo, uno de tales insuficientes dice: “yo sé bien lo que tengo que hacer y estoy convencido de que valgo, como artista, pero hay veces que *no puedo demostrarlo* y esto es lo que me angustia y hace que me sienta asustado cada vez que he de actuar”. Aquí tenemos expresada la famosa “Peur de l’action” (Pierre Janet) en la que, propiamente, interviene más el miedo del “fracaso en conseguir el éxito” que el miedo de la acción misma. Y siendo esto así, no hay duda de que el sufrimiento está entonces mucho más motivado por la vulneración del llamado amor propio, con la derivada presentación del gigante rojo (la ira contra sí mismo) que por la auténtica presencia del miedo.

### Motivos conflictivos.

Nuestro gigante acude presuroso a realizar su horrible trabajo tan pronto como surge en el ámbito personal una situación conflictiva, que es, en realidad, determinada por una excesiva aportación de tendencias motivantes, o sea, por una superabundancia de pautas de reacción, todas asociadas a la presente constelación de estímulos y

ninguna suficientemente superpotente como para desplazar a las demás y apoderarse de las vías motrices, imponiendo la acción que, en potencia, sirve y representa.

En tales condiciones, en la conciencia personal surgen coetáneamente diversos propósitos de solución y, mientras en el plano neurológico (neurofisiológico) se establece la lucha de impulsos efectores, para vencer la resistencia sinapsial de la vía motriz final ("Battle for the final common path", maravillosamente descrita por Sherrington) el sujeto se confiesa que "no puede decidir cuál de sus acciones sería la mejor". Es así como surge *la duda*, no teórica, sino práxica (entiéndase práctica) y tironeado contradictoriamente por impulsos equipotentes e incompatibles de simultánea descarga exterior, el pobre "Yo" siente desorganizarse y desintegrarse su conducta, perder su seguridad y su aplomo y caer, paulatinamente, entre los tentáculos del miedo.

Se da así la paradoja de que un exceso de posibles reacciones ante la situación es tan perjudicial como una carencia previa de ellas, porque, en definitiva, la limitación de los *medios mecánicos* (actos musculares) obliga a elegir solamente una y ello retrasa su ejecución de un modo enteramente análogo a como cuando diversas personas se empeñan en salir simultáneamente por una puerta estrecha se machucan y no consigue salir nadie.

De aquí que las personas que tienen una abundante vida intelectual propendan a ser dubitativas y a mostrarse muy cautas en su conducta o, por el contrario, exhiban, a veces, impulsiones desproporcionadas aparentemente (pero explicables por una supercompensación de sus habituales indecisiones).

De aquí también que cuando alguien vive un tiempo mostrándose anormalmente asustadizo y miedoso, sin que haya motivos externos que lo expliquen, quepa pensar en que ello tiene una motivación íntima y es debido a un conflicto entre diversas pausas de reacción, que no pueden realizarse ni ser inactivadas, conduciendo así, en definitiva, a una debilitación progresiva de la autoconfianza individual.

Esos "ovillos psíquicos" precisan, para ser desenmarañados, la captura del cabo inicial que, a veces, se halla muy distante en la línea temporal retrospectiva, según veremos al ocuparnos, luego, de la psicoterapia del miedo.

### Estímulos, objetos o "agentes" del miedo.

Desde un punto de vista teórico, el miedo ejerce su dominio sobre todo cuanto existe en el ámbito psicoindividual. Cualquier dato, imagen, idea o impresión vivencial puede convertirse (directa o indirectamente) en un estímulo servidor, su objeto o agente. Es así como hombres geniales han sentido miedo ante cosas tan aparentemente inofensivas como una manzana (Byron), una cuchara (Strindberg) o un lazo de seda (Flaubert). A tales miedos se acostumbra denominarlos "supersticiosos" y en determinadas comarcas se generalizan, dando carácter terrorífico a un sinnúmero de seres y acontecimientos naturales inofensivos, pero que son considerados como "presagio" de algo malo (el canto del gallo antes de hora, el triple aullido nocturno de un perro, dos curas de espaldas, el número 13, etcétera). No obstante, hay algunos factores motivantes que por su carácter de máxima difusión en grandes círculos culturales y su persistencia a través de todas las épocas, es preciso considerar como fundamentales o principales *estímulos fobígenos* y merecen que nos detengamos un poco en su enumeración y análisis. Empecemos, pues, por el más genérico de ellos:

### EL DOLOR

El miedo al dolor es tan generalizado que quien no lo siente pasa por ser anormal. El dolor —analizado por nosotros con la merecida extensión en nuestro libro *Problemas Psicológicos Actuales*<sup>1</sup>— es una impresión o vivencia desagradable, que puede variar, en su intensidad, desde la simple molestia hasta el insostenible sufrimiento, y en su forma, desde una puntiforme e instantánea irritación (pinchazo de la inyección hipodérmica, por ejemplo) hasta un global y permanente desgarramiento de las entrañas. Hablando con precisión, lo que tememos no es tanto el dolor en sí como el sufrimiento que generalmente determina; pues hay casos —no tan infrecuentes como muchos creen— en los que la impresión sensitiva dolorosa es, paradójicamente, voluptuosa y placentera; tal ocurre con las excitaciones dolorosas a las que voluntariamente se someten,

<sup>1</sup> Editor "El Ateneo", Buenos Aires.

para aumentar el placer sexual, las personas denominadas *masoquistas*. Pero como no es nuestro intento reproducir, ni siquiera sintetizar, lo que allí expusimos, aceptaremos la igualdad: Dolor = Sufrimiento. Siendo así, es evidente que el dolor es uno de los más efectivos estímulos fobígenos, tanto para los demás animales superiores como para el hombre. Éste y aquéllos muestran en su conducta, simultáneamente, los efectos, primero excitantes (ligados a violentas reacciones defensivooofensivas) y luego inhibitorios (sometidos, ya, a la acción pura del miedo y del "shock" que precede al colapso) de todas las vivencias (sensitivas) dolorosas.

Resulta interesante ver que la primera manifestación que sigue a la aplicación de un estímulo "algógeno" (provocador de dolor) en cualquier lugar del cuerpo humano es la misma brusca contracción y retracción (instintiva o automática) que vimos producirse en el neonato al que sustrajimos la base de sustentación, dejándole caer, una fracción de segundo, en el aire. Aun *antes* de que el sujeto *sienta* —en forma de dolor— la "señal de la alarma consciente" que le advierte de la acción alterante y dañina del estímulo, *ya ha reaccionado* ante éste, tratando de disminuir su superficie de contacto con él. Inmediatamente después, se producirán los reflejos de huida (o separación del cuerpo y el estímulo) gracias al empleo predominante de los músculos *extensores*. Esto es de singular importancia, pues nos muestra cómo *los mismos reflejos* (series o cadenas de reflejos que sirven a un determinado acto vital) que intervienen en la defensa contra el dolor son los que sirven para la defensa contra el miedo. Y si forzásemos un poco la realidad, sin alterarla substancialmente, podría agregarse que son, también, los mismos que inician las acciones ofensivas de la ira (según se comprueba perfectamente en el estadio del pánico furioso, como veremos más adelante).

Sin duda, el miedo al dolor que siente el hombre no deriva solamente del sufrimiento que éste le inflige sino, también, de que imaginativamente anticipa las consecuencias dañinas, *locales*, del estímulo algógeno. Si fuese posible que se nos asegurase de antemano que el dolor no tiene otro efecto más que el inmediato y si, a la vez, se nos garantizase que no va a ultrapasar una determinada intensidad, es casi seguro que desaparecería en gran parte nuestro temor ante él: tal ocurre, por ejemplo, con los dolores que provoca un médico o cirujano durante su exploración, o con los que voluntariamente soportan muchas personas, en aras de ganar la "línea"

corporal de moda. El "coeficiente de aprensión" que acompaña un dolor determinado (y condiciona la reacción miedosa ante él) depende, pues, no tanto de sus propias características sensitivas como de la interpretación que se dé al proceso orgánico o nervioso que lo provoca.

En este aspecto conviene advertir que, en general, todos los objetos, estímulos o agentes temidos lo son mucho más por el daño que *se supone* pueden ocasionar que por el que realmente están haciendo, en un momento dado. Y ello se debe a que nuestra reacción personal se orienta, siempre, por un presente psíquico (imaginario-prospectivo) que no es el presente cronológico, o sea, que no corresponde al instante mismo en que se vive. Del propio modo como las reacciones del automovilista no se orientan de acuerdo con el camino que tiene bajo las ruedas de su vehículo, sino en consonancia con el que ve a unas cuantas docenas de metros ante él.

## LA PENA

Lógicamente, las penas habrían de ser más temidas que los dolores, pues no solamente provocan más sufrimientos sino que son de efectos, por lo general, más deletéreos y permanentes sobre la salud personal. Pero, sin duda alguna porque el organismo es anterior a la persona (hablando en lenguaje de Stern diríamos que la "biosfera es anterior a la nooesfera"), lo cierto es que casi la mayoría de las gentes prefiere arrostrar el llamado "dolor moral" (léase: disgusto o pena) al "dolor físico" (léase: dolor, propiamente dicho). Posiblemente la razón radica en el hecho de que la defensa contra la pena —o sea, el *consuelo*— se encuentra en la propia individualidad, mientras que contra el dolor, por regla general, el sujeto se encuentra inerte. Sin embargo, en este aspecto conviene señalar una curiosa diferencia sexual: el varón, por regla general, teme más el dolor corporal, y la mujer, en cambio, teme más el dolor moral. Quizás la razón consista en que aquél es más materialista y ésta es más idealista, pero también puede ser debido al hábito, ya que la propia organización corporal impone a la mujer más dolores fisiológicos que al hombre.

La defensa primordial contra las penas, además del consuelo, es el *olvido* y, a decir verdad, funciona bastante bien en casi todos

los seres humanos. Quienes no pueden zafarse de ellas son, claro está, quienes más las temen y por ello procuran no adentrarse en ninguna relación afectiva (no quieren ilusionarse para no sufrir desengaños) mas con ello no se dan cuenta de que se crean así otra pena: la de no vivir espontáneamente y limitarse constantemente sus posibilidades de goce. *Quien renuncia a querer, por temor a llorar después, no solamente es un cobarde: es un automutilador mental.*

## LA MUERTE

Muchos se extrañarán de que no hayamos colocado a La Dama del Alba en el primer lugar de la lista de estímulos fobígenos. En efecto, la muerte parece ser, en principio, lo que más nos asusta, pues "todo tiene remedio menos ella". Sin embargo, después de haber vivido dos guerras y una revolución, pienso que se ha exagerado un tanto excesivamente su valor fobígeno. En primer término, lo cierto es que una mayoría de los mortales se las ingenia para pensar muy poco en ese momento del tránsito al más allá. Y en segundo término, son muchos los que no sólo lo afrontan serenamente sino que lo buscan de un modo deliberado (suicidas). Por fin, muchos otros a quienes les parece que la temen, en realidad se asustan, no tanto de ella como de no saber lo que hay tras su espalda. Quizás sea nuestro Unamuno quien mejor haya analizado la raíz psicológica del miedo a la muerte en su magnífico libro *Del Sentimiento Trágico de la Vida*. Sostiene allí, el célebre Rector de Salamanca, que el hombre siente, desde que tiene uso de razón, una enorme "hambre de inmortalidad". Y lo expresa así (página 37, E. Cultura) :

"El universo visible, el que es hijo del instinto de conservación, me viene estrecho, esme como una jaula que me resulta chica, y contra cuyos barrotes da en sus revuelos mi alma: faltame en él aire para respirar. Más, más y cada vez más: *quiero ser yo y, sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. De no serlo todo y para siempre es como si no fuera y por lo menos ser todo yo, y serlo para siempre jamás*"... (Pág. 38) : "¡Eternidad! ¡Eternidad! Este es el anhelo". (Pág. 39) : "Lo que más distingue al hombre de los demás animales es que guarda, de una manera o de otra, sus muertos sin entregarlos al descuido de su madre la tierra todoparidora; es un animal guardamuertos". (Pág. 41) : "Si del todo morimos todos, ¿para qué todos? ¿Para qué?". (Pág. 42) : "La sed de eternidad nos ahogará siempre ese pobre goce de la vida que pasa y no queda". (Pág. 43) :

"No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia .

La muerte, pues, según la opinión de este torturado pensador, sería objeto "espantoso" solamente en la medida en que la tomamos como signo de nuestra *permanente anulación* o más concretamente, de pérdida de nuestra conciencia de autoexistencia. De nada nos serviría, en efecto, el consuelo de saber que el cuerpo es capaz de sobrevivirse si con ello no fuese implícito que también sobreviviría el Yo que en él se alberga y seguiría reconociéndose como tal. Mas si esto es así, hay otro concepto que ha de tener el mismo valor de temibilidad que la muerte: *la locura*, en tanto en ella se pierde la noción de la continuidad del Ser. Y, en efecto, nuestra experiencia nos demuestra que la idea de adquirirla (o, más exactamente, de "sucumbir" ante ella) espanta enormemente a la humanidad, pero lo hace menos, porque no resulta ineluctable que nos volvamos locos, y sí lo es que nos muramos.

Otro investigador genial de la psicología, Sigmund Freud, entrevió otra explicación del miedo a la muerte, que fue completada por su discípulo Otto Rank. Según ambos, la muerte nos asusta, fundamentalmente, por el sufrimiento que entraña su visita y que es enteramente análogo, aunque de sentido opuesto, al que sentimos al nacer. El tránsito del No ser al Ser resulta tan doloroso que crea en nosotros una actitud condicional refleja negativa ante todo cuanto se le asemeje. Y nada hay que se le parezca tanto como el tránsito del Ser al No ser; el camino a recorrer —desde el punto de vista psíquico— es el mismo, aunque en dirección contraria. Por ello, *quienes más sufrieron al nacer temen más morir*.

Nuestra opinión es que tales factores se suman y no se excluyen para explicar nuestro miedo a la muerte: a) deseando ser inmortales tememos ser mortales; b) deseando conocer lo que nos aguarda tememos dar un salto en el vacío; c) deseando vivir sin sufrimiento tememos dejar de vivir con él. Además, casi todas las religiones han hecho lo posible por asustarnos más de lo que estábamos ante ese tránsito: nos aseguran que tras de él nos aguarda un severo juicio, del que depende un posible sufrimiento eterno, incommensurablemente mayor que el que puede proporcionarnos la vida terrenal, a pesar de que este mundo sea en realidad "un valle de

lágrimas". Por ello, nada tiene de particular que solamente no teman a la muerte más que quienes: a) la ignoran deliberadamente (practicando la política del avestruz); b) quienes consideran que la autoanulación es un reposo eterno, bien ganado tras las fatigas de la lucha por la vida; c) quienes, ingenuos y vanidosos, creen haber hecho méritos seguramente suficientes para ir a cualquier cielo.

## LAS ENFERMEDADES

¿Quién no siente miedo a estar enfermo? En general, todos queremos estar sanos y tememos no estarlo, aunque a veces nuestra conducta contradiga tal temor y resulte por demás imprudente en ese aspecto. No obstante, es preciso decir que el temor a la enfermedad no se basa solamente en el peligro de que nos acerque a la muerte y nos traiga dolor; tiene, además, otro origen: la *aprensión contra el desvalimiento o la invalidez que ella pueda determinar*. Además, no hay duda que también influyen en el miedo a la enfermedad resabios mágicos, ya que durante milenios se creyó que era debida a la acción de espíritus malignos y significaba un mal presagio; por eso los enfermos eran abandonados o, incluso, asesinados. Hoy son bien atendidos, mas no por ello ha podido desprenderse su estado de un cierto nimbo de "maleficio" y lo cierto es que para una mayoría de personas constituye una tarea desagradable contactar con ellos. Cuando ese miedo se exagera más de lo normal el sujeto es considerado como "aprensivo", pero lo cierto es que cada persona tiene aprensiones específicas respecto a lo morboso, siendo de las más generalizadas las de la tuberculosis, la rabia, el cáncer y la locura, aunque la verdad es que hay otras enfermedades iguales o peores en cuanto al sufrimiento y la invalidez que determinan (tal ocurre, por ejemplo, con las del sistema circulatorio).

## LA SOLEDAD

La soledad no es temida en realidad por sí misma sino por la *impresión de desamparo* que provoca, aun cuando resulte evidente que para necesitar amparo casi siempre se precise no estar ya, solo (sino atacado por algo o alguien que quiebra la soledad absoluta; incluso cuando ese "algo" es un producto de nuestra imaginación).

Posiblemente influyan diversos factores en el temor a quedarse solo y éstos sean, a su vez, distintos en el niño y en el adulto; aquél, desde luego, teme su invalidez o ineficiencia para satisfacer sus necesidades, en tanto que éste teme, quizás, el encuentro consigo, que le resulta inevitable si la soledad es absoluta y se agotan sus temas de divagación o sus quehaceres. Bien se ha dicho, en efecto, que a quien menos resistimos es a nosotros mismos. Lo cierto es, empero, que tan pronto como nos falta el marco de algo que contraste con nuestro Yo, sentimos el calofrío que inicia la llegada o la vecindad del miedo.

## LA VIDA

¿Puede tenerse miedo a la vida? Indudablemente son legión las personas que la temen y que tratan de avanzar a ella, acudiendo a consultar todo género de adivinos, pitonisas, astrólogos, etc., en demanda de orientación y ayuda para evitar sus escollos y aminorar sus desagradables sorpresas. El miedo de vivir puede llegar a ser tan grande que supere al miedo de morir e impela al suicidio, bien sea éste físico (autodestrucción total), bien sea puramente mental y a base de una completa automatización de los hábitos, que excluya toda necesidad de creación y toda posibilidad de conflicto o de renovación. Millones de personas "reglamentan" su vida hasta el punto de anular lo que es más característico de ella: su espontaneidad y su impredecibilidad. Esas gentes —llamadas por regla general "de orden"— son tan esclavas tradicionalistas que su vida quedó prácticamente detenida (cual el disco de gramófono sobre el cual resalta la aguja) en cualquiera de sus fases, limitándose así a una perpetua "imitación" de la misma. Incluso es posible que ese miedo al devenir determine, cual sucede en muchas enfermedades mentales, una *regresión vital*, es decir, un caminar hacia atrás, en la línea temporal, hasta detenerse en las pautas de conducta infantiles o inclusive, fetales (cual ocurre en los estados avanzados de la demencia precoz catatónica).

## LOS INSTINTOS

El temor a las oscuras fuerzas que son capaces de emerger en nosotros, desde las profundidades del inconsciente, llevándonos a ex-

cesos y dislates de los que siempre es tarde para arrepentirse, puede constituir una fuente de miedosa tortura para muchos. Quienes sufren de ese miedo están en constante alarma de sí, no se atreven a quedarse solos ni a bordear ninguna situación capaz de “desencadenarles su genio maléfico”; éste puede llevarles indistintamente al robo, al juego, a la bebida, o a cualquier otra forma de degradación, de un modo tan irrefrenable como si se hallase impulsado por la fuerza de uno de nuestros cuatro gigantes (lo que por otra parte acostumbra suceder con los tres primeros, según más adelante veremos).

Digamos de antemano que ese miedo a la fuerza incontrolable que cada cual alberga en sí —ese miedo de uno mismo— lo es por carencia o por insuficiencia de firmes ideales, pues los instintos, propiamente, no son temibles sino en la medida en que no son encauzados o dirigidos por las vías en que pueden satisfacerse y, a la vez, ser útiles a quien los tiene. En eso consiste el famoso proceso de “sublimación” cuyos medios (desplazamiento, transferencia, proyección, inversión, etc.) son múltiples y normalmente efectivos.

## LA GUERRA

¿Quién no teme la guerra? Se nos dirá: los militares profesionales; mas no es ello cierto. Éstos, por lo general, se hallan frente a ella en una situación semejante a la de los médicos respecto a la muerte; se preparan para enfrentarla y ganarle la batalla, mas implícitamente la temen y desean no verla nunca. El miedo a la guerra concentra varios motivos y agentes fobígenos, pues con ella se presentan el sufrimiento (penas y dolores), el desamparo, la muerte, la incertidumbre. . . Y sin embargo, es curioso observar la rapidez con la que una mayoría de personas se adapta de tal modo, ante una situación bélica, que vive antes preocupada y asustada por fruslerías y nimios detalles que por sus reales y poderosos males. Así, por ejemplo, hemos visto, durante la guerra española, mujeres que vivían serenas y alegres durante semanas de intenso bombardeo aéreo, pero temblaban y se asustaban ante la idea de ser evacuadas al campo, en donde no tendrían modo de lavarse, maquillarse o vestirse a su gusto. Las situaciones bélicas son típicas, además, para ilustrar cómo el mejor remedio contra el miedo consiste en irle al encuentro

y desbordarle mediante una constante acción, bien planificada: "Huir hacia adelante"; ésa es la fórmula: no "sufrir" la guerra sino "hacerla" cuando no queda el recurso de evitarla.

## LA REVOLUCION

He aquí uno de los más universales —y comprensibles— estímulos fobígenos. La revolución es mil veces peor que la guerra, porque en ésta sabemos dónde está el enemigo y tanto sus ataques como nuestros medios defensivos están, hasta cierto punto, sometidos a un plan; en las revoluciones, por el contrario, nadie sabe, *a priori*, si la ayuda o la muerte le acechan tras la mano de quien es su hermano, su amigo o su compañero de ayer. Y nadie sabe cómo van a desarrollarse los acontecimientos al cabo de una hora, ni quién puede darle una información o una orientación válida y concreta respecto de la conducta a seguir; porque la guerra es controlada por los estados mayores y los jefes militares, pero la revolución se escapa de las manos de quienes la iniciaron y salta, cual torrente en los riscos, de unas a otras cabezas dirigentes, para hacerlas rodar por el suelo después.

Es por ello que, salvo el insensato e irresponsable basilisco —que no ve en ella más que ocasión propicia para desenfrenarse y hacer cuanto le viene en ganas durante unos días—, toda persona que sea "ente de razón" ha de temerla, aun cuando la desee al propio tiempo, e incluso la impulse, como un mal necesario, a veces. Nuestra experiencia personal demuestra que el número de cuadros mentales patológicos —especialmente delirios de persecución y síndromes de ansiedad— que se producen en un ambiente revolucionario es muy superior al observado en el ambiente puramente bélico y, lo que no deja de ser curioso, afecta indistintamente a los dos sectores de la lucha (el revolucionario y el contrarrevolucionario), si bien lo hace por opuestas motivaciones, pues mientras al revolucionario le asusta la idea de que fracase, al contrarrevolucionario le atemoriza la idea de que triunfe el movimiento social desbordado.

## CATACLISMOS NATURALES

Terremotos, incendios, inundaciones, rayos, avalanchas, etc., son otros tantos sucesos no sólo capaces de asustarnos con su presen-

cia sino de hacernos temblar ante su real o supuesta inminencia. No es solamente por intuir la probabilidad de un daño físico, más o menos grave, por lo que tales cataclismos nos atemorizan, sino por otros motivos, y entre ellos se destaca el de su *ancestralidad*, su *inmenso poder* y su *ineluctabilidad*. Desde los tiempos más remotos en efecto, han venido ocurriendo esos fenómenos y han segado vidas de las más diversas especies animales. Por ello en nuestro genoplasma están latentes los dispositivos instintivos de alarma y huida ante la simple evocación de su imagen o recuerdo.

Ante tales fenómenos, el hombre se siente inerte y experimenta el "frémido de la intuición de un algo superhumano" (llámese Dios, diablo, naturaleza, destino o como se quiera llamar). Quien ha visto un volcán en erupción o ha presenciado una tromba marina, por ejemplo, se ha sentido transportado a los tiempos del principio o del fin del mundo y en su cuerpo se ha manifestado la huella de los más profundos zarpazos del Gigante Negro.



### CAPÍTULO III

#### FORMAS Y GRADOS DE INVASIÓN DEL MIEDO

Revisadas rápidamente las motivaciones y los vehículos que lo traen hasta nuestro campo consciente, es preciso considerar ahora en qué formas lo invade y por qué fases atraviesa el ser humano que sucumbe ante su deletérea acción.

De un modo global puede afirmarse que existen tres modos de presentación del miedo: a) *instintivo* (orgánico, corporal y ascendente); b) *racional* (condicionado, psíquico y descendente); c) *imaginativo* (irracional, de presunción mágicointuitiva). El primero, el más primitivo, es el que menos tortura al hombre civilizado; el segundo le es habitual, pero soportable; el tercero puede ser el peor y no darle paz ni sosiego.

#### **El miedo instintivoorgánico.**

Corresponde a la forma primitiva de manifestarse la retracción o debilitación del metabolismo, bajo la acción *directa e inmediata* (sobre las células corporales) de un influjo dañino. Sus manifestaciones son idénticas en todos los seres humanos y se producen con la celeridad máxima y un absoluto automatismo, dando lugar a la cesación o suspensión de las actividades en curso y la adopción de la postura que ofrece la mínima superficie vulnerable posible. Se trata de un miedo "conservador", hasta cierto punto, pues al interrumpir o bloquear la conducción de impulsos localiza y enquista—valga el símil— el efecto nocivo. Es un miedo tenido antes que sentido y sentido antes que pensado: el sujeto se da cuenta, *a posteriori*, de que *se ha asustado*, cuando llega a los centros corticales la onda de estimulación, que ya ha determinado antes diversos reflejos e inhibiciones en los niveles medulares y subcorticales. Por

eso puede denominársele ascendente, pues va de los centros inferiores a los superiores.

Este dispositivo funciona igualmente cuando el agente nociceptivo procede de la propia intimidad visceral; así, es frecuente que una mala digestión, un forúnculo en formación, una angina, etc., produzcan durante el sueño nocturno una angustiosa pesadilla. El sujeto "conciencia" entonces, bajo la forma de imágenes terroríficas, el malestar organísmico producido por el descenso del biotono; mientras el órgano afectado reacciona *in situ* con una inflamación, su disfunción, transmitida por la doble vía hemática y neural (vegetativa) excita los centros cenestésicos y éstos, a su vez, las zonas de proyección asociativa, creándose unas vivencias oniroides que están ligadas por una referencia simbólica al suceso que se está produciendo en la zona inconsciente de la persona. Ésta sueña entonces que es golpeada, asfixiada o torturada y, al despertar, puede dudar durante un tiempo si el malestar orgánico que ahora siente fue causa o efecto de su pesadilla.

Puede, pues, afirmarse que *todo cuanto disminuye el valor vital disminuye el valor anímico* y pone en marcha la vivencia de ineficiencia junto con la de anulación, características de la inactivación en curso.

Es durante las guerras prolongadas o tras de condiciones vitales que agotan la energía vital de reserva cuando mejor pueden observarse las manifestaciones de este tipo de reacción orgánica de inactivación miedosa, cuyo último grado presupone incluso la *ausencia del sentimiento de su presencia*, o sea la falta del autoconocimiento, no sólo del peligro o del daño sino del propio estado. Entonces las gentes parecen estólicas, cumplen como autómatas el mínimo de reacciones neurovegetativas para su pervivencia pero carecen de iniciativa, de pena o de emoción, ni aun ante los mayores y más catastróficos acontecimientos. Por mucho que a un observador superficial pueda parecerle que esas gentes "ya" no sienten miedo, la verdad es que éste, al encronizarse y profundizarse en todo su territorio orgánico, las ha envuelto tan completamente en su manto y las ha paralizado y anestesiado de tal modo que no pueden destacarlo, pues ellas mismas "son" su imagen representativa; ocurre así algo semejante a lo que pasa con nuestra sombra al extinguirse la luz: *no podemos verla a fuerza de estar totalmente envueltos por ella.*

### El miedo racional-sensato.

Este es el miedo que podríamos denominar "profiláctico"; el que generalmente se piensa cuando se habla de él sin calificación específica. Para nosotros se diferencia del anterior en que aquél se siente *a posteriori* (reacción ante el *daño*), y éste *a priori* (reacción ante el peligro, o sea, ante la señal anticipadora del daño). Es, pues, un *miedo condicionado por la experiencia* y va del brazo de la razón; por eso también puede designarse como un miedo "lógico".

Su característica es la de ser comprensible para quien no lo siente directamente, pero es, no obstante, capaz de "figurarse" que lo sentiría si se hallase en las circunstancias en que se originó. Si por ejemplo, nos preguntan qué sentiríamos ante la presencia de un tigre, si estuviésemos solos e inermes, no hay duda que la respuesta sería unánime, porque el miedo en tal situación resulta racional (lógico, comprensible, sensato), ya que todos hemos sido capaces de *condicionar* la idea de "tigre" con la de "daño inminente".

Ese miedo *previsor* se acusa, generalmente, en forma de tendencia a la huida previa. Su fórmula es "no te metas"; su ropaje eufónico es: la actitud de la *prudencia* que, como pronto veremos, constituye la forma más leve o menos intensa del "ciclo de invasión" de nuestro gigante. Por el hecho de ser pensado antes que sentido, el miedo racional dispone de tiempo para asegurar la puesta en marcha de los dispositivos funcionales que eviten al sujeto la presentación de la anterior modalidad descripta, o sea, el miedo instintivo orgánico. Surge, pues, primero en él lo que se llama la "intelección miedosa" —en forma de idea del posible daño— y es ella (no la directa percepción del daño) la que, desde las zonas de proyección de la corteza cerebral, difunde e irradia a todo el organismo, en un *curso retrógrado y descendente* (hacia los niveles mesencefálicos, protuberanciales y medulares) los impulsos creadores del malestar emocional y, a la vez, de las reacciones defensivas previas. Así, el sujeto que ultrapasa los límites de esta forma de presentación del miedo puede no llegar a considerarse víctima sino jactarse, simplemente, de ser *precautivo*; en otras ocasiones, como veremos, merecerá adjetivos menos agradables tales como los de "pesimista", "desconfiado", etc., mas él

cuenta para rechazarlos con el criterio popular según el cual sólo es "previsor" quien anticipa los sucesos infaustos y los evita merced a la conocida fórmula de: *piensa mal y acertarás*.

### El miedo imaginativoinsensato.

Esta es, sin duda, la variedad más "torturante" de las formas de actuación del Gigante Negro. También se la conoce con los calificativos de miedo absurdo, "fobia", de presunción o mágicointuitivo. Su característica esencial es que el objeto que lo condiciona nunca ha sido causa de miedo orgánico en el sujeto y solamente se encuentra ligado a un verdadero estímulo fóbigeno a través de una cadena de asociaciones, más o menos larga y distorsionada; por ello tal miedo resulta *injustificado* e incomprensible, no solamente para quienes lo analizan con frialdad lógica, sino hasta para quien sufre íntimamente sus efectos.

Es evidente, sin embargo, que este tipo de miedo se encuentra más próximo al del miedo racional (sentido por el hombre solamente) que al del miedo orgánico (sentido también por los irracionales); por ello a veces resulta difícil señalar la línea de separación entre la forma lógica y la absurda —en oposición a la primitiva "natural" (orgánicointintiva)—, ya que aquéllas son, ambas, condicionadas y, por tanto, presuponen la sustitución del estímulo absoluto por otro (que se convierte en "señal" o "signo" imaginado y representativo de aquél). ¡Curiosa paradoja en virtud de la cual resulta que el miedo "natural" de los *irracionales* es, en definitiva, más racional que el "artificial" de los *racionales*! Expresado en términos más concretos: cuanto menos se desarrollan el pensamiento y la imaginación, más estrictamente se liga el miedo a las causas que de un modo inmediato lo originan y nutren. Cuanto más se expanden el pensamiento y la imaginación, más "alas" dan al miedo para vivir de prestado y en ausencia de sus auténticos progenitores.

Una variedad curiosa del miedo imaginativo es el "miedo supersticioso" que no es privativo de mentes incultas, como muchos creen. Otra, es el "miedo simpático", también llamado "contagioso", porque en él la reacción fóbigena se produce por la simple percepción de una conducta miedosa ajena, aun ignorando los motivos que la provocan. Quien desee convencerse de cuán terrible es la fuer-

za de esta forma miedosa basta con que recuerde las catástrofes que se han provocado en ciudades civilizadas por haber dado alguien en una aglomeración humana un falso grito de "fuego", "terremoto" o, simplemente, haber salido corriendo de un modo brusco; y es que la imitación defleja se produce en el hombre tanto más fácilmente cuanto menos físicamente aislado se encuentra de sus semejantes. Lo que hace pensar si, efectivamente, este tipo de miedo no será un residuo ancestral de la prehistórica existencia gregaria de la "horda" humana.

El miedo insensato lleva, en sus formas intensas y perseverantes, al desequilibrio mental (miedo patológico), al suicidio o al crimen, si no es debidamente tratado con los modernos recursos de la psiquiatría.

### Fases progresivas del ciclo emocional del miedo.

Cualquiera que sea la forma que adopte, la presentación y la acción del miedo pueden alcanzar diversos grados de intensidad, correspondiendo cada uno de ellos a un avance en la difusión y profundidad de sus efectos inactivantes sobre los centros propulsores de la vida personal y vegetativa. En concordancia con las ideas de Hughlings, Jackson, Gaskell, Sherrington, Cobb, Pavlov, hoy aceptadas por la mayoría de neurofisiólogos, podemos afirmar que a medida que el Gigante Negro invade el recinto anímico procede a determinar una "disolución de funciones", atacando primeramente a las más recientemente establecidas en la línea evolutiva (que son, claro está, las más elevadas desde el punto de vista de su fineza y complejidad discriminativa). De esta suerte, el sujeto que se halla sometido a sus efectos recorre rápidamente, de delante atrás, en la línea temporal, los estadios que señalaron su diferenciación humana. Hay, pues, una *regresión hacia la nada prenatal*, en cuyo decurso podemos diferenciar claramente seis principales niveles de intensidad fobígena, a los que designamos con los calificativos de: *prudencia* — *cautela* (desconfiada) — *alarma* — *angustia* (ansiosa) — *pánico* — *terror*.

Conviene advertir, no obstante, que si bien en teoría esos niveles están seriados de modo que el paso de uno a otro se hace siguiendo una misma línea evolutiva, en la práctica pueden hallarse simul-

táneamente, en un sujeto, síntomas pertenecientes a más de uno de ellos; entonces, es claro, su perfil se modifica, pero siempre es posible analizar los motivos (particularidades de constitución psicósomática, estado de mayor o menor agotamiento, situación previa del ánimo, tiempo y brusquedad de acción de los estímulos fóbigenos, ritmo de sucesión y contraste de ellos, tipo y naturaleza de los propósitos en curso u objetivos de acción, etc.) que explican su imbricación. De un modo general puede decirse que en las tres primeras fases o niveles de invasión del miedo (prudencia-cautela-alarma) la praxia (conducta motriz individual) es aún satisfactoriamente controlada por la personalidad, mientras que en los tres últimos se acelera y precipita su total desorganización y abolición.

1ª FASE:  
Estadio de la Prudencia

Plano objetivo:

El sujeto adopta una *actitud modesta*, de *autolimitación voluntaria* de sus ambiciones y posibilidades de creación, destrucción o mantenimiento de dominio. De esta suerte afirma su inmediato deseo de *pasar inadvertido* y no entrar en conflicto con el ambiente, aun a costa de renunciar a goces, siempre que él crea que su consecución implica riesgo y, por tanto, entraña la probabilidad de *sentir* el miedo (que ya asoma su faz en el umbral consciente). En términos vulgares, se produce una *huida profiláctica* (no tanto espacial como temporal).

Plano subjetivo:

Se producen abundantes racionalizaciones (negación del deseo, autojustificación de generosidad, etc.) para convencerse de que el comportamiento es justo. El sujeto llega a sentirse autosatisfecho y seguro, por considerarse más previsor y reflexivo que el resto de sus semejantes. Pero reacciona con viveza crítica excesiva ante quien le descubre su autoengaño: es, pues, *vulnerable* y proyecta su censura contra los valientes, como defensa de su inicial cobardía.

2ª Fase:  
Estado de la Cautela (desconfiada)

Plano objetivo:

(El sujeto ha entrado, ya, en el campo de acción del Gigante Negro; se halla, pues, en situación atemorizante, pero cuenta con el dominio de sus respuestas ante ella.) Los movimientos muestran la actitud *cautelosa* y *concentrada* de su autor: ya no son espontáneos sino severamente controlados, por lo que se acelera o lentifica su ritmo, según se trate de ganar tiempo o precisión de acción; responden a motivos *precaucionales*. Hay también autolimitación propositiva: se quiere asegurar el éxito de un solo propósito, al que se *circunscribe* todo el esfuerzo. El sujeto vuelca en él todas sus disponibilidades atencionales; mediante una hipertensión conativa y una tendencia *iterativa* (repetitiva) trata de asegurarse el éxito.

Plano subjetivo:

Corresponde a esta fase, en la intimidad consciente, un estado de creciente *preocupación*. Aumenta el interés, la atención *expectante* y el anhelo de asegurar el dominio de la situación, pero simultáneamente surge la *duda* de que ello sea logrado. De aquí el *temor del fracaso*, que empieza a morder en la conciencia. Una nube de pesimismo invade el ánimo y para superarla el sujeto concentra y reconcentra su coraje y energías, mientras en el exterior da, todavía, muestras de tranquilidad, gracias a sus recursos de disimulo y reserva, tales como emprender actos secundarios: cantar, fumar, tamborilear los dedos, hacer un chiste, etc. Lo importante, empero, es que su conciencia ya no está en paz, ni su prospección es nítida, ni su voluntad se siente dueña de la personalidad.

3ª Fase:  
Estado de la *Alarma*

Plano objetivo:

(El sujeto sigue penetrando en la situación intimidante y el miedo ya se muestra ante él claramente.) La actitud es de alarma y *desconfianza intensa*. Aparecen movimientos *superfluos*, se exageran actos inoperantes y aparecen en su curso indecisiones, vacilaciones y *alteraciones del ritmo y seguridad* de la conducta motriz. Por excesiva concentración atenta se reduce el campo perceptivo y surgen fallas que aumentan la imprecisión: aparecen *temblores* y movimientos iniciales de *retroceso* (en forma de leves sacudidas flexoras de las extremidades); comienza a exagerarse la reflectividad medular (*tendinosa*) y atropellarse o hacerse saltón el curso práxico.

Plano subjetivo:

La *rumiación*, iniciada por la duda existente, ya en la fase anterior, se ha exagerado hasta ocasionar una división en el campo intelectual: el sujeto se da perfecta cuenta de que no puede controlar el curso de sus pensamientos y se empieza a obsesionar ante la proyección de su inminente daño. El juicio pierde su claridad y se siente una penosa impresión de *insuficiencia*, en la medida en que más se quisiera poseer su lucidez habitual. Los efectos de la inhibición de los centros corticales del ánimo, entrando así en la fase siguiente, e *impotenciación del yo*. Los propósitos fluctúan y se bambolean al compás de las bruscas oscilaciones del ánimo, entrando así en la fase siguiente, en la que ya el sujeto se encuentra a merced de su gigantesco enemigo: el miedo incontrolado.

4ª FASE:  
Estradio de la *Angustia* (ansiosa)

Plano objetivo:

La conducta en esta fase evidencia que la desorganización funcional provocada por el miedo ha destruido ya la unidad intencional y ha *inhabilitado* sus mejores posibilidades de reacción. Existe en su encéfalo una situación conflictiva, por haber desaparecido el normal equilibrio entre los procesos de excitación y de inhibición. Ya no hay autorregulación de la motricidad y el curso de ésta está desintegrado, consumiéndose los desniveles potenciales en anárquicas y contradictorias descargas en las vías efortoras propio y extraceptivas (Sherrington). El diencefalo empieza a adquirir dominio sobre la corteza; los centros neurovegetativos se excitan y engendran la llamada "tempestad visceral" (cuyos fenómenos espasmódicos y constrictivos determinan la vivencia de angustia). La desinhibición de la porción posterior del núcleo caudal hipotalámico determina la aparición de discinesias; estereotipias, perseveraciones e impulsos absurdos.

Plano subjetivo:

Intimamente el sujeto vive esta fase con un ánimo *ansioso* y *angustiado* (lo primero, por la expectación de inevitables e ignotos males; lo segundo, por la disforia y pena procedentes del malestar funcional orgánico). Pero el miedo, ahora, ya arrastra consigo los primeros signos de su hermano siguiente: el gigante rojo o colérico. En efecto, la conciencia siente una extraña mezcla de temor y furor incontenibles. Siendo incompatibles las actitudes motrices derivadas de uno y otro, el sufrimiento llega al máximo. El sujeto "se siente enloquecer"; se cree al borde de "perder la cabeza" y efectivamente, lo está si aumenta un poco más la tensión emocional, pues entonces ingresará en la fase siguiente —del pánico—, en la que su yo confuso e invalidado apenas percibirá (como inerte "espectador") lo que los violentos deflejos y automatismos de los centros subcorticales y mesencefálicos le llevan a realizar.

5ª FASE:  
Estadio del Pánico

Plano objetivo:

Caracteriza esta fase, como ya hemos anticipado, la *dirección automática de la conducta*. La corteza cerebral sufre ya los efectos de su total inactivación (muerte temporal) producida por la absoluta invasión del miedo. De ello deriva la liberación incontrolada de los dispositivos y pautas deflejas ancestrales de los centros encefálicos inferiores, en cuyos impulsos motores —de extraordinaria violencia— no hay modo de interferir, ni desde el campo situacional (mediante estímulos tranquilizantes, por ejemplo) ni desde la intimidad personal (por su supuesto esfuerzo de la voluntad). La “tempestad” se hace ahora kinética, o sea, tiene lugar en la esfera motriz (correspondiente al deflejo “catastrofal” de Goldscheider). Pueden observarse ahora crisis convulsivas, histeroepileptiformes; la fuerza muscular parece centuplicada pero es *ciegamente liberada* en actos que sólo por casualidad resultan adecuados. Es así como, a veces, el pánico puede convertir al sujeto en héroe sin saberlo (*malgré lui*); algunas gestas de gran agresividad y audacia realizadas en los campos de batalla lo han sido hallándose su autor en estado sub o inconsciente (crepuscular) y constituyen verdaderas “huidas hacia adelante de las que el primer sorprendido y asustado, *a posteriori*, es quien las hizo.

Plano subjetivo:

Correspondiendo al dominio de la “persona subconsciente” o “profunda” (de Kraus) en esta fase el sujeto apenas si se da cuenta de cuanto le ocurre o realiza; algunas vivencias de pesadilla (oníroides, deliriosas, incoherentes) seguidas de rápida amnesia (olvido) es todo cuanto llega a producirse en su *plano consciente*. Este período es, pues, vivido como un mal sueño, que pronto, si persiste la excitación, agotará también los centros automáticos, sumergiendo al individuo en la fase final o sea:

6ª FASE:  
Estadio del Terror

Plano objetivo:

En este máximo grado de intensidad de la acción del miedo —que constituye la fase final de su proceso de anulación individual— los fenómenos de inhibición han alcanzado, ya, también, a los centros subcorticales y mesencefálicos produciéndose un brusco contraste con la agitación de la fase anterior.

Ahora ni siquiera existen movimientos parciales o inconexos: el sujeto ha perdido no solamente su intelección y su sensibilidad efectiva sino toda su potencia reaccional motriz. Yace cual una estatua de piedra, esto es "petrificado", confundido con la tierra (a-terrorizado): inmóvil, inerte, "muerto de miedo". Su palidez y su inexpresión, la falta de reacción local, incluso ante estímulos violentos y dolorosos, nos revelan objetivamente la ausencia de vida personal, psíquica. Su ser está temporalmente agotado e inactivo y puede, incluso, estarlo de un modo definitivo (muerte verdadera) si el proceso de inactivación alcanza los centros simpáticos (conduciendo a un proceso de deshidratación, reducción del volumen sanguíneo y precipitación coloidal, como ha demostrado Cannon en algunos pichones). También puede engendrarse, aun cuando es sumamente excepcional, la muerte por síncope de origen bulbar (inactivación de los centros circulatorio y respiratorio del suelo del tercer ventrículo).

Plano subjetivo:

En rigor, en esta fase no existe ya vida personal o subjetiva propiamente dicha, pues solamente se conservan las actividades neurovegetativas mínimas para asegurar la persistencia del ser. Una absoluta apatía, indolencia e indiferencia caracteriza, al principio de este período, el sentimiento existencial. El individuo semeja un muñeco de cuerdas rotas, que permanece como un mueble u objeto en el campo situacional, absolutamente ajeno a cuanto en él se desarrolla. Por esto, si mediante un artificio experimental es, aún, posible recordar, *a posteriori*, lo que ocurre en las fases de pánico, hay, en cambio, una absoluta e irreductible amnesia de lo que sucede durante la fase de terror que, a veces, puede perdurar varias horas.

Ya señalamos con anterioridad que el paso de una a otra de estas fases no siempre se realiza de un modo preciso, ni tampoco es forzoso que el decurso sea irreversible. No obstante, cuando se han alcanzado los estadios finales, no puede esperarse un retorno a la normalidad si no es pasando, nuevamente, la misma seriación de fases *pero en sentido inverso* (esto es: regresivo respecto al miedo, pero progresivo respecto al ajuste a la normalidad reaccional). Por ello, hay que prepararse, según veremos, a presenciar un período de tremenda agitación, en la mayoría de los sujetos aterrorizados, cuando dejan de estarlo. Ésta es una ley general del sistema nervioso: tras una intensa inhibición acostumbra producirse una intensa agitación y viceversa, cual si hubiese una natural tendencia a la compensación energética. Es por esto, también, que cuando durante un período un pueblo ha vivido paralizado por el terror de una sangüinaria dictadura, al verse libre del tirano entra en un furor destructivo que alcanza no sólo a los servidores directos de él sino a sectores nacionales que apenas si fueron colaboracionistas del régimen fenecido.

## CAPÍTULO IV

### “CAMOUFLAGES” Y MÁSCARAS DEL MIEDO

#### Disfraces más comunes del Gigante Negro.

Con ser el más antiguo de nuestros enemigos anímicos, es también el más astuto y capaz de enmascararse, para ejercer mejor sobre nosotros su acción letal, sin tener que enfrentar sus opuestos competidores, los tres gigantes que más adelante conoceremos. Para disimularse usa, pues, el miedo, infinidad de disfraces, algunos de los cuales ya conocemos, pues con ellos se presenta en sus fases leves; tal ocurre, por ejemplo, con la *modestia*, la *prudencia* y la *preocupación* que, como recordamos, constituyen sus formas menos intensas de presentación. Muy a menudo se engloban esos tres antifaces en una misma máscara y entonces el miedo se nos presenta bajo el menos disimulado de todos ellos, o sea, vestido de:

#### TIMIDEZ

Hasta las gentes más ignaras en psicología concuerdan en que una persona tímida es una persona que sufre, en forma permanente, una actitud de *miedo*, ante el fracaso o el ridículo en sus intentos de relación y éxito social. Por ello no es preciso que nos detengamos mucho en el análisis de esta máscara, que apenas si consigue encubrir las partes más prominentes de nuestro gigante. Sin embargo, hemos de señalar, contra la opinión general, que el tímido no lo es tanto por carecer de sentimiento de autoestimación y creencia de autosuficiencia, como por ser, en el fondo, excesivamente ambicioso y no querer arriesgar su bien guardado “amor propio” en la balanza, siempre imprevisible, de los actos que han de ser juzgados por seres ajenos.

De aquí que, en el fondo, casi puede afirmarse que el tímido *merece* sufrir del miedo, pues mientras en otros casos éste surge de la inicial desvalidez del ser, aquí nos llega convidado por un íntimo y exagerado egoísmo, o mejor, egocentrismo, que alimenta la excesiva pretensión de no tener más que triunfos en la vida. Por ello el tímido espera la ayuda exterior y se resiente (esto es, se enoja) si no le llega en la forma prevista por él. El tímido auténtico es, pues, un miedoso *a posteriori*, que para ser tratado requiere no tanto estímulo y consuelo como reconvencción persuasiva, para demostrarle que *lo que le asusta no es hacer las cosas mal sino quedar mal ante los demás*; por ello, ni siquiera puede aplicársele el calificativo de modesto.

La timidez, por lo demás, se halla preferentemente ligada con situaciones sexuales, en las que puede quedar en entredicho el grado de "virilidad" o de "femineidad" de quien parece ser su víctima; por ello, también, el tímido nunca es *ingenuo* y el miedo que sufre no es primario (congénito) sino adquirido y ligado a intereses afectivos de tipo narcisista. Por esto también se admite que la timidez y el recato (pudor) son primos hermanos.

## ESCRUPULOSIDAD

La actitud escrupulosa —de poner los puntos sobre las *ies*— lleva implícita tanta dosis de miedo como de agresividad. En el fondo, el escrupuloso es siempre un pequeño *cobarde quisquilloso*, que pretende "hilar muy fino" en el exterior, en tanto deja gruesas marafías en su intimidad; por algo la voz popular nos afirma que los escrupulosos son "mal pensados".

Al parecer los escrúpulos dependen más del grado de severidad de la denominada conciencia ética, moralidad o Super-Yo freudiano, que de la directa presencia del miedo, mas esto se debe a que en ellos nuestro negro gigante se encuentra actuando tras la cortina, en un extraño contubernio con la ira. Efectivamente: sentir un escrúpulo es sucumbir ante la duda de que algo está mal, cuando no parece estarlo; entonces el sujeto casi siempre tiene la reacción de *detenerse* en el umbral de un acto o una conclusión esperada, con lo que irrita a quienes esperaban la continuidad de su conducta. *Aparentando un anhelo de perfección, casi nunca alcanzable en la prác-*

*tica*, el escrupuloso no solamente impide el curso natural de los acontecimientos sino que, generalmente, realiza una acción negativa o destructiva en su ambiente; su conducta lleva el sello paralizante —que es típico del miedo— y, además, el destructivo que es típico de la ira.

## PESIMISMO

No hay duda que el pesimista es algo más que un agorero de mala sombra: es, además, un cobarde que trata de justificarse con supuestas razones. Generalmente hay que ahondar un poco para convencerse de que el pesimismo es una máscara del miedo, aun en ocasiones en las que se viste con las galas de un humorismo sarcástico o cuando, como es más frecuente, busca disfrazarse con el manto de la tristeza. El auténtico triste *no puede ser pesimista*, puesto que nada espera ni desea. Solamente quien en el fondo quiere algo y no se atreve a luchar por ello (cobardía) trata de autoengañarse con la idea de que su consecución es imposible e inefectiva. Surge entonces el *a quoi bon?*, o bien el *it is hopeless*, y, en nuestro idioma, menos rico en expresiones típicas de pesimismo por el natural modo de ser (alegre y confiado) del español, se da, similarmente, “no hay nada que hacer”.

La opinión popular, sin embargo, no se deja confundir fácilmente y afirma que el pesimista “busca la alegría pero le falta *valor* para conquistarla”; con ello coinciden su criterio y el científico: el mejor remedio del pesimismo es *ocuparse en la acción y no preocuparse por el logro*.

## ESCEPTICISMO

Es primo hermano del anterior y, por lo tanto, íntimo pariente del miedo. A primera vista todos los escépticos se las dan de “vivos”. Afirman que “están de vuelta”, es decir, que están desengañados, o sea, que ya no se dejan engañar por nada ni por nadie. . . pero al decir esto olvidan que la vida no vale la pena de ser vivida si no es, precisamente, basados en la ilusión (léase engaño) con que nosotros la idealizamos y embellecemos. En la medida en que fabricamos ese tejido de esperanzas y de fe, dejamos de ser puros autó-

matas animales para convertirnos en creyentes y, por ende, en *creadores*. Es así como al hombre le es dada la posibilidad de vivir para sí y no a pesar suyo; construyéndose un sistema de creencias en las que, indudablemente, interviene mucho más su afectividad que su razón. El escéptico —cuando no es un vulgar “poseur”— también es creyente, pero absurdo, pues  *Cree en no creer*, o sea, que estima el no estimar, tiene fe en la falta de fe: valoriza la desvalorización. Una actitud tan paradójica se explica, no obstante, claramente si se tiene en cuenta que se halla dictada por el miedo. Éste constituye, como sabemos, la glorificación de la anulación: el culto a la nada; el retorno al No-Ser. Por ello el escéptico absoluto, si es consecuente consigo mismo, no tiene otro camino que el suicidio. . . a menos que también se muestre convenientemente escéptico ante él y decida seguir viviendo para derramar por doquier su exceso de miedo, aderezado con ribetes de filosofía catatímica (en cuyo caso es un clínico).

### Máscaras menos comunes.

## EL ABURRIMIENTO

¿De qué tiene miedo una persona aburrída?, se preguntará el lector, y la respuesta es sencilla: “de quedarse sola consigo misma”. Enfrentarnos a nosotros mismos es algo que requiere gran serenidad y ello es así por diversos motivos: a) porque siempre nos desconocemos un poco y tememos llevarnos sorpresas al buscar en nuestras reconditeces anímicas; b) porque entonces acostumbra gritar lo que, en condiciones ordinarias, apenas si habla: nuestro remordimiento y nuestro autojuicio, desprovisto de eufemismos innecesarios (pues que no hay ante quien disimular); c) porque en ese momento nos damos, también, perfecta cuenta de cuán poco somos capaces de pensar y de hacer sin el auxilio ajeno y volvemos a sentir la misma impresión de invalidez que nos aterrorizó en los primeros días de la infancia.

La persona aburrída siente la invasión paralizante y enervante del miedo; para defenderse de ella acude a mil artilugios: pasea de un lado a otro, silba, fuma cigarrillos, hace pajaritas de papel, habla en voz alta. . . pero de nada le valen si esa situación de solipsis-

mo se prolonga. Solamente se salvan de ese miedo bien "camouflado" aquellos seres generosos que, por tener en sí algo de los demás, nunca se quedan realmente solos consigo mismos y siempre hallan, en sus pensamientos y recuerdos, el eco de voces amigas y de gestos de gratitud. Por ello los llamados "hombres de negocios" —pulpos monstruosos del egoísmo más vil, que es el metalizado— son los que más pronto se aburren sin remisión, cuando no tienen algo en qué ocuparse (aun cuando ese algo sea tan aburrido como leer cotizaciones). Los psiquiatras conocen perfectamente el caso de esos supuestos hombres "fuertes" que tan pronto como se ven lejos de su despacho, de sus empleados, de su Banco y su cartera de valores, por cualquier enfermedad o circunstancia adversa, reaccionan primero con una crisis de mal humor exagerado y luego se hunden en una depresión vital y muestran descarnada su íntima pobreza anímica, porque no tienen nada que les proteja contra el miedo de sí mismos, de su propia vaciedad... que trataban de llenar a fuerza de doblones. ¡Cuántos se han suicidado al verse alejados de su "teatro de operaciones"! Tales seres se semejan a los ciclistas: solamente son capaces de guardar el equilibrio si marchan a cierta velocidad y por caminos relativamente llanos. Tan pronto como estas condiciones fallan empieza el tembleque y, pronto, dan con sus huesos en el suelo.

Por ello puede escribirse la siguiente igualdad psicológica: Un hombre aburrido = hombre que no es capaz de resistir el propio y espontáneo miedo a su íntima nada.

## LA VANIDAD

Que un vanidoso es un miedoso que intenta no serlo —sin conseguirlo realmente— parece un despropósito; pero es cierto. El vanidoso trata de convencerse de que no tiene motivo para sentirse inseguro, puesto que vale más que los demás. Pero si ha de estárselo repitiendo constantemente es porque en el fondo no sólo lo duda sino que está convencido de lo contrario. Y en tal situación su aparente narcisismo encubre su íntimo desconsuelo. Por ello los hombres que auténticamente tienen un valor no son —no pueden ser— vanidosos: sí, en cambio, es factible que se tornen orgullosos (lo cual, evidentemente, es un defecto ético pero nada tiene que ver con

el miedo). Hay, claro está, una vanidad "profiláctica" y una vanidad "terapéutica" del miedo que intentan encubrir. En la primera, el sujeto, casi siempre, se escuda en el relato de pasadas gestas para darse ánimos *antes* de enfrentar, cara a cara, la duda de su actual y real capacidad. En la segunda variedad, el miedo ya lo tiene atenuado y entonces el sujeto intenta librarse de él acudiendo a la conducta de fingir un exceso de ánimo ante él: tal ocurre, por ejemplo, cuando caminando en despoblado y a oscuras sentimos la punzada del Gigante Negro y para ahuyentarla adoptamos una actitud de fanfarronería supervalerosa: empezamos a bracear, taconear, silbar o cantar, mover nuestro bastón y golpear con él matas y arbustos. Todo ello equivale a pregonar nuestra despreocupación y nuestra firmeza, cuando íntimamente nos sentimos a punto de huir despavoridos. Nunca mejor que aquí puede aplicarse el refrán de "dime de qué blasonas y te diré de qué careces".

Por ello la propia etimología indica que la vanidad es *vana*, o sea, vacua, inefectiva, inoperante. El vanidoso es, en el fondo, escéptico de cuanto se jacta. Del propio modo como el escéptico es un pobre vanidoso de cuanto cree saber y criticar.

## LA HIPOCRESÍA

La hipocresía no es un rasgo de perversión ni tampoco de astucia, sino fundamentalmente de cobardía ligada a una ambición compensadora y desmesurada. Constituye, en realidad, una de tantas mixturas del Gigante Negro y de su complementario Gigante Rojo. La actitud hipócrita es aquella en la que la crítica está debajo, escondida e implícita en una aparente indiferencia o, incluso, en un cálido elogio. El hipócrita sigue una línea de conducta destinada a captarse la confianza (y, por ende, la ayuda) del ser o ente a quien teme, y —por temerlo— odia. Mas precisamente por esa doblez, por esa discordancia entre lo que se propone y lo que aparentemente hace, vive en perpetua angustia: su remedio es peor que la enfermedad. El miedo se hace peor cuanto más se le disimula, pues al igual que la cólera, es capaz entonces de enconarse, es decir de interiorizarse, encharcarse y encronizarse. Por ello, el hipócrita, sin darse cuenta, se encorva, flexiona, hunde y retrae su cuerpo, encoge su ámbito personal y sucumbe a la acción invasora del miedo mucho

más pronto que si, confesándolo a tiempo, se hubiese librado de él con una franca y oportuna huida de la situación. La hipocresía no solamente denota "pobreza de espíritu" (como han visto ya los caracterólogos clásicos) sino "miedo prendido en el espíritu": el hipócrita difícilmente puede dejar de serlo. Una vez adoptada esa actitud se encadena a ella, mal que le pese, y se ahorca con su propia cuerda, pues no solamente le asusta entonces su prístina inferioridad sino el daño que pueda recibir por la falsedad que voluntariamente unió a ella.

### LA MENTIRA

Arma principal de la actitud hipócrita, merece ser destacada, no obstante, pues resulta más común y tolerada que aquélla, incluso por los convencionalismos sociales. Hay mentiras en las que el miedo no radica directamente en nosotros, al dictarlas, sino en el efecto nocivo que en otros ocasionaría la verdad que en su lugar dijésemos. Pero aun cuando esa especie de "miedo simpático" o, hasta si se quiere, "generoso" sea menos desagradable que el miedo egoísta, lo cierto es que su esencia es la misma y por ello quien miente por sistema es, siempre, un miedoso cobarde, o sea, un miedoso que no sabe dominar su miedo por los medios normales que más adelante mencionaremos. De aquí que también los mentirosos sean seres más dignos de compasión que de repulsa, pues, al igual que los hipócritas, viven en un plano de constante angustia: no sólo por temor a que los demás descubran sus mentiras sino por temor a que ellos las olviden y se autodescubran. Por esto, cuando alguien miente, lo que necesita es ánimo y no castigo; ayuda y no repulsa. Si no es auxiliado oportunamente, sus mentiras aumentarán en progresión geométrica, siéndole unas necesarias para "tapar" las otras. De esta suerte se establece en él un terrible círculo vicioso: "mintió para no sentir más miedo y tiene más miedo por haber mentido". Como se ve, cuanto mayor es el "camouflage" de nuestro gigante, tanto peores son sus efectos. Si éste resulta tan generalizado en la vida social es porque, precisamente, el hombre se ha querido imponer un modo de comportarse que está por encima de su auténtico valer y resulta *débil* para llevarlo a cabo fiel y honestamente. De su íntima conciencia de tal falta de fuerzas surge el temor del fracaso y, en

última instancia, el propósito de "simular" el cumplimiento de las impuestas normas. Es así cómo, por ejemplo, siendo el código de moral sexual más estricto en los países de religión católica que en los de religión protestante, el promedio de sus habitantes miente mucho más en aquéllos que en éstos, en cuanto a este aspecto de su conducta.

Sin mayor equivocación puede afirmarse que el grado de fortaleza psíquica de un país —el tono ético y su auténtico valor axiológico— se mide por el promedio de mentiras que dice por día el promedio de sus habitantes. Y es por esto que damos la razón a Spengler cuando afirma la decadencia del Mundo Occidental: la llamada civilización latina se ha tornado vieja, se ha hecho débil y, por tanto, ficticia. O se renueva, *adoptando nuevos moldes existenciales*, o sucumbirá irremisiblemente, empujada desde sus dos confines extremos: Oriente y Post-Occidente (Unión Soviética y Estados Unidos de Norteamérica). De nada práctico le sirve ya evocar sus pasados prestigios ni hacer malabarismos verbales o lucubraciones fantásticas: Italia, Francia, España y los países que giran en su órbita cultural están abocados a algo peor que una crisis económica: a un coloniaje mental, si no hallan en su propia entraña —y pronto— la fuente energética que las torne nuevamente sinceras y templadas.

## CAPÍTULO V

### LOS MIEDOS PATOLÓGICOS: FOBIAS

#### ¿Qué es una fobia?

Hablando vulgarmente, fobia es todo temor irrazonado o desproporcionado ante el cual el sujeto se siente impotente para reaccionar, aun cuando reconozca la falta de fundamento de esa impotencia. La fobia es, pues, *un miedo insensato, sentido por un cerebro que es, en lo demás, sensato*. Cuando no pasa de su fase inicial y se presenta en forma vaga, aun cuando persistente, se denomina, a veces, *aprensión*; si se halla relacionada con mitos, ideas mágicas y traiciones de supuestos maleficios, se la denomina *superstición*. Si se presenta en forma compulsiva, obligando al sujeto a la realización de actos, más o menos absurdos, para librarse momentáneamente de su angustia, se la llama *obsesión miedosa*. Mas en unos y en otros casos lo característico de las fobias es que quien las sufre reconoce lógicamente la falta de base razonable de tal sufrimiento y, no obstante, sigue siendo su víctima, sin posibilidad de espontáneo dominio.

Las fobias poseen algunas otras características que sirven para delimitarlas, cualquiera sea el vestido ideológico que adopten para expresarse: a) su *brusca ocurrencia* y su *presentación accesional y rëcidivante*. Ésta tiene lugar cada vez que el sujeto, directa o indirectamente, percibe o evoca algún dato asociativamente ligado al objeto o acto que constituye su llamado *contenido manifiesto* y que es denominado *estímulo fobígeno aparente*; b) su *independencia o ininfluenciabilidad* por el pensamiento lógico y la argumentación razonada y persuasiva; c) su tendencia natural al *crecimiento y difusión* —alergia psíquica o anafilaxia fóbica— mientras no se corrija su motivación; d) su *desaparición brusca* mediante ciertas fór-

mulas privadas, que el sujeto *fabrica* como autodefensa y le sirven para salir momentáneamente de su influjo atrozante, aun cuando no le inmunizan, antes bien le predisponen, a volver a caer en él tras un intervalo más o menos largo; e) su frecuente coexistencia con *dudas y compulsiones* (tentaciones imperativas) constituyendo la tríade sintomática fundamental de la denominada neurosis imperativa, compulsiva, obsesiva y parapatía anaclástica, en la que el sujeto se siente impedido y paralizado por fuerzas superiores a su voluntad y que resisten a todo razonamiento, obligándole a realizar un permanente y doble esfuerzo adaptativo a la realidad social circundante y a la impuesta por esas anormales tendencias, cuyo castigo de inobediencia es una insoportable angustia.

Es evidente que en sus formas leves, o sea, en la apariencia de aprensiones, supersticiones y manías —como el vulgo las llama—, las fobias han sido íntimamente sentidas, más de una vez, por la mayoría de los adultos humanos. Mas éstos han conseguido defenderse fácilmente de ellas, eludir las o dominarlas, sin graves alteraciones de ánimo ni de su conducta. Otro es el caso, empero, cuando adquieren pleno auge patológico, pues llegan de tal modo a invadir la conciencia que cuando no están plenamente presentes en ella el sujeto vive igualmente angustiado, temiendo y esperando su inopinada presentación: entonces el individuo siente miedo de sentir miedo y se asusta tanto de no tenerlo, pues tan acostumbrado está a lo primero que lo segundo le parece aún de peor agüero.

Gracias a la obra de Sigmund Freud sabemos hoy perfectamente que estos temores absurdos, gigantes y atrabiliarios, tienen su origen en las zonas sub o inconscientes de la persona, en donde se hallan reprimidas las tendencias y experiencias que los determinan y propulsan.

Su contenido consciente no pasa de ser la máscara o símbolo tras del cual se oculta el real motivo fóbigeno que, alguna vez, fue consciente pero se vio rápidamente rechazado por la censura moral del sujeto, acudiendo entonces a re-presentarse mediante cualquier imagen o dato de conciencia (nombre, pensamiento, idea) que tenga alguna relación asociativa con él. De esta suerte, lo que realmente asusta al sujeto en una fobia no es el objeto o contenido de la misma sino *el deseo o la acción que éste simboliza y que el sujeto se esfuerza en olvidar*. Así, pues, el mecanismo fóbigeno cumple, en realidad, una misión inmediatamente defensiva toda vez que si bien

hace sufrir al individuo las molestias de su miedo *le quita el remordimiento* que derivaría de aceptar su verdadera motivación. Pero precisamente en esta deformación va implícita la posibilidad de perduración y de encronización de la tendencia fóbigena, pues tanto se disimula que no requiere descargarse directamente y entonces resulta peor el remedio que la enfermedad, ya que conduce a un constante aumento del malestar sin proporcionar ni siquiera el goce momentáneo de su satisfacción directa.

Supongamos, para aclarar ideas, que alguien tiene una *claustrofobia*, o sea, que teme tanto quedarse solo en una habitación que acude a cuantos recursos le son dados para evitarlo. A veces esta fobia arranca desde la infancia y se continúa luengos años, obligando a quien la sufre a situaciones ridículas y a sobresaltos sin cuento. Un leve análisis basta para mostrar que lo que al sujeto le asusta no es en realidad quedarse solo, sino *el hecho de no poder evitar masturbarse si se queda solo* y, derivado de él, la amenaza de castración (pues una niñera le dijo que "si se tocaba aquello" se lo iban a cortar). Qué duda cabe que a fin de cuentas ese sujeto ha sufrido mucho más en su vida mediante este mecanismo defensivo contra la angustia de castración que si realmente la hubiese sentido conscientemente. En tal caso, siempre habría podido ser tranquilizado fácilmente, mediante una explicación de lo que el acto masturbatorio significa y los medios *normales* de evitarlo.

*El miedo nunca paga y menos en las fobias.* Ésta es una fórmula que ha de ser recordada por quienes tienen la responsabilidad de la educación infantil y juvenil: no es posible dejar que se fije en un individuo uno de estos dispositivos fóbigenos diciéndole cómodamente que "ya desaparecerá cuando sea mayor", pues la verdad es que los planos neurofuncionales que constituyen la parte inconsciente de nuestra persona no evolucionan y siempre son igualmente jóvenes, en comparación con la madurez alcanzada por la vida consciente (equipos de hábitos formados en la corteza cerebral).

### Diversas clases de fobias.

Por lo que ya hemos avanzado acerca del proceso de su formación se concibe que el contenido aparente de las fobias puede ser tan diverso que incluya todo cuanto existe, en la realidad o en la ima-

ginación de cualquier mente. De aquí la inutilidad de hacer una enumeración o una clasificación basada en la modalidad del "tema" u "objeto" de la fobia; ya hace años que los psiquiatras han desistido de rebuscar en los diccionarios griegos raíces para expresar en forma abstrusa los temores insensatos y patológicos más comunes (*rupofobia* = miedo al contacto; *agorafobia* = miedo al espacio grande; *claustrofobia* = miedo al espacio cerrado; *tanatofobia* = miedo a la muerte; *cinofobia* = miedo a los perros, etcétera).

En cambio, sí es conveniente ensayar una clasificación de las fobias basándonos en sus reales y subyacentes motivos propulsores, en sus procesos patogénicos (mecanismos de formación) o en los actos de conducta a que conducen. Esta tarea, empero, no ha sido lograda, que sepamos, por nadie, aun cuando son varios los autores que la han intentado, sin excluir al que esto escribe.

Para esta finalidad, es importante, ante todo, eliminar las *seudofobias*, es decir, los temores que no encubren falsa mercancía ideológica y resultan, simplemente, de una exagerada difusión y persistencia de una condicionalización refleja negativa, originada por una situación *realmente traumatizante* desde el punto de vista emocional. Estas *seudofobias* quedan ejemplarizadas en el clásico refrán: "gato escaldado, del agua fría huye". En efecto, si bien puede parecer absurdo que un gato huya del agua fría, no lo es si antes ha sido escaldado, pues en su visión no tiene medios de saber si el agua está quemante o no. Así, también es una *seudofobia* la de quien por haber sufrido un atropello de automóvil tiembla ante el sonido de una bocina, aun cuando esté en su casa, o renuncia a salir de paseo si no es acompañado, o se pone angustiado cada vez que se pronuncia delante de él la palabra vehículo; todos esos fenómenos son puras anafilaxias psíquicas y traducen la sensibilización personal, derivada de una postexcitabilidad permanente de los deflejos que intervinieron en la situación traumatizante y que ahora se reactivan por cualquier signo o estímulo asociado a la misma. Lo propio, en cambio, de las *verdaderas fobias*, como ya señalamos, es que el propio sujeto reconoce que son absurdas, es decir, que carecen de base racional o lógica o que, si parecen tenerla, no obedecen a las medidas defensivas que, en condiciones normales, servirían para hacerlas desaparecer. De aquí la imposibilidad de tratarlas por persuasión, por apelación al convencimiento o a la llamada fuerza de voluntad.

Pues bien, de acuerdo con la primera base de clasificación, o sea, con los motivos subyacentes, que constituyen la real causa eficiente de su formación, las fobias pueden dividirse en: a) *encubridoras* de la tendencia; b) *sustitutivas* (las más frecuentes); c) *expiatorias*. Veamos, brevemente, un ejemplo de cada una de estas clases:

a) La joven F. H., de 18 años, desarrolla, sin motivo aparente, una *colofagia*, o sea un *temor al viento*; ese temor es tan exagerado que no se atreve a salir a la calle y permanece en su casa constantemente verificando si están bien cerrados todos los postigos de las ventanas y todas las puertas de acceso.

Tan pronto como alguien llama y precisa abrir la puerta del exterior, ella se sobresalta y se acurruca en un rincón, propendiendo sobre todo a cubrirse las piernas con una toquilla, que casi siempre lleva consigo o tiene cerca de sí. Un breve análisis de esta eolofobia mostró que tenía su origen en deseos o tendencias exhibicionistas reprimidas: la citada joven deseaba subconscientemente llamar la atención hacia sus encantos a un joven vecino, que parecía poco propicio a interesarse en ella. Una amiga le dijo un día que había conseguido trabar relación con su vecino, en un caso similar, provocando deliberadamente una corriente de aire en su casa, que sirvió para abrir "casualmente" la ventana mientras ella se hallaba en bien cuidada "negligé". Fingiendo gran espanto acudió a cerrarla con lo que consiguió ser vista y satisfacer su deseo. F. H. gustó, evidentemente, de la estratagema, pero su mayor formación cohibitiva le impidió usarla directamente. Al poco tiempo surgió en ella esa fobia, con la que —de una parte— se defendía de la "tentación" y, de otra, lograba también su propósito, pues el joven en cuestión se intrigó al ver el cambio habido en la casa. En suma: en este caso la fobia era la manifestación ostensible del deseo oculto. Podría resumirse el proceso de estas fobias encubridoras con esta frase: *dime lo que tanto temes y te diré lo que deseas*.

b) Don A. K. es un pundonoroso militar de 50 años que acude a la consulta médica por sufrir, desde hace varios años, de un irrazonado pero irresistible temor a los canes. La visión de un perro lo pone tan nervioso que casi no se atreve a salir a pie por la calle ni tampoco se dirige a un aposento sin estar seguro de que en él no hay uno de tales animales. Preguntado por qué le inspiran los perros un tal terror, no aciertta a responder; no es —co-

mo acostumbra suceder en casos semejantes— que tema ser mordido y sufrir la rabia, ni tampoco es que tema el contagio de algunas enfermedades que puedan transmitir sin morder. “Más que nada me asusta —dice— la idea de que me laman o se acerquen bruscamente a mí.”

Un breve análisis muestra que, efectivamente, hay alguien que el señor A. K. no quiere que se le acerque y le lama: una antigua sirvienta, con la que había practicado coitos orales y que hace un tiempo vio casualmente en la calle. En este caso se produce una evidente *sustitución* de la imagen de esa sirvienta por la del ser que más se le parece en su conducta y frente al cual el pundonoroso militar puede huir sin remorderle demasiado la conciencia: el perro.

Con ello sufre, de una parte, su prestigio militar, pero en cambio evita perder su total prestigio social y humano, pues al no salir solo y a pie a la calle esquiva la posibilidad de encontrarse nuevamente con esa antigua amante, que sin duda podría reclamarle el cumplimiento de palabras y promesas y exigirle, cuando menos, compensaciones económicas. De otra parte, el sufrimiento consciente que él tiene cada vez que piensa en un perro sirve para purgar sus pecados y es el precio que paga por su actual defensa.

c) L. R., joven estudiante de quinto curso de medicina, está decidido a dejar la carrera y retirarse al campo o, incluso, suicidarse, si no encuentra alivio ante una fobia que se le ha desarrollado en los últimos dos años; cada vez que cree ver o piensa en cualquier objeto puntiagudo (lápiz, aguja de inyección, cortaplumas, tijera, etcétera) siente un temor indefinible y la angustia atroz de considerar que pueda utilizarlo “sin darse cuenta” para hacer con él un crimen y, en especial, sacar los ojos (es decir, hundirlo en el ojo) de alguien que se halle a su alrededor. Por ello lleva siempre las manos en los bolsillos, convulsamente apretadas hasta el punto de hacerse sangre con sus uñas —a las que no puede cortar por no poder usar tijeras ni dejar que se las use— sobre su palma.

Un análisis de sus asociaciones libres, sueños y algunas producciones literarias de su infancia nos demuestra que cuando tenía 5 años intentó introducir primero su pene y luego su índice en la vagina de su hermana menor, de 3 años de edad, con quien dormía en la misma cama. Ella se despertó y él le tapó la vista con las manos. Nunca volvió a repetir el intento, mas la tendencia siguió

reprimida en el subconsciente y engendró ese tipo de fobia *expiatoria*, en el que se consigue, a la vez, un autocastigo y una disculpa.

### Diversos mecanismos de formación (patogénica) de las fobias.

Cualquiera que sea la finalidad, y a veces es múltiple, de una fobia, es preciso que exista un mecanismo, dispositivo o pauta para su formación, expansión y mantenimiento. Dicho de otro modo: se requiere una fuerza impulsora, una tendencia directriz y unas vías de decurso. Las variaciones en estos tres elementos nos darán diversos tipos de patogenia, es decir, de mecanismo de formación, del síntoma. No es nuestro intento hacer una enumeración completa, pues no estamos escribiendo una monografía científica, sino, solamente, citar algunos de los dispositivos más comunes, con el fin de hacer más patente la infinita posibilidad de variantes y la necesidad de una comprensión individualizada.

En cuanto a la fuerza impulsora, se encuentra generalmente en la energía de uno de los *impulsos primarios* (también llamados *instintos básicos* o "necesidades vitales") del ser. En contra de la opinión de Freud (que como es sabido sustentó la afirmación de que existe una sola fuerza impulsora de la actividad psíquica —la libido sexualis— pero luego se rectificó y admitió dos grupos energéticos: los instintos creadores, a los que llamó *eróticos*, y los destructores, a los que llamó *tánicos*) creemos que los impulsos primarios de reacción son varios y que cualquiera de ellos puede *alimentar* el mecanismo fobigenético (por no citar más que los principales: impulso a la afirmación del ser, al dominio (apetitivo), a la perpetuación (sexual), a la conservación (físico-existencial), a la evitación del dolor (el sufrimiento y la muerte), etc.).

En cuanto a la tendencia directriz es, fundamentalmente, siempre de tipo utilitariedadhedonista, o sea que, por extraño que pueda parecer, la fobia *propende a servir para satisfacer un deseo*. Claro está que este deseo puede ser, inclusive, el de sufrir para expiar un sentimiento de culpa o quedarse libre de un remordimiento, pero con mucha mayor frecuencia se trata de obtener la paz moral *a priori* y no *a posteriori*, de suerte que la fobia sirve más bien como un medio de *asegurarse* la no realización u ocurrencia de algo, con

vistas a la experiencia anterior del sujeto (en este sentido, una gran cantidad de fobias puede ser considerada como el efecto de reflejos condicionales negativos cuya esencia es un proceso de asociación y sustitución simbólica).

Finalmente, las vías de decurso son casi siempre, en su parte aferente o centrípeta, las propias de la sensibilidad exterior, dando lugar entonces a una clasificación de las fobias según el aparato sensorial transmisor del estímulo fóbigeno (fobias visuales, auditivas, olfativas, gustativas, táctiles, etc.); también hay un cierto número de fobias cuyo acto receptor o aferente está en las vías de la sensibilidad propioceptiva (miedo a caerse en determinadas posiciones al bajar las escaleras, etc.) o en la vía cenestésica (las llamadas sensaciones internas, entre las que domina, principalmente, la de la zona cardíaca, que engendra el síndrome cardiófóbico, o de neurosis cardíaca, sumamente semejante al de las llamadas neurosis de angustia o aporioneurosis).

En su parte eferente o centrífuga el efecto puede ser sentido como puramente imaginativo, pero anticipador de un futuro real (por ejemplo: miedo a la imagen visual "perro", porque anticipa posible mordedura con ulterior efecto de sufrir la rabia) o bien puede dar lugar a manifestaciones espasmódicas de fibra muscular, intestinal, bronquial, vascular, etc. Casi siempre el cuadro de respuesta corporal a la acción persistente de la situación fóbigena es tendiente a adquirir, en definitiva, la fisonomía de la angustia, precisamente por el predominio de los fenómenos de inhibición y espasmo vascular, no siendo raro que los pacientes adquieran el aspecto que presentan los enfermos de "shock". Claro está que siendo tan intolerable el sufrimiento personal en el estadio de la angustia, los fóbicos hacen todo lo posible para evitar que llegue éste. Y entre sus recursos defensivos se hallan, como ya se indicó anteriormente, infinidad de *ceremoniales* y de actos "preventivos" y "sustitutivos", generalmente más inspirados en el pensamiento mágicoasociativo que en el pensamiento lógicoconceptual. Es así como para un observador ingenuo y superficial resultan aún más incomprensibles, a veces, que los propios temores del fóbico las maniobras y los "trucos" que éste emplea para aminorar sus deletéreos efectos. Entran aquí determinados "gestos", fórmulas privadas (cábalas) y maniobras que todavía parecerían más absurdos y ridículos si no fuese porque sus autores —con el resto de serenidad que les queda— se ingenián

para justificarlos, aparentemente, aun cuando difícilmente lo consigan.

Todo ello les lleva a adoptar una actitud de "doble orientación", de disimulo constante y de tensión agotadora, por la cual propenden, cada vez más, a alejarse del contacto social, cualquiera que sea el contenido inicial de su absurdo temor. Incluso cuando éste consiste en no poder quedarse solo (islofobia) el sujeto solamente se tranquiliza en presencia de un número muy reducido de personas (casi siempre algún familiar o amigo) y quiere estar adherido a ellas como una lapa, pero no consiente en alternar en una reunión de gentes desconocidas.



## CAPÍTULO VI

### LA LUCHA CONTRA EL MIEDO

Pasó ya el tiempo en que mentes ingenuas creían que el miedo era “saludable”, pues representaba un dispositivo del llamado “instinto de conservación”, que actuaba para nuestra salvaguardia, previniéndonos de los peligros y alejándonos de ellos. Hoy sabemos que el miedo—el Gigante Negro— es heraldo de la muerte y no nos gusta su presencia, ni aun bajo sus menos repulsivos disfraces. Es preciso, pues, luchar contra él a brazo partido. Afortunadamente, como veremos más adelante, contamos con la ayuda de los tres restantes gigantes que vamos a estudiar, ninguno de los cuales mantiene con él buenas relaciones, y sobre todo los dos más jóvenes: el amor y el deber, le son francamente opuestos.

Pero no es buena técnica la de confiarnos a estas oposiciones en nuestra lucha contra él, sino que es preciso, en lo posible, que seamos sus árbitros. De aquí que, para integrar el estratégico plan combativo, convenga partir de un concepto un tanto amplio, profundo y preciso de la naturaleza de éste, nuestro máximo enemigo. Con lo ya expuesto en las anteriores páginas es suficiente para empezar la batalla; quien desee darla con éxito obrará, no obstante, cautamente si solicita la colaboración de un buen psicoterapeuta que le asegure el triunfo.

#### **Etapas a recorrer en el dominio del Gigante Negro.**

La primera y principal consiste en descubrir sus escondrijos, es decir, en conocer sus máscaras y “camouflages” hasta lograr localizarlo bien. Siempre se siente miedo “de” algo y “por” algo; hemos de lograr conocer, pues, la real identificación del *objeto* y descubrir

la verdadera *motivación* del miedo que pretendemos combatir. Ya hemos visto que no siempre es tarea fácil reconocer qué es lo que tememos en realidad; y menos fácil aún es saber por qué lo tememos. Para solucionar esas incógnitas se impone en muchas ocasiones el auxilio de una exploración psicológica competente. Otras veces basta con una observación neutra, atenta y completa de la situación y de la conducta.

La segunda etapa debe dedicarse a reunir y seleccionar las armas que van a ser empleadas para luchar y vencer a nuestro enemigo. Ya sabemos cuáles son los puntos de apoyo y sus diversas argucias; ahora hemos de presentarle batalla y hacemos recuento de nuestros medios de combate. Ya indicamos que entre éstos se cuentan los otros tres gigantes, cuya rivalidad hacia éste les hace estar siempre dispuestos contra él; pero no podemos libramos enteramente a su merced, pues nuestro sería el llamado "teatro de operaciones" y quedaría como acostumbra quedar los pobres pueblecitos campesinos cuando en su derredor libran feroz batalla dos modernos ejércitos: hechos papilla, en tanto las poderosas maquinarias bélicas se alejan rugientes y casi incólumes, protegidas como están por sus enormes medios defensivos. Conviene, pues, utilizar la colaboración circunstancial de los tres salvajes hermanos del miedo, pero poniéndola inteligentemente a nuestro servicio y no adscribiéndonos ciegamente a ninguno de ellos, por atractivo y hermoso que parezca o por efectivo y rápido que se nos muestre en la obtención de la victoria (cual sucede, sobre todo, con el amor).

Las armas a emplear variarán según las circunstancias, mas habrán de usar un doble filo, o sea, que habrán de tener una doble posibilidad de ataque: por uno de sus lados serán "razonantes" y actuarán dando mazazos directos al gigante; por el otro serán "imaginantes" y actuarán desorientándolo, anestesiándolo y desvaneciéndolo entre un sutil tejido de optimistas ilusiones.

En cuanto a su naturaleza, será varia: física, química, eléctrica, psicológica. En cuanto a su uso, podrá ser encomendado al propio sujeto o requerirá el concurso de otros; éstos, a su vez, pueden ser familiares, amigos o técnicos en la lucha contra el miedo. En todo caso, lo importante es saber coordinar e integrar sus efectos, de modo que este avieso gigante se vea atacado por todos lados, sufriendo una ofensiva global y tan múltiple como son sus mañas.

La tercera y última etapa, la más importante y difícil, consis-

tirá en analizar a fondo los motivos por los cuales la persona se ha hecho más vulnerable o sensible a la acción deletérea del miedo, aplicándose entonces a corregir sus fallas, de modo que éste no pueda, en lo sucesivo, atenzarla y estrangularla entre sus negros tentáculos.

### Miedo individual y miedo colectivo.

Naturalmente, las etapas que acabamos de mencionar serán diversamente recorridas según nos hallemos ante un caso de acción individual o ante una epidemia colectiva de miedo. Generalmente éstas se engendran en situaciones catastróficas tales como guerras, revoluciones, pestes, terremotos, erupciones volcánicas, etc., en las que la desorganización de la vida toda dificulta extraordinariamente la asistencia psicoterápica. En tales casos, por su extensión, por la urgencia en regular sus efectos, se justifica excepcionalmente el uso de una terapia homeopática, aplicando el principio de "Similia, similibus curantur" y combatiendo al miedo con el terror, es decir, enfrentando unas a otras partes del monstruoso cuerpo del gigante.

Así, por ejemplo, es la dolorosa pero real experiencia vivida en las grandes guerras la que muestra que el modo de combatir los accesos de "pánico colectivo" consiste en hacer fusilar a quienes huyen del enemigo. Puestos ante el dilema de una *probable* muerte ante las balas que ocasionaron su miedo o de una *certera* muerte ante las que son capaces de matarlo, junto con él, cada soldado prefiere "huir hacia adelante"; o, dicho en otros términos, prefiere una probable muerte como "héroe" a una segura muerte como "cobarde" o "traidor".

Pero tales recursos extremos, especie de "autovacunación psíquica masiva y brutal", son por demás peligrosos, pues si el miedo, en el fondo, no es otra cosa más que la anticipación de la muerte, resulta un extraño triunfo sobre él, éste de sustituirlo por su dueña. De aquí que hoy se entable la lucha contra esos miedos colectivos mediante recursos más humanos y efectivos. De ellos nos hemos ocupado extensamente en nuestro libro *Psiquiatría de Guerra* (ed. inglesa de Norton Co. New York, 1943; ed. castellana E. Médico-Quirúrgica, Buenos Aires, 1944). No es ésta la ocasión de comentar-

los ni estudiarlos, ya que nuestro ensayo está principalmente concebido como un intento de ayuda, personal y directa, a cada lector, para la mejor comprensión de sí mismo y de sus problemas anímicos. Vamos, pues, a considerar solamente, con detalle, el "modus operandi" ante los casos de miedo individual, privado o aislado, de acuerdo con el esquema antes señalado.

### La lucha contra la "raíz orgánica" del miedo.

Por tal entendemos al conjunto de causas o factores "materiales" (anatómicos, lesionales o funcionales) que favorece la eclosión o la difusión de los procesos inhibitorios o paralizantes de la actividad vital. Tales factores son responsables de una disminución del llamado "biotono", es decir, de la energía con la que el ciclo vital tiende a afirmarse y a proseguir, invulnerable, a pesar de las variaciones desfavorables del ambiente. Walter Cannon ha propuesto el nombre de "homeostasis" para designar el conjunto de dispositivos fisiológicos que aseguran esa persistencia de la vida propia, a través de cambios bruscos y nocivos; en cierto modo puede afirmarse que son opuestos e incompatibles la homeostasis (que proporciona la máxima capacidad de adaptación orgánica posible) y el miedo.

Por eso, los enfermos, los ancianos y los seres débiles, cuya homeostasis es deficiente, sienten con mayor intensidad los efectos del miedo. Por ello, también, los influjos agotantes de la energía vital (déficit alimentario, de temperatura, de sueño, de líquidos, de reposo, etc.) predisponen a la aparición del Gigante Negro. Se ha comprobado, en las recientes guerras, que tropas valerosas y selectas llegaban a comportarse peor que otras menos aguerridas cuando se hallaban exhaustas por una larga lucha sin intervalos de descanso.

De aquí deriva la necesidad de someter, en primer término, a toda persona que sufra más de la cuenta de los efectos del miedo a una detenida exploración médica, destinada a develar eventuales focos de inferioridad funcional orgánica, en los que el miedo halla preciosos auxiliares para su nefasta obra. Una infección oculta en una raíz dentaria, en una amígdala, en el apéndice o en cualquier otro lugar del cuerpo; un desequilibrio hormonal o una insuficiencia hepática leves, es decir, cualquier alteración (funcional o lesional) del organismo, que puede pasar inadvertida a su portador, es capaz, sir

embargo, de influir su tono cenestésico individual y *crear un permanente estado de inseguridad, de inquietud, pesimismo, ansiedad e insuficiencia yoica.*

Así, pues, para cortar esa posible raíz al miedo es preciso verificar la denominada "limpieza orgánica" (preconizada por Cotton en el tratamiento de todas las dolencias mentales) fortificando, luego, los órganos afectados, mediante medidas de higiene, dietéticas, gimnásticas o medicamentosas adecuadas.

Pero el miedo —sin apartarnos de considerar su raíz biológica— puede también hallarse favorecido por un predominio excesivo de los sectores y centros neurovegetativos que presiden las reacciones de inhibición. La tendencia al espasmo vascular, a la lipotimia y a la angustia puede derivar directamente de un exceso de colina o de una distonía vagosimpática, capaz de ser corregida químicamente, o de ser compensada por diversos recursos organoterápicos. De aquí la posibilidad de hablar de una "bioquímica del miedo y de la angustia", que en el porvenir contribuirá probablemente a la prevención del pánico en medida semejante a como se ha logrado, ya, prevenir el "shock" quirúrgico. Un grosero anticipo de esta profilaxis del miedo lo hallamos en el uso —y por desgracia también abuso— de brebajes alcohólicos en las vísperas de ocasiones en las que es preciso comportarse valerosamente. Es muy posible que los derivados modernos de la adrenalina (benzedrina, pervitina, etc.) actúen del mismo modo, con menos efectos tóxicos.

### La lucha contra las "raíces psíquicas" del miedo.

Ésta es la más efectiva y compleja. Recordemos, ante todo, que a pesar de su motivación pluridimensional multiforme, el miedo se presenta siempre del mismo modo en el plano consciente: ocasionando una retracción y empequeñecimiento del sentimiento de seguridad y de la zona de libre determinación del Yo, con tendencia a la aparición de una vivencia de insuficiencia, autoanulación e impotencia, que torna al individuo desvalido ante la situación, engendrando en él un incoercible deseo de desvanecerse ante ella, desaparecer, reducirse a la nada, o sea, al no-ser: un paso en esa dirección lo da, ya, desde el momento en que deja de actuar y se sumerge en una expectativa inactiva y angustiante.

Por ello se comprende que la mejor profilaxis del miedo consiste —psicológicamente hablando— en estimular la expansión y el afianzamiento del yo mediante la práctica sistemática y graduada de su acción sobre el miedo y los llamados estímulos fóbigenos. Solamente actuando aumenta la “confianza en sí” y disminuyen los procesos de inhibición miedosa, puesto que no es posible la coexistencia de las contrapuestas actitudes de la acción (liberadora) y la inhibición (estranguladora).

Es factible, inclusive, una acción directamente ejercida para *inhibir la inhibición* cuando ésta se halla, ya, en curso de extensión o irradiación. Para ello será preciso, empero, poseer un previo entrenamiento en la ejecución de los actos que ahora se desencadenan; éste es el fin primordial de las maniobras militares: automatizar ciertas pautas de conducta de tal modo que puedan ser realizadas incluso en condiciones de gran espanto.

Por desgracia, no basta que a una persona le demos la sencilla fórmula de que “la acción es el antídoto del miedo”, pues precisamente en la mayoría de los casos tales personas sufren singularmente del “miedo a la acción”, insuperablemente estudiado por Pierre Janet (ver sus trabajos acerca de *La Peur de l'Action* en su obra *Les Medications Psychologiques*).

¿Cómo vencer este círculo vicioso? El médico dice: “actúa para no tener miedo” y el fóbico contesta: “tengo miedo para actuar”. El remedio consiste en convencer al miedoso de que sus actuaciones iniciales ha de llevarlas a cabo “dentro de sí” y que su miedo a la acción exterior depende en gran manera de que *carece de un previo y seguro plan interior de acción*. En efecto, las personas miedosas son, por lo general, inquietas, inestables, neuróticas, que giran alrededor de sus diversos esquemas práxicos como las mariposas lo hacen alrededor de la luz, sin posarse definitivamente en ninguno. Para corregir esta labilidad es preciso dotar al miedoso de un completo “plan de vida” (*Lebensplan*), y ello requiere, a su vez, resolver en cada caso tres ingentes problemas: a) autoconocimiento de las posibilidades del ser; b) concepción del mundo (“*Weltanschauung*”); c) ajuste de ambos datos y formulación del sentido de la relación entre el yo y su mundo, es decir: fijación esencial del ser-en-el-mundo heideggeriano.

Para todo ello se requiere el concurso del psicólogo integral (psicoterapeuta) dotado de una sólida formación biosocial, filosó-

fica y psiquiátrica. En efecto, las preguntas que el sujeto debe dirigirse para resolver su primer problema: ¿Quién soy yo? ¿Qué valgo? ¿Cuáles son mis posibilidades de acción?, etc., difícilmente pueden ser contestadas con exactitud sin un previo y complejo examen objetivo de los diversos segmentos de su personalidad, que requerirá el concurso de medios psicotécnicos complejos. Gracias a éstos se podrá satisfacer el imperativo "Nosce te ipsum" y se tendrá resuelto, siquiera de un modo aproximado, la manera de salvar el primer escollo. En cuanto a la formación del conocimiento e intuición del mundo, es asunto que requiere un cultivo coherente y perseverante de las disciplinas científicas, en forma equilibrada (natural y espiritual: "Naturwissenschaftlich" y "Geistwissenschaftlich") que permita al sujeto adquirir un horizonte más dilatado del que le es habitual y llegar a una visión sintética que le eleve y aleje de la miópica consideración de la anécdota circunstancial por la que se orienta y guía a diario la inmensa mayoría de las víctimas del miedo. Es preciso, sobre todo, contrarrestar en tales sujetos el residuo "mágico" de su pensamiento, que tiende siempre a interferir con la razón en la elaboración de sus creencias y a determinar que éstas oscilen excesivamente bajo el influjo de episódicos sucesos personales.

### Fijación de la misión del ser.

Y llegamos así al tercer problema, esencial para la fijación del plan vital individual: ¿en qué sentido cabe establecer la tarea del yo en el mundo? Consciente de sus "posibilidades" y de las "posibilidades de realizar sus posibilidades", es preciso que ahora cada cual determine y decida *lo que va a hacer en realidad*, tomando en consideración otros dos factores: el vocacional (qué le *gustaría* hacer) y el ético (qué *debería* hacer). De aquí la necesidad de realizar una armónica síntesis —en la que fracasa la mayoría de los mortales— que permita obtener la seguridad del "acuerdo entre contrarios" y dar al sujeto la serenidad derivada de su paz interior. Para ello conviene aminorar las distancias intrapsíquicas, acoplar vectores, trazar diagonales y bisectrices, neutralizar pulsiones, ajustar y reajustar conceptos y esquemas de conducta, hasta conseguir que la personalidad constituya un bloque homogéneo y elástico en vez de ser un heterogéneo magma de núcleos energéticos incoordinados. Esta in-

gente labor requiere, las más de las veces, la ayuda de un psicoterapeuta avezado en las modernas técnicas psicagógicas.

Porque, casi siempre, el miedoso tiende a exagerar irremisiblemente su miedo, en vez de aminorarlo, pues a medida que fracasa en la vida se impone —como reacción hipercompensadora— un ideal de (anhelada) perfección más inaccesible, o, para tranquilizarse en cierto modo de sus fracasos, procura menospreciarse y convencerse de que su valor es aún inferior a su rendimiento. Así, las personas neuróticas —entre las que se reclutan la casi totalidad de los miedosos— acostumbran, de una parte, decir a cada paso que son distintas de las demás e incluso confiesan que odian la vulgaridad y que les molesta el contacto con la “gente”. . . . lo que no impide que en otras ocasiones afirmen que “les gustaría ser un sujeto innominado y poder pasar inadvertidas”. Por un lado ofrecen, pues, un sentido aristocrático y vanidoso de su personalidad y, por otro, un aparente menosprecio de sí mismas; estas y otras contradicciones hacen de la persona neurópata un ser de psicología complicada, como lo es la del miedoso que ofrece, asimismo, la antinomia de una gran vulnerabilidad y susceptibilidad, coexistentes con una tendencia a la reacción brutal y desmedida cuando se siente dominador del peligro, real o supuesto. El aumento constante de la distancia entre los distintos núcleos psíquicos favorece la psicorrexis y provoca el crecimiento paralelo de la inseguridad y el desasosiego íntimo; por esto afirmábamos que resulta sumamente difícil esperar la espontánea corrección de la actitud miedosa y que es preciso, las más de las veces, confiar tal tarea al psicoterapeuta.

### **Necesidad del apoyo propulsivo.**

Dando ahora por supuesto que con la ayuda de persona perita el miedoso haya llegado a la formación de su más adecuado plan de vida y admitiendo, con un poco de optimismo, que haya incluso acertado en la elección del momento y lugar apropiados para sus diversas fases (cuándo y dónde realizar *su plan*), necesita todavía, durante un cierto tiempo, la acción tutelar del psicoterapeuta, dirigida ahora a asegurar el cumplimiento sistemático y perseverante de sus proyectos. Igual que el niño requiere, para aprender a andar, la ayuda de la niñera, el miedoso necesita la supervisión de la per-

sona en quien ha depositado su confianza; a ésta corresponde el irle liberando paulatinamente de su apoyo y arriesgándolo en empresas de mayor envergadura (hasta alcanzar su total y definitiva emancipación psíquica), así como el hacerle fijar en sus pequeños triunfos y aceptar sus posibles fracasos como un incidente natural de la adaptación en curso.

Finalmente, no hay que olvidar que la oposición tantas veces citada entre la inhibición (miedosa) y la acción (valerosa) tiene su base fundamental en la irreversibilidad, en un momento dado, de las corrientes psiconéuricas (celulípetas o celulffugas, aferentes o eferentes), y por ello convendrá favorecer todo lo posible, mediante un acertado cultivo del ejercicio físico, principalmente en su modalidad deportiva, la facilitación (Bahnung) de las reacciones psicomotrices más diversas, asociándolas inclusive al ritmo musical (gimnasia o marcha rítmica; piénsese en la acción dinámogena de las charangas militares). Asimismo convendrá estudiar pacientemente cuáles son los estímulos más efectivos para determinar en cada sujeto respuestas expansivas y procurar, mediante un hábil proceso de *condicionalización refleja experimental*, su progresiva substitución por los que *ab initio* le provocaban la inhibición. Así se ampliará a diario la zona de "acción segura" del individuo y se reducirá el miedo a los límites normales en el adulto civilizado actual.

Se podrá argüir que al fin y al cabo el temor cumple un fin, es decir, tiene sentido teleológico, en tanto previene que el hombre se lance a la conquista de objetivos prohibidos, caiga en el "solipsismo" omnipotente o pierda su actitud submisiva frente a las normas y valores. Quien haga esta objeción ignora en primer lugar los efectos deletéreos del miedo en la ética individual; hipocresía, adulación, doblez y egoísmo son algunos de ellos. Y, en segundo lugar, no considera que paralelamente a la tarea correctora del miedo al mal hay que desarrollar e insistir, *mucho más efectivamente de lo que hasta ahora se ha hecho*, en la del amor al bien. Precisamente el error de toda la pedagogía clásica ha sido el creer que el antídoto del miedo era el coraje, cuando éste no era más que un punto nodal, una estación de tránsito hacia la *serenidad*, meta que solamente se consigue cuando el sujeto se halla *en paz consigo mismo* por haberse olvidado de sus apetencias inmediatas y colocado fuera de su "taxis", es decir, en éxtasis.

Resumiendo: el análisis estructural del miedo nos muestra<sup>4</sup>

éste como el residuo de una propiedad consubstancial de la vida misma, destinada a desaparecer en la medida en que el hombre sea capaz de intervenir en su propio destino y luchar contra su temperamento para esculpirse, con esfuerzo y perseverancia, una personalidad superior. Tal tarea exige el pleno conocimiento de los factores genos y paratípicos que contribuyen a moldearla; requiere la posesión de recursos biológicos, físicos, psicológicos y sociales adecuados; presupone también la colaboración de las técnicas pedagógicas y psicomotrices destinadas a conseguir de ellos la máxima eficiencia.

Hoy se concentran en manos del médico, y singularmente en manos del psicoterapeuta, esos conocimientos y recursos. Por esto la lucha contra el miedo y su prevención psicosomática ha de incorporarse, como una tarea más, quizás la de mayor enjundia y urgencia, al programa de actuación de la denominada psicoterapia social, íntimamente entroncada con la educación social, de las que, en definitiva, dependa la salvación o el hundimiento de nuestro mundo.

## CAPÍTULO VII

### LA IRA

#### **Génesis del Gigante Rojo.**

Muy en lo hondo, en la noche de los tiempos, del negro vientre del miedo brotaron las rojas fauces de la ira. Ésta creció rápidamente y se convirtió en el segundo gigante de los cuatro que atenan al hombre y hacen de su vida un perpetuo drama.

Los dominios de la ira son tan vastos como los de su antecesor.

Del propio modo como no podemos concebir un mundo biológico desprovisto en absoluto de temor, tampoco cabe imaginarlo sin ira:

“Nisi orbe sine irae” (No hay mundo sin ira). Y, realmente, desde que la Tierra empezó a dar tumbos y en ella se agitaron las primeras formas vivas, esos dos seres monstruosos, unidos en extraño maridaje, cabalgan uno sobre otro, formando híbridos productos que tiñen de luto y de sangre nuestro valle de lágrimas.

Ni Dios mismo escapó a sus efectos, pues —siempre según las Sagradas Escrituras— si por su gran poder fue invulnerable al miedo, no lo ha sido a los efectos de la ira; varios son los ejemplos ilustrativos de esta llamada “Cólera Divina” (Sodoma y Gomorra, el Mar Rojo. . .). Curiosa paradoja es ésta, según la cual la ira es, aparentemente, de efectos contrarios al miedo y, no obstante, colabora con él en la destrucción y en el sufrimiento. La ira, mujer fiel, gusta de aliarse con sus otros parientes: cuando se liga al amor nos da los celos; cuando se aúna al deber nos da la intolerancia, capaz de llegar a los excesos de Torquemada y de Savonarola. Pero su cónyuge preferido es, sin duda, su incestuoso progenitor: el Gigante Negro.

Veamos ahora, con criterio científico y objetivo, de qué fuentes

energéticas se alimenta, cómo crece y evoluciona, en la escala biológica, este segundo y no menos terrible personaje de nuestra tetralogía.

### Antecedentes biológicos de la ira.

Si el miedo es el residuo y el anticipo de muerte que lleva consigo la vida, la ira es la expresión de la protesta vital contra aquél, a la vez que el intento de expulsión del malestar letal, descargándolo hacia el exterior. "Matar para no morir" parece ser el lema del Gigante Rojo, aun cuando en realidad su furia nos mata igualmente (es viejo como el mundo el dicho "morirse de rabia"). Freud y su escuela han visto parcialmente la verdad cuando vinculan la ira a los llamados instintos de muerte o tánicodestructivos haciéndola sinónimo de "impulso de anulación" que puede dirigirse agresivamente contra el exterior (asesinato) o contra el propio cuerpo (suicidio) creando las variantes sádica y masoquista, respectivamente. Decimos que han visto parcialmente la verdad porque, a nuestro juicio, la estructuración dinamo-genética del Gigante Rojo es algo más compleja y requiere la conjunción de diversos factores que vamos a considerar seguidamente:

### La irritabilidad celular.

Cuando una sustancia inerte es afectada por cualquier agente vulnerante, acusa en una modificación morfológica y fisicoquímica el impacto o efecto de éste; así por ejemplo, una botella de vidrio que es lanzada contra el suelo se rompe y un anillo de oro que contacta con mercurio se decolora y cambia de aspecto y de constitución física. Hay algunas sustancias que ofrecen la propiedad de reaccionar ante pequeñas excitaciones liberando gran cantidad de calor y de energía; tal ocurre con los explosivos. Pues bien: todas las formas de la sustancia viva presentan de manera constante esta propiedad que podríamos denominar "explosiva" en el sentido de que son capaces de *devolver más de lo que recibieron*, o sea de responder con creces, transformándose de *sensibles* en *actuantes*, cuando son afectadas con determinada intensidad por los llamados estímulos o excitantes que, de esta suerte, se transforman en incitantes.

A esa propiedad, observada en cualquier célula viva, se la llama *irritabilidad*. Por ella se comprende que si damos un puñetazo

a un muñeco el efecto será puramente deformante sobre él, pero si se lo damos a un semejante, el efecto puede ser aún más deformante para nosotros, y, además, la acción contundente no provocará cambios perdurables en el cuerpo del muñeco y, en cambio, dará lugar a procesos "inflamatorios" que durarán varios días y producirán ostensibles modificaciones sucesivas en el cuerpo vivo.

La irritabilidad es, en cierto modo, opuesta a la *inactividad*, que sabemos es la fuente más primitiva de la reacción miedosa. A medida que aumenta la complicación estructural de la substancia se desarrolla más aquélla y priva sobre ésta, pues aparecen los llamados órganos de *secreción* y de *movimiento*, mediante los cuales ciertas plantas y la casi totalidad de los animales no solamente se defienden sino que atacan a sus agentes vulnerantes.

Pero es preciso ascender bastante en la escala animal para hallar una forma de irritabilidad que es íntimamente motivada, o sea, que no depende de causas exteriores sino de impulsos y necesidades surgidas autóctona y periódicamente en el organismo del animal. En tal caso no es la presencia sino más bien la *ausencia* de ciertos estímulos convenientes (aire, alimentos, etc.) lo que *irrita* al ser y pone en marcha acelerada sus dispositivos de ataque ambiental. Un paso más en la complicación evolutiva y el animal propenderá a una conducta semejante que será dictada, ya, para asegurar el éxito en el dominio del medio, lanzándose a dominarlo y a organizarlo para su servicio. Entonces puede decirse que el animal se irrita un poco *constantemente*, para evitar irritarse demasiado en las *emergencias*. De aquí que *acumule*, en forma previsor, cuanto su instinto necesita no ya para presentes sino para futuras satisfacciones.

### La agresividad animal.

Esa nueva forma de comportamiento, en la que la irritabilidad se desencadena sin causa aparente ni presente, equivale a la que podríamos denominar conducta *imperialista* o *invasora* del animal en su perimundo o espacio vital y en psicología se designa con el calificativo de *agresividad*. No todos los seres irritables son agresivos, pero, claro está, los agresivos son, además, irritables.

Entre los animales agresivos figura, no sabemos si por suerte o por desgracia, el hombre. En él la agresividad, debido al desarro-

llo del mundo cultural y de las nociones de valor, se manifiesta principalmente bajo la forma del célebre *afán o deseo de poder* (Wille zur Macht = Voluntad de poder). Por ello si hay muchos animales agresivos, del hombre puede afirmarse que es el único animal *ambicioso*.

### La ambición humana.

Querer no solamente ser y seguir siendo siempre, sino ser más, es decir, *poder más*, convertirse en *acaparador del poder*, es un signo esencialmente humano. Bertrand Russell lo ha estudiado con profundidad y gracia inimitables. ¿Es que no hay personas ascéticas, modestas y humildes? Sí, también hay gentes que se transforman en acaparadoras de la bondad, de la santidad o de la virtud. Varían los valores y los ideales que se quiere poseer, pero lo que no varía es ese afán de *tener algo que valga* (sea ello salud o dinero, fama o pureza, saber o mando, libertad o belleza).

Porque el hombre ambiciona, propende y aspira a tener tanto —es decir, a valer tanto— es víctima de mayores temores y miedos que los demás animales. Y por eso, también, es más irascible que todos ellos juntos. Solamente el hombre es capaz de destruirse metódicamente, de asesinarse científicamente, de anularse planificadamente, a *sangre fría*, como acabamos de ver en la reciente guerra mundial. Ahí están los más eminentes cerebros humanos de nuestra época, orgullosos y satisfechos de haber creado la bomba atómica, es decir, de haber hecho posible la muerte de *cien mil semejantes* en un primer ensayo. A esos hombres no se les llama criminales ni se les denuesta o critica por su labor; al contrario, se les ensalza y considera como salvadores de la humanidad. ¿De qué humanidad? ¿De la que contribuyeron a destruir? ¿De la otra? ¿Pero es que hay varias humanidades o solamente hay una? ¿Quién puede garantizar que entre las víctimas de esas dos bombas atómicas no se hallaban futuros salvadores de los mejores ideales humanos? ¿Quién puede afirmar que la conciencia de quien oprimió el botón de esas bombas estaba más limpia que la de cualquiera de quienes recibieron sus efectos?

Pues bien: esa ansia de dominio, de *afirmación y de expansión del ser*, constituye el otro fundamental ingrediente de la ira. ¿Qué

falta para que nazca y se ponga a vomitar llamas por la Tierra? El soplo vivificante de su antecesor: el miedo.

### La chispa de la ira es la conciencia o la amenaza del fracaso.

Que no se puede sentir la ira sin antes haber sentido miedo es obvio para todo observador perspicaz. Solamente cuando surge un obstáculo, cuando algo vulnera nuestro Yo y en algún modo lo limita o menosprecia, es decir, al vernos de algún modo limitados, entorpecidos o *fracasados* en nuestro propósito vigente, sentimos encenderse la chispa de la iracundia. Si en una noche de verano oímos el zumbido de un mosquito en nuestra habitación de dormir, nos ponemos en estado de alerta y esperamos, en tensión a que se pose en algún lugar de nuestra piel para aplastarlo: anticipamos el placer de convertir en papilla a ese enemigo de nuestro sueño. Por fin nos pica y... ¡zás!, nos pegamos un buen golpe sin otro resultado que el de tornar a oír el zumbido. Ahora nos *enojamos*, o sea, ponemos *enojo* al mosquito; nos empezamos a encolerizar —esto es lo importante— no en la medida en que nos sentimos potentes sino en la medida en que nos sentimos *fracasados* en nuestra supuesta potencia. Otro ejemplo: alguien nos lanza un insulto absurdo y nos echamos a reír, porque dada su falta de veracidad no nos ofende; pero si alguien nos echa en cara algo que es desagradable y total o parcialmente cierto, entonces será segura nuestra ira. ¿Por qué? Porque en el primer caso nos sobran y en el segundo nos faltan medios seguros para anular los efectos del insulto.

Considerada desde este ángulo, la ira se nos presenta como *un intento defensivo contra el miedo incipiente*. ¿Otro ejemplo? Cuando estamos desprevenidos y alguien —sin querer o queriendo— nos asusta con ánimo de bromear, no nos enfadamos si nuestro susto ha sido leve, pero nos encolerizamos si *realmente* ha sido fuerte.

### Combinación de los ingredientes en el recién nacido humano.

Nadie sabe hasta qué punto los gritos con que venimos al mundo expresan dolor, rabia o simple contracción refleja de las cuerdas vocales durante las primeras grandes respiraciones. Pero lo que no cabe dudar es que todo neonato humano normal es capaz, ya, de mos-

trar que en él vive, pronta a despertarse, la zarpa del Gigante Rojo.

Basta sujetar levemente las manos y los pies de ese recién nacido, cuando está despierto, para que veamos aumentar la fuerza de sus movimientos espontáneos, dilatarse su pecho, congestionarse su cara y dar signos inequívocos de la reacción colérica. Ésta se ha producido, pues, por el simple hecho de *no dejarle mover libremente*, es decir, de interferir en su ritmo vital espontáneo.

Precisa, no obstante, que esa limitación de movimientos, es decir, esa interferencia o vulneración no sea excesivamente intensa ni brusca, porque en tal caso lo que surge, en toda su potencia y con todo su descaro, es el espanto, es decir, el miedo primitivo: el neonato se queda inmovilizado y siderado, cual si estuviese muerto.

A partir de esa reacción iracunda inicial, con que todos respondemos a la limitación de nuestra zona de movimientos, el área y la variedad de las reacciones coléricas se extiende. Pronto todo cuanto moleste, duela o perturbe el bienestar fisiológico despertará en el aprendiz lactante verdaderas "pataletas" o "rabietas", durante las cuales, de vez en vez, surgen las reacciones de inhibición y se "queda sin resuello", como dicen las niñeras.

La vasodilatación periférica, la difusión del potencial néurico hacia las zonas ectoras o motrices de los arcos reflejos, se acompaña igualmente de un aumento general de las secreciones lagrimal, salival, sudoral y también renal, así como de las increaciones (secreciones internas) suprarrenal, tiroidea e hipofisaria. Hay fenómenos generales de hipertensión arterial y de aceleración del metabolismo. El sujeto se siente "estallar" o "explotar" y tiene necesidad de liberar ese exceso energético en gritos, imprecaciones, movimientos o gestos. Es, pues, un desborde tumultuoso de la corriente vital, un tanto interrumpido en su curso; algo así a como el arroyuelo detenido por un tronco de árbol lo desborda y salta en cascada diminuta. Cuanto más haya durado la *compresión* yoica, es decir, cuanto mayor haya sido la vulneración ofensiva, tanto más tiempo habrá estado detenida la reacción colérica y tanto más podrá luego durar su manifestación. Tal es lo que ocurre en el lactante de unos meses, a quien se hace esperar demasiado para satisfacer una necesidad imperiosa (de limpieza, sueño, alimento, etc) : cuando surge finalmente su protesta casi siempre perdura aún después de la satisfacción inmediata, o sea, que no se extingue con la reparación del daño.

## EVOLUCIÓN DEL GIGANTE ROJO: FASES, GRADOS Y VARIANTES DE LA IRA

Señalados ya, aunque brevemente, los ingredientes de la ira y sus primeras manifestaciones en la vida humana, cumple ahora seguir su desarrollo a lo largo de la evolución individual, para sorprender sus diversos "camouflages" y, lo que es más importante, sus diversas formas de presentación y descarga.

### La ira bermeja, la cólera verde y el pálido encono.

Antes de pasar a la descripción de estas variantes básicas de nuestro rojo enemigo es preciso insistir en el hecho de que, siendo directamente proveniente del miedo, tiene siempre algo de él adherido a sus entrañas. Cuando ese injerto es mínimo, la ira se nos presenta en su más pura e intensa manifestación: en forma de rabia o furia. Cuando es máximo, se interioriza y el ser adquiere la mortal palidez del encono. Como forma de tránsito hallamos la cólera biliosa, en la que "montan tanto, tanto montan" el disgusto como el miedo rencoroso.

Un previo problema, no ciertamente fácil y sin embargo urgente de resolver, es el de saber si esas extrañas mezclas o "blendings" de ira y de miedo son determinadas por peculiares interferencias hormonales y nerviosas o bien derivan de un rudimentario juicio evaluador de las posibilidades de éxito de cada una de las anti-réticas actitudes de la huida o el ataque, con las que cabe tratar de superar la situación. No hay duda de que este último es el caso cuando se trata de una persona adulta: siempre acostumbra enfadarse con quien puede, es decir, con su semejante o su inferior en potencia. Pero lo que es preciso saber es si lo mismo ocurre, de un modo más o menos inconsciente, en todos los casos. Es decir: si la aparición de la ira surge mecánica e ineluctablemente determinada por el paso de las células nerviosas de un estado de inhibición (miedosa) a un estado de excitación (iracunda) o si es condición previa a ese paso la "intelección" de alguna posibilidad de éxito personal en el dominio del obstáculo.

En la duda, cabe suponer que ambas hipótesis son posibles, a sea: que existen factores *locales* (orgánicos, fisiológicos) y factores

*personales* (psicológicos) determinantes de la proporción de miedo y de ira actuantes en cada momento de emergencia emocional ante obstáculos o situaciones vulnerantes o dañinas para el individuo.

¿Qué siente o “vivencia” —fenoménicamente hablando— la persona que entra en la órbita de acción de la ira? Coetáneamente con un indefinible sentimiento de rebelión o indignación (aumento de la propia estima o dignidad) experimenta una general impresión de calor y de fuerza “animadora”. La sangre se le “enciende y hierve en las venas” (recuérdense los famosos versos de Alberti, describiendo la ira hispana ante el avieso ataque del nazifascismo: “Madrid, corazón de España, late con pulsos de fiebre. Si antes la sangre le hervía, hoy con más fuerza le hierve”). Todo su centro existencial parece desplazarse hacia la periferia corporal: se siente “salir de quieto”. Esta impresión de desbordamiento en la ira es tal que el sujeto puede sentirse “fuera de sí”, o sea, proyectado sobre el objeto de su ira, en un impulso de absorción destructiva de tipo caníbalesco; por eso no es infrecuente ver que la expresión facial típica de la ira corresponda, estáticamente, a una contracción de los músculos motores (que mueven la quijada inferior), y la expresión dinámica corresponda al llamado “rechinar de dientes”, en anticipación de la masticación del objeto odiado.

En cuanto a la vivencia colérica propiamente dicha, se produce cuando la ira es retenida por alejamiento material del objeto: imaginemos el caso de un peatón que es ensuciado por un automóvil que lanza sobre su vestido el agua de un charco y se aleja veloz, entre risotadas de sus ocupantes. Siendo insuficiente e inoperante la descarga verbal y gesticulante de la ira (pues las palabras no son oídas y los gestos no son vistos) ese hombre entra en estado *colérico*. Se llama así a la ira en proceso de interiorización visceral; el estado de contracción o hipertonia pasa entonces de los músculos estriados a los de fibra lisa; la vesícula biliar se espasmodiza y produce una descarga biliosa que da a la piel un tinte levemente ictérico (amarilloverdoso) semejante al de los enfermos de cólera. Quien siente esta vivencia experimenta un profundo malestar y desasosiego, es decir, un *disgusto*: opresión torácica, peso en el epigastrio, necesidad de “hacer algo sin saber exactamente qué”; la respiración y la circulación están aceleradas, hay una leve ansiedad y con facilidad surge el “sobresalto”, es decir, la puesta en marcha de deflejos defensivooofensivos innecesarios e inadecuados. Pasa un tiempo y ese

cortejo sintomático exteriorizado se apaga; el individuo duerme poco y se levanta sin apetito; con ojeras y quizás con dolor de cabeza; *está pasando su disgusto* o, más exactamente, lo está "encajando". Y de todo eso queda una cólera sórdida, profunda, *en conserva*, que es fácilmente convertible en *odio*, en la medida en que el sujeto se convenza de la impotencia definitiva en que se encuentra ante sus ofensores. Más adelante veremos con mayor detalle cuál es el ingrediente que falta para que este encharcamiento colérico se transforme, realmente, en el llamado *rencor*.

Nos resta ahora describir la llamada "cólera blanca", es decir, la cólera totalmente interiorizada, ya, en la que a los fenómenos de congestión y desborde de la ira han reemplazado los opuestos, de palidez y hermetismo, del *encono*. Ocurre aquí algo semejante a lo que pasa en las infecciones cutáneas (granos y abscesos) cuando, tras unos días de dolor, calor, rubor e hinchazón, el pus, en vez de abrirse paso al exterior y evacuarse a través de la piel, empieza a ser reabsorbido por la sangre y da lugar a la llamada "piohemia", es decir, a una forma de infección generalizada y más difícil de tratar. Así también el *encono* es, sin duda, la peor modalidad que puede revestir la acción del Gigante Rojo, pues al palidecer no disminuye sus efectos nocivos sino que los destila y quintaesencia, dándoles un carácter o tonalidad mucho más letal, toda vez que en esa situación el sujeto no solamente siente cólera contra el primitivo objeto de su ira sino contra todo el conjunto de factores que le han impedido descargarla y, lo que es peor, contra sí mismo, por no haber sido capaz de satisfacer sus impulsos destructores.

La posible oposición de las actitudes miedosa e iracunda no siempre se manifiesta explícitamente del mismo modo como se produce en el ánimo. Así, por ejemplo: podemos imaginar la situación de un encargado de taller que, al verse sorprendido por el director, en una falta de servicio, empieza a dar destempladas voces y a exhibir un comportamiento iracundo, acusando injustificadamente a un subalterno, allí presente; éste se torna pálido en la medida en que el encargado se congestiona y gesticula. ¿Podría deducirse que la excitación del encargado es debida a la ira, y la inhibición del subalterno se debe al miedo? No, puesto que la realidad es muy otra: en la intimidad del primero está en franco el miedo, mientras que en la del segundo lo está la cólera, pero un deseo desesperado de excusarse, en el primero, y un temor de perder el cargo por irrespetuosidad, en el segundo, modifican el aspecto externo de sus actitudes. Por lo

demás, aun siendo ellas opuestas, tienen de común el hecho de ser mixtas y tener igual motivación: la tendencia a quedar bien ante el director. Aquí, pues, más que en otros campos de la psicología cabe recordar el prudente consejo de "no fiarse de las apariencias"; *re-presión no es supresión y ficción no es tampoco, realidad.*

### Los diversos grados de intensidad de la ira: pulsión versus pasión iracunda.

Tras la diferenciación de las tres modalidades más típicas de manifestarse el Gigante Rojo, veamos ahora cuáles son sus diversos "niveles" de acción, es decir, los términos de la escala de fuerza con que puede hacernos sentir su presencia. De un modo general, hemos visto que la ira propende a manifestarse por la acción ofensivo-destructiva, que lleva a la anulación del objeto que la excita; tiene, pues, básicamente, un carácter pulsional o, si se quiere, *impulsional*. Pero también hemos señalado que los poderosos tentáculos del miedo se entrecruzan a menudo con sus garras y las paralizan antes de que puedan clavarse en las carnes de la víctima. Entonces la ira es forzosamente estatificada o inmovilizada y empieza un proceso de interiorización regresiva, dirigiendo su poder letal hacia el propio sujeto que la alberga. Pues bien, en ese tránsito el autor pasa a ser actor y luego suficiente espectador de sus efectos, transformándose con frecuencia en un enfermo crónico, en el que la *pasión* iracunda crea úlceras y espasmos, malestares y desesperaciones capaces de culminar en la muerte (pues es posible morir de rabia infecciosa y también de rabia psíquica) o en el suicidio.

Y a lo largo de todas esas mutaciones se producen también cambios de intensidad que permiten ser clasificados en varios grados, como hicimos con los que dosifican los efectos y la acción del Gigante Negro.

La forma más leve de presentación de la ira consiste en un suave sentimiento de exaltación o "facilitación de la acción", que, por así decirlo, nos *apresta* a la consecución de nuestros inmediatos objetivos. Entonces enfrentamos la situación, como dicen las gentes, *decididamente*. Y del propio modo como la fase de prudencia, en el miedo, es elogiada por quienes no ven su procedencia, así también esta fase de *firmeza*, en la ira, es elogiada por quienes no comprenden

que representa el primer peldaño de la escala que nos puede llevar a conductas agresivas incontroladas.

La segunda fase, surgida ante los primeros obstáculos que se hallan en el camino de la acción, es la fase de *protesta interior*, que marca, a la vez, el impacto en el Yo de las resistencias conflictivas y el principio de su reafirmación dominante. Habitualmente expresamos ese nivel de intensidad iracunda diciendo que "nos sentimos molestados"; otras veces, cuando se trata de conductas sociales, nos sentimos "extrañados" o "sorprendidos" por no encontrar el eco, la ayuda o la comprensión esperada. Los ingleses poseen una palabra muy característica para designar ese momento: "shocking" (chocante).

Un grado más y esa protesta interna adquirirá el aspecto de una *rebelión personal* y constituirá el primer paso hacia la conducta *ofensiva*, que es característica de la ira. Lo curioso del caso es que entonces no nos decimos que empezamos a ser *ofensores*, sino que solamente nos damos cuenta de haber sido *ofendidos* (si se trata de obstáculos humanos) o *entorpecidos* (si se trata de obstáculos no humanos). Cuando la ira adquiere este nivel de intensidad produce ya sus manifestaciones congestivas típicas: impresión de calor y fortalecimiento interno; vasodilatación y enrojecimiento facial y auricular (es por eso que cuando alguien nos dice algo desagradable, la gente lo comenta afirmando que nos ha puesto "las orejas coloradas").

El cuarto grado de intensidad ya nos muestra la ira *desatada*: empezada nuestra ofensiva (que la consideramos solamente como "contraofensiva") no nos detenemos en el justo término sino que descargamos una reacción más violenta y dañina que la motivante del enojo. Estamos, en efecto, enojados, enfadados o airados; empezamos a perder el control de nuestras palabras y la medida de nuestros actos; necesitamos dar golpes, y cuando no los podemos dirigir al objeto de la ira los desviamos hacia lugares neutros o los damos en el aire, en ademanes violentos.

En el quinto nivel de acción la ira toma el nombre de *rabia* y ya se ha apoderado por completo de la dirección de la conducta individual. Corresponde a la fase del pánico, en la escala de intensidad del miedo. Del propio modo como bajo los efectos del pánico el individuo "no sabe lo que hace", así tampoco bajo los efectos de la rabia es apenas espectador de sus propios actos, que son impulsados por fuerzas que surgen inopinadamente de su interior y le pueden llevar hasta el asesinato.

Aún otro ascenso en la orgía iracunda y surgirá el estado de *furia*, durante el cual el sujeto no solamente pierde el control de sus actos sino incluso la conciencia o notación de los mismos: es apenas un autómatas, una especie de proyectil humano capaz de cualquier dislate, atacando no sólo a los posibles objetos determinantes de su ira sino a objetos neutros y a sí mismo. Tal es el caso del individuo que sale a la calle dando tiros sin ton ni son, hiriendo o matando a voleo, y termina suicidándose; todo ello ha durado apenas unos minutos. Naturalmente que, por fortuna, raras veces se alcanza ese nivel trágico, como raras veces consigue el miedo llevarnos hasta el estadio del terror. Pero cualquier persona —tú, pacífico lector, o tus seres más queridos, yo o los míos— es capaz de llegar a ese grado de la ira, si se dan, durante un tiempo suficiente, las circunstancias favorables para dejarse invadir totalmente por ella. Es por eso que en todos los códigos se admite como atenuante (o incluso como eximente) la “obcecación” y el “arrebato” iracundos.

### LAS FORMAS DE “CAMOUFLAGES” DEL GIGANTE ROJO

Nuestra civilización, teóricamente, es hostil a la ira, aun cuando implícitamente, como ya hemos señalado, la elogia en determinadas circunstancias. Por eso las personas “educadas” tratan de reprimir sus directas manifestaciones y con ello dan pábulo a que nos manifieste sus mañas, adoptando diversos disfraces que precisa conocer y analizar, para bien de todos. Sin duda algunos de ellos son ya suficientemente conocidos, pero otros no, y no faltará quien niegue parentesco o identidad a algunos de éstos que son, por ello, los más peligrosos. Veamos, ante todo, el disfraz más preferido y mejor usado por este versátil enemigo.

#### **El llamado impulso reivindicativo (sed de justicia).**

Librenos Dios de querer afirmar que toda la noción de justicia se halla teñida de un sentimiento iracundo; mas sí podemos aseverar que con suma frecuencia un sentimiento iracundo se disfraza de actitud justiciera y así los excesos de la venganza toman el nombre de actos reparadores.

Quien dude de este hecho (que perjudica al concepto inma-

nente de ecuanimidad que ha de servir de esencia definidora de los actos realmente justos) puede preguntarse si todo el inmenso dispositivo de la justicia estatal u oficial funciona equitativamente para premiar y sancionar o solamente para lo último. Evidentemente habrá de contestarse que nuestra justicia es fundamentalmente penal: siempre que alguien recurre a ella es *contra* otro alguien o algo; siempre que dicta un fallo hay algún perjuicio... *justificado*, sí, pero no por ello menos perjuicio.

No así la justicia divina, según la cual recibimos alternativamente premios o castigos según nuestros méritos, aun cuando fuerza es confesar que los lugares de sufrimiento son dos, el de aburrimiento es uno y sólo otro se reserva en ella para el bienestar de las almas inmortales, todo lo cual supone una de estas dos cosas: o que el Señor hizo al hombre más malo que bueno, o que su administración de justicia es también un tanto peyorativa.

Mas si dejamos tales disquisiciones, un tanto alambicadas y peligrosas, para circunscribirnos al campo de la realidad pedestre y terrenal, podemos preguntarnos si, efectivamente, quien se siente preso de la ira reacciona contra ella o bien se identifica con su impulso hasta el punto de encontrarlo, la inmensa mayoría de las veces, no solamente normal sino hasta elogiable. Las gentes se avergüenzan de sentir miedo y, sobre todo, se avergüenzan de exteriorizarlo: reconocen que es un mal acompañante, contra el cual es preciso luchar para merecer la aprobación social. ¿Pero acaso se avergüenzan igualmente de su ira o de exteriorizarla? ¿Reconocen que es también una pésima consejera y que conviene exterminarla para ser, precisamente, justos? No es éste el caso, puesto que la muy taimada se infiltra en el propio centro de nuestros pensamientos y los impulsa bajo el señuelo de la reivindicación de tal modo que sólo por excepción reconocemos que nos hallamos bajo su dominio.

Naturalmente que con gran frecuencia confesamos estar airados, enfadados o, inclusive, enfurecidos, mas inmediatamente agregamos que ese estado, y las reacciones que de él se derivan, es natural y se halla *justificado* por tal o cual ofensa, por tal o cual entuerto o violación de lo que *juzgamos* había de ser el curso de los acontecimientos. En tales condiciones nuestra conducta se dirige a "enderezar" la situación, "deshacer el entuerto", "devolver la ofensa", "reivindicar nuestro derecho".

Y es así como el impulso agresivo destructor toma pretexto en cualquier vulneración aparente de la conducta ajena para satisfa-

cerse, a la vez que nos engaña haciéndonos creer que estamos sirviendo uno de los más excelsos valores humanos.

En nombre de la "justicia" revolucionaria Robespierre descargó sus instintos tánicos sobre centenares de víctimas inocentes. En nombre de la "justicia" divina el inquisidor Torquemada cometió los más aborrecibles asesinatos. En nombre de la "justicia" geopolítica Adolfo Hitler lanzó millones de hombres a una muerte tan horrible como estéril. . . En nombre de la "moral" —cuando no se puede invocar la diosa de la balanza— se desarrollan también, a diario, actos dafinos, sanciones de créditos y prestigios ajenos, que son más penosos aún que los propios actos de sangre, pues éstos se curan con reposo, vendas y antisépticos en unos días o semanas, en tanto aquéllos pueden convertir la vida entera de familias inocentes en un verdadero infierno, sin posibilidad de terapéutica.

El caso más claro de este origen iracundo del impulso reivindicatorio lo tenemos en los frecuentes ejemplos que la psiquiatría ha aducido de la llamada "psicosis litigante o pleitista", en la que, so pretexto de cumplir la supuesta voluntad de un muerto, de defender un supuesto patrimonio o de recuperar un supuesto e inoperante derecho, se descarga sistemáticamente una actividad agresiva y maldiciente, no sólo sobre un primitivo objeto odiado sino sobre todo cuanto con él ha tenido relación y no se somete al dominio del litigante. Éste se dirige primero al juzgado, luego a la audiencia, después a la Suprema Corte, finalmente al presidente de la Nación, después al pueblo entero, a través de la prensa, la radio o folletos pagados; progresivamente extiende su enojo a círculos cada vez más extensos de personas ajenas a la situación desencadenante de su ira. Y termina "luchando solo contra el mundo", al que cubre de denuestos e imprecaciones: mas todo ello lo hace el litigante sin confesarse que está actuando bajo el impulso de una tremenda fuerza destructiva; al contrario, cree de buena fe que está realizando una obra de regeneración social y ética; se erige en campeón de la decencia, de la ecuanimidad y de la consecuencia. Y de esta suerte pueden arrastrarse pleitos casi seculares en los juzgados y tribunales de justicia, con gran satisfacción íntima de quienes viven, quizás sin darse cabal cuenta, de la cólera ajena, es decir, los malos abogados, llamados "picapleitos".

Un día habrá en que se hará la disección psicológica, a fondo, de los principios del derecho y de la acción sancionadora del Estado o de la sociedad. Y ese día no dará, naturalmente, la victo-

ria a los ácratas y anarquistas, reyes del yo y del solipsismo, pero tampoco dejará contentos a muchos llamados demócratas que parecen ignorar la necesidad —para que exista verdadera democracia— de legislar en beneficio de los más y no para protección de los menos. Cuanto de ofensivo hay en la actual administración de justicia no excusa, empero, que cualquiera decida “hacer la justicia por su mano”; quien así actúa está obedeciendo, quizá sin saberlo, los siniestros impulsos del gigante iracundo. Veamos, ahora, otro de sus disfraces más comunes.

### La crítica.

Criticar es, según la etimología, el acto de tomar postura o decidirse ante algo. La palabra “crisis”, en efecto, significa decisión. De aquí se deriva que un juicio crítico es una afirmación decisiva, que tiene pretensiones de inapelabilidad. Y de aquí se deduce, también, que un crítico es, en cierta medida, un juez, o sea, alguien que decide acerca de (el valor de) algo. Si esa función fuese ejercida con ecuanimidad perfecta habría —aplicada a casos normales— de ser tan pródiga en elogios como en censuras pero, por desgracia humana, no ocurre así y por ello las gentes han ido empleando el término en su acepción peyorativa, de suerte que hoy, para la mayoría de los mortales, no significa enjuiciar ni decidir acerca de algo sino, simple y llanamente “hablar mal y tratar de desvalorizar algo”. Pues bien: ese giro, que en realidad sólo ha desvalorizado prácticamente a la función crítica, se debe a que bajo ella se oculta con frecuencia la envidia. Y la envidia, a su vez, lleva en sus entrañas una considerable carga colérica.

Con ello no queremos significar que toda crítica contenga, en germen o en desarrollo, una actividad iracunda. Hay críticas que merecen respeto, pues son plenamente justas, constructivas y hasta, si se quiere, bienintencionadas. Son las que cumplen estas cuatro condiciones básicas: a) ser hechas desde un punto de vista estrictamente comprensivo y humano, es decir, tomando como pauta no un “deber ideal” sino una “posibilidad real”; b) ser objetivas, esto es, basadas en hechos comprobados y comprobables; c) ser francas, es decir, dirigirse directamente al autor y sólo a él, pues con ello se le da la posibilidad de enmienda o defensa; d) ser constructivas, o sea, indicar los caminos de perfección a usar en cada caso.

¿Por qué existen tan pocas críticas que cumplan esas condiciones? Porque esa función no es ejercida por personas "neutrales" ni, mucho menos, por personas amigas, sino por personas enemigas. Nosotros, en general, nos resignamos a ser criticados por quienes nos tienen antipatía, pero nos molestamos si lo somos por quienes nos profesan afecto, y con tal absurda actitud favorecemos la posibilidad de "camouflage" de la ira en una actividad que habría de ser ejercida con la máxima inteligencia y nobleza.

Toda crítica puede dirigirse hacia los demás o hacia sí mismo y en este segundo caso también es posible que obedezca, aun sin saberlo, al impulso destructivo y corrosivo de la ira. La rabia contra sí, el impulso de autoanulación, que culmina en el acto del suicidio, muchas veces se muestra, debilitado y "camouflado", bajo la forma del *autodesprecio*. Decir: "no valgo nada" o "soy un fracasado" es casi afirmar "mi vida no vale la pena de ser vivida"; de ahí a la germinación de la idea: "mejor es una buena muerte que una mala vida" no hay más que un paso. Afortunadamente, en cambio, hay mucho más que dar entre la concepción y el "avant-gout" del suicidio y su comisión definitiva. Pero lo que cabe destacar ahora es que todo ese ciclo empieza bajo el disfraz de la autocrítica adversa, que vehicula cómodamente instalado el Gigante Rojo, en íntimo maridaje (aquí como siempre) con la muerte.

Por ello la actitud de crítica sistemática no es solamente una actitud iracunda, apenas disimulada, sino, ante todo, una actitud tánica, o sea, una actitud premortal; su antídoto es la actitud creadora sistemática, ya que ésta lleva aparejado el despertar del amor, al cual temen por igual sus hermanos rojo y negro.

### La ironía.

Entre la *ira* y la *ironía* hay mucho más que una semejanza fónica; hay una identidad sustancial. Todo ironista es un iracundo que no osa manifestar abiertamente su descontento y recurre a la máscara de un falso humorismo. Analizando la ironía se ve que contiene un fondo sádico y perverso, que la torna aún más desagradable que la agresión directa, mediante el insulto o la crítica franca. El irónico trata, en el mismo acto, de humillar —mediante la burla— a su adversario y de mostrar su superioridad intelectual ante él; mas esto lo hace de un modo cobarde, es decir, ocultando direc-

tamente su ofensa, de modo que ésta sea, a veces, más percibida por los circunstantes o interlocutores que por el propio interesado. Esta cobardía es la que explica que la ironía se ejerza también, especialmente, en *ausencia* del objeto o tomando objetos abstractos, es decir, que no pueden replicar físicamente.

El "narcisismo", es decir, la exagerada satisfacción de sí mismo, explica la actitud irónica profundamente: el sujeto autosatisfecho teme, de un lado, ser agredido si realiza un ataque directo y, de otro, no desea admitir que es incapaz de realizar esa agresión; entonces la dirige de un modo "retorcido", escudándose en la sonrisa y en una aparente actitud de tranquilidad y condescendencia.

El disimulo de la agresión es tal que casi siempre ésta toma la forma de un elogio desproporcionado o desmesurado, que induce a inicial error en quien lo oye y que luego, al percibir la real intención del mismo, quiebra en risa —por contraste— la actitud originaria de reacción ante él (siempre que no se sienta aludido) o, por el contrario, lo enfurece, si nota que es el blanco del ataque irónico. Acuciado el ironista por la necesidad de disimular su agresión acude al artificio de darle una forma simbólica, retorcida, es decir, de "doble sentido" y por ello, con frecuencia esa gimnasia mental le lleva a ser, equivocadamente, considerado como un "homme d'esprit". De una vez por todas sería sumamente útil librarse de ese error y reservar el elogio de tal calificativo, no para el ironista solapado y mordaz sino para la persona capaz de estimular, crear y ayudar en sentido beneficioso a los demás.

### El "humorismo".

No se puede confundir el humorismo con el "buen humor". Aquél es, por lo general, un "mal humor" que intenta imitar a éste. La prueba es que cuando se exploran detenidamente los grandes "humoristas" resultan, en su mayoría, seres hipocondríacos, resentidos, carcomidos por la envidia, incapaces de resistir una seria crítica ni, tampoco, de realizar una obra generosa. Si los humoristas tienen algún genio éste es, casi siempre, "de perros", mas no de perros cualesquiera sino de perros rabiosos. Hasta qué punto el humorista es víctima de la ira destructiva nos lo muestran no solamente sus biografías sino las obras que de tarde en tarde decide escribir sin su máscara. Ahí está, por ejemplo, el "What is Man" de

Samuel Clemens (Mark Twain) como uno de los trabajos más pesimistas e iracundos que se han escrito acerca de la humanidad.

Si nos fijamos un poco veremos que el "humorismo" lleva en sí el mismo defecto que la ironía, ya que si "su propósito es hacer reír" no es menos cierto que solamente reímos cuando, de algún modo, nos sentimos identificados con alguien que triunfa sobre algo, que de esta suerte queda en situación inferior respecto a nosotros. Por eso el humorista arremete contra todo lo que es "serio", es decir, contra todo cuanto representa algo respetable o temible, y nos lo ridiculiza hasta el punto de promover nuestra risa en señal de liberación y de dominio (agresivo). Cuanto mayor es la represión de un sentimiento (y por tanto, más ira se acumula en nuestro interior) tanto más fácil es "hacer un chiste" en que aquél se halle envuelto. Esto fue perfectamente demostrado por S. Freud (en su libro *El chiste y su relación con lo inconsciente*); mas no se precisan las técnicas psicoanalíticas para comprender que el humorista es, en el fondo, un iracundo fracasado, que no se resigna a serlo y que sobre el fondo de su miedoso escepticismo construye una aparentemente risueña estructura de epigramas, más o menos punzantes y de comentarios jocosos, con el propósito de merecer el ajeno elogio; sobre la base de "decir en broma" lo que los demás (y él mismo) no se atreven a afirmar en serio.

El humorista no "se mete" con lo que quiere sino con lo que odia. No hace gracia por lo que lleva de amor sino por lo que lleva de ira y, en el fondo, de impotencia. Por eso es, aun cuando a veces no lo crea, una víctima indirecta del propio humorismo, ya que, roído por la ira, más de una vez "se ríe de sí mismo", es decir, se desprecia.

Algo bien distinto es el auténtico "buen humor", es decir, una actitud optimista y benévola, que lleva a quien la sustenta a ver "el lado alegre" de las cosas y sucesos, creando y esparciendo en su derredor una risa detergente, campechana y eufórica. Este "buen humor" es, naturalmente, más próximo tributario de la efusión simpática (amorosa) que del encubierto sarcasmo del "gracioso" profesional, siempre resentido cual el antiguo "bufón" cortesano.

### La soberbia.

No hay duda de que es, también, prima hermana, cuando menos, del Gigante Rojo. Hay quien la confunde con el "orgullo",

mas es, en realidad, distinta de él. Es, casi puede decirse, su “bastarda imitación exhibicionista”. En efecto, mientras el auténtico orgulloso —autosatisfecho— trata de disimular ese defecto, el soberbio lo escupe ante quien lo contempla: en su voz ahuecada, en sus gestos y ademanes altaneros, en su porte un tanto provocativo y en su actitud despectiva, se manifiesta esta constante *agresión previa* al ambiente. Cuando se rinde pleitesía al soberbio no nos agradece la sumisión, como hace el vanidoso, pues aquél está seguro de su valor y su poder, en tanto éste, en su intimidación, sabe que solamente es capaz de representarlo.

Ahora bien: no cuesta mucho ver que la soberbia representa el último grado o fase del proceso de “autogratificación” que siempre —siempre— se exacerba y destaca como reacción secundaria a una decepción o frustración personal. Si el soberbio “habla fuerte” es porque alguna vez quedó mudo; y es la cólera acumulada en aquella ocasión la que ahora rellena e hincha sus músculos, tensiona su quijada, yergue su cabeza y da exceso, a veces ridículo, de amplitud mayestática a sus movimientos. La soberbia es, pues, un “corsé” psíquico; dentro de él, en realidad, se debate un alma insatisfecha que a fuerza de engañarse llegó a creerse valiosa, pero que se siente vulnerable y rodeada de “envidiosos”, que solamente existen en su imaginación. Ha sido Alfred Adler quien mejor ha puesto de manifiesto que este proceso de *supercompensación* del fracaso (la llamada “protesta viril”) puede llegar, no sólo a la vanidad sino a la soberbia, pero siempre lleva la inconfundible tensión afectiva, el malestar y la falta de paz que caracteriza la presencia subyacente de la ira.



## CAPÍTULO VIII

### ESTUDIO ESPECIAL DEL ODIO

Una vez conocidas las formas más comunes de manifestarse —directa y encubiertamente— de la ira, conviene ahora que nos detengamos a considerar el producto resultante de su estancamiento. El odio es “la cólera en conserva”, o sea, una actitud iracunda que se encroniza, estratifica y adquiere especiales peculiaridades, derivadas de la insuficiente descarga de sus impulsos destructivos. Éstos quedan detenidos y almacenados en el odiador, por diversos motivos: a) imposibilidad material de alcanzar el objeto (o sujeto) odiado; b) temor de que éste, al ser atacado, reaccione infligiendo mayor daño; c) temor de la sanción moral o social en el caso de satisfacer directamente el impulso agresivo; d) reconocimiento implícito de que no hay “razón suficiente” para justificar la cólera sentida.

### LA CÓLERA EN CONSERVA

Cualquiera que sea el freno actuante, lo cierto y positivo es que quien odia siente, en cierto modo, paralizada su actuación, o cuanto menos, impedida en el sentido agresivo, por la presencia de algo que detiene y perturba la libre descarga de su ira y da lugar a que ésta se concentre en su intimidad y se “encone”, según lo adelantamos unas páginas antes. Efecto de esta tensión y conflicto (entre dos fuerzas equipotentes, una excitante y otra inhibidora) es un “calentamiento” progresivo del odiador, que sufre cada vez más las consecuencias de su odio; éste se condensa y se concentra, comunicándole una rigidez y un aspecto inconfundibles cuando se halla en el campo de acción o de presencia de su “objeto”, dándose la curiosa paradoja de que cuanto más afirma que “no lo puede ver” más lo en-frenta y le tiene *en-ojo*.

De esta suerte el odiador y lo odiado quedan prendidos por una invisible cadena, siguiéndose como el cuerpo y la sombra, pero sin nunca llegar a pisarse. Nada hay que *ate* tanto como el odio y precisamente por eso se ha podido afirmar, sin mayor inexactitud, que "del odio nace el amor, como del amor puede derivarse el odio". Y es que, en el fondo, es preciso que el odiador considere en cierta medida valioso lo que odia, pues de lo contrario no es posible que sienta ira hacia ello. Solamente se engendra en nosotros odio cuando la ira no es totalmente descargada o satisfecha: y ya hemos visto que la ira, a su vez, solamente brota cuando tropezamos con un obstáculo capaz de malograr (o amenazar de fracaso) nuestra habitual adaptación situacional. Es por esto que el odio hacia un semejante aumenta en la medida, precisamente, en que éste es más semejante a nosotros, o sea, más equipotente o equivalente en sus actos a los nuestros. En efecto, si fuese muy inferior, no nos podría molestar; si fuese muy superior, por el contrario, nos aplastaría. En el primer caso, cualquier antipatía nos llevaría a descargar libremente la ira sobre él y apartarlo de nuestro ámbito; en el segundo, el temor y el convencimiento de su superioridad absoluta nos detendría el odio y lo transformaría en temor admirativo. Por ello, por ejemplo, a Dios se le puede temer o querer, mas no es posible odiarlo. Y tampoco podemos odiar a una hormiga.

Es, pues, ley del odio la de la semejanza —más o menos grande— entre el odiador y lo odiado. Ello supone que los *rivales* son, en cierto modo, coincidentes, no sólo en sus intenciones sino en sus posibilidades. Y así nos explicamos que los odios más profundos surjan *precisamente* entre quienes pertenecen a estrechos círculos humanos (la propia familia, el mismo club, lugar de trabajo, etc.). Mas esta semejanza y afinidad explican, a su vez, la complicada conducta y la diversa multiformidad de manifestaciones del odio, que es capaz de infiltrarse hasta en los sentimientos más aparentemente nobles y elevados. Puede casi decirse que el odio es la forma de ira que más se mezcla y mejor se compenetra con cualquier otro tipo de actitud afectiva, constituyendo verdaderos "cocktails" emocionales, ejemplo principal de los cuales es el llamado odio de los *celos*.

Quizá el mejor modo de penetrar en este desagradable y vasto campo de la psicología dinámica sea estudiar separadamente algunas de las situaciones "típicas" en las que el odio se condensa y cultiva. Vamos, pues, a describir y analizar —siquiera sea some-

ramente— los odios “religiosos”, “políticos”, “étnicos”, “profesionales” y “familiares”, sin que ello suponga, ni mucho menos, agotar la lista de sus principales clases.

## LOS ODIOS RELIGIOSOS

Curiosa paradoja, ésta, que las religiones —cuya principal finalidad es la de unir (ligar) y reunir (re-ligar) a los hombres— hayan sido, en todos los tiempos, motivo exacerbador de sus odios. Cada una de ellas se proclama la “única verdadera”, considera a quienes no comulgan con su credo (infieles, o mejor a-fieles) como enemigos y sobre ellos descarga no solamente anatemas, sino, cuando puede, mazazos, balas o bombas. Es así como las mayores matanzas colectivas se han hecho en la historia de la humanidad invocando la defensa (?) de los diversos credos religiosos.

Basta una lógica elemental para comprender que si Cristo, Jehová, Buda o Mahoma no existiesen resultaría todavía menos absurdo matarse por ellos que si realmente existen, pues en este segundo caso son, por definición, todopoderosos y para nada necesitarían el sacrificio de la vida humana, que ellos mismos crearon. La lucha religiosa es, sin duda, tan absurda como la blasfemia. ¿Por qué, pues, la exaltan quienes se adjudican el título de representantes de sus respectivos credos? En todo caso, la única lucha que podría ser semijustificada desde el punto de vista lógico sería la de la totalidad de los creyentes (de *todas* las religiones) contra la totalidad de los ateos, infieles o escépticos. Mas nunca se ha producido tal agrupación de bandos: las luchas más terribles han tenido lugar entre las diversas variedades de creyentes e, inclusive, entre los matices o subvariedades de un mismo credo (recuérdese, por ejemplo, el advenimiento de la reforma luterana en Europa).

La explicación de esta paradoja la hallamos en la antes enunciada “ley del odio” (dado un motivo cualquiera de odio, éste aumenta en razón directa de la semejanza o proximidad esencial entre los dos términos protagonistas del mismo). Mas ello nos convence, una vez más, de que la razón (lógica) bien poco tiene que ver con el origen de los odios y menos aún con su apaciguamiento. Así, cuando se demuestra a un odiador —con pruebas evidentes— que no tiene motivos justificados para albergar esa actitud, se consigue que la interiorice y la disimule, mas no que la evite. Los peores

odios son, precisamente, los "inconfesables". De aquí que las luchas religiosas se hayan desarrollado, generalmente, no tanto en el terreno de la discusión teórica, crítica de los credos o de los testimonios referentes a la veracidad de las "revelaciones" y a la existencia de sus autores, como en el terreno de la conducta de los fieles y de sus actitudes ante problemas mundanos. Y ello se explica porque en este caso lo que se odia no es al falso Dios o a la falsa doctrina sino al "semejante" que no se alista en el mismo credo y, por tanto, se obstina en ser semejante mas no "idéntico". Con ello obstruyen la libre prosecución de la llamada "paz" religiosa. Y precisamente la perturban tanto más cuanto más "semejante" sea. Es así como, por ejemplo, en pueblos y villorrios de países que se llaman civilizados, se producen con frecuencia pendencias y luchas sangrientas, en ocasión de festividades religiosas, entre mozos adscritos a la misma "fe" pero que concurren a la procesión llevando distintas imágenes sacras (!).

De otra parte, si la motivación principal de las creencias religiosas se halla en el miedo a la muerte y al sufrimiento (que crea la contrapartida de la "inmortalidad" y la "salvación") no es menos cierto que una mayoría de credos religiosos han impuesto a sus fieles "abstenciones" (sexuales, etc.) para merecer sus cielos y ello les ha colocado en un estado de tensión que los torna agresivos —porque, como muy bien dijo Plotino, "el amor insatisfecho se transforma en rabia"— y es así como el primitivo "sentimiento" religioso se trasmuta en "furor" religioso, con su doble variante, sádica o masoquista. Entonces se da paso a las automutilaciones y sacrificios o a las guerras "santas" cuyo fin, más o menos subconsciente, es la descarga de las tensiones acumuladas por la insatisfacción de los impulsos vitales creadores. Cuanto peor es la existencia terrena tanto más se desea abreviarla ("Muerdo porque no muerdo", clamaba Santa Teresa), mas como, de otra parte, es preciso asegurarse la existencia *ultraterrena* compensadora, el único medio para ello es *morir por amor al Dios reverenciado*, o sea, buscar la muerte en una empresa "soi-disant" religiosa. Y así se consuma, incluso en la más civilizada de las religiones (la católica, apostólica y romana) la gran paradoja de que un sacerdote pueda absolver de la infracción del quinto mandamiento (¡No matarás!), e incluso prometer la gloria eterna, a quienes se lanzan a la batalla contra quienes, en algún momento, comprometen el poder temporal del (Papa)

representante terrenal de su divina esencia. Más aún: Torquemada creía merecer tanto más esa gloria cuanto más inmolaba en la hoguera a viejas delirantes y doncellas atractivas y deseadas. "El castigo de la carne" equivale, claro está, a la agresión física destructiva, y de esta suerte se santifica el odio, con tal de que se le dé una apariencia de sometimiento a un ideal trascendente.

Así vemos *convertirse la cruz en espada* y pender del cinto de los papas reyes, simbolizando la más perfecta "contradictio in adjectio" que jamás haya existido. La racionalización de este hecho consiste en hacer sinónimos el amor al bien (Dios) y el odio al mal (Demonio). Mas, aun olvidando que este mal fue engendrado por aquel bien (Luzbel fue ángel antes que diablo), resulta evidente que en plena doctrina cristiana es preciso responder al mal con el bien (devuelve bien por mal, predicó Jesucristo) y por tanto no está en modo alguno justificado el juntar en un mismo objeto un símbolo de amor sublime y un filo de odio mortal.

No obstante, la historia nos enseña que, tan próximas como el mango y la punta de la espada, han estado siempre las prédicas y las luchas religiosas. La frase "a Dios rogando y con el mazo dando" (*Pray God and pass the ammunition*) ha sido en realidad, ejemplarizada por quienes más obligados estaban a combatirla.

Mas, si bien se considera, no hay por qué extrañarse demasiado de que el odio se haya infiltrado en todas las actitudes religiosas: no hay una sola religión, entre las varias centenas que existen con tradición, desprovista de uno o varios crímenes en su origen. Es más: todo el conjunto de normas "expiatorias" que se imponen a los fieles es para liquidar el sentimiento de culpa del llamado "parricidio primitivo", o asesinato ancestral, que con tanto vigor describe S. Freud en su obra *Totem y tabú*.

El odio religioso es tanto más intenso cuanto menos liberado o explícito se encuentra el potencial agresivo que lo alimenta. Y éste es el caso corriente en la mayoría de quienes siguen la vía de la "renuncia" en vez de la del "imperialismo" religioso: mientras el misionero, lanzado a la conquista de nuevas ovejas para el Señor, polemiza y combate, viaja y trabaja, *no odia*. En cambio, la aparentemente humilde y pasiva monja de clausura, que consume su existencia en constante mortificación, alberga en sus planos subconscientes tremendo potencial de odio. Y la prueba es la frecuencia con que en ella se observa el delirio de persecución que, de acuerdo

de dicho autor *L'Amour et la Haine*. Ed. Maloine, París, 1932, con el propio Pierre Janet, no es sino un delirio de odio. (V. la obra pág. 231: "le délire de persécution n'es autre chose qu'un délire de haine").

## LOS ODIOS RACIALES

Hasta qué punto puede llegar el odio, no ya inter-racial sino intra-racial, en la especie humana, nos lo acaba de mostrar el hitlerismo, al llevar hasta sus últimas consecuencias la llamada teoría de Gunther, referente a la superioridad de la raza aria. Pero sin necesidad de llegar hasta tal extremo de desvarío, basta pasearse por cualquier ciudad del sur de los Estados Unidos para ver a lo que puede llegar el odio racial en un país civilizado. Y si no se desea o no se puede hacer tal experiencia, léase el magnífico libro de Richard Wright (*Twelve million of black voices* Viking Press. New York, 1941) en donde se apreciará en toda su magnitud cómo la convivencia y la interpretación cultural de blancos y negros en Yanquilandia, lejos de disminuir, ha aumentado los motivos de resentimiento y odio recíprocos.

¿Por qué odia el blanco al negro? Por lo mismo que odia a las demás razas humanas, o sea, porque teme que su mayor vitalidad primaria las lleve algún día a superar las ventajas que él ha conseguido con su mayor astucia. El hombre blanco no se encoleriza solamente porque otro ser, a quien considera inferior, *quiera* igualarse a él, sino porque *pueda* lograrlo. Está dispuesto a *conceder*, magnánimamente, beneficios a los "pobres" negros, pero se siente enfurecido si éstos se los toman por su mano. De aquí que en la medida en que los negros han dejado de ser esclavos y han ido interfiriendo en la zona de acción reservada a sus antiguos amos, éstos hayan ido acumulando odio en tanta mayor medida cuanto que racional y éticamente está menos justificada la agresión directa.

¿Por qué odia el negro al blanco? No tanto por el hecho de haberlo éste esclavizado y menospreciado durante siglos, como por el de hallarse convencido, aquél, de que *intima* y *potencialmente es*, cuando menos, igual a su actual opresor. En tanto el negro se consideró realmente *inferior* a su conquistador, lo temió, lo admiró y hasta lo adoró; cuando se ha considerado su *semejante* es cuando ha

podido empezar a odiarlo, porque al miedo primitivamente sentido se le ha asociado ahora la cólera que prepara su rebelión.

Precisamente por esta razón el mestizo (mulato) siente aún más odio hacia el blanco que su negro progenitor. La cantidad de iracundia almacenada en él resulta doble por ser doblemente "semejante" y no llegar a ser idéntico a ninguno de los dos términos polares de los cuales emerge y hacia los que nunca podrá retornar. Síntesis fallidas, es decir, catatesis permanente, sufre en su propia mismidad existencial la falta de pureza, armonía e individualidad genotípica. Mas ese sufrimiento no es estéril, pues en varias generaciones, en la inmensa retorta americana, dará un hombre nuevo, que tendrá incorporadas simientes no solamente blanquinegras, sino indias y amarillas: un HOMBRE CÓSMICO, que será quien resuelva definitivamente este problema, hoy punzante, del odio inter e intraracial.

Naturalmente, aparte de los odios basados en desniveles relativos de la autoestimación colectiva, hay otros en los que la motivación aparente se basa en circunstancias históricas o, inclusive, en falsos prejuicios de tipo psicológico. Así sucede que dentro de una misma unidad nacional (política) surgen actitudes hostiles entre grupos regional o geográficamente vecinos, pero que se creen oriundos de diversa procedencia y, sobre todo, orientados hacia diversas rutas ideales. Y es que el Gigante Rojo toma apoyo en cualquier pretexto para nutrirse y acumula, cuando no puede enseñar sus fauces directamente, su rabia rechinando los dientes y quintaesenciándola en la vesícula biliar. Tales odios intranacionales son los que se liberan en las llamadas "guerras civiles", que son, precisamente, las más *inciviles* o salvajes (recuérdese, por ejemplo, la guerra Norte-Sur estadounidense).

## LOS ODIOS POLÍTICOS

La hostilidad entre los llamados "conservadores" y los "liberales", entre "reaccionarios" y "progresistas" o entre "derechistas" e "izquierdistas" ha existido secularmente y tuvo sangrientas manifestaciones colectivas en las principales revoluciones y contrarrevoluciones políticas de la historia. Mas, desde el advenimiento de Carlos Marx y la aparición de su concepción materialista de la historia, todo el escenario de las luchas políticas se dislocó y la agru-

pación de los bandos fue paulatinamente haciéndose en función de un concepto de "clases", observándose una tendencia al concentración progresivo de los numerosos matices políticos, que habían aparecido tras la revolución burguesa de 1789. Así las cosas, sobrevino la reciente guerra mundial y pareció, por un momento, que la situación política se complicaba por haber aparecido, con singular fuerza, en el palenque una nueva ideología: la fascista, basada en aunar un nacionalismo imperialista y chauvinista con un socialismo burgués estatal, llamado "trabajista".

Pero, en la actualidad, torna a ser claro el campo de lucha: de un lado se encuentran todos los partidos que directa o indirectamente apetecen el poder para defender intereses económicos de la clase dominante (capitalismo financiero); de otro se hallan los que de un modo sincero y auténtico intentan ganar el poder para proceder a una revolución social que asegure una más equitativa distribución de la riqueza. A pesar de ello, para muchos observadores superficiales existen, aún, sobrados motivos de confusión, pues hay quien está interesado en plantear el dilema político entre las llamadas "concepciones totalitarias" (fascismo, socialismo, comunismo) y las "democráticas", dando por supuesto que en las primeras el "individuo sucumbe ante el poder omnímodo del Estado", en tanto en las segundas conserva sus derechos y libertades. No es éste lugar para entrar en la crítica de esta actitud, mas no hay duda que toda democracia auténtica (gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como postuló A. Lincoln) presupone un aparato estatal fuerte, capaz de hacer cumplir las leyes no solamente a los inermes, ignorantes y sumisos ciudadanos o campesinos "desconocidos" sino a los potentes, audaces y prestigiosos personajes, "famosos" en el "selecto" círculo de la llamada "high life". Y esto a lo que, con frecuencia, llaman "intervención totalitaria" quienes bajo la capa de una democracia (*ad usum delphini*) son, en realidad, modelos de mentalidad anarquista y solipsista. ¿De qué sirve que nos "dejen" teóricamente hacer cuanto nos venga en gana si carecemos de los medios para "poder" hacerlo? ¿Cuál sería el efecto de un decreto autorizando a los habitantes de un país a repartirse el territorio de la estrella Alfa del Centauro? Aproximadamente el mismo que el de muchos de los artículos constitucionales de las llamadas democracias liberales.

La realidad es otra: la lucha política hoy ha adquirido la má-

xima violencia y extensión. El siglo XX marca el advenimiento del "Homo Politicus sive Universalis" y canaliza grandes torrentes de odio hacia los dos grandes sectores humanos: el que se "siente oprimido" y el que "desea seguir oprimiendo". Ésta es la verdadera postura que permite trazar la línea divisoria, aun en ausencia de criterios económicos y de marbetes nominales: hay miembros de partidos comunistas que tienen "mentalidad opresora" y hay adeptos de partidos conservadores que, inversamente, tienen "mentalidad oprimida". Aquéllos buscan subconscientemente el *poder* político-social como sustituto del poder económico, del que carecen. Éstos quieren el "orden", cualquiera que éste sea, como medio de hallar una tranquilidad existencial que no consiguen alcanzar con todas sus riquezas. Y por ello, a cada paso, se producen "purgas" en uno y otro bando contendiente: porque no basta la adquisición de un carnet para adquirir una "postura mental" coherente y consecuente con la *visión del mundo* y la *misión en el mundo* que dicho carnet implica.

Mas, sea de ello lo que quiera, también en este campo de la política belicosa se cumple la famosa "ley del odio": *éste aumenta en razón directa de la proximidad categorial de los términos entre los que surge*. Y así vemos que el odio existente entre los partidarios de Stalin y de Trotsky o entre los adeptos de Laski y de Attlee, o entre los fanáticos del rey Carol y de su hijo es mayor que entre cualquiera de ellos y los miembros de los restantes partidos nacionales.

Esta circunstancia es la que explica la facilidad con la que, en las votaciones parlamentarias, se unen los votos de los partidos más ideológicamente distanciados, para enfrentar las tesis de los partidos de centro. Así, es frecuente crear un confucionismo y hacer creer a los electores ingenuos que "los extremos se confunden" cuando en realidad lo que hacen es, simplemente, contactar episódicamente, en su común y rabiosa oposición a los centros intermedios.

El odio político es sumamente devastador porque puede invocar para satisfacerse, a cada momento, el "sagrado prestigio de la Patria". Así, basta acusar al odiado vecino de ser "traidor al país" para que sobre él caigan los anatemas de quienes (y son, aún, la mayoría) son incapaces de dar a esa palabra un valor variable, en función del marco conceptual en que es empleada. Tan intensa es la carga virulenta de los odios políticos, que hoy vemos usar a su servicio, por los poderes públicos encargados de garantizar la justicia en países civilizados, instrumentos represores "especiales" (Gestapo, G. P. U., O. V.

R. A., S. I. M., Brigada Especial, F. B. I.) que con frecuencia exceden en sus medios de agresión física y mental a cuanto es realizado por los elementos antisociales más peligrosos.

Y ello es tanto más paradójico cuanto que la actividad política —por definición y por tradición— había de ser modelo de tacto, de generosa comprensión y de respeto al ser humano. Mas la explicación radica en la violencia de la tendencia iracunda que se alberga en el hombre, desde su más remota ancestralidad y que le lleva a desear el poder (*Will zur Macht*) no para servir, sino para servirse.

### LOS ODIOS PROFESIONALES

Triste sino el de la humanidad: la fuerza de su egoísmo es tal que no solamente “el odio crece en razón inversa del cuadrado de la distancia”, como glosa en su *Ile des Pingouins* el irónico Anatole France, sino que aumenta también en “razón directa del cuadrado de la jerarquía social” de quienes lo albergan. No hay duda: el odio profesional entre dos betuneros es menor que el que puede desarrollarse entre dos sastres o comerciantes; éste pierde importancia ante el que pueden tenerse dos banqueros o dos profesores (¿quién puede olvidar las terribles polémicas que de vez en cuando se libran entre los aparentemente *pacíficos* astrónomos para decidir su prioridad en el descubrimiento de un asteroide?) y éste, a su vez, palidece ante el que son capaces de sentir dos políticos o dos monarcas. Y ello por la sencilla razón de que siendo el odio un estado pasional aumentará en la medida en que deba ser reprimido o disimulado y, claro está, la rivalidad entre peones carreteros, por ejemplo, puede resolverse mediante un oportuno cambio de insultos y puñetazos; pero, en cambio, la pugna entre dos investigadores rivales requiere para manifestarse la elaboración de teorías e hipótesis contradictorias, de largas horas de trabajo experimental y de lucubraciones teóricas, sin que, a fin de cuentas, la “victoria científica” así obtenible se traduzca en una definitiva anulación del prestigio (ni mucho menos de la concurrencia y oposición) del adversario. En el campo profesional se condensan además tres distintos motivos de odio: el de ricos contra pobres, el de viejos contra jóvenes, el de aptos contra ineptos. Prescindiremos de analizar los dos primeros, por ser de orden general, y nos limitaremos a considerar el último, por su especificidad y

*como si fuese igual.* Ante tal impotencia no le queda otro camino que el de la intriga ni otra actitud que la del rencor. No es raro que funcione entonces el proceso de "proyección" psíquica y el inepto racionalice su odio afirmando que el apto es "vanidoso", que le "desprecia y rebaja sin motivo" o, incluso, que "le persigue escudándose en su superioridad profesional" (único modo de reconocerle ésta es el de afirmar simultáneamente que abusa de ella).

En tales condiciones cada adversario acumula motivos de cólera y va utilizando armas menos recomendables en su lucha, cada vez más enconada e hipócrita. Al propio tiempo siente necesidad de encontrar afiliados partidarios de su postura y pronto ingresa en algún grupo o sociedad de carácter profesional o técnico (científico, artístico, industrial, etc.), desde donde —como capitán o como soldado, según sus condiciones— seguirá actuando contra los "compañeros" adscritos al bando contrario. Así en cada localidad se constituyen a modo de pequeños ejércitos profesionales, unas veces artificialmente agrupados bajo una común e inoperante bandera societaria y otras, las más, divididos en dos o más sectores claramente antitéticos. Hasta qué punto el odio profesional conduce a bajezas de todo género puede comprobarlo quien con ánimo imparcial asista, por ejemplo, a los preparativos para la confección de una candidatura de junta directiva profesional, a las deliberaciones para la concesión de un premio (artístico o científico) o a una "tertulia" de profesionales. Sin duda encontramos aquí uno de los mayores obstáculos y a la vez uno de los mejores incentivos para la progresión del trabajo técnico. El obstáculo nos lo proporciona el hecho de que casi siempre éste no se realiza como fin sino como medio de obtener satisfacción personal derrotando a los partidarios de la otra "escuela"; el incentivo lo hallamos en la severa crítica a la que todo trabajo de este género se ve sometido por los profesionales rivales del autor; así perpetuamente destacan en el palenque de la dialéctica cultural diversas tesis y antítesis sin que sea posible llegar fácilmente a las correspondientes síntesis por la mala voluntad subconsciente de quienes las sustentan. Basta, en efecto, que salga un espíritu conciliador y ecléctico que intenta realizar tal síntesis para que, lejos de ayudarle en su empresa, caigan sobre él los partidarios de todas las teorías que se trata de integrar.

En el campo de las reivindicaciones sociales el odio profesional es el causante principal de las dificultades con que en la práctica tropieza la célebre consigna de Marx que postula la unión de todos

su importancia en la determinación de las conductas en el mundo del trabajo.

El odio del apto contra el inepto profesional se apoya, como se adivina, en motivos diferentes que su recíproco y se manifiesta también de un modo distinto. *A priori* —se dirá— el profesional apto no deberá sentir hacia el inepto odio sino compasión; esto sería cierto si la actual organización social permitiese que el rango profesional se ajustase estrictamente al valor de la aptitud para el trabajo, pero desgraciadamente el inepto ocupa con frecuencia cargos profesionales superiores a los del apto, y en tal caso surge ya la vulneración del “yo” de este último, condición inicial de su cólera y de la condensación de su odio.

¿Cómo es posible tal irregularidad? Por varias razones que merece la pena enumerar: 1º, porque la colocación en el trabajo no tiene lugar de acuerdo con los méritos de cada cual sino de acuerdo con influencias (políticas o sociales), con simpatías personales, con la suerte o desgracia (vale más llegar a tiempo que rondar un año) del colocado; 2º, porque en la mayoría de los casos no se efectúa una comprobación seria del rendimiento de cada trabajador en su puesto con el fin de asegurar constantemente que ocupa el lugar que le corresponde (*The right man in the right place*); 3º, porque la rivalidad existente entre los profesionales aptos determina que éstos en ocasiones prefieran elevar a los rangos de dirección a gente inepta para así evitar que se encumbre su “igual” y, de otra parte, poderse dar continuamente la satisfacción de sentirse íntimamente superior a sus dirigidos; pero éstos, una vez encumbrados con su complicidad, no se muestran propicios a ser simples “hombres de paja” y al tratar de imponer su criterio suscitan doblemente el odio de los aptos, puesto que éstos han de reconocer que han tenido en sus manos la posibilidad de evitar tal situación. (Tal es el mecanismo por el cual muchos intelectuales que critican acerbamente a los hombres representativos del gobierno se niegan en cambio a sustituirlos cuando son llamados a hacerlo).

En cuanto al odio del inepto hacia el apto es, desde luego, más profundo e intenso, pues se debe no tanto a la consideración de la mejor posición, del mayor prestigio, etc., que éste pueda tener sino al hecho irremediable de su superioridad técnica, superioridad ligada a condiciones esenciales de su psiquismo y, por tanto, consubstancial con su propia existencia. El inepto no puede aspirar nunca a *ser*

los trabajadores. Y en el campo político ese mismo odio explica el fracaso anticipado de los denominados Ministerios Técnicos. Si es condición casi precisa para dirigir un Ministerio de Marina no haberse embarcado, para ser Ministro de Sanidad no ser médico, para ocupar el sillón ministerial de Instrucción Pública no ser profesor, etc., ello se debe no tanto a los defectos de la organización política del país como a la violencia del odio profesional, que únicamente tolera el encumbramiento de aquel a quien puede poner constantemente en ridículo por su inferioridad técnica.

### LOS ODIOS FAMILIARES

Es un hecho innegable que el odio prende con frecuencia no solamente entre unos y otros troncos familiares sino entre los miembros de una misma rama familiar. Es decir, existen odios *inter* e *intrafamiliares*. Los primeros surgen sobre todo cuando por razones de vecindad es forzada una relación entre grupos familiares equipotentes en su acción social y rivales en su intento de dominio caciquil y económico en un campo de acción limitado. La ofensa que desencadena la manifestación inicial del odio no es causa sino pretexto para su eclosión y, una vez puesta en marcha, la pugna se establece, apoyándose principalmente en los terrenos económico y político, siendo azuzada por la comunidad lugareña cuyos componentes menos destacados encuentran en ella un medio fácil y cómodo para satisfacer sus impulsos agresivos, sus ambiciones de medro y su tendencia a la chismorrería. Casi siempre los protagonistas de la primera escena son personas del mismo sexo y no es infrecuente que su motivo aparente sea la concurrencia sexual. En estos odios, cada familia actúa como un solo individuo en tanto la lucha se establece en el estrecho marco local, mas la ley de las compensaciones, manifestada en forma de contraste afectivo, determina a veces la aparición de un bello romance de amor, casi siempre trágicamente terminado (como el de los amantes de Teruel) entre jóvenes descendientes de ambas familias que, al extrapolarse de la tónica ambiental, intentan proclamar el triunfo de Eros sobre Tanos pero pagan con su vida tal audacia.

La condensación del "rencor puebleril" se explica por la limitación de sus posibilidades de derivación, por el primitivismo mental de sus mantenedores y, sobre todo, por la casi nula renovación

del plasma germinal, ya que se suceden las generaciones sin aporte constitucional nuevo, pues es sabida la costumbre de concertar los matrimonios entre consanguíneos más o menos próximos, en tales lugares. Basta con abrir nuevas rutas, físicas y psíquicas, a la actividad pueblerina para que se movilice el encharcado potencial pasional y desaparezcan estos odios interfamiliares, mucho más frecuentes en los pueblos de montaña que en los marítimos (por la abertura infinita del paisaje en estos últimos) hasta el punto que las gentes los designan ya con el nombre de "odios cerriles" (es decir, de odios de las gentes que viven en los cerros). Otro motivo para explicar la condensación del odio en los terrenos montañosos no lo da la tendencia al predominio de las formas leptosomáticas en sus moradores; el temperamento esquizoide que con ellas coincide predispone al absolutismo conceptual (véase en España el caso general de los navarros) y hace más difícil toda conciliación entre los bandos en lucha. (Acercas de este punto, que enlaza con el problema psiquiátrico, es interesante el estudio de Robin sobre *Les Haines Familiales*.)

*Los odios intrafamiliares.* — Su existencia nos revela cuán equivocado y artificial es el concepto que la moral tradicional quiere imponer acerca de la denominada "célula social". Su comprensión requiere el conocimiento psicoanalítico de la denominada "constelación" familiar. Ésta nos aclara, en primer término, la situación afectiva típica entre padre e hijos (complejos de Edipo y Electra) resumida en el odio hacia el progenitor del propio sexo por la rivalidad en la posesión monopolizada del sexo contrario; en segundo término, nos explica también los odios fraternales (regidos por el denominado complejo de Caín), pero la patogenia de tales situaciones de rencor no se agota, a nuestro juicio, con la interpretación freudiana y es mucho más compleja. Su raíz más importante la encontramos en el terrible *a priori* de la estructura familiar que determina de antemano la "obligación" de querer (como si fuese posible imponer sentimientos de ningún género) a seres cuya coincidencia no es otra que la de encontrarse en un mismo árbol genealógico. Nadie puede "escoger" sus hermanos, sus padres, sus primos o sobrinos, sino que éstos le son dados al nacer; durante toda su vida la actual organización social señala que ha de tratarlos con afecto y, en no pocos casos, con subordinación jerárquica, aun cuando intelectualmente sea superior a ellos. Mayor coacción no cabe imaginar en la libertad estimativa, y por ello se comprende que, por debajo de

la ficción que tal organización impone, se incuben rencores y resentimientos sin cuento. De otra parte, toda familia tiende a funcionar en régimen monárquico absolutista: hay un "cabeza" de familia que rige sus destinos y tras de él, en disposición vertical, se estratifican las jerarquías sin tener para nada en cuenta los valores psíquicos de quienes las ostentan: de ahí la divergencia de opiniones, irreconciliable por el prejuicio de la obligada subordinación de hijos a padres, de sobrinos a tíos, de hermanos menores a mayores, etc. Hay en cada familia implícita una lucha semejante a las de las tribus primitivas: cada miembro ambiciona el poder dictatorial del "jefe" y trata de conquistar a éste con zalemas, o bien le planta cara si se cree lo suficientemente fuerte para ganar su independencia: a esta situación se agregan, complicándola, los motivos sexuales antes mencionados y, de otra parte, también en plano relevante, los de índole crematística que son aprovechados casi siempre en el "juego político" del jefe familiar como medio para asegurar su poder: de aquí la tradicional aversión que los patriarcas sienten para introducir en su pequeño reino el régimen democrático basado en la posibilidad de una existencia autóctona de cada uno de sus miembros.

Un caso particularmente interesante y sui géneris de odio familiar típico lo constituye el de la antinomia entre los denominados padres e hijos políticos, de cuyas múltiples variantes elegiremos para nuestro análisis la del odio entre *suegra* y *nuera*, por ser el más claro y de transcendentales efectos en la vida de todo nuevo hogar.

*Suegras "versus" nueras.* — Alguien ha dicho que "la suegra es el más eficaz disolvente de los matrimonios" y sin duda es cierto en los casos en que la suegra es viuda, el marido es hijo único y los tres conviven en un mismo hogar. En tal situación la disputa por la posesión del cariño entre la madre y la esposa está al principio perdida para la primera que ve su hogar invadido por una "intrusa" que le roba su único bien y a la que, para mayores sarcasmos, se ve obligada a tratar como hija. La imposibilidad de satisfacer su odio mediante una venganza engendra en la pobre suegra la actitud de resentimiento y, de otra parte, la estrechez de las paredes de la casa imposibilita refugiarse en la huida del desprecio. Así el odio se quintaesencia y comienza generalmente a establecer su única derivación posible: la crítica de la nueva organización doméstica, ejercida en forma aparentemente inofensiva para ser per-

mitida por el marido e hijo, es decir, acudiendo solícita la madre a subsanar y a reparar las omisiones que la esposa tiene en la satisfacción de los gustos de éste. Un poco más tarde, adoptando aparentemente la racionalización de que "no quiere ser un estorbo" y que "debe ayudar en el trabajo de la casa" la suegra rivalizará con la nuera y medirá sus fuerzas en otros aspectos del *menage* hasta conseguir que el casado admita implícitamente la superioridad de aquélla, por su mayor "experiencia" en tales menesteres. Unos meses después y como quien no quiere la cosa los dardos se dirigirán ya directamente a la propia personalidad de la nuera, a sus vestidos y afeites, a la distribución de su tiempo, etc. Pero cuando la ofensiva se desencadenará en todo su esplendor será con motivo del primer embarazo y parto; en tales condiciones el rencor suegril alcanza a veces un maquiavelismo refinado: al ascender a la categoría de abuela, la suegra se siente reforzada en su posición y se lanza a la utilización del nieto como arma para terminar su labor de reconquista del hijo.

Las derrotas y victorias de esta lucha, sorda unas veces y escandalosa otras, constituyen para su inocente causante otros tantos motivos —si más no tuviese— para llegar a aborrecer el teatro de la misma y buscar fuera de él la paz que le habían prometido. No se crea, sin embargo, que la nuera desempeña un papel de víctima propiciatoria y que es ajena a la precipitación del desenlace; con su conducta quejumbrosa e intransigente, con sus lloros o reproches, pone al marido en el dilema de ser un mal hijo o un mal esposo, dilema que éste acostumbra resolver siendo ambas cosas a la vez. Bien puede afirmarse que esta situación conduce en bastantes casos a reacciones pasionales patológicas, especialmente por parte de sus dos protagonistas femeninas, que engendran entonces toda suerte de ideas de perjuicio, de persecución, hipocondríacas, de autorreferencia, depresivas, etc., y pasan a engrosar el contingente de clientes ambulatorios de los psiquiatras o, lo que es peor, de adeptos de las mil y una sectas y organizaciones seudoreligiosas que les prometen y aseguran una solución "mágica" de sus sufrimientos.

El odio homónimo de suegros y yernos es, en general, menos pronunciado y tiene menos complejidad expresiva, pues acostumbra descargarse con mayor rapidez.

## CAPÍTULO IX

### CATAMNESIS DE LOS ODIOS

Hemos visto que el odio es, quizás, de todos los estados pasionales, el que más propende a estratificarse y perseverar, llevando a su víctima a una especie de rigidez en la conducta, de suerte que llega a ser totalmente inmodificable por la fuerza de la lógica o por los sucesos de la experiencia. No obstante, la vida supone cambio y el odio, que tiene principio, ha de tener también fin, aun antes de que éste sea impuesto por la transformación física de quien lo alberga.

Veamos, pues, cuáles son las vías por las cuales puede derivarse, transformarse, descargarse o desaparecer; es decir, estudiemos las "salidas" del odio.

#### EL DESPRECIO

Ésta es la más común, la más fácil y la más inofensiva: merced a un lento y constante proceso de racionalización catatímica, llegamos a convencernos de que "no *merece* nuestro sufrimiento, nuestra preocupación y nuestra cólera" el objeto o la persona que odiamos. Una vez convencidos de nuestra superioridad (siquiera ésta no sea explícitamente demostrable), pasamos a disminuir su importancia, es decir, a despreciarlo (quitarle precio, des-valorizarlo). Entonces es posible proceder, a veces, al olvido forzado, es decir, a la supresión del ente odiado como imagen (presente o evocada) en el campo de la conciencia. Cuando pasamos cerca de él, volvemos la vista o, previamente, nos hemos alejado para evitar su cercanía, comenzando de esta suerte el proceso de su progresivo alejamiento de nosotros.

Es posible que el elemento de separación, de repulsión, llegue a ser tan intenso que engendre una impresión global de expulsión del contenido odiado y digamos que su sola evocación nos produce *asco*. El *asco* es, en definitiva, la forma somática del desprecio, ejemplarizada en la náusea y el vómito, con que tantos histéricos manifiestan su hostilidad simbólica.

## LA VENGANZA

Si en el desprecio logramos superar el odio destruyéndolo imaginativamente el valor odiado, en la venganza tratamos de reafirmar nuestra superioridad sobre él, infligiéndole un daño o sufrimiento que juzgamos, cuando menos, igual al que nos ha causado (muchas veces, involuntariamente por cierto). Vengarse es "hacer las paces tras doble guerra"; es un intento de retornar al equilibrio tensional que precedió al período de antipatía y de enemistad, mediante uno o varios actos que restañen la herida sufrida por el amor propio. Es, en suma, anular la cólera anulando el motivo de miedo que la engendró. En la medida en que el odio da paso al "proyecto" de venganza, el sujeto empieza ya a tener un consuelo: se siente solidario con ese proyecto y lo "acaricia", anticipando imaginativamente el placer de su realización. Vive y revive en su fantasía el momento en que triunfe sobre el poder odiado (porque, objeto, idea o persona, lo odiado representa siempre una fuerza o poder), y la autosatisfacción que ilusoriamente encuentra en tal ensueño es un bálsamo para su, hasta entonces, impotente rabia.

En algunos casos, tratándose de mentalidades primitivas e ingenuas, es factible que el potencial agresivo del odio se descargue simplemente por la vía verbal, en forma de "maldiciones", es decir, de formulaciones hechas *in pectore*, repetidas con fruición y confiadas, en su cumplimiento, a mágicos y perversos dioses, espíritus o demonios. Es curioso que la creencia en la compatibilidad de tales "maleficios" y la existencia de una justicia divina y cristiana es alimentada por múltiples personas de relativa cultura; especialmente en el sur de España es frecuente oír a un odiador decir: "Permita Dios que..." (y aquí sigue el texto, casi siempre espantoso, de la deseada venganza).

No siempre, empero, le basta al odiador con tan inofensivo procedimiento para calmar su "sed de venganza" y entonces enfrenta y

prepara minuciosamente la ejecución *real* de su proyecto. Mas aquí surge, nuevamente, el mismo obstáculo que determinó la estratificación y condensación de su odio: el miedo al poder de reacción de lo odiado. Es preciso, en efecto, contar con la posibilidad de la re-vengeza, o sea con la venganza sobre la venganza. Incluso si el acto vengativo supone la desaparición física del motivo odiado, éste se halla asociado a otros que pueden erigirse en sus póstumos vengadores. Y este temor puede ser tan efectivo que paralice, apenas iniciado, el plan vengativo, sumergiendo de nuevo al odiador en su rabia. Entonces, empero, ya no se limita a sentirla sino que la resiente y engendra el peor de los estadios finales del odio.

## EL RESENTIMIENTO

Max Scheler ha sido quien con mayor clarividencia ha analizado este complejo y deletéreo estado anímico, en el que muchas personas se resecan y carcomen, en una tortura peor que la más infernal de las imaginadas venganzas. Pone de manifiesto ese gran pensador (v. su libro *El Resentimiento y la Moral*) que se requieren tres condiciones para que el odio engendre el resentimiento: 1º que se haya alimentado una probabilidad de triunfo sobre lo odiado; 2º que ésta se haya perdido por falta de coraje; 3º que el sujeto, que siente una sed *sin esperanza* de venganza, perciba su inferioridad y no se conforme con ella, odiándose tanto o más de lo que primitivamente odió. En tales condiciones nada puede, ya, hacerse para devolverle la paz "desde fuera", puesto que su rabia crece y se magnifica por autoinducción. Cualquier gesto de generosidad, conciliación o complacencia sólo sirve para empeorar el resentimiento; la única salvación sería *borrar el pasado* u olvidarse de *sí mismo*, mas una y otra condiciones son prácticamente imposibles de logro y por ello la persona resentida se comporta, al parecer, masoquísticamente, aumentando sin cesar los motivos de su sufrimiento, cual si quisiera expiar su cobardía o su ineptitud para lograr la reparación de su vulnerado "yo".

## EL PERDÓN CONCILIATORIO

Afortunadamente no es fatal que el fracaso de una iniciada venganza lleve al resentimiento. Con frecuencia el odiador se consuela

imaginando otro plan, más indirecto, de reparación de su maltrecho amor propio. Y a fuerza de cambiar tales planes en su imaginación puede ocurrir que llegue, por un proceso de racionalización, a concluir que la "mejor venganza consiste en no vengarse", o sea: en permanecer siempre frente a lo odiado en situación de *accedor*. Con ello se satisface la necesidad de aportar una compensación al lesionado sentimiento autoestimativo y, a la vez, se evita la razón de temer una nueva vulneración del mismo. Una vez en esta vía de "ahorro" de (las satisfacciones y peligros de) la venganza, es inclusive explicable que quien la emprende llegue a "devolver bien por mal", para así mostrarse superior a su rival o adversario (Marco Aurelio escribió: "El mejor modo de vengar la injuria es no parecerle al que te la infirió").

Naturalmente, muchos odios no se basan en supuestas ofensas ni daños inferidos al odiador, sino en irresistibles antipatías naturales que éste, de un modo primitivo o adquirido (por experiencia o por asociación), siente hacia los objetos que motivan su enemistad. Y entonces, siendo "irracionales e injustificables", tales odios apenas pueden ser superados, ya que el esfuerzo intelectual de quien los siente se dirige a encontrarles pretextos más que a hallarles remedio. En esta categoría se encuentran, principalmente muchos de los odios profesionales.

Sin embargo, no hay duda de que el miedo implícito y la admiración oculta en el complejo afectivo de todo odio pueden llegar, con el tiempo, a hacer virar su signo incluso de un modo espectacular y brusco, confirmando la aparente paradoja de brotar de su seno el sentimiento opuesto. Esto se ve favorecido cuando un "tertium" provoca la coyuntura feliz de darse mutuas explicaciones los rivales, que así se perdonan mutuamente y construyen sobre esa reconciliación una amistad o, inclusive, un amor sólido (si existe una atracción sexual que había sido reprimida).

Pronto veremos que ese tránsito de la actitud repulsiva a la atractiva, es decir, de la "anti" a la "simpatía", se halla favorecido por el hecho de que es común a ambas el *interés interpersonal recíproco*. Gracias a esto no hay solución de continuidad en el proceso de la transformación; el punto O —de absoluta indiferencia o apatía— puede afirmarse que no existe como dato psicológico observable en tales casos. Y, lo que es más extraordinario, veremos también que en todo amor existe latente un germen de rivalidad capaz

de transformarlo en odio (*nada hay tan parecido al abrazo como el ahogo*, dijo Unamuno).

Mas, antes de pasar adelante, vamos a detenernos un momento en el estudio de la vivencia que, conscientemente, marca el momento de la inversión del odio y del inicio del afecto: nos referimos al bello y emotivo instante del perdón conciliatorio. ¿Qué se siente intimamente entonces? ¿Cuáles son los hilos psíquicos que nos conducen a transformar el gesto hosco y agresivo en ademán compasivo o en palabras amables? En primer lugar, claro está, esa actitud se produce con singular facilidad cuando lo odiado pierde su poder de intimidación, es decir, cuando se coloca en actitud submisiva ante nosotros. Mas eso no basta para que se produzca el cambio que investigamos. Es preciso *fundamentalmente* que sintamos en nuestra intimidad una impresión de seguridad, potencia y *superioridad* —de valor y de eficiencia— ante el objeto (o sujeto) de nuestro odio, al propio tiempo que experimentamos una tendencia o deseo de *hacer las paces* y asegurar así la *tranquilidad futura* en relación con él.

En el perdón o en la reconciliación que se sienten sinceramente hay, pues, no solamente una desaparición de la ira sino un brote de amor, en su forma aparentemente compasiva y ocultamente admirativa. Porque, en realidad, como ya lo hemos indicado, el odiador siempre valoró lo odiado y precisamente por esto no podía desinteresarse de ello: ahora, empero, se produce en su conciencia la revelación de este sentimiento de aprecio que se hallaba aprisionado por la violencia de los dos gigantes —negro y rojo— engendrados por la rígida actitud del odio. Por esto, ese momento marca una de las vivencias más excelsas del alma. No en balde fue loada por este gran psicólogo que fue el Redentor: perdonar y conciliarse es re-vivir, trascenderse, liberarse de la doble opresión del miedo y la ira para ingresar en el luminoso y atrayente halo del afecto y de la paz amorosa.

## CÓMO DOMESTICAR LA IRA

Si las fieras pueden ser domadas, la ira ha de poder ser, también, domesticada, cuando se anida en el hombre. Mas no es, ciertamente, fácil ese proceso de dominio paulatino, que nos lleve a aprovecharnos de sus fuerzas sin sufrir los efectos devastadores de su acción libre. En el fondo, el problema del psicólogo con estos

ingentes núcleos energéticos que constituyen las gigantes pasiones y pulsiones primarias es semejante al del físico con las enormes fuentes de la energía natural: es preciso ponerlas al servicio del progreso. Usar el fuego sin quemarse, el agua sin ahogarse y el viento sin ser arrastrado, son triunfos de la técnica que han permitido al hombre el dominio de la naturaleza. Usar el miedo sin anularse, la ira sin consumirse y el amor sin extasiarse es quizás más difícil de lograr pero no imposible. La Rochefoucauld ya dijo que los vicios pueden ser transformados en virtudes; Freud nos lo ha demostrado y ha señalado, además, las rutas de este proceso de "sublimación". Veamos, pues, cómo podemos tratar a esta hiena psíquica, que es la ira, para convertirla en propulsora de actos nobles.

### **El proceso natural de dilución y metamorfosis de la ira.**

La ira constituye el puente entre el miedo y el amor. Nace siempre que el pavor nos conmociona sin siderarnos y se vuelve contra él atacándolo en su recóndita guarida. Mas el remedio que nos aporta es efímero y peligroso; puede convertirnos en asesinos, destructores, crueles, feroces bestias humanas. De otra parte, oscura y ciegamente la ira propende a lograr la omnipotencia del ser, su dominio imperial y absoluto en la situación, su triunfo sobre cuanto pueda oponerse a la satisfacción de sus ganas (tendencias, necesidades o urgencias), sean ellas las que fuesen.

Pues bien: la lucha contra el miedo ya es, indirectamente, efectiva para disminuirla, pero aún será más eficaz lograr que, una vez engendrada, se descargue en direcciones y en forma que resulten productivas en vez de destructivas. Del propio modo como la fuerza devastadora de un torrente se convierte en propulsora de turbinas que hacen fértil la comarca que antes era inundada, así también es factible que la ingente potencialidad destructora del Gigante Rojo se transforme en impulso laborioso y nos lleve, debidamente sublimada y dirigida, a lograr el dominio de la naturaleza y las conquistas del progreso científico, técnico, artístico, es decir de la vida cultural. Freud opone, en cierto modo, la civilización al placer: el precio de la cultura es la renuncia a las satisfacciones más primarias, que en el hombre primitivo se obtienen directa y fácilmente. De esta suerte, al crear prohibiciones y "tabús" (la *e*-ducación en los países civilizados es, principalmente, *in*-ducación) el hombre culto

reprime y comprime sus impulsos naturales y éstos revierten sobre él, dando origen al sufrimiento y a la angustia: el *Homo Sapiens* es el único animal capaz de suicidarse premeditadamente.

Pero —y esto no lo ha sabido o podido terminar de intuir el gran cerebro de Freud— no es exacto que la alternativa iracunda sea destruir o destruirse, anular o anularse (dilema que en cierto modo fue planteado por la propia concepción lamarckiana de la “lucha por la vida”). La verdad es que, en el caso del hombre, se ofrece otra variante, por la que la energía tánica del mal llamado “instinto de muerte” se convierte en fuerza creadora (y por eso escribimos que la ira, mal a su pesar, puede engendrar el amor): tal variante está representada por la derivación de los impulsos iracundos hacia la “aventura exploradora”, es decir, el “juego inquisidor”, vulgarmente designado bajo el calificativo de *curiosidad*. ¿Qué es, en efecto, la curiosidad sino la tendencia que nos dirige al puro *dominio gnóstico de las situaciones*, que inicialmente eran fobígenas, por lo que tenían de ignotas?

Es a través del impulso curioso que se inicia el proceso de conocer la realidad exterior, penetrar en sus reconditeces y descubrir o revelar sus secretas esencias, es decir, *dominarla potencial o intelectivamente*. Conocer algo significa —prácticamente— hallarse en condiciones defensivas y ofensivas superiores a las que tenemos frente a lo desconocido. Hemos visto que el miedo alcanza su máximo influjo angustiante ante la nada, precisamente porque la nada no se puede conocer ni explorar. Ella representa la máxima interrogante; a medida que vamos llenando con realidades conocidas algunos de sus huecos nos vamos sintiendo más serenos, más dueños de nosotros mismos y menos iracundos, porque, en el fondo, nos sentimos más seguros y menos amenazados de fracaso.

La ira, pues, puede transmutarse en curiosidad y gastarse en trabajo explorador. Puede, también, sublimarse en gestas de conquista simbólica, de simple afirmación del poder individual en un terreno en que no ocasione sufrimiento ajeno: tal es el caso del alpinista que escala un pico inaccesible o el del campeón de lanzamiento de peso, o el del cazador de “records” extravagantes, tan frecuentes de observar en Norteamérica. Una variante de este tipo nos la da el llamado “coleccionista”, que propende a ser poseedor máximo de una determinada clase de bienes u objetos, para satisfacer así su necesidad de afirmarse superior al promedio, en algún aspecto (ya que no lo pudo ser en otros).

## LA LUCHA CONTRA EL MAL HUMOR

No hay duda que el mal humor es signo de propensión iracunda. Por esto, si queremos evitar ser víctimas del impulso rabioso, habremos de empezar por combatir a aquél. Casi siempre un malhumorado es un pesimista y, en el fondo, un miedoso que no quiere confesarlo. Por ello le conviene ser analizado y enfrentado con una interpretación objetiva de sí, para que —conociéndose mejor— pueda dejar de sufrir y de hacer sufrir a los demás.

¿Cuáles son las características generales del mal humor? La primera y principal es la de no acusarse como tal a quien lo tiene: éste admite, a veces, que tiene “mucho genio”, mas no reconoce que lo tiene malo y si, por azar, lo hace, se cree que ese hecho es tan fatal e ineluctable como la órbita de Saturno, motivo por el cual compete a los demás la precaución de no hacérselo exhibir (o como se dice vulgarmente, de no “buscarle las pulgas”).

Las actitudes que definen el carácter malhumorado tienden a caricaturizarse y exagerarse con el decurso del tiempo, deviniendo hábitos muy difíciles de cambiar; por ello conviene luchar abiertamente contra ellas, *ab initio*, quitándoles los asideros en que se apoyan para justificarse. Porque el malhumorado casi siempre trata de explicar y explicarse su irritabilidad como una muestra de un culto y devoción a los valores más puros: “no puede sufrir que se cometan injusticias”, “no puede tolerar la hipocresía”, “es un esclavo de la verdad” o “su dignidad le impide dejarse atropellar en sus derechos”, etc. En todas estas ocasiones quien eso dice no se da cuenta de que su conducta representa una negación de lo que trata de afirmar, pues lo lleva a ser injusto, exagerado (y por tanto no verídico) y entrometido.

Lo peor del caso es que el mal humor se contagia, de modo que basta un malhumorado en un grupo para que éste, paulatinamente, agrie sus relaciones. Podríamos decir que “la” cólera se propaga con mayor rapidez que “el” cólera, engendrando re-infecciones en el ambiente, es decir, produciendo reacciones que redoblan el mal ánimo de quien las provocó.

¿Cómo, pues, luchar contra esta tendencia a la lucha, que es el mal humor? No basta aconsejar que quien se siente enojado y malhumorado se mire al espejo y se ría de su hosco gesto, cuente hasta ciento o recuerde que la ira es uno de los siete pecados capi-

tales... Todos esos recursos sirven de bien poco en la práctica. Hay otros caminos a seguir: el primero consiste en recordar que el mal humor puede ser el efecto de malos humores, es decir, de alteraciones de la sangre y de las hormonas (antiguos "humores"): los hipertensos, los hepáticos, los estreñidos crónicos, etc., acostumbran enfadarse con facilidad porque tienen aumentada su irritabilidad neuromotriz. Por eso hay que seguir un plan de vida que tienda a cumplir el antiguo precepto "mens sana in corpore sano". Mas asimismo es cierta la recíproca: "corpore sano in mens sana". Por consiguiente, para no ser hipertenso, no sufrir del hígado y no tener estreñimiento, es preciso vivir en una actitud mentalmente higiénica.

Ello significa, en primer lugar, "ponernos de acuerdo con nosotros mismos", pues es sabido que quien vive en paz consigo no inquieta a los demás. Y tal labor de reajuste intrapsíquico, de modelación del fondo y de la forma (carácter) personales, difícilmente la podemos llevar a cabo sin el auxilio de un técnico en el difícil arte de la exploración psicológica, pues nos falta perspectiva y nos sobra parcialidad en nuestros autojuicios estimativos: mucho más difícil que verse la espalda o explorarse el bazo es darse cuenta de los defectos del "yo", con el cual nos confundimos.

Conviene, asimismo, que el malhumorado recuerde que ni su violencia, ni su obstinación, ni su intransigencia, ni su destemplanza son signos de superioridad vital. Todo lo contrario: revelan inseguridad, falta de autodomínio y de fe en la eficacia propia. Porque *el ruido es fugaz pero la razón es silenciosa y eterna*. Pasado el tiempo y analizada cualquier situación, nadie recordará los gestos ni las palabras altaneros, los gritos y denuestos proferidos: solamente se valorará el grado de "lógicidad" de los actos positivos con que procedimos a resolverla. Y tales actos serán tanto más eficaces cuanto menos energía se consuma en los fuegos fatuos de la emoción incontinida. Estamos todos de acuerdo en que la ira ciega la vista y el entendimiento; pero conviene recordar que el mal humor es casi siempre su forma latente y se desarrolla sobre el fondo de la angustia. De ahí la necesidad de llegar hasta esa oscura profundidad o subsuelo individual, para eliminar allí las inmundicias que alimentan esa forma de miedo agresivo y torturante.

## SUJETO "VERSUS" OBJETO

La curiosidad abre las puertas que van a consumir las cargas de la iracundia en menesteres provechosos: tan pronto como nos lanzamos a la caza del dato, del detalle, o a la comprensión del sentido y de la esencia de aquello que, por ignoto, nos parece hostil, empezamos a sentirnos *ligados* al sector de realidad en que se halla. Es decir, el "sujeto" empieza a estarlo efectivamente, pues antes trataba de liberarse del objeto y ahora se prende a él.

Hay una diferencia esencial, no obstante, entre la prensión colérica y la prensión exploradora. Ambas nos "sujetan" al objeto, pero en la primera tratamos de destruirlo, en tanto en la segunda intentamos incorporarlo o, si se quiere, asimilarlo, de suerte que pase a ser parte substancial de nuestros bienes y, por ende, *nos sirva*, nos rinda un provecho.

*En ese tránsito, de una actitud aniquiladora a una actitud exploradora se marca la vía por la que podrá ser domesticada la ira.*

Naturalmente que no puede concederse gran valor ético a ese impulso inquiridor en que se transforma el anterior impulso inquisidor, mas desde un punto de estricto realismo biológico representa un avance, ya que pronto, al recibir del objeto determinados beneficios, se engendrará en quien los consigue un principio de "querencia" hacia él. En efecto, tan pronto como "algo" nos es útil deseamos conservarlo y no destruirlo; luchamos para defenderlo, si es preciso, y lo consideramos, así, parte de nuestra esfera económica. Dicho de un modo más crudo: la *exploración* conduce a la *exploración* y ésta a la comunidad o coincidencia de fines inmediatos, que fija el principio de la superación de la primitiva antinomia dialéctica, a través del eslabón de la *colaboración*.

Conocer es comprender y comprender es empezar a dialogar en lenguaje estimativo. Un ejemplo típico de este aserto nos lo da la superación de las iras y los odios tradicionales (de raza, religión, clase, etc.) por la cultura y la colaboración social. Incluso el más básico de los motivos de iracundia, en la moderna sociedad: la antítesis del capitalismo y el comunismo está siendo superada paulatinamente, en la medida en que los acontecimientos han llevado a la colaboración y al conocimiento de la interdependencia forzosa de sus representantes máximos en la etapa actual de la vida humana.

Es así como el domador acaba queriendo a sus leones y como

**muchos prisioneros terminan añorando su cancerbero, a pesar de que en uno y en otro caso no se cumplen los requisitos fundamentales para la total metamorfosis y dilución de la ira inicial.**

### COROLARIO PRÁCTICO

Si, pues, queremos transformar la iracundia destructiva y anuladora en impulso constructivo y progresivo, tendamos el puente hacia la antítesis de la relación antinómica dialéctica y comencemos a tejer la historia del flujo y el reflujo de acciones y reacciones que nos llevará a la mejor intercomprensión recíproca de los dos términos (sujeto y objeto) iracundos.

Entonces la ira se mutará en esfuerzos disciplinados y éstos, a su vez, en VALOR.

Entonces, el gesto hosco y el ademán agresivo se transformarán en movimiento firme y en ceño atento... Y las manos no estrangularán, sino moldearán. Y las lenguas no calumniarán ni insultarán, sino cantarán la alegría de ascender hacia los planos de la creación, pasando del fuego quemante al calor fecundante, y del golpe hiriente al contacto productivo o formador.



## CAPÍTULO X

### EL AMOR

#### ¿QUÉ ES EL AMOR?

##### Limitaciones previas.

Tanto se ha escrito sobre el amor, que puede parecer cursi o pedante el intento de hablar de él, siquiera bajo la protección de un criterio que aspira a ser honestamente científico. La actitud del biólogo o, inclusive, la del psicólogo, frente a un cúmulo de hechos que tan íntimamente conmueven las fibras sentimentales de cualquier ser humano corre peligro de parecerse a la conocida imagen del caballo en la cacharrería o, si se desea una variante más expresiva, a la de un hipopótamo en un orquidario. Y, no obstante, si deseamos pasar revista a las ingentes fuerzas que nos animan y ahogan, que nos impulsan y anulan, que nos elevan y hundén, que nos beatifican y envilecen, no podemos dejar de ocuparnos de éste, nuestro tercer gigante, que bajo su piel suave y rosada, su mirar triste y su efébrica apariencia oculta energías capaces de vencer a sus tres hermanos, compañeros de caverna.

Hay, pues, que hablar del amor. Y es preciso, como hemos hecho con sus dos antecesores, definirlo. Mas aquí los criterios son, aún, más variados y contradictorios; nuestros recursos, más limitados; los peligros de teorizar sin base experimental, mayores. Porque, en efecto, el miedo y la ira son emociones que se manifiestan fundamentalmente del mismo modo en los mamíferos superiores, pero el amor adquiere matices sumamente peculiares en la especie humana y se presta menos al control de laboratorio o al estudio objetivo. Por ello sus definiciones siguen siendo tan distantes o di-

vergentes, incluso cuando se elige, para cotejarlas, un mismo punto de observación.

Todo ello nos impone circunspección y modestia en las afirmaciones y severo rigor en las inducciones y deducciones. Una vez más, para no perdernos, vamos a seguir la pauta evolutiva y estudiar al amor desde sus remotos orígenes biológicos con el fin de asistir a sus diversas ascensiones de complejidad, hasta alcanzar el volumen que presenta cuando reina y tiraniza a un individuo humano, adulto, culto, pasional e idealista.

### La raíz metabólica del amor.

Para quienes creen que el amor es, ante todo, una "atracción" bueno será que sepan que, genéticamente, es anterior su calidad de "expansión", y ello explica su aspecto absorbente y posesivo, que destaca en algunas personalidades primarias. Si observamos un organismo vivo, unicelular, tal como una ameba, por ejemplo, veremos que en él se dan los fenómenos de inhibición y de excitación característicos de la presencia de las dos fuerzas primarias que hemos conocido en los capítulos anteriores, personificándolas bajo los calificativos de miedo e ira. Una y otra de esas fuerzas o "potencias" se evidencian cuando las condiciones del ambiente físico en que vive ese "átomo biológico" se hacen adversas. Mas, si tenemos paciencia en la observación de su devenir, sorprenderemos un momento en el que el crecimiento protoplásmico de esa ameba ha alcanzado una plenitud y una turgencia tales que empiezan a dificultar su propia existencia individual. Porque tal organismo tiene una forma esférica que, desde el punto de vista defensivo, es la más útil (pues permite encerrar mayor cantidad de materia en menor cantidad de superficie vulnerable); pero, desde el punto de vista nutritivo o metabólico, es en sí peligrosa, pues a medida que aumenta la masa orgánica tiene relativamente menos fronteras con el medio ambiente, para asegurarle tanto el intercambio asimilativo (absorción de productos nutricios) como el desasimilativo (expulsión de productos de desecho que casi siempre resultan tóxicos). De esta suerte, va acumulándose cerca de la membrana de contacto un número cada vez mayor de metabolitos degradados (los llamados "catabolitos") o sea, de moléculas químicas que representan un peso muerto, un estorbo y una amenaza para la pervivencia del ser.

A la ameba se le presenta, pues, en el instante mismo en que alcanza su máximo volumen y lozanía aparente, el trágico dilema shakesperiano: *renovarse o morir*, es decir, *transformarse* (lo que, en parte, es morir) para vivir nueva vida o *anquilosarse* y momificarse (lo que, en parte, es persistir) para perdurar anacrónicamente, en la sombra de lo que fue.

Cuando llega ese momento crucial en la vida de cualquier organismo vivo es cuando mejor vemos la imposibilidad de separar la vida y la muerte, ya que ambas no son sino aspectos complementarios del mismo concepto fundamental de la ciclomorfosis: la vida procede de la muerte y retorna a ella (incluso en la Biblia está escrito para el hombre: *Pulvis eris et in pulvis reverteris*); mas, precisamente en el vértice del ángulo que marca el tránsito de una a otra de esas vertientes surge el fenómeno de la *re-producción* que, desde el punto de vista físicoquímico, marca la raíz ancestral del AMOR.

En efecto: ¿qué le ocurre a nuestra ameba cuando enfrenta tal dilema? Un curioso proceso de bipartición: empieza a producirse un estrangulamiento en su centro; adquiere la forma de un huso y, pronto, la de un 8. Finalmente, se divide en dos células que pronto se distanciarán y vivirán independientemente, iniciando su proceso de crecimiento y expansión hasta que, a su vez, sufran el mismo ciclo de bipartición. Ahora bien: en el momento en que se termina la estrangulación del cuerpo de la ameba y éste se divide en dos, ¿cabe decir que muere o que adquiere doble vida? ¿Cabe afirmar que aquél engendra las dos células hijas o es más exacto afirmar que sigue existiendo, transformado y dispersado en el espacio-tiempo?

Sea de ello lo que quiera, un hecho subsiste incontrovertible; la perpetuación (por fragmentación reproductora, asexual y monógama) de la substancia viva se ha de considerar como fundamentalmente impelida por la *necesidad de asegurar la pervivencia de* (los procesos nutritivos que conducen a) *la expansión vital* (una vez que ésta se veía seriamente limitada por su propia antítesis). De esta suerte, la nutrición, que es condición *sine qua non* de la vida, entraña una génesis de *antivida* (muerte) que sólo puede combatirse creando nuevas condiciones a su proceso. La fuerza que asegura esas nuevas condiciones (simbolizada en el Eros de los griegos, el "soplo" anímico, el "impulso" creador, el "élan vital" bergsoniano, etc.) procede de ese oscuro "anhelo de ser y poder" que nutre, asimismo, al Gigante Rojo. Y es, a su vez, consubstancial y anti-

nómica de la no menos obscura tendencia a la anulación, concentración e invariación que caracteriza al Gigante Negro. *Todo cuanto tiende a la estabilidad camina hacia la muerte; mas todo cuanto tiende a la perdurabilidad también camina hacia ella.* En el fondo, la perdurabilidad no es otra cosa sino la estabilidad en la eternidad, así como —recíprocamente— la estabilidad no pasa de ser la perdurabilidad en el espacio infinito.

### La gran paradoja biológica del amor.

Mucho temo que el lector se halle en este instante un tanto desorientado por este súbito encuentro con la filosofía. Sin querer estamos discutiendo a lo largo de la frontera onticoontológica; bordeamos el misterio que separa las categorías de lo "inmanente" y lo "trascendente". Ello es obligatorio, porque el amor es, por definición, un proceso complejo y contradictorio, que no puede ser situado ni limitado concretamente en un determinado sector conceptual. Su energía es no solamente la mayor y la más variada de cuantas podemos imaginar sino que, además, aspira, engloba e incorpora, por una "absorción" sui géneris, las de sus gigantescos compañeros de morada. Por esto es, quizás, la única fuerza capaz de aumentar en razón directa de los obstáculos o resistencias que se le oponen. Por ello, también, triunfa, en definitiva, sobre todos sus adversarios cuando éstos se unen en consorcio para anularlo. Y, sin embargo, tampoco hay ejemplo de otro ente que sea capaz de acusar mayor delicadeza y sensibilidad, mayor variabilidad e inestabilidad. Delicado y fuerte, puro y perverso, tierno y cruel, audaz y tímido, sincero y comediente... no hay contradicción ni antinomia que no pueda ser denotada en la historia del amor.

Mas la gran paradoja biológica en este máximo gigante del alma deriva de otro motivo que lo diferencia de sus tres congéneres y es el hecho de existir en forma bifásica, determinando un constante flujo y refluxo (efusión e infusión) vital, en virtud del cual el ser enamorado se siente simultáneamente más turgente y más exhausto, más pleno y más vacío, más "viviente" y más "moriente".

Desde un punto de vista estrictamente fisiológico, tal dualismo se explica porque la conducta sexual conlleva en el mismo acto *una posesión y una cesión* o, si se quiere, un recíproco intercambio de

energías, que altera esencialmente el habitual tono existencial individual. Ello será aún mejor comprendido si pasamos revista breve a las otras raíces o factores constituyentes del proceso amoroso.

### La raíz tánica y nihilista del amor.

Es sin duda la más difícil de reconocer, cuando se contempla ingenuamente la conducta y el continente de la persona enamorada. Mas no ha escapado a los más antiguos pensadores, pues los más dilectos de ellos nos han dejado profundas reflexiones acerca de las relaciones del amor con la muerte. Es ya, curioso el hecho de que en una lengua latina, el catalán, ambas palabras sean tan semejantes que casi se confundan cuando se las oye pronunciar de prisa (L'AMOR y LA MORT). Y que en todos los romances de los trovadores surja la evocación mortal como imagen expresiva de la intensidad del amor. Pero las vinculaciones entre ambos procesos son más ancestrales y provienen del acto inicial de la partición de la substancia viva, en que vemos a la misma célula *morir* (como madre) y *renacer* (como hija de sí misma). Es así como se explica la reaparición, en diversos niveles de la escala animal, de las llamadas "bodas tánicas", en las que la cópula fecundante va seguida de la muerte de uno o de ambos cónyuges.

Por esta misma razón se observa, tras el coito humano completo, una tendencia al sueño, que es una muerte temporal. Y el acto mismo del orgasmo fue descrito por nuestro inmortal García Lorca con el calificativo de "la muerte chiquita". Si, empero, prescindimos de evidenciar esa raíz tánica en el acme sexual del proceso amoroso, y la exploramos a lo largo de sus diversas fases, menos físicas, podremos igualmente denotar su presencia, bien manifiesta, en la impresión general de lasitud, de vaciamiento y de desvitalización o deposición de iniciativas que caracteriza la frase "morirse de amor". Antes de llegar a ella, el "ataque" del amor, con sus síntomas de pérdida del apetito, desinterés por la realidad y el trabajo, falta de voluntad, etc., hace que las gentes le consideren como sinónimo de una perturbación, por atontamiento, que lleva a quien la siente a una curiosa e indefinible sensación afectiva de dulce anulación vital o "morencia". Muchos enamorados describen este estado de morencia como un *sueño*, y bien sabido es que el sueño representa el puente que nos aleja de la vida.

Pero aún hay más: la raíz tánica, o sea, el oscuro impulso a retornar al no-ser primitivo, se expresa también *físicamente*, de un modo activo, en el deseo de *dar la vida* en holocausto al ser amado, es decir, de sufrir y de sacrificarse por él. Todas las perversiones masoquistas no representan otra cosa más que exageraciones patológicas de esa misteriosa tendencia autoagresiva y autoanuladora que aparece integrada con el amor y representa, en realidad, el residuo o impacto que en su génesis dejaron sus dos gigantes ascendientes: el miedo (mortal) y la ira (destruictiva). No son, pues, solamente, los grandes místicos los que desean, cuanto antes, desvanecerse ("Muero porque no muero", de Santa Teresa), sino también muchas mentes bien vulgares (es decir, de escaso volumen psíquico), como lo prueba el frecuente suicidio de las mismas ante un supuesto "amor imposible" (y decimos "supuesto" porque el amor es siempre posible; lo que a veces no es *probable*, en el peor de los casos, es su correspondencia física).

Es, sin duda, a esa raíz —tendencia a la autoanulación para transmutarse— que Ortega y Gasset se refiere cuando, en sus *Estudios Sobre el Amor*, escribe unas observaciones ácidas, pedestres y poco dignas de su fama, acerca del enamoramiento. Dice, por ejemplo (pág. 41): "Reprimamos los gestos románticos y reconozcamos en el "enamoramiento" —repito que no hablo del amor *sensu stricto*— un estado inferior de espíritu, una especie de imbecilidad transitoria. Sin anquilosamiento de la mente, sin reducción de nuestro habitual mundo, no podríamos enamorarnos". En la página 42: "Cuando hemos caído en ese estado de angostura mental, de angina psíquica, que es el enamoramiento, estamos perdidos. En los primeros días aún podemos luchar"... Página 43: "El alma de un enamorado huele a cuarto encerrado de enfermo, a atmósfera confinada, nutrida por los pulmones mismos que van a respirarla"... Confesamos que Ortega debía hallarse sufriendo uno de sus característicos accesos hipocondríacos cuando de tal modo degradó y empequeñeció ese sector o ingrediente del complejo amoroso. Amor significa *siempre* plenitud y desbordamiento. Si el ser, en sus diversas estaciones, adquiere contactos y semejanzas con su no-ser ello es, precisamente, porque roza la eternidad y discurre por los linderos trascendentes del alma universal, en donde los "yos" son apenas insignificantes átomos espirituales, carentes de individualidad propia. Mas esto supone una *ascensión* y no un descenso: porque el ser enamorado habla *en lenguaje de la especie* y, por tanto, intemporal.

Es así como muere para renacer; y es así como la raíz tánica —que deja nuestro yo en “suspense”— es asimilada en la totalidad del proceso amoroso como un aporte necesario y creador.

### **La raíz agresiva, posesiva e imperialista del amor.**

En aparente oposición con la anterior, pero en profunda correlación con ella, se encuentra esta raíz sádica, cruel, absorbente y tiránica del dinamismo amoroso. El impulso a que obedece es tan destructivo como el tánico, mas su fuerza procede del núcleo iracundo y no toma la forma de mortal anulación sino de dominio y de “conquista” del objeto libidinoso, o sea, de la persona amada.

Es esta raíz la que da a las primeras fases del proceso amoroso el aspecto de una lucha o combate, en la que, por lo general, la personalidad más agresiva (masculina) pasa a la ofensiva, en tanto la menos agresiva (femenina) se mantiene a la defensiva. Esa agresión, sin embargo, no se expresa en forma mecánica sino en actos simbólicos, preferentemente. Éstos pueden manifestarse mediante gestos, palabras y conductas que, por lo general, tienden a hacer resaltar los valores personales del “conquistador”, tanto en sus atributos sexuales directos (coraje, fuerza física, potencia viril) como en sus equivalentes indirectos (capacidad económica, prestigio social, “esprit”, etc.). La mujer trata, asimismo, de ganar el corazón de su amado desarrollando la táctica de una “pudorosa coquetería”: se arregla y viste del modo más atractivo posible, estudia sus menores expresiones y se lanza al famoso juego del “tira y afloja”, o sea, de incitar y frenar, alternativamente, a su cortejador.

A veces, esta batalla —para la que cada uno de los protagonistas acostumbra contar con recursos y personas auxiliares— constituye el principal contenido de la dialéctica amorosa, que entonces aborta en lo que vulgarmente se denomina el “flirt”. Mas si el gigante avanza y desarrolla sus fuerzas con todo su poder, entonces su raíz posesiva también puede fortalecerse extraordinariamente y dar lugar a manifestaciones de tal intensidad que culminen en un verdadero martirio de la pareja amante, que vive bajo la recíproca opresión de sus llamados “celos”.

Hasta cierto punto puede afirmarse que la raíz agresiva del amor tiene también reminiscencias de la raíz metabólica. En efecto: un caso particular de la nutrición celular es la llamada “fagocitosis”,

en la que la célula engloba las partículas más aptas para asegurar su supervivencia (antes de llegar a la fase de su partición) emitiendo los característicos "seudopodios", que pasan a rodearlas, aprisionarlas y, finalmente, aseguran su dilución y asimilación por el protoplasma. Pues bien: la persona amante, cuando su conducta se rige por el impulso agresivo, también "fagocita", aprisiona, engloba, anula e incorpora a su propio ser el objeto amado (en un proceso de absorción, cuya manifestación física más ostensible es el "beso" y el "abrazo").

Las gentes ignoras acostumbran expresar su atracción amorosa con requiebros e imágenes nutritivas: "me lo (o la) comería", "vaya mordisco que la (o le) daría", etc. Y la escuela psicoanalítica freudiana, al afirmar que el primer placer humano es canibalésco (obtenido por la mordedura y aspiración del pezón y seno materno) nos aporta, en este sentido, otra confirmación de que la raíz agresiva (sádica) tiene, en la vida humana, su primera manifestación en el acto de la nutrición, por la alimentación oral.

¿Cómo se manifiesta en el tipo medio de los procesos amorosos esta raíz agresiva (sádica) que los propulsa? De un modo diverso, según la observemos en el hombre o en la mujer, pero con idénticos fines: propendiendo a la "colonización del objeto amado: al usufructo "exclusivo" no sólo de su cuerpo sino de su mente. Las personas que se dejan llevar por ese amor posesivo se pasan la vida reprochando y recriminando a sus parejas que "no las quieren bastante"; constantemente piden de ellas "pruebas" de amor y éstas, para serlo, han de representar algún sacrificio, o sea, alguna renuncia, alguna mutilación de la personalidad supuestamente amada. Es así como ésta pasa a ser, en realidad, víctima de quien afirma amarla y en realidad consuma un lento y solapado asesinato psíquico, tratando de justificarlo, en el peor de los casos, por un "exceso" de amor. Ese exceso que lleva, a veces, al llamado "crimen pasional" y a la célebre y manoseada frase de copla: "la maté porque la quería".

Naturalmente, quienes exhiben este tipo de proceso amoroso afirman que ellos no piden más de lo que espontáneamente dan. Si desean recibir constantes manifestaciones de cariño y devoción es porque ellos también las prodigan y sólo viven para pensar en (y querer a) su objeto amado. Es frecuente oír decir a tales personas: "yo sólo vivo para mi amor" o "me desvivo por él"; de lo que no

se dan cuenta, cuando tal afirman, es que haciéndolo así lo que consiguen es "no dejar vivir" a ese amor.

### La raíz genital del amor.

He aquí la que podríamos, también, llamar raíz *natural* y propiamente genésica (fecundante) del amor. Ella es la que proporciona el placer orgánico conocido con el término de "orgasmo", tras del cual corren alelados muchos mamíferos bípedos, creyendo que en él consiste cuanto hay de "bueno" en el amor.

Mas la serie de resoplidos y de vivencias orgiásticas que es capaz de producir la acumulación de hormonas sexuales y de cargas libídicas no puede ni debe ser considerada como la finalidad ni la esencia del proceso amoroso. Éste es mucho más que eso, aun cuando no pueda, tampoco, existir plenamente sin eso.

Desde un punto de mira fisiológico, la tendencia a la cópula o "fusión" corporal de ambos sexos parece asegurada por un oscuro anhelo de complementación, que es diversamente sentido por la mujer y por el hombre; aquélla busca "recibir" y éste "dar" algo, pero —cosa curiosa— aquélla gusta, al propio tiempo, ser "poseída" y éste "poseer", en todo cuanto no sea territorio estrictamente genital. Parece, pues, como si se produjese dentro del ámbito personal una compensación que sirve para asegurar mejor la completa equidad de los dos protagonistas del acto fecundante.

Magnus Hirschfeld fue el primero en destacar la importancia que las manifestaciones vasculares —ligadas a la acción hormonal y nerviosa, principalmente coordinada en la neurohipófisis— tienen en la producción del "Trieb", "Craving", "impulso" o "necesidad" ("besoin" de los franceses) genital. Mas la mejor prueba de que tal impulso es harto distinto del complejo dinamismo del amor nos la da el hecho de que puede ponerse en marcha y torturar a quien lo siente en ausencia (real o imaginaria) de todo objeto libidinoso concreto, o sea, que es posible sufrirlo o gozarlo intensamente *sin estar enamorado ni amar a nadie*. E, inversamente, es también posible vivir con plenitud en todos los momentos, buenos y malos, de un gran amor sin estar sometido a sus exigencias.

La característica del desarrollo de esa raíz genital es el sumergimiento del hombre y los animales, periódicamente, en el llamado estado de "celo", que también ha sido designado eulálica y simbó-

licamente, con los términos de "sed", "hambre" o "frenesí" libidinosos. En los varones humanos, la distensión de las vesículas seminales, en donde se almacena el líquido espermático elaborado en los testículos, provoca inicialmente una impresión general de "turgencia" que se acompaña de una tendencia a la congestión y vasodilatación del área genital, con tumescencia y erección espontánea y frecuente del pene, aun en ausencia de toda imagen, idea o deseo de ayuntamiento sexual. Lo corriente es, empero, que durante ese período surjan recuerdos y fantasías eróticas en la conciencia o que el individuo atienda de un modo desusado cualquier estímulo relacionado con el sexo opuesto. Si se acerca a él una mujer cualquiera, se verá idealizada catatfmicamente por él y constituirá objeto de agresión genital, directa o indirecta, según las circunstancias (o, por mejor escribir: de agresión real o imaginaria).

En la mujer también existe un período de aumento de la tumescencia genital, casi siempre en los días anteriores a la aparición de la menstruación (durante los que también se acostumbra notar una relativa turgencia de los senos); mas, en ausencia de actividades genitales previas, tal congestión no conduce, como en el caso del varón a repercusiones en la vida mental (excepto en casos de llamada constitución hipersexual, en los que el impulso a la intromisión de "algo" en la vagina puede alcanzar una violencia tan grande como la necesidad de eyaculación en el hombre).

Por lo demás, es preciso tener en cuenta que el "orgasmo" genital es en la mujer, por regla general, más lento y más duradero que en el hombre, motivo por el cual en muchas ocasiones, éste termina el acto sexual sin haber aquélla obtenido el placer buscado; y si lo obtiene, queda más totalmente satisfecha que su compañero. De otra parte, dado el mecanismo de la cópula, a la mujer le es mucho más fácil que al hombre simular o fingir la descarga genésica, que pone temporal punto final a la excitación de la raíz genital. Ambos hechos explican por qué, en realidad, hay pocas ocasiones en las que la raíz genital del amor se halle total y permanentemente satisfecha y por qué, en apariencia, lo está casi siempre que se da la llamada "unión libre" de los sexos.

### La raíz érgica, creadora o fáustica del amor.

Esta es la que, desde un punto de vista estrictamente humano, más nos interesa. Su sola presencia basta para hacer perdonar a Eros todos sus pecados y para proclamarlo distinto a sus tres compañeros existenciales. Ni el miedo ni la ira ni el deber son capaces, aislados o en conjunto, de lograr la llamada "inspiración" que, en cambio, obedece, sumisa, a los dictados del amor o, más exactamente, a ésta, última y mejor, de sus raíces propulsoras. Puede afirmarse que no todos los amores son capaces de exaltar la raíz creadora de quienes los viven, pero también es cierto que solamente el amor puede extraer de cada hombre o mujer su máximo potencial creador, o expresado de otro modo: las máximas creaciones de la humanidad han sido, son y serán las inspiradas por el amor.

Si la "morencia" es la vivencia que señala la raíz tánica, el "celo" la raíz genital, y el "coraje" la raíz agresiva, no hay duda que la raíz creadora o érgica se desvela en el "entusiasmo". La persona que se encuentra sometida al crecimiento y desarrollo integrador de la síntesis de un proceso amoroso, en el que esta raíz interviene decididamente, siente su ser hervir, desbordante e irradiante de felicidad. La vida se le presenta bajo sus prismas más bellos, atrayentes e incitantes a la acción creadora. Desde un punto de vista estrictamente científico, tal estado se describe con el calificativo de *clación*. En él se experimenta una plenitud que no puede detenerse en la fase potencial y se expande en "élan" vivificador, o sea, creador de obras y valores.

Es probable —aunque no se encuentre definidamente comprobado— que exista una, ignota y tan sólo intuita, base de confluencia entre las energías de la raíz genital y la raíz creadora: ambas son fecundas y dan, por tanto, frutos, mas la primera conduce a la producción de hijos "carnales", en tanto la segunda engendra obras "espirituales". Freud y su escuela sostienen que la trasmutación de una en otra es originada principalmente por la acción represora de la vida social. Creen que la vida en común obligó al hombre a renunciar a la plena satisfacción de sus impulsos genitales y creó obstáculos y barreras, prohibiciones (tabús) y castigos de tal intensidad que determinaron una sobrecarga o saturación de la carga tensional del impulso copulativo, y éste sufrió entonces una *conversión ascendente* (sublimación) animando los afanes de saber (cultura),

gozar (artístico) y crear (érgico). En otras palabras, lo que el hombre perdió de genitalidad lo ganó en capacidad de trabajo y de cultura.

Creemos, como muchos otros, que la creación —sea de la naturaleza que sea— presupone un “afán creador” y que ese “afán” puede nutrirse, principalmente, de las ingentes energías de la raíz sexual-genital o propiamente libidinosa del amor; mas también nos parece que puede engendrarse la creación por energías vitales *asexuadas*, que se liberan en los llamados estados de exaltación, inspiración y cordialidad entusiasta hacia la *obra en sí*, con bastante indiferencia en cuanto al grado de necesidad de descarga libidinosa. Y en tal caso nos hallamos autorizados a separar la raíz creadora —fenomenológicamente hablando— de la raíz puramente orgiástica, copulativa, fecundante y fisiogenital del amor. Las historias de los grandes creadores humanos nos muestran que los ciclos de sus creaciones han sido, hasta cierto punto, independientes y por tanto ajenos a los ciclos de sus satisfacciones genésicas. Con y sin satisfacciones genitales, unas veces produjeron sus obras, y otras, no. De otra parte, uno de los más conspicuos discípulos de Freud, Theodor Reik, en uno de sus más recientes libros (*A psychologist looks at love*. Farrar Reinhardt, N. York, 1944), afirma enfáticamente que “el amor no se origina en el impulso sexual sino en el campo de los impulsos del Yo” (“Love is not originated in the sexual urge, but belongs to the realm of the ego drives”). Según él, la fuente genética del amor (no genital) se halla en la tendencia infantil a asegurarse la protección y la seguridad de la atención afectuosa de la madre; y añade: “el amor empieza como una inconsciente fantasía de ser amado” (“Love begins as an unconscious fantasy of being loved”). Esto explica por qué una de las consecuencias inmediatas del amor es un *aumento de la fe en el porvenir y en sí propio*. Esa “felicidad” es la que lleva al enamorado a tejer proyectos y a centuplicar su actividad para llevarlos a “fe-liz” término, haciéndolos “fe-cundos”.

Se comprende, empero, que el predominio de cualquiera de las otras raíces del proceso amoroso sea un obstáculo para que se desarrollen los efectos del impulso creador: quien sólo vive el amor como pura contemplación; quien lo vive como constante posesión, como mero goce infraabdominal o como dialéctico proceso de conquista, es difícil que pueda producir una *obra* amorosa, sea ésta física o espiritual. Solamente quien, de algún modo, consigue equilibrar e integrar esas vertientes o laderas y mantenerlas en armónica ten-

sión, obtiene que entre ellas brote la llama creadora, que da origen al "hijo espiritual" de la unión erótica. Ni el ascetismo ni la lujuria, ni el platonismo ni el otelismo son compatibles con la perpetuación fructífera del amor.

El proceso amoroso en el que esta raíz creadora dio lugar a la aparición del "fruto", sea éste biológico (hijo carnal), sea éste puramente psíquico o plástico (obra cultural, artística o técnica), alcanza su posible plenitud y se inmortaliza, aun cuando resulte efímera la acción de los restantes integrantes. Por el contrario, si la combinación de éstos no consigue llegar a la producción de esa obra, el amor resulta estéril y pasa a ser un "fuego fatuo", de aspecto más o menos brillante y seductor, mas completamente intrascendente.

El estudio de las interrelaciones de las raíces constituyentes del tronco vital de cada amor es difícil y puede resultar imposible si no se cuenta con la plena y constante sinceridad de los dos autores, que a la vez son actores, de su historia. Será preciso, en efecto, antes que nada, descontar cuanto haya de vanidad, de amor propio, de testarudez o de hábito en el impulso creador (no sólo de la obra, sino de la conducta amorosa, ya que ésta, a veces, constituye por sí misma una obra, de singular calidad estética y ejemplar valor ético). Será preciso, también, conocer y comprender las influencias de las fijaciones afectivas primarias (paterna, materna, fraternas, etc.) en la orientación y concreción de las actitudes y pautas reaccionales de los protagonistas. Todo ello supone una dedicación y un esfuerzo que raras veces se consiguen, a menos que el observador sea uno de los elementos a estudiar... y en tal caso le sobre pasión y le falta perspectiva para llegar a juicios válidos.

Ello explica por qué sobre el amor hay mucha más literatura que ciencia, mucha más fantasía que realidad, mucho más prejuicio que juicio.



## CAPÍTULO XI

### LAS "FASES" DEL AMOR

#### **La fase de iluminación.**

La llamada "elección del objeto amoroso" ha sido estudiada copiosamente por los psicólogos modernos y, también, por poetas y filósofos que nos han dado descripciones e interpretaciones a veces más estimables que los primeros. -Éstos, en especial los psicoanalistas, se han dejado llevar, con frecuencia, por consideraciones apriorísticas, teóricas y excesivamente naturalistas. En cambio, los poetas y los filósofos han procedido, por regla general, de un modo más ingenuo. Especialmente estamos pensando en un gran poeta y en un gran filósofo españoles: Pedro Salinas y Joaquín Xirau. El primero, en su "suite" *Razón de Amor*, y el segundo, en su libro *Amor y Mundo*, nos han legado páginas de belleza y profundidad no superadas en cuanto a descripción de las primeras fases del "existir" amoroso.

Y hora es, ya, que se diga y proclame este hecho: el amor no es algo que nos "llega", nos "invade" o "cae" sobre nosotros, desde fuera, sino que es un especial modo de existir que *sobreviene en nuestra intimidad*, apoyado y estimulado por ciertas condiciones y factores situacionales. Mucho más, pues, que el valor provocante o incitante del *objeto amado*, es preciso tomar en consideración el valor exuberante y desbordante del *sujeto amante*; mas, como a éste le falta distancia para poder considerarse objetivamente, proyecta en el exterior el motivo de sus vivencias (exactamente como proyecta al exterior las imágenes de su retina), y refiere, entonces, éstas a un particular ente personal, que así pasa a constituir el supuesto foco desencadenante del proceso amoroso.

Que el objeto en sí es poco y la necesidad, la circunstancia y el

sujeto son mucho nos lo muestra, a diario, la experiencia de miles de comadres que entretienen sus aburrimientos y consuelan sus nostalgias planeando y tejiendo las redes en que serían prendidos los jóvenes o adultos que aún quedan por "cazar" (léase con "s", o sea casar) en su campo de operaciones. Tales expertas reunidas en cónclaves, *deciden* que "sería lindo" emparentar a X con Z y a M con S.

Consiguientemente desarrollan su estrategia de enredos, reuniones y ocasiones, esperando que "él" o "ella" atraviesen el cuarto de hora propicio para  *fijarse* recíprocamente, entre sí. ¡Y de 10 veces 9 lo consiguen!; los así prefijados novios ignoran hasta muy tarde, o hasta siempre, el papel esencial que en su enamoramiento tuvo ese concilio de menopáusicas que clandestinamente monopoliza la distribución de idilios "puros", en los ambientes, enquistados, de su jurisdicción casamentera.

Mas, volvamos a lo que importa: ¿cómo se vive la primera fase del existir amoroso, o sea el período en el cual emerge y se destaca, entre las demás la imagen que refleja nuestro incipiente amor? Éste, cual energía luminosa y radiante, se condensa en la contemplación y la desvelación de otro ser, semejante, correspondiente o complementario y en él  *ilumina* sus aspectos positivos. He aquí cómo describe Xirau ese acto ( *Amor y Mundo*, págs. 124 y 125) :

Por la presencia del amor la persona o la cosa amada sufre ante la mirada del amante una verdadera transfiguración. La mirada amorosa ve en las personas y en las cosas cualidades y valores que permanecen ocultos a la mirada indiferente y rencorosa. Todo ser posee al lado de las características superficiales, que se ofrecen a quienquiera que las mire, una infinidad de propiedades, buenas o malas, que permanecen en su recóndito y aun otras muchas que, si bien no ha realizado nunca, es posible que algún día se manifesten y cambien totalmente su fisonomía interior o exterior. Hay, por tanto, en todo ser algo actual y patente y algo virtual y latente. Y entre todas las propiedades y valores que posee una persona o una cosa, superficiales o profundas, virtuales o actuales las hay buenas y malas, mejores y peores, detestables y excelentes.

Ahora bien: la mirada amorosa percibe en el ser amado el volumen entero de las cualidades y valores que la integran, y destaca en primer término aquellos que entre todos poseen una calidad o un valor superior. A partir de ellas tiende a incrementarlas y a sublimarlas, a poner todo el resto a su servicio y a llevar, si es necesario con esfuerzo, su imperfección a plenitud.

El amor es, por tanto, claridad y luz. Ilumina en el ser amado sus recónditas perfecciones y percibe en unidad el volumen de sus valores actuales y virtuales.

Lo importante, pues, para nosotros, es destacar que las cualidades de un ser no son las que determinan nuestro enamoramiento, sino que es éste el que las destaca y descubre. O dicho de un modo más vulgar: no vemos las perfecciones y las admiramos *a priori* sino *a posteriori* de su iluminación por el haz amoroso que brotó de nuestro núcleo personal y puso "en foco" al ser que creemos lo "despierta" y que, en realidad, lo "recibe".

¿Supone esto negar toda influencia externa, todo valor de "luz propia" a los objetos de nuestro amor? Evidentemente, no. Supone, empero, simplemente, afirmar que su luz requiere la nuestra para ser apreciada con la refulgencia conveniente al amor. Nadie hay que no tenga algún destello propio, pero ningún foco luminoso es capaz de vencer la obscuridad de un ciego.

La vivencia de la "iluminación" puede desarrollarse bruscamente —como un relámpago— y a eso se le llama, en términos vulgares, el "flechazo", o bien se generará de un modo suave y progresivo, como un lento amanecer. En el primer caso, lo probable es que el amor se nutra principalmente de elementos procedentes de su raíz orgánica genital y tenga más de apetito fisiológico que de proceso pasional, propiamente dicho. Se siente, entonces, como un verdadero *choque*, seguido de una excitación sexual, aun sin saber quién es ni cómo es: nos basta su apariencia, que ejerce una especie de aspiración o atracción magnética.

Otro es el caso de la iluminación cuando se efectúa bajo el arco sereno de un amor nutrido por anhelos personales más amplios: entonces, la imagen que va a ser amada se destaca lenta, progresiva pero seguramente, entre las demás, descubriendo en ella zonas y aspectos que provocan la admiración creciente y el goce contemplativo, capaz de llegar a un éxtasis en el que todo dinamismo psíquico se consume en un puro *embeleso* o estado sentimental de inefable placer, provocado por la visión y la penetración o fusión imaginativa en el halo luminoso de esa imagen. Tanto en un caso como en otro, sin embargo, el amor no es, como habitualmente se afirma, *ciego* sino, simplemente, *astigmático*: destaca y realza aquellas zonas personales que mayor goce contemplativo y admirativo proporcionan al (o a la) amante, mas no deja de percibir, también, las demás, incluso si éstas son defectuosas y repelentes; pero —como escribe Xirau— los valores personales negativos son subordinados y sometidos a los más altos y supremos, a los que sirven de pedestal para su mejor contraste: "El amor, pone el acento sobre las facetas positivas y valiosas de las

cosas, proyecta la luz de aquéllas sobre sus aspectos deficientes o torcidos y absorbe y aun suprime éstos por el solo hecho de ponerlos al servicio de aquéllas". (Ibíd., pág. 126).

Es así como, interviniendo la denominada "selección calitrópica", hasta las imperfecciones más evidentes adquieren un "encanto" especial (la nariz, chata o respingada, es "graciosa"; la boca, grande y basta, se torna "sensual"; las manos, gordas y pequeñas, son de "muñeca", etc. o, si se trata de un varón, los modales groseros le tornan "más viril"; sus canas le dan "nobleza y sabiduría", etc.). Quien desee convencerse del influjo que la tendencia amorosa ejerce sobre la percepción iluminada de su objeto, bastará que contemple las fotografías de los adesivos que son presentados a los concursos de belleza infantil, por madres orgullosas de ellos.

### La fase de ilusionismo y duda.

Sin solución de continuidad, el proceso amoroso pasa de la fase anterior a ésta, en la que la imaginación teje una nube de fantasías concernientes al futuro y a la posible comunión (espiritual y carnal) con el ser amado; fantasías, empero, que se ven, periódicamente, contrastadas y detenidas por la duda o el temor de que la realidad quede demasiado lejos de sus promesas. No es cierto que el "soñar no cuesta nada"; cuesta, en primer término, alejarse de la vigilia, y, en segundo lugar, sufrir el retorno a ella. Por esto, el ser enamorado comienza a ser torturado por el tira y afloja de un goce y de un fracaso anticipado. La ilusión hace referencia no solamente a la exaltación de los valores integrantes del ser amado sino a la concepción de una vida venturosa en su derredor y en comunidad con él. Mas, simultáneamente, surge el temor de que el soñador carezca de méritos para transformar en realidad esa ilusa ventura. El miedo prende, bajo la forma dubitativa, en la conciencia amorosa tan pronto como ésta registra su estado de "necesidad" de correspondencia o, cuando menos, de "presencia" contemplativa de lo amado. He aquí cómo Salinas expresa, poéticamente, esa inquietud:

No, no puedo creer  
que seas para mí,  
si te acercas, y llegas  
y me dices: "Te quiero"  
¿Amar tú? ¿Tú, belleza

que vives por encima  
 como estrella o abril,  
 del gran sino de amar,  
 en la gran altitud,  
 donde no se contesta?  
 ¿Me sonríe a mí el sol,  
 o la noche, o la ola?  
 ¿Rueda para mí el mundo  
 jugándose estaciones,  
 naranjas, hojas secas?  
 No sonríen, no ruedan  
 para mí, para otros.  
 Bellezas suficientes,  
 reclusas, nada quieren,  
 en su altura, implacables.

Esa desconfianza en la seguridad del logro anhelado es, ya, un germen del tóxico con que el amor envenena a sus víctimas: los celos.

Puede, en cierto modo, objetarse que la duda no pertenece al *amor en sí* y que tan sólo aparece cuando se piensa en el amor *para sí*, mas lo cierto es que no hay un amor completo que no tenga ese doble movimiento de flujo y reflujo, de efusión e infusión, de fase o pulso de expansión, cesión, desborde y entrega y contraste o contrapulso de absorción, introyección, captación o posesión. El amador propende tanto a amar como a ser amado, y si de lo primero puede no dudar de lo segundo es natural que dude, cuando menos en estos momentos iniciales de su historia amorosa.

El ilusionismo, empero, vence al escepticismo, en los casos normales, y lanza al ser, enamorado, hacia la fase inmediata o sea

### La fase de insinuación y exploración.

En este período se manifiesta mejor, quizás, que en ningún otro, la naturaleza dialéctica de rivalidad y emulación, que rige todas las relaciones humanas. Han puesto de manifiesto, las experiencias de los psicólogos modernos, que tanto el hombre como la mujer conservan la costumbre infantil de exhibir sus gracias y valores ante cualquier semejante con quien entren en relación (profesional, amistosa o amorosa, poco importa) en un intento de ser debidamente prestigiados y poder, así, triunfar (o, por lo menos, no fracasar) en el trato interpersonal iniciado. Esta conducta no se

altera en la dinámica amorosa, antes bien, se exagera durante la fase de recíproca "conquista" que ahora enfocamos. Simultáneamente se realiza la exhibición de las propias cualidades, la exploración de las ya intuitas en la elegida pareja y la insinuación o manifestación del afecto que hacia ella se siente. A veces este último propósito tiene lugar de un modo solemne y espectacular, constituyendo la clásica *declaración* (deseada y temida, por el varón y siempre deseada, aunque aparentemente temida, por la mujer). Incluso parece imponerse una cierta liturgia y una favorable *mise en scene* para tal paso, cuando se da con vistas a una unión permanente y completa: se requieren ciertas condiciones de soledad, silencio, semiobscuridad, paisaje lunar, música... o, si se trata de un llamado "amor de aventura", conviene una previa libación y danza... Cuando se trata de enamorados tímidos, no es infrecuente que suceda lo contrario: la declaración tiene lugar con prisa, al despedirse, en medio del barullo y sin tiempo para un diálogo franco y tranquilo... O bien se confía a una meditada epístola, envuelta en romántico obsequio.

Mas lo cierto es que esa solemnidad va desapareciendo, sin duda porque las generaciones actuales son más realistas y tienen mayor información acerca de la "técnica" del acercamiento. Gracias a eso pasan del "flirt" al "petting" o del "liking" al "loving" sin atravesar por ese período formal de la declaración, en la que simbólicamente se "abre el corazón". En cambio, tanto ellos como ellas poseen una rara habilidad en hacer insinuaciones mudas (con la mirada, la sonrisa, la mano...) a lo largo de conversaciones más o menos triviales. De esa manera, cuando se llega al momento de la eclosión pasional, cada cual está suficientemente seguro de los sentimientos del otro y puede reducirse a un mínimo su formulación verbal.

Pero el hecho de que haya perdido encanto y espectacularidad—excepto para algunos impenitentes, románticos y anacrónicos donjuanes— la declaración amorosa, no invalida la existencia de la fase que describimos, antes bien: la complica y prolonga, en cierto modo, pues lo que podría ser una clara conversación se transforma en una serie de gestos y conductas de doble sentido, con las que se quiere ganar todo sin perder nada, dejando franca la vía para nuevos ataques o para fáciles retiradas.

Naturalmente que en este aspecto es infinita la variedad de los comportamientos humanos e incluso una misma persona es capaz de conducirse de un modo muy diverso en dos situaciones análogas, de

esta naturaleza; mas, a pesar de ello, hay algunos hechos constantes y comunes en la fase que estamos analizando.

El primero de ellos es la exagerada atención que se presta a la "apariencia", no sólo física sino intelectual y moral, de sí propio y del ser amado.

El segundo es la curiosidad apenas contenida, para descubrir en él nuevas facetas y aspectos que aumenten el grado de conocimiento y de consentimiento íntimos, a lograr incluso antes de la intercomunicación de los pensamientos amorosos. Con avidez semejante a la del arqueólogo que explora una nueva gruta prehistórica, o la del astrónomo que descubre un nuevo cometa, la persona amante quiere "ver y saber todo" acerca del ser que es objeto de su amor. Y eso no solamente por simple curiosidad cognoscitiva sino por goce de mayor deleite y por afán de compartir más íntimas emociones. Así, Pedro Salinas escribe:

Perdóname por ir así buscándote  
tan torpemente, dentro  
de ti.  
Perdóname el dolor, alguna vez.  
Es que quiero sacar  
de ti tu mejor tú.  
Ese que no te viste y que yo veo  
nadador por tu fondo, preciosísimo.  
Y cogerlo  
y tenerlo yo en alto como tiene  
el árbol la luz última  
que le ha encontrado al sol...

El tercer hecho característico de esta fase es la turbación general en que vive la persona, cuando ha de reaccionar fuera de su constelación amorosa. Como muy graciosamente dicen en Castilla, "está ida", o sea, ausente, abstraída, absorta; "no da pie con bola". Y ello sucede, no por un "enmemecimiento" o empobrecimiento mental (como afirma Ortega y Gasset) sino porque toda su energía de pensamiento, sentimiento y acción se halla centrada alrededor de ese foco dominante que es la imagen amada. Se comprende que sea ahora cuando la alteración amorosa alcance su máximo, pues que está en el momento de mayor riesgo y emoción al desarrollo del doble proceso (perceptivocontemplativo y reaccionalposesivo). Más tarde, cuando se haya fijado la fórmula de la correspondencia amorosa, sobresaldrá el aspecto puramente afectivo, de satisfacción o de tor-

mento, mas no habrá que dedicar el esfuerzo intelectual permanente a la resolución de las incógnitas que ahora se plantean. Bien sabe el más lego que, ante cualquier situación nueva, los momentos de mayor tensión son aquellos en los que ensayamos diversos modos de adaptarnos a ella, sin tener la seguridad de cuál será el éxito logrado.

### La fase de correspondencia y la vivencia del "eco".

Hasta ahora el sujeto había descubierto algo cierto: amaba. Pero si el proceso amoroso sigue un curso normal, llega el momento en que, como resultado de las insinuaciones realizadas en la fase anterior, puede afirmar y vivir otra realidad: ¡es (o va ser) amado! Tratándose de personas que proceden de acuerdo con los moldes *ad usum* en la sociedad latina, puede decirse que este momento es vivido anteriormente, por regla general, en la mujer que en el hombre. Aquélla, en efecto, no deja trasiucir a éste su correspondencia hasta estar segura de la sinceridad de los sentimientos de éste. Si de otro modo se comporta, asume el papel activo, provocante, de "mujer fatal", invierte la sucesión habitual de los acontecimientos y corre el riesgo de vivir meramente un amor físico o genital, de violento desequilibrio y escaso valor.

Es, pues, corriente que la mujer viva el momento del "eco" cuando escucha la declaración o perciba la insinuación más evidente. El hombre, por el contrario, tiene que esperar a escuchar el "sí", formulado o demostrado (es decir: hablado o actuado); y a veces pasan meses o años en espera de ese instante. Por esto acostumbra, también, ser más espectacular y violenta la vivencia del "eco" en el galán que en la dama.

¿Qué ocurre en ese instante y en la fase que de él pende? No hay alegría ni satisfacción capaz de compararse, en magnitud ni en calidad, con las que se sienten en tales momentos. Ni hay palabras ni metáforas capaces de describir esa euforia, ese entrechoque de dulce bienestar y de arrebato pasional, de placer y de elación, de plenitud y de éxtasis, que caracteriza la concienciación de la correspondencia, o sea, el descubrimiento del "eco" amante: a partir de ese instante, dos forman uno; hay interpenetración de los núcleos personales y se constituye una superpersona común a los dos cuerpos, que quizás tarden años en unirse, o quizás no se junten nunca. Mas lo que importa y da trascendencia a esa vivencia es el hecho de

acompañarse de una impresión de aumento del ámbito individual, o sea, de *sentirse un súbito crecimiento del mundo subjetivo o intrapsíquico*. Al confesarse recíprocamente su amor, dos amantes se fecundan mentalmente y se engarzan de un modo mucho más íntimo y perdurable de lo que luego harán sus cuerpos.

Esa vivencia del eco y ese existir en correspondencia han sido, también, maravillosamente descritos por el poeta Pedro Salinas, en los siguientes versos:

Qué alegría, vivir  
sintiéndose vivido.  
Rendirse  
a la gran certidumbre, oscuramente,  
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,  
me está viviendo.  
Que cuando los espejos, los espías  
—azogues, almas cortas—, aseguran  
que estoy aquí, yo, inmóvil,  
con los ojos cerrados y los labios,  
negándose al amor  
de la luz, de la flor y de los nombres,  
la verdad trasvisible es que camino  
sin mis pasos, con otros,  
allá lejos, y allí  
estoy besando flores, luces, hablo.  
Que hay otro ser por el que miro el mundo  
porque me está queriendo con sus ojos.  
Que hay otra voz con la que digo cosas  
no sospechadas por mi gran silencio;  
y es que también me quiere con su voz...

(Razón de amor, pág. 167, en  
Poesía Junta, Ed. Losada).

Puede afirmarse que quien no sea capaz —enamorado— de sentir ese constante resonar *del otro* y *en el otro* ser sus temores y anhelos, sus percepciones y propósitos, sus pensamientos y actos, podrá, aún, vivir otros aspectos de la epopeya amorosa, mas habrá perdido el mejor y más profundamente superhumano de la misma. Es a través de él que, en plena correspondencia (que significa: co-responder, o sea *responder conjuntamente*) el amor pasa a la fase terminal de su progresiva cristalización, o sea

### La fase de fusión y simbiosis.

He aquí ahora, para hermanar una vez más la poesía y la filosofía, cómo describe Joaquín Xirau esta fase de fusión recíproca (*Amor y Mundo*, pág. 139 y sig.): “La unión amorosa, sin dejar de ser yo quien soy, me sitúa en el prójimo, me convierte en alguna manera en él, percibo, siento y comparto cuanto él siente y vive, me sitúa ante mí y se revela ante mí la totalidad de su persona. . . Puesto así en su lugar, la totalidad del mundo me aparece desde su punto de vista y entiendo, comprendo y siento como más la totalidad de sus acciones y reacciones, el sentido entero de su sensibilidad y su conducta. Lo que parece incomprensible y absurdo, mirado desde fuera, se muestra inteligible y coherente a la luz de la mirada amorosa. . . Todo hombre lleva en su seno un mundo. La mirada amorosa penetra en él y lo ilumina. Lo que aparecía como un simple ejemplar de una especie se convierte de pronto en una persona. Nada en ella resulta, ya, trivial. Una leve sonrisa puede revelar más que la conducta de una vida entera. El íntimo contacto personal multiplica en cada uno de los seres que se aman la infinita riqueza del mundo que para ellos es. No es ya un mundo. Son dos mundos en uno. El mundo entero se enriquece y adquiere una dimensión de profundidad. Dos mundos se hacen uno e iluminan por su recíproca acción los recintos más recónditos de su intimidad personal. . .”

Empero, en esa fusión y en la simbiosis resultante, no hay, aunque pudiese parecerlo, mezcla ni confusión de las esencias personales. Cada uno de los elementos del par amante conserva y realza sus propios valores: se transfigura y adquiere su máximo esplendor y valía, cuando vive bajo el manto del Gigante Rosa. Porque esa proyección y trascendencia que adquiere el yo enamorado, lejos de desvanecerlo lo robustece y amplía, ya que esa fusión con lo amado es *fluctuante* (in-fusión y e-fusión) y lo hace vibrar en zonas a las que nunca hubiese llegado por su único esfuerzo. Si es cierto que la “unión hace la fuerza”, aquí eso es más cierto que nunca, porque la unión es la máxima unión posible e imaginable.

La persona amante adquiere, pues, en este coexistir simbiótico, en esta *vida en comunión* con la persona amada, una dimensión y un halo hasta entonces inexistentes e increíbles, por cuanto increíbles. “Me siento transfigurado. . . yo mismo no me conozco. . . vivo un sueño del que no quiero despertar y, al mismo tiempo, vea la reali-

dad con ojos y poderes que nunca tuve. . .” (Carta íntima, de un adolescente que vive su primer y grande amor). De aquí en adelante, nada ni nadie será capaz de oponerse a la conjunción de los dos amantes. Más fácil resulta romper un núcleo atómico que deshacer una simbiosis amorosa, pues cuando se ha llegado a producir ofrece el paradójico efecto de acrecentarse con los obstáculos y resistencias que se opongan en su decurso.

Bastaría este hecho, si otros no hubiese, para demostrar que la vida amorosa no puede explicarse desde los miopes ángulos de la física o la fisiología, aunque tampoco pueda ser totalmente comprendida sin observarla desde ellos. Incluso la conjunción de los otros tres gigantes: el miedo, la ira y el deber, es impotente para detener o desvanecer la historia de un amor que alcanzó este nivel de desarrollo. Es en él cuando cada uno de sus pareados miembros puede luchar, mientras viva, solo contra todo y contra todos, renunciando a cuantos bienes, goces y anhelos tuviese, con excepción, precisamente, de esa fe amorosa, de esa comunión íntima con su otra parte de sí mismo, con el ser que complementa la unidad y convive el yugo amoroso (por lo que se llama *cón-yuge*).

Que el ser individual por sí mismo no sería portador de tales energías si no fuese porque alberga y pone en juego, en circunstancias tales las de su especie, es un hecho que los biólogos postulan y demuestran con rigor experimental: diversos investigadores han intercalado obstáculos, de intensidad y daño crecientes, en el camino a recorrer de machos y hembras de diversos órdenes animales (desde los batracios a los primates) y han podido comprobar cómo los dos términos de la vital pareja inapelablemente marchaban hacia su fusión, insensibles al dolor y a la fatiga, hasta que conseguían juntarse o caían exhaustos e inánimes. Esa magna fuerza de recíproca atracción no hay duda de que tiene una base citoquímica, inmensa y eterna, pues en ella radica el misterio de la persistencia de la vida, pero ahora lo que nos interesa es contemplarla, sublimada y exaltada, en sus más nobles y excelsas manifestaciones. Porque es en ellas y a través de ellas cómo el hombre se eleva sobre el plano instintivo y se trasciende en la creación de formas originales y de realidades psíquicas inefables.

La simbiosis —vidas unidas— de la pareja amorosa produce en sus dos elementos una transformación no sólo de visión y actitud sino de proyectos y actos. Ya no son válidos los antiguos moldes de vida

individual; tanto si se ha consumado la conjunción física y la cohabitación (que, en realidad, supone simplemente vivir compartiendo la misma habitación, es decir, bajo el mismo techo) como si no se ha llegado a ese placentero y constante re-encuentro que supone la existencia hogareña, lo cierto es que ahora "él" y "ella" están *esposados*. No se requiere para eso ni una firma ni una bendición: basta el sincero y firme propósito de compartir cuanto de bueno y de malo ofrezca el futuro, ayudándose mutuamente y colaborando en la creación de los valores (biológicos o naturales y culturales o espirituales) que cada cual sea capaz de engendrar. Es así como se pasa a la fase que podríamos denominar *social* del amor.

### La fase de elevación y creación.

En ésta, la raíz érgica, antes descrita, se expande proficuamente. Su obra dependerá, como es natural, no solamente de las posibilidades personales, sino de la situación vital en que éstas van a convivir. Mas algo hay indiscutible: el amor, que ha llegado a este momento de su devenir, crece ahora, no ya en extensión ni en profundidad, sino en madurez germinal. Día a día brotan nuevas muestras de inspiración que de él proceden: ya no es la exaltación (artística o ética) de la figura amada, ni tampoco la obsesión o el frenesí de su pura contemplación o posesión, lo que inquieta e impulsa al ser amante; antes bien: es el deleite de ver la vida bajo un nuevo enfoque y descubrir en ella los matices que solamente pueden percibirse cuando se la contempla con la actitud de un amor sereno, pleno y totalmente evolucionado. Es así como una pareja feliz desparrama su felicidad y eleva el nivel de sus vidas, fecundando con su amor cuanto en ellas se incluye. Es así como el hombre y la mujer, unidos, alcanzan su máxima capacidad de esfuerzo, de invención o de sacrificio.

Los pesimistas y los cínicos dirán que muchas individualidades valiosas han visto cortar su productividad por matrimonios hechos en condiciones económicas defectuosas y seguidos de proles cuyos cuidados materiales han absorbido por completo su atención y energías. Mas cabe preguntar a tales críticos si el simple hecho de crear y educar a esa prole —que nunca habría nacido sin haberse *esposado* los amantes— no es, en sí, la obra de mayor enjundia que éstos podrían acometer y realizar. Suelos o aislados, quizás habrían conseguido más dinero, más placeres y frívolas satisfacciones... pero

nunca habrían depurado y quintaesenciado su generosidad y bondad ni habrían inmortalizado sus valores como ahora, que han legado a la humanidad ese manojo de hijos, educados con esfuerzo y privaciones, sí, mas con nobleza e idealismo, también.

Que no se diga o arguya la consabida objeción de que muchos padres delinquen por sus hijos. Cualquiera que sea la situación—desesperada, angustiada y de solución urgente— nunca justifica el delito por o para beneficio de los hijos, toda vez que el mejor patrimonio que sus padres pueden dar a éstos es el ejemplo de su conducta, aun con entera prescindencia de las sanciones sociales y legales. El hijo de un millonario sinvergüenza, cuando adquiera conciencia de su real situación, se sentirá peor preparado para la vida y más humilde e insatisfecho que el hijo de un pobre honrado. El hijo de un fusilado heroico caminará por la vida con mejor bagaje que el de un jerarca traidor. No hay, pues, motivo ni excusa para pensar en justificar desuniones o en rehuir obligaciones que derivan de un modo natural y espontáneo del amor.



## CAPÍTULO XII

### LOS TIPOS DEL AMOR

#### Conveniencia de una clasificación de los amores.

Hemos visto que el amor posee múltiples raíces y tiene, por tanto, compleja estructura: tanto más difícil de esquematizar cuanto mayor sea el volumen personal de la individualidad en que se desarrolle. La combinación de sus diversos aportes y la imbricación de sus fuerzas con las de los otros moradores gigantescos del organismo humano crea infinidad de cursos amorosos o, si se quiere, de existencias (históricas) presididas por él. De aquí la necesidad de hallar un criterio taxonómico, que nos permita agrupar la infinita variedad de esas formas aparentes de su dinamismo en un número delimitado de tipos, que aun siendo puramente heurísticos, sirvan de punto de referencia para la mejor comprensión de los problemas que cada caso concreto plantea al psicólogo, empeñado en la disección mental de cualquier "enamorado".

#### Amores puros e impuros.

Ésta es la primera "base popular" de clasificación, dicotómica; contra ella no es preciso argüir demasiado, pues basta con decir que el término de "amor impuro" es una *contradictio inadjectio*: o no existe amor o, si existe, es puro. Lo que las gentes ignoran quieren significar con el término "impuro" es que hay más atracción física (genital) que afecto o reverencia psíquica; mas entonces basta con significar el adjetivo "sexual" o, si se quiere, "carnal" y comprender que el amor de tipo carnal puede ser *puramente* carnal, sin por ello dejar de merecer el término de amor. Y lo que las gentes

gazmoñas designan con el término "impuro" es el amor que resulta pecaminoso, por enlazar a dos seres que, de acuerdo con las leyes religiosas o civiles, no pueden comunicarse sus sentimientos ni mucho menos ceder a sus impulsos. Mas en tal caso conviene hablar de amores *ilícitos*, reconociendo que pueden ser tanto o más puros que otros, *lícitos*.

Tanto en uno como en otro caso esa base de calificación supuestamente ética no puede ser mantenida desde un punto de vista estrictamente *lógicocientífico* y resulta, además, errónea e injusta desde el punto de mira *psicológico* y *propiamente* ético.

### Amores "pasajeros" y "duraderos".

A los primeros se les concede el carácter de "ventolera", de "arrebato" o de "metejón" (en el argot sudamericano), correspondiendo, parcialmente, al término inglés de *infatuation*. A los segundos, por el contrario, se les da categoría de estabilidad y de *espiritualidad*. Aquéllos se confunden con la "aventura" y éstos con la "ventura". Mas también tal calificación es errónea e injusta, porque jamás la calidad y el rango de un estado afectivo o pasional puede medirse por su duración. Un amor puramente genital puede durar toda la vida, en tanto que un amor puramente espiritual o platónico puede consumirse en un instante. Y un amor pasajero puede tener matices y valores mucho más trascendentes que otro, lánguidamente arrastrado a lo largo de toda una vida. El criterio cronológico no es, pues, válido para la tipología amorosa, ya que el factor "tiempo" depende de muchas variables que nada tienen que ver con la "esencia" del proceso amoroso.

### Amores egoístas y generosos.

Esta dicotomía tiene ya alguna base racional, aunque tampoco es suficiente para mantenerla, porque en realidad todo amor es, simultáneamente, egoísta y generoso, pues que discurre entre los procesos de *in-fusión* y *e-fusión*, al igual que los movimientos del corazón implican una *sístole* y una *diástole*. La prueba de que en la *efusión* hay una *satisfacción egoísta* nos la da la célebre pregunta del héroe goethiano: "Si te quiero, ¿qué te importa?" Y la prueba de

que en el movimiento de *infusión* hay un impulso generoso nos da el hecho de que muchos enamorados celosos, absorbentes y dictatoriales, a fuerza de querer englobar y dirigir totalmente la personalidad y la vida del ser amado, descuidan en absoluto su propio rumbo vital, desatienden sus intereses e ideales y materialmente se *desviven* para conseguir esa máxima infusión. Es, pues, muy relativo el plano diferenciador del egoísmo y la generosidad. Mejor sería, en casos tales, usar los calificativos de "centrífugo" y "centrípeto" o, si alcanzan un nivel patológico, de "sádico" y "masoquista". Y más exacto, aún, es designarlos con el título de *activos* (posesivos) y *pasivos* (protectivos). En los primeros el ser quiere, antes que todo, *querer*; en los segundos, por el contrario, quiere *ser querido*.

### La base de clasificación psiquiátrica.

Cada cual ama como quien es, o sea, como *puede* y no como *imagina* amar. Según cuál sea el tipo constitucional y según las modalidades de su estructura personal, no aman de manera idéntica el asténico y el esténico, el cicloide y el esquizoide, el paranoico y el obsesivo, el histérico y el angustiado. De aquí que sea posible describir diversos modelos de decurso amoroso, en relación con el predominio de uno o varios rasgos psiquiátricos, que pueden hallarse presentes incluso en las personas tenidas por normales. Claro está, empero, que esa base de clasificación no es completa, ya que caen fuera de ella multitud de casos en los que están ausentes los elementos que sirven para establecerla; pero, aun así, hemos de conocer sus pautas fundamentales, para no omitir en nuestra descripción la llamada "zona marginal", por la que discurren infinidad de psicópatas, protagonistas de los más leídos dramas literarios, en relación con este tema de curiosidad inagotable.

*El amor "esquizoide"*. — Se caracteriza por los bruscos e injustificados cambios de su intensidad y de sus manifestaciones. Es un amor contradictorio y desajustado, que hace vivir en perpetua tensión a quien lo siente y a quien lo recibe. Obedece a la ley del todo o nada: es avasallador ahora y despreciativo en seguida.

Nada tienen de extraño estas absurdas conductas del amor esquizoide, pues falta a su autor la integración y la unidad que es indispensable para establecer una vida mental coherente y para ser

capaz de emprender la magna empresa de la convivencia y la fusión psíquica con otro ser: ¿cómo va a relacionarse bien el esquizoide con su cónyuge si no es capaz de entenderse a sí mismo? De aquí que, tarde o temprano, el amor esquizoide termina en drama: caída brusca y final del potencial amoroso en el protagonista o agotamiento progresivo en su pareja.

*El amor paranoide.* — Crece y se manifiesta con brillantez; conquista con facilidad a su "objeto" libidinoso (nunca fue mejor aplicado que ahora el término de "objeto" con que los psicoanalistas designan al "sujeto" amado). Pero, siendo inmensamente egocéntrico, imperialista y absorbente, pronto se tinte de celosidad y exigencias que torturan e inhiben a quien lo recibe: discusiones sin cuenta, violencias y escenas injustificadas, aun cuando racionalizadas por el amante que las provoca. . . éste llega a ser más odiado y temido que adorado. Quien resiste la convivencia de un amor paranoide, quizás gane el reino de los cielos, pero sin duda pierde el de la Tierra, pues se transforma en puro apéndice o esclava sombra de su tiránico amador.

*El amor hipomaniaco.* — Es asimismo brillante, fácil, alegre y atractivo, pero. . . intrascendente y principalmente nutrido por la raíz genital. En el fondo, el amador hipomaniaco es un narcisista, que ama por la búsqueda de placer y requiere cambios frecuentes en sus elecciones. El amor hipomaniaco tiene prisa y llega pronto al máximo de su aparente esplendor, mas se agota, cual fuego fatuo y olvida con sorprendente ligereza. Es apenas "flor de un día", porque quien lo siente vive en forma superficial y acelerada, prendido de una necesidad constante de mudanza y de deseo de agotar al máximo las nuevas, posibles sensaciones.

*El amor pesimista o melancólico.* — Contrapartida del anterior, este amor está impregnado de miedo y, a veces, de rencor. Carece de fuerza y rebosa de deseos; suscita más compasión que pasión; es una invitación a la muerte y no a la mayor vida. Quien se enamora de un pesimista se condena a arrastrar un fardo y se impone una carga que terminará por fatigarle o, cuando menos, agriarle la existencia. Porque quien siente el amor melancólico ve sus peligros y no goza de sus beneficios, sufre de sus dudas y no disfruta de sus atractivos, pide y no da, no engaña pero desengaña, magnifica los obstáculos y

minimiza los recursos para salvarlos... en definitiva: carece de fe y por ello es un apóstata del amor.

*El amor compulsivo.* — Es primo hermano del anterior: escrupuloso, quisquilloso, superordenado en sus rituales, temeroso por demás, inquieto y alterado, con impacientes urgencias e inexplicables dilaciones, complica el decurso de la convivencia y destruye toda posibilidad de una franca y recíproca interpenetración anímica, aun cuando defiende su actuación con bellos y aparentemente lógicos pretextos; aun cuando, a veces, muestra ternuras y exquisiteces que indican una hipersensibilidad enfermiza.

*El amor ansioso.* — Anhelante y angustiado, este amor no tiene pausa ni contraste. Vibra siempre al máximo en sus cuerdas emotivas y pasa del entusiasmo delirante a la desesperación trágica, de la exaltada alegría al miedo pavoroso, a través de las estaciones de la preocupación, la duda, el temor y el disgusto. No alcanza nunca esa dulce serenidad, radiante y embelesada, que caracteriza al amor normal, cuando se siente correspondido y en plena simbiosis con su *alter ego*. Es, pues, un amor dramático que discurre principalmente bajo el signo del sufrimiento o del frenesí, no logrando descansar ni merecerse en el arco del sosiego feliz. Sus protagonistas son seres "desorbitados", es decir, exoftálmicos, distiroideos, hiperimaginativos e hiperpasionales, a quienes falta el contrapeso de la objetividad y de la lógica; a quienes sobra genio y falta energía.

### Los amores monocordes de algunos normales.

Dejando aparte los mencionados tipos patológicos, existen, también, amores que sin serlo resultan un tanto anómalos por nutrirse, de un modo casi exclusivo, de una de las raíces cuya combinación integra "the real thing", es decir, el Amor, con mayúscula. Veamos cómo se caracterizan esos tipos, unilaterales, de actuación de Eros:

*El amor nutritivo.* — Aunque parezca mentira, existen parejas humanas cuya simbiosis discurre casi únicamente a lo largo de la línea de las satisfacciones metabólicas: cuanto es causa de goce lo es a través de placeres puramente orales. Gentes cuyas obtusas fibras sentimentales solamente lanzan algún destello cuando se encuentran estimuladas por las papilas gustativas y los cilios de las neuronas ol-

fatorias, es decir, cuando "saborean y paladean" ciertos manjares (entre los que puede contarse la propia carne asada) o cuando "huelan y se embriagan" ante olores emanados de la pareja.

La influencia afrodisíaca del gusto y del olfato es tan enorme que Magnus Hirschfeld considera a ambos tipos de impresiones sensoriales como incluíbles en el "aparato sexual" (del que serían solamente una parte, claro está, los llamados órganos genitales). Y, en efecto, son infinitos los mortales que para llegar a obtener el placer sexual requieren comer, beber u oler determinados manjares, bebidas o perfumes (e, inclusive, pestilencias tales como los olores sui géneris emanados de las llamadas partes pudendas). Para tales "parejas", la cocina, el bar y el tocador son elementos indispensables de su vida amorosa; sin ellos ésta se paraliza; para ellos trabajan ambos: él, ganando los medios económicos y ella convirtiéndolos en sabores y olores, que luego conducen a digestiones soporíferas, tras de las que se emerge con lengua sucia, mal humor y aburrimento, solamente tratables por el olvido periódico y recíproco, durante los intervalos de las nuevas orgías nutritivas. Ese amor *canibalesco* es, sin duda, el más primario y menos interesante para el psicólogo, pero ilustra y evidencia el origen más remoto del Gigante Rosa, que siempre es representado con abundante grasa y fofez, tanto en su forma infantil (Cupido) como en su variante adolescente (Apolo).

*El amor mortal.* — Exaltado por los románticos y los místicos, envuelto en el sudario de la noche, este tipo de amor, alimentado por la raíz tánica, busca, inconsciente o conscientemente, su ingreso en la nada, que es otro modo de ser inmortal. Los llamados "novios de la muerte" se buscan para dar, unidos, el gran salto en el vacío, para trasponer el umbral de la eternidad y desvanecerse en el Nirvana. Característica de tal amor es la búsqueda del silencio, la soledad, la obscuridad, y el estatismo mudamente contemplativo, cual si quisiera, ya, anticipar la nada hacia la que se dirigen; la inmovilidad y la frialdad del sarcófago. Sus futuros habitantes adquieren así un aspecto estatuario y al mirarse no buscan descubrirse los destellos de su alma viva sino el definitivo perfil de su cadáver.

Este amor tánico es triste, pausado y desanimado. Discurre en tono menor y habla siempre con sordina; es pesimista y sólo piensa en abstracciones. El o la amante cifra su goce en morir, en safrificarse, en penar y en renunciar masoquistamente a cuanto pueda ser o representar creación, goce, vitalización. Donde no hay el drama

lo crea; donde lo hay, lo eleva a tragedia; gusta de acumular obstáculos y dificultades, no para vencerlos sino para caer vencido o desvanecido ante ellos. Incluso si nada se opone a su plena satisfacción, los amantes se torturan pensando que "plaisir d'amour ne dure qu'un instant" en tanto "chagrin d'amour dure toute la vie"; buscan un pretexto para hacer el célebre "pacto de muerte" y si no la consuman físicamente, la consiguen en la esfera psíquica, al privarse de cuanto significa la "joie de vivre", por temor a ser vulgares, impuros o frívolos.

Las personas cuyo canto amoroso toma esta clave tánica, gustan de enamorarse de seres inválidos, inasequibles o extraños. De un modo más o menos inconsciente eligen el objeto amoroso que menos indicado sea para extraer de él una fuente de estímulo, de elevación vital o de sana creación de valores. Mas esa elección no es hecha tanto por un impulso de caridad como por un deseo de acumular sufrimiento, en el camino hacia el reposo eterno, que realmente es el fin ansiado: cuanto peor se viva, más justificada está la muerte.

*El amor imperialista, sádico y tiránico.* — Propio de las personas soberbias y absorbentes, su mayor goce consiste en exhibir el pleno sometimiento del cónyuge a la omnimoda voluntad del conquistador amante. Si quien lo siente es una mujer, adquirirá los caracteres de la hiena; si quien lo siente es un hombre, los del tigre. Eso si se trata de ejemplares humanos realmente potentes, mas si sólo aspiran a serlo, entonces las correspondientes imágenes serán las de la gata y el gallo. De todos modos, lo típico de esta forma de amor, nutrida por la vanidad, el orgullo y la iracundia, teñida por los celos y amenazada por la violencia, es el hecho de que en ella no se produce el típico dualismo o alternancia entre los anhelos de amar y de ser amado, sino que lo que en él priva, de un modo casi exclusivo, es el afán de *ser obedecido y venerado*. Todo el interés que se exhibe para destacar los valores personales de la pareja encuentra su justificación en el hecho de que cuanto más se haga valer a ésta más mérito tiene su sometimiento y su devoción, su conquista y su rendición ante el "dueño" (o la "dueña") de su amor.

Este tipo de amor obedece a la fórmula: "si me amas, demuéstramelo... sometiéndote incondicionalmente a mis designios". "Si quieres que te ame... merécelo". Y, por extraño que parezca, el merecimiento consiste en sufrir y resistir la opresión creciente de la personalidad que así lo siente. Ésta trata de justificar su conducta

por la intensidad de su pasión y no es raro que, efectivamente, viva prendida del ser amado, siguiendo sus pasos, atisbando sus menores acciones y dictando incluso sus gestos y palabras, mas todo eso lo hace, cual el protagonista de Pigmalión, guiado por la vanidad de reinar sobre otro ser, a quien se quiere hacer alcanzar metas que el propio modelador no pudo conseguir, en cuanto es incapaz de auto-dominio y de autocrítica.

Fácilmente se comprende que si este tipo de amor prende por igual en los dos miembros del par erótico, el decurso del proceso amoroso es una serie creciente de luchas y desavenencias que dan paso al odio franco y prueban, claramente, lo ya expuesto al describir la raíz agresiva de este gigante: el amor lleva en su seno la mayor de las antítesis, puesto que encierra poderosas energías, capaces de perpetuar eternamente al ser y, al propio tiempo, otras, capaces de anularlo, también definitivamente. Tal antinomia explica el rápido paso de la ternura a la crueldad, de la exaltación a la humillación, del afecto al rencor, incluso en personas que no viven el amor monocrorde que ahora estamos describiendo. Sería un error creer que en este caso se trata solamente de un "amor propio" exagerado: las personas que viven el amor absorbente y sádico son capaces de hacer el ridículo, de rebajarse y degradarse moralmente, de perjudicarse e inclusive de perder su honor y su vida, en ese ciego afán de englobar y fagocitar de un modo absoluto y completo al ser que creen amar. No se puede, pues, confundir su conducta con la del amor narcisista, comodón y pacífico, que pretende del ser, supuestamente amado, servicios y utilidades, mas no siente contra él encono alguno.

*El amor lúbrico.* — Corresponde al desarrollo único de la raíz genital. Los amantes nada tienen de común a no ser su recíproco afán de satisfacer los impulsos al ayuntamiento y la recíproca posesión de sus cuerpos. Instigados por la lujuria, estudian ávidamente sus anatomías y aplican a ellas cuantas maniobras les parecen convenientes para estimular y acrecentar sus evanescentes goces sensuales. Todo cuanto sea capaz de emplearse al servicio de la provocación del orgasmo genital, es puesto sucesivamente en acción, toda vez que éste propende a disminuir con la repetición uniforme de los coitos. Entonces, uno y otro de los amantes se ingenia para cambiar el ambiente, las apariencias, la secuencia o la intensidad de las maniobras preparatorias. Acuden si es preciso, a diversos afrodisíacos y... se ignoran o inclusive se molestan en los intervalos, forzados, de reposo

genital. Si este tipo de amor es igualmente sentido por ambos, puede durar bastante tiempo, aun cuando nunca alcanza nivel digno de consideración psicológica. Si solamente es sentido por un miembro de la pareja, pronto cansará y asqueará al otro, que tendrá, no obstante, dificultades para zafarse de la unión (temida, pero menos temida que las amenazas de reacción ante un rompimiento.)

*El amor intelectual, creador.* — Bajo el dinamismo casi exclusivo de la colaboración, es decir, de la adopción de fines y metas comunes y la prosecución de esfuerzos coordinados y complementarios, para alcanzarlas, discurre este tipo de amor, que tiene, en realidad, más de un compañerismo, camaradería o amistad que de real intercambio erótico. Porque cuando se da por igual en los dos elementos de la pareja, éstos se hallan más interesados en amar su obra que en amarse. Viven y sienten más su quehacer que su ser. Y así no es raro, inclusive, que exista en ellos un divorcio entre la proximidad de sus pensamientos y el alejamiento de sus rozamientos. Éstos, inclusive, pueden tener lugar con otras personas, que en ellos despiertan una atracción puramente física. Así, Bertrand Russell, en su tan discutido libro acerca de *La nueva moral sexual*, llega a la afirmación de que —pasados los primeros tiempos— cualquier amor debería apoyarse principalmente sobre esta convivencia y co-laboración entre los cónyuges, dejando que cada cual satisficiera sus necesidades genitales con quien mayor placer le proporcionase, de un modo semejante a como cada cual decide tomar su merienda en diversos lugares a hora distinta y con diferentes manjares, sin que eso comprometa la armonía del hogar; se trataría, apenas, de bajar unos palmos el área orgánica que así se calma y satisface.

No obstante, cabe advertir que la gran inteligencia y honestidad del gran lógico que es B. Russell no bastan para justificar ni hacer viable, cuando menos en nuestros tiempos, una tal afirmación que supondría no tanto un amor monocorde como amores *disociados*, es decir, desintegrados: el hombre tendría así, como la mujer, personas diversas para satisfacer las diversas ansias de su libido: habría una serie de *quistes amorosos*, sin la menor imbricación ni síntesis entre ellos; esto sería, simplemente, proclamar una esquizotimia, es decir, una desintegración sentimental, que habría de conducir a graves perturbaciones no sólo familiares sino sociales y éticas. Porque se daría el peregrino caso de que los hijos iban a ser concebidos, precisamente, con amantes puramente eventuales, es decir, de valencia exclusi-

vamente hormonal, física y transitoria; en tanto las personas amadas con mayor profundidad y perennidad, con mayor desinterés y ternura, serían estériles biológicamente y solamente producirían frutos culturales, artísticos, económicos (en conjunción de esfuerzo).

Más comprensible y normal es imaginar el caso de seres que se estiman y aman en el plano intelectual y érgico, con tanta devoción y plenitud, que olvidan o prescinden de obtener periódicas satisfacciones genésicas, ya que les basta con las que consiguen en el plano de sus actividades de simbolización. Todos sabemos que el trabajo intenso —tanto físico como mental— es capaz de absorber y derivar las energías que habitualmente se destinan a la actividad genésica, fisiológica: el hombre carece de vitalidad suficiente para trabajar simultáneamente, de un modo intenso y proficuo, con sus dos cabezas (la cerebral y la genital).

### Algunos ejemplos de amores bifásicos.

Además de los tipos de amor monocorde que acabamos de señalar, existen múltiples modalidades de amores bifásicos, trifásicos, etc., y también, infinidad de cursos de amor integral. No podemos describirlos todos, pues daría extensión y pesadez excesiva al capítulo; por ello vamos tan sólo a mencionar algunos de los más característicos, entre los bifásicos, para detenernos luego, un poco más, en analizar los cursos terminales, habituales, del proceso amoroso.

*El amor en vaivén.* — He aquí el más corriente de los cursos bifásicos; durante un período, más o menos largo, el hombre se interesa y su amor asciende al rojo vivo, en tanto la mujer resiste y “se deja querer”. En un momento dado, el hombre comienza a desinteresarse y sentirse atraído por otras imágenes femeninas; entonces ella reacciona y descubre que lo ama “con locura”. Se lanza a su reconquista, pone en juego sus artes de seducción y toma parte activa en el mantenimiento de la llama amorosa, que así se reaviva otro período; mas al cabo de éste la mujer —siempre conservadora y tradicional— propende a comportarse con rutina y es el galán quien, entusiasmado o contrito, dirige el curso del navío amoroso por los mares de la reilusión. . . Y así sucesivamente: cuando uno aprieta, el otro afloja, y cuando éste exige, el otro cede, sin llegar a producirse

el simultáneo desinterés o abatimiento de ambos cón-yuges, pues en tal caso pronto estarían conformes en declarar que había terminado la partida.

*El amor "saccadé" o explosivo.* — En éste hay coincidencia y correspondencia en las fases y atracción y repulsión violenta, que se alternan en ambos amantes. Entonces éstos dividen su tiempo en pelearse salvajemente y reconciliarse, también salvajemente. Durante la fase inicial hay amor incendiario y durante la fase b) hay odio incendiario, pero en una y en otra ambos términos del par amoroso se encuentran fijados recíprocamente, bien para abrazarse, bien para ahogarse, sin tener intervalos "neutros", ni, mucho menos, períodos de amor puro y sereno; la tensión afectiva oscila bruscamente y se desplaza de uno a otro extremo de los polos de atracción y repulsión, con cierto ritmo y periodicidad, independientes de los acontecimientos extremos que, en todo caso, sirven solamente de pretexto para desencadenar el cambio de las fases. Estas pueden ser de desigual duración y entonces la predominante puede encubrir y disimular su opuesta, mas no por eso deja de tener, ésta, una significación esencial para la comprensión del total proceso. Tal tipo de amor discurre sobre la doble raíz sadomasoquista, esto es, sobre la raíz agresiva y la raíz tánica: cuando domina la primera en ambos amantes, entran en franca pugna y pueden llegar inclusive a la agresión física; cuando domina la segunda, por el contrario, cada cual quiere sacrificarse por —y ser esclavo de— el otro. No es raro que entre ambas raíces apunte también la raíz propiamente erótico-genital, y entonces tenemos un tipo muy corriente de amor trifásico y trigémino.

**El amor a tres tiempos: atracción (genital), pugna (celosa) y aversión (agresiva).**

En este tipo de amor se interpone, entre la fase de efusión recíproca (con tendencia al mutuo sometimiento) y la fase de absorción agresiva (con tendencia al dominio absoluto y tiránico) una fase intermedia, de lucha, muy a menudo revestida de matices celosos, que empiezan o terminan tras la descarga del potencial genésico.

Confesiones de muchos amantes en el gabinete del psiquiatra, nos confirman que el coito violento sirve, muchas veces, de principio o de final a escenas no menos violentas, de discusión y lucha

equipotente, tras de las que surge un doble rencor o una doble reconciliación. De esta suerte, los tres tiempos podrían definirse, según los casos, por cualquiera de las siguientes fórmulas abreviadas: Nos queremos — no nos entendemos — nos odiamos; gozamos — dominamos — nos sacrificamos; vivimos (disfrutamos — luchamos (sufrimos) — morimos (nos sometemos), etc.

### **Cursos terminales, habituales, del proceso amoroso.**

Hasta ahora hemos descrito, con cierto detalle, cómo el amor entra o “invade” y cómo se “arraiga” y discurre en el ser (que ante él sucumbe, o con él se eleva). Hora es de que nos ocupemos de cómo se “evade” o termina, ya que, con frecuencia, el análisis de este período de su historia sirve mejor que el de los anteriores para definirlo y para caracterizar la personalidad de los amantes.

No hay duda que, siendo el amor una manifestación de la vida personal, su decurso obedece a las mismas leyes generales que rigen los otros aspectos existenciales de la historia individual. Así, vemos que en ésta todos los procesos psíquicos tienden a devenir automáticos y a desaparecer del ámbito consciente cuando alcanzan una perfección rutinaria. El gran dilema para cualquier concepto, sentimiento o propósito que deviene habitual es el de renovarse o morir como entidad psíquica. En la misma medida en que se torna fácil su curso, éste se hace tan leve que deja de ser sentido. . . y desaparece en el olvido, dejando apenas las huellas del recuerdo.

El amor no hace excepción a esta regla y si se ha podido decir que el matrimonio representa su tumba es, precisamente, porque lo habitualiza, es decir, porque lo hace ordenado y crónico, por definición, no sólo en la epístola de San Pablo sino en los planes de vida hogareña. Solamente cuando los dos amantes tienen tal volumen de vida interior que les permite descubrir en ella nuevos paisajes mentales, y cuando tienen tal imaginación expresiva que les permite crear nuevos lances, situaciones y recursos eróticos, apoyándose ora en una, ora en otra de las raíces polimorfas de este gigante, le es —entonces— posible hacer reinjertos en él, que mantengan sus flores y sus frutos siempre en sazón. Mas si esto no sucede, el árbol amoroso seca y languidece, pierde vida y vigor, su savia apenas llega a asegurarle, por *vis a tergo*, una apariencia de lozanía en algunas de sus hojas,

en tanto otras. . . (Hojas del árbol caídas, juguetes del viento son).

¿Y cómo se manifiesta esta declinación emocional? De varias maneras, según su previa estructura, la personalidad en que se asienta el amor y el comportamiento del cónyuge. Vamos a estudiarlas seguidamente, mas esto merece un capítulo aparte.



## CAPÍTULO XIII

### LAS LISIS Y LAS CRISIS AMOROSAS

Correspondiendo a las dos formas, brusca o lenta, como el amor penetra en la conciencia, se expande en el ser y se proyecta al exterior, también hay dos modos de extinguirse: por lisis y por crisis. El primero, sin duda, es el más frecuente, si bien el segundo, más espectacular, es mejor descubierto por el amante y el amado. La lisis o dilución lenta de los sentimientos y afanes amorosos puede ir, o no, acompañada de modificaciones cualitativas de los mismos.

#### **Lisis por sublimación.**

Esta es la forma más frecuente y conocida: conduce, suavemente, desde las riberas de la violenta atracción integral —y principalmente sexual— que se satisface lujuriosamente en la llamada “luna de miel”, hasta las playas pacíficas de la comprensión, tolerancia y compenetración espiritual racional, que se observa en la llamada “amistad amorosa”. Él y Ella se van viendo cada vez más como realmente son y menos distanciados del resto de los mortales. Se encuentran menos atraídos por sus respectivos encantos corporales y sienten menos la necesidad de fundirse copulativamente. Cuando lo hacen, la satisfacción es cada vez más breve y más localizada; el acto adquiere caracteres mecánicos, de ritual necesario, periódicamente, para conservar la justificación de que existe la llamada “vida marital”.

Mas en la medida en que disminuye la explosividad del impulso y el afán de satisfacción genésica, aumenta el contacto y la colaboración para enfrentar los problemas económicos, sociales y éticos que la vida en común y la educación de los hijos plantean. Es frecuente, en este período, que el hombre guste, ya, de tener momentáneas e intras-

centes “aventuras” con quienes poseen, para él, lo que su amada ya perdió: la atracción sensual directa (el llamado “sex appeal”), mas de ningún modo consentiría —aún— que esta conducta comprometiese la estabilidad y la paz venturosa de su hogar. Siente por su mujer un admirativo respeto y una ternura protectora, a la vez que episódicos sentimientos de afecto. En cuanto a “ella”, ya ha visto en él sus puntos débiles (su vanidad, su egoísmo o su falta de empuje e iniciativas, su tendencia a la conquista ajena o su falta de cuidado por los detalles y de sensibilidad erótica hacia sí), mas, con todo, ha desarrollado, en compensación, un cariño casi maternal por él: gusta de tenerlo cerca, especialmente por las noches, en que se siente protegida con su presencia, y cuando hay alguna emergencia. En todo caso, todavía hay goces en común que reemplazan la disminución del “gran” goce orgiástico. Se cultivan más las relaciones sociales, o los juegos, o el trabajo constructivo, o las lecturas o la música... en una palabra: se profundiza en la creación de vínculos de compañerismo, amistad y camaradería, en tanto se deja volar un poco la fantasía erótica, que va a fijarse en otros objetos libidinosos, más o menos asequibles.

### Lisis por degradación.

Un camino inverso se sigue en ésta modalidad terminal de la historia amorosa: a medida que el placer genital se embota, se recurre a obtenerlo por medios cada vez menos espontáneos y recomendables. El marido, bajo el pretexto de informar o ilustrar a su esposa en lo que “se hace por ahí”, la lleva a aprender y realizar maniobras y actos que focalizan cada vez más abajo —en niveles medulares— el origen de un placer cada vez más difícilmente conseguido. Pronto no basta eso para “excitarse” y se requiere visitar ambientes, o ingerir brebajes, o acudir a perversiones, mas lo curioso del caso consiste en que cual una obsesión, domina en ambos amantes la idea de *agotar* todas las fuentes del placer genital y sexual, sin pensar en hallar su “ersatz” y ventajoso equivalente en la esfera de los placeres intelectuales o en las satisfacciones puramente éticas y estéticas.

Poco a poco se produce un “divorcio” existencial y se alejan los dos núcleos personales del par, que solamente se junta para discutir acerca de dónde y cómo va a “divertirse”, es decir, a ganar artificialmente lo que ya no se puede obtener naturalmente. El pro-

blema para ellos es: ¿qué hacemos después del coito? Y, pronto, surge este otro: ¿qué hacemos para poder lograr el coito?

### **Lisis por desinterés y abandono.**

En esta modalidad, la declinación lenta del proceso amoroso se verifica sin compensaciones ni degradaciones: pura y simplemente se va operando una separación de los respectivos campos de vida y cada uno de los protagonistas se dirige a lograr sus previos afanes, realizando un tácito acuerdo de tolerancia con el otro: generalmente, el varón toma pretexto de su gran trabajo y su ulterior fatiga para no cumplir sus supuestos compromisos matrimoniales, en tanto la mujer se refugia en sus quehaceres domésticos, en sus preocupaciones educativas o en obras pías, o actividades pseudoartísticas y sociales, coincidiendo puramente a las horas de comer y dormir, sin que ni aun entonces se establezca una verdadera relación interpersonal entre ambos, pues cuando uno tiene sueño el otro está insomne y viceversa; y cuando uno come, otro lee o le llaman por teléfono.

Millones de matrimonios llevan este tipo de vida, tras unos años de convivencia, por simple rutina y por creerse obligados a llevarla, en aras de prejuicios religiosos, económicos, legales o sociales. Incluso si, por acaso, existe en ellos actividad genital periódica, ésta tiene lugar gracias a un prodigio de imaginación, sustituyendo ambos la imagen del otro por la de algún objeto libidinoso de intensa atracción física.

### **Lisis discordantes.**

Éstas son, siempre, trágicas, pues entrañan un enorme sufrimiento de parte del cónyuge que sigue amando y se da cuenta de que ya no es amado. Concienciar de un modo lento, fatal y progresivo la pérdida de la correspondencia amorosa es tanto más angustioso que sentir, también ineluctablemente, el desencanto producido por el derrumbe del ilusionismo amante; ambos términos temen confesarse y plantear claramente la situación: el amante no quiere escuchar palabras finales; el ex amante no quiere, tampoco, pronunciarlas, pues donde acabó la pasión comenzó la compasión y, de otra parte, gusta sentirse amado. Esta situación ha sido —como las

principales fases de la dialéctica amorosa— también descrita poéticamente por Pedro Salinas, quien con ella crea estos profundos versos:

No preguntarte me salva.  
 Si llegase a preguntar  
 antes de decir tú nada,  
 ¡qué claro estaría todo,  
 todo qué acabado ya!  
 Sería cambiar tus brazos,  
 tus auroras, indecisas  
 de hacia quien,  
 sería cambiar la duda  
 donde vives, donde vivo  
 como en un gran mundo a oscuras,  
 por una moneda fría  
 y clara: lo que es verdad.  
 Te marcharías, entonces.  
 Donde está tu cuerpo ahora,  
 vacilante, todo trémulo  
 de besarme o no, estaría  
 la certidumbre: tu ausencia  
 sin labios. Y donde está  
 ahora la angustia, el tormento,  
 cielos negros, estrellados  
 de puede ser, de quizás,  
 no habría más que ella sola.  
 Mi única amante ya, siempre,  
 y yo a tu lado, sin ti.  
 Yo solo con la verdad.

Vale la pena de considerar aparte los dos casos de discordancia, que sirven de paradigma a esos bellos versos: el de la mujer amante, que sufre el desvío de su amado y el del hombre amante, que se da cuenta de no ser, ya, correspondido. Empezaremos por aquél, pues nos parece el más frecuente y más íntimamente doloroso.

Es, desde luego, normal que el amor se instale inicialmente con mayor intensidad en el hombre y que decline, también, más pronto en él. Bernard Shaw ha dicho sarcásticamente que el amor es una carrera en dos tiempos: en el primero, el varón corre tras la dama; en el segundo, ésta corre tras él. Mas lo que nos interesa aquí es revivir o, cuando menos, comprender intuitivamente, el rosario de sufrimientos de la enamorada que va sorprendiendo el progresivo decrecimiento de la pasión de su cónyuge y no sabe qué hacer para

reavivar en él un fuego que ella, en cambio, siente crecer y ahondarse en su corazón.

*Mulier dolorosa.* — Naturalmente, en nuestra sociedad actual, no puede excluirse la importancia de los prejuicios en la determinación de la conducta ante la mujer abandonada o engañada: si ésta es soltera no será juzgada igual que si es casada; si tiene hijos no será, tampoco, considerado su caso del mismo modo que si no los tuviera. Mas estas circunstancias son, en realidad, marginales y pueden agravar o disminuir el sufrimiento solamente en la medida en que actúan sobre "el amor propio". La que hace sufrir, empero, el "amor" propiamente dicho, depende mucho más del alejamiento o pérdida del amado que del modo como ésta tuvo lugar. La vivencia que más punza, quema y carcome a la abandonada es la del desgarramiento o mutilación de la mayor parte de su ser; siente esta desgracia un desánimo y un vaciamiento íntimo, que engendra un angustiante sentimiento de frustración y de tristeza. Llegado ese momento, la certidumbre de la irreparabilidad de la pérdida es tal que no quedan fuerzas para recriminar, ni suplicar, ni ingeniarse en ardidés de reconquista: todo acabó. Se fue el amado y con él marcharon la alegría, la fe y la esperanza. Solamente queda el asidero de revivir imaginativamente el pasado, mas, ¿para qué?; si el ensueño aporta un breve consuelo, su despertar es aún más desolador.

Millones de mujeres en el mundo occidental y, sobre todo, en el mundo católico, tratan de evitar esa tragedia conformándose con gozar de la mera presencia física, episódica, del hombre a quien aman y a quien ahora sólo pueden servir en domésticos menesteres. Mas su penar es, sin duda, aún más torturante que el que tendrían si hubiesen sido totalmente abandonadas; con todo, ellas lo aceptan como un mal menor, sin duda porque con tal conducta se cubren las apariencias y, además, se alimenta una irracional esperanza de mejora, porque "donde hubo fuego, quedan brasas".

Sin duda, esta tolerancia solamente es conseguida a base de ahogar constantemente el sentimiento de justificados celos y de renunciar a la libre expresión de las propias necesidades sexuales: la mujer sabe que su antiguo enamorado tiene ahora "líos" fuera del hogar; ya no puede confiar en él y cada vez que se retrasa, que llega tarde o que se ausenta de viaje hay, no ya la sospecha, sino la certidumbre de que está en brazos de la "otra" o de las "otras". Y, no obstante, no es factible plantear la situación con franqueza,

por temor a quebrar el débil hilo que aún mantiene ligado al hogar al hombre "esposado". El temor al qué dirán, la necesidad de asegurarse la protección económica o, inclusive, un cierto deseo de venganza, lleva a millones de mujeres a consentir y a prolongar esa fase de divorcio íntimo durante años, o durante toda su vida.

Entretanto el involuntario causante de su tortura cree haber llegado a una aceptable solución de compromiso entre sus deberes y sus gustos, atendiendo económicamente al hogar, apareciendo en buena armonía con su esposa "oficial" en ciertas ceremonias familiares y fiestas sociales, en tanto cultiva (abierta o clandestinamente) la aventura, el juego, la bebida o el trabajo frenético, la obra social o la actividad política, como medio de derivar y descargar las energías amorosas que ya no hallan satisfacción en el hogar.

*Homo alienus.* — En general, la figura del hombre que no siente, ya, el amor ni el atractivo físico por su esposa y sigue uncido al carro matrimonial, por deber, compasión o cobardía, no ha sido suficientemente estudiada ni destacada en la bibliografía psicológica destinada al análisis de los problemas y conflictos eróticos. Ese hombre "está sin estar" en el hogar; se mueve en él como un autómata, pero su atención, su interés, su vida personal, se hallan fuera, pendientes de su trabajo, de su club, de sus vicios y aventuras, de sus "hobbies" y de sus inquietudes culturales, políticas o sociales. Es, pues, realmente un "extraño", un "alienus": absorto, distraído, hermético, a veces malhumorado, a veces excesivamente amable y seudoatento, nunca se halla integrado en la atmósfera familiar permanente, a no ser que establezca particulares contactos con alguno de los frutos de su ex amor y actúe, así, exclusivamente, como *pater*.

Mucho pena y sufre la amante que se siente abandonada, mas —si es sensible— no menos sufre y pena quien no pudo impedir su distanciamiento afectivo y solamente es capaz de obligarse a un acercamiento físico. En tales condiciones, cualquier solución que aclare y libere, a ambos protagonistas, de la tolerancia y la ficción a que se ven constreñidos, podrá ser criticada por la llamada "opinión pública" (que aquí, menos que nunca, tiene derecho a opinar, y menos a criticar), mas, indudablemente, será benéfica desde el punto de vista higiénico, moral y vital.

*Mulier infidelibus.* — No vamos a referirnos a la amante "adúltera" sino a la mujer ex enamorada que, imposibilitada de abando-

nar el hogar por no tener recursos económicos o fuerza de voluntad suficiente, decide seguir simulando un cariño que no siente, una "fe" que no posee (y por eso es in-fiel) a quien le da su amor y apoyo. Esta mujer adopta cualquiera de las siguientes vías para compensar su íntima falta de satisfacción: a) se vuelca en la "frivolidad" social, se exhibe, gasta, charla, coquetea y cansa, sin conseguir, luego paz ni reposo nocturnos; b) se sumerge en innecesarios trabajos domésticos y crea inútiles complicaciones hogareñas proyectando en seres inocentes la rabia que siente hacia su esposo; c) se sublima en trabajos artísticos o culturales, casi siempre de mala calidad; d) se refugia en un seudomisticismo religioso y adopta posición combativa (de "acción") en la lucha "para la salvaguardia de la moral", como medio de negar externamente (y de engañarse a sí misma) su real situación, de infidelidad, desvío y ficción conyugal; e) crea una neurosis y transfiere a un médico su amor, más o menos platónico. Todo esto, claro está, si se mueve en la esfera de la llamada "moral burguesa" de tipo medio. Si pertenece a la muy alta o a la muy baja sociedad, lo probable es que, pura y simplemente, engañe al marido, pues mi experiencia es que, contra lo que generalmente se opina, hay más adulterios femeninos que masculinos (y ello por la sencilla razón de que los hombres solteros tienen más actividad genital que las mujeres solteras y, lógicamente, esa diferencia es absorbida por las mujeres casadas, principalmente). La razón por la que las mujeres de la clase media, en general, son menos propicias a esa solución es la de que, como antes hemos expresado, carecen de seguridad económica (y prefieren la comodidad al trabajo desconocido y duro).

*Homo desperatus.* — El amante desdeñado antes de haber sido correspondido puede, aún, confiar en que algún día logrará despertar en su amada el eco de su amor. Su afán tiene esperanza de prender fuego en la nieve, por gracia y ventura de la fuerza creadora de la fe; y por ello Pedro Salinas pudo escribir estos versos optimistas.

Lo que queremos nos quiere  
aunque no quiera querernos,  
porque él no tiene un revés  
—quien lo dice no lo sabe—,  
nos dice que no y que no,  
pero hay que seguir queriéndolo:

y siguiendo en el querer  
 los dos se lo encontraremos.  
 Hoy, mañana, junto al nunca,  
 cuando parece imposible  
 ya,  
 nos responderá en lo amado,  
 como un soplo imperceptible,  
 el amor  
 mismo con que lo adoramos.  
 Aunque estén contra nosotros  
 el aire y la soledad  
 las pruebas y el no y el tiempo,  
 hay que querer sin dejarlo,  
 querer y seguir queriendo.  
 Sobre todo en la alta noche  
 cuando el sueño, ese retorno  
 al ser desnudo y primero,  
 rompe desde las estrellas  
 las voluntades de paso,  
 y el querer siente, asombrado,  
 que ganó lo que quería,  
 que le quieren sin querer,  
 a fuerza de estar queriendo.

Conformes, en principio y con reservas, en esa posibilidad de que el amor engendre el amor; lo cierto es, empero, que el amor *no resucita* al ex amor para devolverle su perdida fragancia. Y por eso, cuando una mujer, que se entregó y amó a un hombre, se hastía de él y lo repudia, a éste no le queda más recurso que olvidarla o desesperarse, pues no cabe confiar en el retorno, si su amor se fue extinguiendo, por lisis, de un modo natural y espontáneo.

Mas este "Vir desperatus" —varón desesperado— reacciona, generalmente, de un modo más agresivo que la amante abandonada (*mujer dolorosa*); el hombre que requiere saciar su amor tiene mayor inquietud agresiva que la mujer y se torna, por ello, peligroso (para sí o para los demás); apenas si la bebida, el juego y otros vicios pueden sustituir la ausencia de esa satisfacción. La resignación y el conformismo, la actitud de "apurar el cáliz de la amargura" (propia del temperamento masoquista) no son propias de su estructura personal; por ello, cuando esta lisis discordante se produce y le cabe el papel de víctima, no es raro lo cambie por el de verdugo y se vengue, a veces, en otras, inocentes, representantes del sexo opuesto. En el mejor de los casos, irá a descargar su agresividad en gestas bélicas, aventuras arriesgadas o empresas combativas: la transformación del amante fracasado en héroe o tirano fue lapidaria-

mente expresada por Remy de Gourmont (refiriéndose a Napoleón): "al no poder hacer gemir los colchones, quiso hacer gemir al mundo".

### Las "crisis" amorosas propiamente dichas.

Son muchos los amantes de uno y otro sexo, que afirman haber perdido bruscamente su amor, a veces por motivos o detalles nimios, sin haberlo podido recuperar, pese a todos los esfuerzos. Así, por ejemplo, un gesto, una postura, una frase o cualquier insignificante deducción o pensamiento, comentario o sospecha, pueden ser, en tales casos, incriminados como responsables de un cambio total en la actitud amorosa de uno o de ambos amantes. La realidad es que en casos tales —por lo general— no se produce la pérdida sino la "concienciación de la pérdida" del amor. Éste se hallaba, ya, herido de muerte con anterioridad, mas hasta ahora no había emergido con toda nitidez y crudeza ese hecho, pues uno y otro elemento del par se habían esforzado en no verlo y habían seguido representando su papel sin darse cuenta que habían pasado de "autores" a simples "actores". En tal situación, la causa *desencadenante* puede ser nimia (el resfriado de los tísicos, el pequeño golpe de los coxálgicos...) porque la causa *determinante*, subyacente, es en cambio, máxima, aun cuando ignorada, quizás, en su verdadera esencia por quien sufre sus efectos.

Unos breves ejemplos del archivo psicoterápico particular aclararán y completarán la comprensión de tales "crisis" amorosas. Mas antes de exponerlos conviene advertir que éstas pueden ser tales —y entonces resultan irreversibles y definitivas— o ser, simplemente, pseudocrisis, o sea, ocultaciones episódicas y accesionales del afán amoroso que es, entonces, transitoriamente sustituido por cualquier actividad de sus tres hermanos emocionales (casi siempre bajo la forma de sospecha miedosa, celo iracundo o constricción ética). Si eso ocurre, no se puede hablar de terminación y sí, solamente, de paréntesis en el ciclo amoroso; por ello no vamos a ocuparnos aquí de tales sucesos, dramáticos mas intrascendentes.

a) **CRISIS POR DECEPCIÓN ESTÉTICA.** — Un médico joven se casa enamorado de su amada. Una mañana, en plena luna de miel, descubre en ella el olor característico de un proceso inicial de ooc-

na; con la velocidad del rayo imagina cuán desagradable va a ser la proximidad física en el futuro; sufre terrible conmoción nerviosa (“hubiese preferido cualquier otra enfermedad, por terrible que fuera, menos ésta” —fueron sus palabras al describirme el suceso—) y siente, desde ese instante, que su amor se desvanece para transformarse en una mezcla de compasión y asco. Intenta vanamente disimular su estado; pronto se torna impotente; también le molestan los olores de medicamentos usados para tratar la dolencia. Por fin decide pedir una beca para el extranjero, mas en esos días la esposa le confirma que está embarazada. Desorientado, acude a nosotros. ¿Estamos frente a un caso de interrupción brusca del proceso amoroso, que parece quebrado por un factor extrínseco a los núcleos personales que lo nutrían? No obstante, una exploración psicorretrospectiva puso, pronto, de manifiesto, que en realidad ya se habían producido con anterioridad, resquebrajaduras y fisuras muy graves en la arquitectura amorosa que ahora se derrumbaba estrepitosamente: hacía dos meses, por ejemplo, que el joven colega había tenido una terrible e inmotivada explosión de celos, durante la cual ofendió gravemente a su amada, para determinar en ella una respuesta de llanto, tras la cual se convenció de que era amado lealmente y le pidió perdón. Unas semanas antes de ese serio incidente quedó una noche insomne porque había sorprendido en su novia un gesto o rictus expresivo que le recordó, involuntariamente, otro semejante, de una hermana, que murió tuberculosa y con la cual, confesó, tuvo algunos “juegos eróticos” en la primera infancia. En este caso, pues, además de que el amor era casi “monocorde” (nutrido casi exclusivamente por una raíz fisiogenital), brotó en un individuo que no había liquidado suficientemente tendencias incesuosas, y eran éstas —no el ocena— la verdadera causa que lo alejaba de su amada, ante la cual mantenía aparentemente una actitud de frenética devoción, pero en realidad con ella pretendía olvidar y sustituir la imagen desaparecida (en condiciones trágicas).

b) **CRISIS POR CAMBIO DE OBJETO AMOROSO.** — Se da, aparentemente, el caso de que una pareja vive en perfecto idilio hasta que en su camino “se atraviesa” un hombre o mujer que seduce al amante de sexo opuesto, con tal fuerza y brucedad que parece, efectivamente, haberse producido una casi instantánea disolución de los hasta entonces robustos vínculos amorosos de la pareja primitiva. Quien en ésta tiene el papel de víctima no acierta a comprender el

súbito y profundo cambio operado en su amado o amada y lo atribuye a mágicas artes o perversos trucos de su rival. Incluso es posible que esta hipótesis sea, a veces, confirmada por la parte interesada e infiel, que trata de justificarse diciendo frases como éstas: "quiero sin querer", "estoy bajo un influjo extraño", "es algo superior a mi voluntad", etc. Mas la verdad es otra, pura y simple: ese insólito desvío se explica porque ya estaba declinante la fuerza amorosa en el desviado o —más sencillamente todavía— porque quien ahora la acapara posee mayores o mejores cualidades de atracción que quien hasta ese momento la había concentrado. Solamente por púdor o por obstinación se esfuerzan muchos de tales amantes veleidosos en hacer creer que hubo una "mutación" donde sólo hubo, en realidad, un deslizamiento o transferencia de su capacidad amorosa. De aquí que nos mostremos también escépticos ante la pretendida instantaneidad del cambio.

Un ejemplo típico de esta situación lo hallamos en el frecuente caso del marido o la esposa que súbitamente abandona el hogar y huye con alguien, recién conocido y amado. Siempre que se efectúa, en tales condiciones, una investigación, se comprueba que el fugitivo estaba, ya, con anterioridad, huido íntimamente mas seguía la "commedia della vita" por compasión, temor o respeto de sus obligaciones; entonces la aparición del hombre o la mujer "fatal" no pasa de ser un estímulo desencadenante, que pone en acción tendencias hasta ese momento reprimidas, mas de gran intensidad.

c) CRISIS POR DESENCANTO DE LA VIDA EN COMÚN. — Ésta es sumamente frecuente de observar en Norteamérica, en donde la educación equivalente y equipotente de ambos sexos y su filosofía pragmática los lleva a desarrollar personalidades sumamente independientes y, por tanto, celosas de su libertad. Cada uno de los cónyuges al casarse confía en que conseguirá llevar al otro, paulatinamente, al tipo de vida que él imagina como ideal de su nuevo estado. Mas ocurre que ese ideal es distinto en ambos y surgen, así, una serie de pugnas más o menos hábilmente conducidas y violentas hasta que se convencen de la imposibilidad de influirse mutuamente como habían supuesto. Y entonces, o se rompe la unidad de la vida hogareña y la casa se transforma en pensión o surge una escena violenta, en la que el más agresivo de los cónyuges decide abandonarla, para recobrar su anterior libertad: sus antiguas amistades, costumbres, etc. En tal caso, cada uno reprocha al otro su "egoísmo",

su "obstinación" y su "intolerancia", como motivos suficientes de la pérdida de la ilusión amorosa.

d) **CRISIS POR "EXPLOSIÓN" CELOSA.** — Ésta es la más dramática, hasta el punto que en su transcurso pueden ocurrir violencias (verbales y motrices) que culminen con la destrucción total y definitiva, no solamente del amor sino de las personas amantes. Mas los llamados "celos" representan una amalgama o "cocktail" emocional en cuyos ingredientes intervienen productos derivados de la ira y del miedo, además de los propios de las menos nobles raíces del amor. Su importancia psicológica y social es, sin duda, muy grande en la determinación de la conducta, aun cuando algunos psicólogos improvisados se empeñan en negarla. Por esto vamos a dedicarles una atención especial.

## CAPÍTULO XIV

### EL "DEMONIO" DE LOS CELOS

La literatura española referente a la "pasión" de los celos es enorme. Las divergencias de opinión acerca de ella también lo son. Así recientemente, una de sus más ex leídas y veleidosas plumas, que obedece a la firma de Gregorio Marañón, comentando el libro *Los celos* (Dr. Rodríguez del Castillo, San Sebastián, 1946), llega a la inesperada afirmación de que éstos ya no existen, a no ser en personas morbosas o bajo la plácida forma de sentimiento, que la Academia de la Lengua define como: "temor o recelo que uno siente de cualquier afecto o bien que disfruta o pretende llegue a ser alcanzado por otro".

Si otras pruebas no hubiese para confirmar que la mente, otrora ágil y brillante, del conocido endocrinologista discurre ahora en las penumbras del ocaso, bastaría éste, de sus recientes despropósitos, como definitivo ejemplo demostrativo. Porque, a pesar de que hoy la moral sexual ha cambiado profundamente y cada vez son menos los varones y las mujeres que "toman a pechos" una supuesta infidelidad de su amada pareja, no es menos cierto que toda persona amante sigue —y seguirá en los tiempos— expuesta a sufrir la tortura de la emoción celosa, a veces motivada por un indicio o sospecha, a veces puesta en marcha por una interpretación torcida y, a veces, justificada plenamente por una conducta equívoca.

No está bien definir los celos —como lo hace la Academia Española— bajo la simple y unívoca denominación de "temor". Sin duda que quien sufre de celos teme (re-cela) algo, más no es eso lo que mejor caracteriza su estado sino una compleja vivencia de "pena y rabia", es decir, de disgusto y de ira, en la que se funden elementos de la raíz imperialista del amor y, también, de su raíz genital y de su aporte nihilista originando una de 'as con-

ductas más tensas, complejas y contradictorias que pueden ser estudiadas en el hombre.

Reducir los celos al temor, negar su importancia *eterna* en la vida humana o creer que están solamente ligados a la problemática sexual son otros tantos errores por hipersimplificación, que han de ser evitados. Veamos, pues, qué nos da un enfoque psicofenómico de sus más comunes modalidades:

### Análisis estructural de las vivencias celosas.

Cualesquiera sean los puntos de mira en que se hayan colocado los psicólogos para estudiar los aspectos de los celos, un hecho ha sido común en sus conclusiones y es el carácter profundamente disfórico, molesto y torturante de sus vivencias. El propio San Agustín, en sus *Confesiones*, afirma que era "flagelado por las férreas y abrasadoras brasas de los celos"; antes y después de él, la literatura y la historia coincidieron en concederles la categoría de "máximo tormento" y, más recientemente, la psicología lo confirma, al analizar el *resentimiento*, que es su ingrediente básico.

Efectivamente, si de algún modo puede caracterizarse el estado del ser celoso es definiéndolo como una perseverante y compleja frustración: siente amor y se cree no correspondido (o, lo que es aún peor, *falsamente* correspondido); siente ira y a la vez comprende la ineficacia de darle rienda suelta; siente temor y no puede huir; siente, pues, intensamente, una necesidad de acción y simultáneamente percibe su impotencia, ya que el arreglo posible de la situación no depende de él sino de otros... y no consiste precisamente en "actos" sino en "sentimientos..." que no pueden imponerse ni suprimirse, que no obedecen a razones ni coacciones... Es así como el ser que es devorado o consumido por los celos vive en perpetua tensión, sin poder adquirir una postura mental definitiva y bamboleándose continuamente entre la fe y la desesperación.

Los celos son vividos de un modo diferente por la mujer y por el hombre y también lo son, en cada sexo, de acuerdo con el tipo de personalidad y con el tipo de amor en que aparecen. Para no extendernos demasiado vamos a describir *in abstracto* su fundamental estructura, agregando solamente las variantes más significativas y frecuentes.

### El "shock" o "trauma" inicial.

Generalmente los celos se inician de un modo concreto y preciso, a partir de un acontecimiento que los desvela y pone en marcha: una mirada, una carta, una frase, un recuerdo o un olvido, una observación, un chiste, una alusión, un descuido . . . cualquier dato psíquico, por pequeño que pueda parecer, es capaz de provocar la "sospecha" con que empieza el drama de los celos: ahí, *sub-pectores*, se nota su primer zarpazo y, desde entonces, la víctima celosa ya no tiene un instante de paz, pues vive en constante alerta ante la incertidumbre de ser amada o engañada.

En esa primera fase, el miedo o temor es aparente; el celoso adopta la actitud de cautela que es propia del ser alarmado. Focaliza su atención en los más pequeños detalles de la conducta de su pareja y, sin querer, su interpretación, lejos de calmarlo, acucia y aumenta los motivos de su alarma. Es así como germina, con inusitada rapidez a veces, la

### Creencia o convicción celosa

Casi no cabe, ya, la duda del desvío del ser amado; éste disimula por temor o por compasión; niega por perversión o por cobardía, pero ya no puede añadir un engaño a su engaño. Apenas si gestos definitivos de su conducta conseguirán calmar momentáneamente a quien lo cela, mas no dura mucho ese armisticio, que no puede convertirse en paz porque persisten los motivos esenciales de la lucha. En efecto, el ser celoso tiene su batalla principal entablada consigo y no contra quien ama o contra quien supone que codicia el bien amado. Es en el propio núcleo del amor "celante" en donde se engendra la inquietud y en donde crece la biotoxina que lo envenena. Y por ello, aunque aparentemente convencido, o incluso arrepentido, se deshace en halagos y protestas de cariño hacia el amor "celado", la verdad es que alberga hacia éste más rencor que antes, pues a la ira despertada por su "posible" engaño se aúna, ahora, la vergüenza y el despecho producidos por la humillante exhibición de su flaqueza. Puesto a elegir entre la certeza de "ser engañado" o de "engañarse", prefiere retornar a la primera, pues con ella queda a salvo su amor propio y hasta, si se quiere, su amor ajeno, mientras que

con la segunda se hunde aquél y se compromete el amor *de* lo ajeno.

Quien alguna vez ha hecho un pronóstico pesimista y lo ha defendido calurosamente, hasta el punto de comprometerse públicamente, bien sabe que en su intimidad desea que ese pronóstico se cumpla, aunque ello signifique para él una pérdida (moral o material) mayor que la comprometida en la apuesta de su prestigio. Ésta y no otra es la razón de que la creencia o convicción celosa se afianza y se autonutra —cual las células cancerosas— a expensas del propio ser que la alberga y la teme. Toda tentativa de separar los celos normales de los patológicos, basada en la mayor objetividad de los indicios que los motivaron es puro bizantinismo psicológico, pues existen todos los matices y gradaciones imaginables entre los casos más aparentemente dispares: la realidad es que la dialéctica celosa es siempre intra y no interpersonal. Cuando alguien se encuentra ante un ejemplo flagrante e inequívoco de infidelidad o engaño amoroso no puede, *ya*, albergar celos sino cualquiera de las posibles reacciones afectivas ante un objetivo y doloroso *desengaño*.

### Las conductas celosas.

Si el camino que conduce de la sospecha a la creencia celosa es, prácticamente, único, son en cambio múltiples las avenidas y las encrucijadas de conducta que se ofrecen a quien lo recorre hasta su fin. De aquí la necesidad de enumerar, cuando menos, las más paradigmáticas.

a) LA CONDUCTA "QUEJUMBROSA". — Ésta conduce al que podríamos denominar tipo de celoso "implorante": su actitud es la de un pobre pedigüño de amor, que excita más compasión que pasión. En el fondo es un agresivo cobarde, es decir, una persona que ofende y molesta sin parecerlo, ya que ella se queja de ser la ofendida y despreciada. Esta actitud "doliente" y llorosa es sobre todo adoptada por las mujeres o por hombres afeminados, que saben que con ella estimulan la conducta sexual y las atenciones amorosas de la pareja. Ésta, en el fondo, se encuentra satisfecha de ver que es "tan querida" y que ejerce una tan gran fascinación sobre su amante.

Ninguna de las o los artistas consagrados por el cinema llega

al grado de ficción dramática que son capaces de alcanzar estos tipos de celoso implorante en sus privadas representaciones, gracias a las que consiguen constreñir, durante tiempos imprevisibles, a sus "adorados tormentos".

b) LA CONDUCTA "HOSCA". — Se da especialmente en los tipos esquizotímicos —introvertidos, herméticos, desconfiados por naturaleza— que propenden a "estar de hocico" tan pronto como les parece que su amor no se comporta de acuerdo con sus previsiones de absoluta identificación y sumisa devoción.

El silencio y la frialdad habituales culminan en el rechazo de todo contacto físico, hasta que el supuesto "culpable", harto de preguntar acerca de los motivos de tal conducta, se indigna o se aleja, con lo que se ahonda aún más la fisura hasta transformarse en abismo que separa afectivamente a la pareja.

No es raro que el hosco celoso desaparezca entonces de la escena, es decir, abandone el hogar, para refugiarse en la casa paterna o buscar en mayor soledad un refugio a su resentimiento.

c) LA CONDUCTA "RECRIMINANTE". — Ésta es exhibida, principalmente, por las personas con rasgos maníacos o paranoides y se caracteriza por el tono acusativo y vejatorio, el uso de frases insultantes y ofensivas, o inclusive, la agresión más o menos violenta. Es fácil darse cuenta de que quienes muestran este tipo de reacción viven un afecto cuyo componente principal es la raíz iracunda, sádica, agresiva e imperialista del amor. En tales casos los supuestos celos no pasan de ser un pretexto, necesario y más o menos subconsciente, para justificar la ofensiva contra el ser supuestamente amado y, en realidad, atormentado.

d) LA CONDUCTA AUTOPUNITIVA O "EXPIATORIA". — Aparentemente opuesta a la anterior; consiste en infligir el celoso, a sí mismo, la tortura y la pena que en el caso precedente descarga sobre el objetivo de su pasión. Ahora vemos al amante, que se cree engañado, disponerse a desaparecer silenciosa y resignadamente: deja de comer, deja de acompañar a quien cela y le da toda clase de facilidades para que le sea realmente infiel. Por fin, cuando cree llegado el momento, se aleja de su amor o intenta un suicidio, casi siempre de tipo espectacular. No hay duda de que aun cuando esta conducta parece diametralmente opuesta a la anterior tiene el mismo significado: crear en quien se ama (y en el fondo se

odia) un sentimiento de culpa, aun cuando sea inocente o, cuando menos, concitar contra él la opinión social que, casi siempre, considera como "mártir" al celoso de esta variedad.

e) LA CONDUCTA "VENGATIVA". — El celoso de tipo vengativo adopta la fórmula de "ojo por ojo y diente por diente", con la particularidad de que los ojos y los dientes que él salta son reales y los que le sirven de pretexto para su agresión son imaginarios. Ello significa que, *por sospechar* que su amado o amada le es infiel, y para retribuirle en igual moneda, se lanza a la aventura de aceptar o proponer amores con cualquier posible persona, que sea capaz de provocar una —esta vez justificada— reacción celosa en su celada pareja. Fácil es convencerse que en una gran parte de casos esta conducta deriva de que el celoso tiene de antemano deseos de infidelidad y crea subconscientemente, para satisfacerlos, el dispositivo de proyección: "no soy yo quien engaño sino quien es engañado. Mi conducta tiende a restablecer el equilibrio y a hacer sentir, justamente, a mi infiel amor el mismo dolor que me ha infligido. Así, si realmente me quiere, cesará de comportarse tan vanamente". Ese razonamiento y otros semejantes son los que llevan a multitud de celosos amantes a ser protagonistas de reales infidelidades, en respuesta a temidos desvíos de sus cónyuges. Éstos, por su parte, es factible que entonces reaccionen enérgicamente y den motivo verdadero de celosidad, agriándose de esa suerte la relación amorosa y transformándose en una competición de recíprocos agravios, tras de la cual queda el cadáver del amor.

f) LA CONDUCTA "SUPERADORA".. — Ésta habría de ser la más lógica y recomendable; pero, como ya se adivina, es la menos frecuente de observar. Quien la sigue, al darse cuenta de que está perdiendo el cariño de su amante, reaccionará procurando ofrecerle nuevas modalidades de su ser y de su hacer que le estimulen y renueven la primitiva atracción y efusión amorosas. Dejándole en plena libertad de acción, sin recriminaciones amargas ni gestos dramáticos, procurará elevar su plano de acción frente a él y ante el mundo, en forma tal que facilite en el vacilante cónyuge un redescubrimiento de los valores personales que empezaba a olvidar o menospreciar. El celoso que así procede no renuncia a la lucha por la conservación de su bien, pero la entabla en el único terreno y del único modo en que puede obtener un triunfo limpio y estable.

## La lucha contra los celos.

Sabemos los psiquiatras cuán difícil es corregir los excesos de celosidad que sufren multitud de personas, con absoluta prescindencia de su cultura, inteligencia o valer. Sabemos, también, que los celos acostumbran ser tanto más difíciles de corregir cuanto más injustificados son, pues precisamente entonces no cabe tomar soluciones claras y definitivas, capaces de suprimir una base que no existe o, por mejor decir, que solamente existe en la peculiar estructura mental del celoso. Tanto es esto verdad que el pronóstico de las denominadas celotipias o delirios celosos es de los más sombríos en el campo de los desarrollos paranoicos.

Empero, esto no impide la posibilidad de luchar contra tales celos gigantes y absurdos, especialmente cuando se hallan en sus fases iniciales. Tal lucha no ha de entablarse, como generalmente se hace, tratando de discutir y negar los datos (falsos, semiciertos o ciertos) en que basa su celosa interpretación el enojado o entristecido amante. De nada sirve negar, jurar o explicar, pues —si se trata de unos celos patológicos— todo eso será considerado como excusas, hipocresía o remordimiento vergonzante. Tampoco, claro está, puede aconsejarse la absoluta indiferencia ni la reacción airada, de “dignidad ultrajada” por la sospecha o la calumnia. ¿Cuál, pues, ha de ser el comportamiento? No pretendemos dictar normas, entre otras razones porque no hay, en este aspecto, dos casos iguales; mas tampoco vamos a sustraernos a la obligación de expresar nuestro criterio, ya que el libro que estamos escribiendo pretende ejercer un influjo benéfico sobre quienes sufren. He aquí, pues, la pauta que aconsejamos:

Ante todo precisamos investigar si realmente los celos están o no basados en un real desamor. Si lo están, lo mejor es que el cansado o desviado amante confiese explícitamente la verdad, a menos que tenga el firme propósito de enmienda. Si no lo están —y éste es el caso de que estamos tratando— es preciso buscar un “tertius” que medie entre el reclamante y el reclamado, es decir, entre el celoso y el celado. Ese “tertius” no conviene que sea persona elegida por el supuesto acusado sino por el acusador. Ante él se expondrá la realidad de los hechos y se procurará obtener un veredicto moral y una norma de conducta ulterior para el celoso impugnador. Si éste, empero, como cabe esperar, es incapaz de atenerse a ella será preciso, esta vez, que la víctima directa de las

escenas celosas gestione del pariente más próximo del celoso la intervención de un psicoterapeuta, es decir, de un médico especializado en el tratamiento de los desvíos mentales. A él habrá de confiarse la delicada tarea de analizar la personalidad y las actitudes subconscientes del reincidente.

Claro está que el celoso anormal rechaza someterse, por lo menos en forma franca y decidida, al tratamiento de su celosidad. Y es capaz, inclusive, de amenazar con resoluciones "extremas" si se trata de "hacerle pasar por loco" (o por loca); mas estas amenazas no han de impedir la intervención del especialista y todo lo más determinarán que dicha intervención sea ulterior al ingreso del rebelde en un sanatorio psiquiátrico, con carácter de observación y prevención de amenazada inconducta.

Nuestra larga experiencia psiquiátrica nos ha convencido de que la mayoría de las actitudes agresivas de los celosos desaparecen tan pronto como éstos se encuentran alejados de su ambiente familiar y enfrentan a un personal neutro y experimentado. Sería, empero, ilusorio creer que ese cambio espectacular fuese sincero. Una vez obtenido es preciso aprovecharlo para comenzar la exploración mental, que deberá realizarse a fondo, es decir, con un criterio evolutivo y con el uso de las técnicas psicoanalíticas corrientes, mas sin seguir las normas del llamado análisis ortodoxo, ya que éste es casi reservado, hoy en día, para el tratamiento de graves casos de psicopatía o de neurosis, de por sí incompatibles con una vida matrimonial. Bastan, en efecto, unas semanas —en vez de necesitar unos años— para descubrir los lineamientos de carácter y los conflictos sexuales que determinan el desarrollo de la inmensa mayoría de las celotipias anormales. Entonces es conveniente corregir la orientación y la filosofía vital de sus portadores y, sobre todo, ejercer un periódico control de sus reacciones, de un modo semejante a como se hace con los toxicómanos y con otros tipos de víctimas de las fuerzas pulsionales que animan a diversos engendros mixtos de nuestros gigantes, entre los que ocupa lugar destacado este "demonio" de los celos.

Si tal intervención psicoterápica fuese impracticable y la celosidad se hiciese insoportable o peligrosa, el mejor remedio es el alejamiento del celado, previa carta en que se explique que dicha resolución se toma por considerar que es el medio más eficaz de evitar mayores males. Un paliativo eficiente puede consistir tam-

bién en descubrir en el propio celoso cuáles son las reglas de higiene mental que ha dejado de seguir en la vida y procurar ahora acatarlas (V. nuestra "Guía de la Salud Mental". Ed. Oberón, Buenos Aires).



## CAPÍTULO XV

### EL DEBER

#### ESE EXTRAÑO GIGANTE INCOLORO

Henos aquí enfrentados ante la gran incógnita del hombre: ¿por qué él, entre todos los animales, es el único capaz de contrariar sus impulsos vitales, proceder opuestamente a sus ganas inmediatas y sentir esa indefinible vivencia del *arrepentimiento* cuando procede desobedeciendo las severas consignas de su DEBER?

¿De dónde surge y quién es tal nuevo personaje, que a pesar de su invisibilidad y sutilidad, de su falta de raigambre biológica y de tradición histórica, posee a veces una energía suficiente para luchar y vencer a los tres gigantes que hasta ahora hemos conocido en el gran escenario anímico?

¿Qué arma secreta posee este cuarto gigante, capaz de hacer variar, en el dominio de lo humano, todas las previsiones válidas en el de la psicología zoológica?

Si el miedo pudo simbolizarse en varias imágenes (de tétricos tonos), si la ira reclama imperativamente los rojos tonos de la sangre y del fuego, y si el amor se nos presenta cual una sinfonía de rosas... ¿cómo podríamos representarnos alegóricamente al DEBER? He aquí un problema que puede estimular a los artistas plásticos y que no somos nosotros, ciertamente, los llamados a resolver. Pero, aun así, es preciso que ayudemos al lector a levantar un poco el velo de su misterio y por ello vamos a intentar comunicarle cómo imaginamos su correlato antropomórfico:

### El reciario.

Ahí, sobre la arena circense, se inicia un angustiante y original combate: de un lado vemos a un poderoso y feroz guerrero gladiador, blandiendo tremenda espada, protegido por su escudo y sólida cota de malla; en el otro, un atleta casi desnudo, con un tridente y una red. Al parecer, la batalla es desigual, mas la realidad nos muestra que no lo es, porque este segundo luchador, si bien está expuesto a sufrir heridas, a veces mortales, que su agresor le inflige, posee siempre libertad de movimientos para esquivar sus golpes. En cambio, el oponente se halla siempre bajo el peligro de quedar aprisionado en la red, hábilmente lanzada; y entonces, *vae victis!* su fin es inevitable. Así, el reciario libra su batalla jugándose toda su vida, a cada instante, para tener una sola pero absoluta oportunidad: la de inmovilizar y anular toda la iniciativa de su adversario, que entonces queda imposibilitado de defensa y a su entera merced.

Pues bien: así es el deber, cual un invisible reciario que espera el momento de rodearnos con su malla. Podemos burlarnos de él, podemos esquivarlo y hasta asestarle mandobles feroces con nuestra ironía, nuestro ingenio o nuestro egoísmo, mas si en un instante dado llegamos a caer prisioneros de su inflexible imperativo, ya sólo viviremos para cumplirlo y obedecerle sumisamente, o para arrastrar su terrible sombra de remordimiento, capaz de llevarnos al suicidio o a la expiación, mil veces más dolorosa que los actos infringidos.

Ello sucede porque los anillos de su red están engarzados por la inmensa fuerza de la ley, de la tradición o de la razón prevaliente en el grupo del que formamos parte. Quiero eso significar que para evitar la coacción de este gigante precisaríamos vivir aislados, como salvajes seres anárquicos, expuestos a nuestra propia suerte y sin posibilidad de relación interpersonal (ni siquiera "interanimal"). Y eso, evidentemente, es imposible.

### Los orígenes del deber.

Bucear en las raíces vitales de nuestro opresor e implacable y último personaje de la tetralogía anímica equivale a hundirse en los misterios de la prehistoria social. No cabe aquí, como hasta

ahora hicimos, recurrir al auxilio de la biología, de la fisiología o de la neurología: en el dominio de las llamadas "ciencias naturales" no hallamos asidero válido para explicar la génesis que nos interesa. Si, en cambio, nos ofrecerán datos de sumo interés los textos religiosos, los mitos, tradiciones y documentos más antiguos de la historia humana, porque el DEBER nace con la vida del hombre en comunidad, o sea, con el paso del HOMO NATURA A HOMO SOCIALIS, del propio modo como nacen el derecho, la ley y la autoridad, aun cuando estas tres categorías tienen su manifestación objetiva ulterior a la existencia implícita de aquél.

Inicialmente conviene, pues, decir que si el miedo, la ira y el amor brotaron de las más profundas entrañas del soma biológico individual, el deber, por el contrario, sobrevino tardíamente en la historia filo y ontogénica y requirió varios milenios de prehistoria humana para lanzar sus primeros vagidos. El hombre fue durante mucho tiempo un animal individualista y anárquico, que vivió como *homo natura*, sin intuición ni obediencia de otras leyes que las de la composición de fuerzas físicas. Llegó un momento, sin embargo, en que la repetición de ciertos resultados creó en él un reflejo condicional, de sumisión a los supuestos agentes causales de los mismos. La alboreante inteligencia humana, en su fundamental tarea de pre-visión hizo a diversos ejemplares de la especie, en ocasiones y lugares diversos, aceptar como ineluctables determinadas privaciones o acciones, aun sin el uso coadyuvante y presente de la fuerza que primitivamente las impuso. Y fue entonces —en la medida en que se "condicionaban" tales conductas (inhibitorias o activas) ante determinados "signos" o "indicios" (anticipadores de efectos forzosos)— cuando aparecieron *simultáneamente* la vida simbólica, el grupo social y los rudimentos de la conducta normativa (aún no condensada en ley) con su doble vertiente fáctica, del "debe" y el "haber", es decir, de la constrictión y la libertad. Porque, en efecto, el deber es siempre constrictivo o coactivo, en tanto el derecho es optativo y, por tanto, arbitrario.

No es preciso ser muy lince para adivinar que el deber, por consiguiente, arranca de una especie de superstición (miedosa) o sea de la creencia en la ineluctabilidad de ciertos efectos ante cuya posible ocurrencia el ser humano se obliga a determinadas privaciones o acciones. Para que esa creencia se engendrase, inicialmente fue necesario que un determinado número de veces se re-

pitiesen determinados cursos de actos: por ejemplo, treinta o cuarenta veces el más bruto y fuerte de los concurrentes a la posesión de una pieza de caza ganó la batalla con sus rivales y se quedó con ella, además de aporrearlos; llegó entonces la ocasión en que, ante otra presa, pudo tomarla sin disputa porque los circunstantes previeron (como inexorable) ese resultado y renunciaron a la lucha. Pues bien, en ese instante quedó constituido el grupo social es decir, se jerarquizó y estructuró el conglomerado humano coincidente en tiempo y lugar), al propio tiempo que apareció la construcción ("contraínte", en francés) característica de la representación u obediencia (submisiva) . . . y con la estratificación de los primeros hábitos de relación interpersonal surgió la formulación rudimentaria —aún no codificada— de los primeros derechos y deberes sociales.

Que el derecho emana de la fuerza, lo mismo que el deber, es cosa archisabida. Mas ello no basta para explicar su peculiar o substancial estructura psicológica, pues precisamente la noción "espiritual" actual de esos dos complementos conceptuales exige que la fuerza, en tanto es concebida como ciega y mecánica potencia física, les sea sometida y puesta a su servicio. ¿Cómo se cumplió la lenta evolución humana que sustituyó la razón de la fuerza por la fuerza de la razón, que interiorizó e independizó al deber de las circunstancias neuromecánicas que lo engendraron y que hizo al ser humano un ente autóctonamente responsable?

Difícil resultaría responder a esa aviesa pregunta sin la ayuda que puede aportarnos el atento estudio de la evolución del concepto ético y de la noción de obligación en el niño.

### **Etapas evolutivas del ser al deber ser.**

En nuestra *Psicología Evolutiva del Niño y el Adolescente* hemos resumido las principales fases por las que hemos pasado todos los habitantes "civilizados" de esta Tierra para dejar de ser puros animales bípedos y convertirnos en seres morales. Veamos, por ejemplo, lo que escribimos en su página 136: "El contacto social lleva al niño a un contraste de opiniones y así como su experiencia práctica le permitió darse cuenta de que hay acciones reversibles y otras irreversibles, su experiencia social le lleva ahora a ver que en el mundo de las relaciones humanas —en el mundo psí-

quico— no se aplica el criterio de número, masa o *cantidad*, sino, principalmente, el de figura, estructura o *calidad*, para ordenar y jerarquizar sus elementos. Así como a los 4 o a los 5 años de edad el niño traba contacto con la problemática de los denominados “valores” y aplica a su resolución, inicialmente, los mismos procedimientos que le han llevado a conseguir su adaptación al mundo de las cosas.

“La primera dimensión valorativa que en él aparece —forzada por la insistente repetición que el adulto le hace de sus vocablos representativos (bueno y malo) — es la estrictamente *ética*. Bueno es, para él, sinónimo de *factible* y malo es sinónimo de *no factible* o, cuando menos, de no factible sin ulteriores y desagradables consecuencias. Preguntando a nuestra hijita de 4 años y medio si el comerse las uñas era bueno o malo nos respondió sin titubear: es malo, *porque no se puede hacer*. Y al mostrarle que sí era posible hacerlo, añadió: “pero ahora te van a pegar; no puedes hacerlo sin que te peguen”. Así, pues, los actos no son a *priori* sino a *posteriori* buenos o malos. ¿Por qué, en cambio, la criatura ya aplica esos adjetivos a los diversos objetos que la rodean, sin esperar a conocer el juicio de sus adultos guiadores? Porque en virtud de una asociación analógica usa dichos términos no ya para adscribirles un valor ético sino un valor utilitario: bueno es *lo que le sirve* para satisfacer un deseo y proporcionarle un placer; malo es lo que *no le sirve* o con su mera presencia provoca un desplacer. El mismo objeto que al principio fue calificado de “bueno” será considerado ahora “malo” si el pequeñuelo recibe algún daño manipulándolo. Bien se ve que, tanto en su acepción pragmática como en su acepción ética, los términos bueno y malo son aplicados en función de un criterio de acción y tomando siempre como punto de referencia la experiencia personal. El niño es el supremo definidor y al decir bueno o malo debía agregar . . . “para mí”, pues carece, aún, de base substancial, universal, para adscribir tales valores a la realidad objetiva”.

Nos parece que ahí queda bien claramente evidenciado el hecho de que en el niño el deber —como la instrucción— son nociones que surgen del ambiente y penetran, cual una cuña en la pared, de fuera hacia dentro de su mismidad, hasta confundirse con ella y, más tarde, hacerse consubstanciales de su ser. Mas esto solamente ocurrirá en la medida en que el proceso experiencial propenda a confirmar, de vez en cuando, con estímulos abso-

lutos, la real eficacia de las *consignas*, es decir, de los signos ordinarios, que ejercen su influjo moldeador de la conducta instintiva —primitiva o salvaje— para transformarla en conducta voluntaria —racional o civilizada—. Dicho de otro modo: sin un sistema de premios y castigos, de recompensas y sanciones —placeres y dolores equivalentes a los usados para el “dressage” animal— es imposible que surja en el ser humano, de un modo tan espontáneo como su miedo, su cólera o su amor, la noción de lo *prohibido* y de lo *obligado*, cuya síntesis conceptual ulterior será la categoría del llamado “deber moral”.

Y quien dictó —aun a veces sin saberlo— la primera norma, el primer código o legislación impositiva de conductas en cualquier agregación de individuos humanos, mucho antes de que existiese la organización tribal o, inclusive, hórdica, fue a no dudarlo, aquel fuerte ejemplar de *homo stultus* que, con anterioridad a su formulación expresiva, fisiognómica o pantomímica, se había ganado la misión de “conductor” de su rebaño de bípedos, por ser más temido que odiado.

Mas, del propio modo el grupo humano se constituyó al des-nivelarse la capacidad de influjo interpersonal de sus componentes y polarizarse hacia unos, en detrimento de otros, no es menos cierto que lo que hoy se llama “conciencia del deber” o “sentimiento de responsabilidad” no existió en la prehistoria del hombre y tardó tanto en formarse que, todavía ahora, se halla totalmente ausente en grandes sectores de conterráneos. Hasta aquí, en realidad, solamente hemos develado la primera etapa en el lento proceso de crecimiento de nuestro gigante, a la que podríamos denominar *fase utilitaria*. En ella no existe aún el deber como realidad psíquica íntima y autóctona, pero hay, ya, cumplimiento de consignas y de intenciones expresadas en gestos (propulsivos o frenadores, activantes o inhibidores); la conducta no es meramente espontánea ni meramente imitativa: es providente y sigue la línea que la experiencia demuestra más conveniente para los fines hedonistas de la vida individual.

Los padres y educadores son los agentes que transmiten al niño la noción del deber como “necesidad imperativa” o “regla de comportamiento”, mas, ¿cómo y cuándo se engendró en el hombre la posibilidad de cumplir ciertas normas *en ausencia de toda coacción o sanción exterior*? Ésta es la misma pregunta que nos formulamos unas páginas atrás, pero ahora estamos ya en condiciones de dar otro paso en su respuesta:

## La "introyección compulsiva", fase esencial en la psicogénesis del deber.

No es lo mismo ser esclavo que "hacer" de esclavo o "sentirse" esclavo. No es lo mismo, tampoco, cumplir consignas que ser sumiso o que sentirse obediente. El tránsito del deber "impuesto desde fuera" (correspondiente a la fase de "moral heterónoma" de Piaget) al deber "dictado desde dentro" (correspondiente a la fase de "moral autónoma" del propia autor) hubo de ser tan lento en el curso histórico del hombre como lo fue el que va desde la organización anarcotiránica a la organización democrática. Y del propio modo como éste no se halla todavía en sus etapas finales, así tampoco aquél se ha cumplido más que para una escasa minoría de mentes selectas.

Lógicamente cabe pensar que las primeras coacciones —emanadas de la naturaleza o de sus circunstanciales compañeros— hubieron de rebelar al hombre primitivo y azuzar su cólera, mas cuando ésta se mostró impotente para liberarlo de ellas, se interiorizó en forma de rencor y por un misterioso cambio se convirtió, precisamente, en la mejor salvaguardia de lo odiado, o sea, de la constricción. Dicen las gentes que "mal de muchos es consuelo de tontos" y la verdad es que éstos son mayoría, pues tan pronto como alguien ha sufrido en propia carne una frustración, por presión externa, se satisface al saber que todos sus próximos ("prójimos") también la sufren.

La mejor prueba de esto nos la da la "santa indignación" con que reaccionamos contra los llamados "privilegios", cuando éstos no se posan sobre nuestras cabezas; nuestras airadas protestas cuando alguien elude una fila o "cola" en cualquier lugar, la convicción con que afirmamos que la "justicia ha de ser igual para todos" cuando en realidad lo que deberíamos decir es que nos gusta que "las molestias y contrariedades, los sufrimientos y las frustraciones sean por igual compartidos". Y eso, ¿por qué? Pues porque nuestro impulso de afirmación del ser nos llevaría a querer ser más que los demás, pero, si ello no es factible, sólo nos tranquiliza y no nos remuerde si llegamos a creer que los demás no son más que nosotros, o sea, que son realmente nuestros *semejantes*, no sólo en estructura biológica sino en *destino vital*.

Es así como una mayoría de frustrados usó su rencor para sal-

vaguardar al frustrador contra todo intento de rebeldía esporádica de otros "fuertes" y constituyó, de esta suerte, el almacén energético que aseguró la estabilidad de las costumbres ("mores", en latín) de la que derivó, a su vez, la *moral* social de cada época y ciclo cultural.

He aquí, pues, que una vez impuesta una consigna y adquirida fuerza de costumbre, se hace cada vez más difícil desobedecerla sin levantar la tremenda fuerza de su "tradición", que no es otra más que la suma de los rencores que su cumplimiento determinó. Entonces la tal consigna o hábito adquiere el carácter de un axioma, esto es, de algo que no requiere demostración y que resulta válido *per se*. "El deber no se discute: se cumple", esa afirmación, aún hoy, es frecuentemente oída de labios de quienes se creen depositarios del orden y la paz sociales.

Mas he aquí que si con eso hemos comprendido la fuerza creciente de la tradición —la inmensa energía que acumula la inercia del pasado—, no nos explicamos todavía por qué es universal el sentimiento de culpa y justicia, que diferencia a cada paso la línea de lo debido, lo permitido y lo prohibido, aun en ausencia de todo aparente influjo o coacción exterior. Es ahora cuando llega en nuestro auxilio una de las más seductoras teorías de Sigmund Freud, al decirnos que el sentimiento de culpa que pesa sobre la humanidad no es el del "pecado original" sino el del *parricidio primitivo* y que es por su influjo como cabe explicar la adopción de una actitud expiatoria —consecutiva al remordimiento y al temor— que nos lleva a todos a esperar que el mundo sea, realmente, "un valle de lágrimas" y a resignarnos ante el sufrimiento y la renuncia de nuestros deseos más ambiciosos. Veamos cómo el genial psicólogo vienés planteó esta secuencia de hechos en su *Totem y Tabú* (en aras de la brevedad no transcribimos el original y sintetizamos sus conceptos fundamentales):

En la horda humana, dictaba sus tiránicos caprichos el hombre-animal más físicamente fuerte y agresivo; consiguientemente, ejercía el después llamado "derecho de pernada", que se entronizó en los países feudales y aún hoy se ejerce en no pocos lugares del mundo *soi-disant* civilizado. La posesión de las jóvenes doncellas por aquel bruto concitaba los rencores de los jóvenes varones hasta que en una ocasión se unieron y le dieron muerte. Mas, acostumbrados a ser guiados y orientados, estimulados y frenados por su activa presencia, sintieron tremendo desamparo y angustia al

verse, cual al principio, reducidos a sus meras fuerzas individuales. Y se engendró en ellos un supersticioso temor de maleficios sin cuento, que sobrevendrían a menos que, de algún modo, resucitasen al hasta entonces odiado conductor y, por así decirlo, lo eternizasen. Disparada la imaginación y puesto en marcha el pensamiento mágico, creyeron que los primeros males sobrevenidos eran resultado de su cólera y decidieron aplacarla con presentes y sacrificios, a la vez que los homicidas se sometían a diversas y curiosas ceremonias de purificación y expiación. Es así como nacieron atisbos de religión y cómo se engendró, por vez primera, en conjuntos humanos, la creencia de que "quien la hace la paga" o de que "quien a hierro mata, a hierro muere" o "quien siembra vientos recoge tempestades", es decir, la creencia en una justicia *retributiva*, en una *reacción* (opuesta a la acción) que solamente podía evitarse aceptando el *statu quo* dominante.

Y esa generación transmitió, ya a sus hijos, el temor y el respeto al jefe muerto y posteriormente glorificado, erigiéndolo en dictador *post mortem* y haciendo sentir a las tiernas mentes infantiles el *miedo a la presencia invisible de ausentes* a quienes es preciso obedecer y satisfacer para poder vivir en paz.

De esta suerte, lo que primitivamente era una coacción externa e inmediata se transformó en una coacción interna, autoimpuesta y mediata, es decir, en una autolimitación de impulsos, por "introyección" (o, si se quiere, interiorización y apropiación identificadora) de una voluntad ajena. Los niños y los jóvenes primitivos, así como una mayoría de los civilizados, ya empezaron a pensar en que solamente podían vivir alegres y contentos si *previamente* habían coñtado y satisfecho a aquellos de quienes dependían (padres, superiores, etc.) y, por tanto, hubieron de aprender a comportarse no de acuerdo con sus ganas y deseos, sino de acuerdo con normas, reglas, órdenes o consignas que, en su integrada variedad, eran designadas con el calificativo de **DEBER**.

### La formación de la "conciencia ética" y la noción del super-yo.

Otra hipótesis audaz, pero menos aceptable sin demostración, del propio Freud, trata de explicar la formación de la llamada "voz de la conciencia" en cada uno de nosotros como consecuencia de haber sentido hacia nuestro padre (o persona que asumió

su papel coactivo) el mismo odio que los jóvenes salvajes prehistóricos sintieron hacia su jefe y tirano. En lugar de aquel parricidio primitivo surgirá en el niño una tendencia a suprimir a su propio progenitor (complejo de Edipo) y de ella derivaría una angustia que solamente se superaría mediante una ulterior identificación con él, de suerte que llegaríamos a sentir contra nosotros mismos el odio que primariamente sentimos contra él, y de esa suerte, obedeceríamos a sus anteriores consignas como si ahora emanasen de nosotros mismos. La supuesta "voz de la conciencia" no sería pues, otra cosa más que la primitiva voz admonitoria de nuestros progenitores ulteriormente interiorizada e incorporada a nuestra personalidad. Los muchachos que no "liquidan" ese complejo edipiano, y siguen odiando a sus padres, carecen de esa actividad censora y conculcan todas las normas o deberes con singular facilidad, careciendo —según Freud— del llamado super-yo.

En este punto, por muy grande que sea nuestra admiración hacia el genio y la obra del gran psicólogo vienés, no podemos seguirle íntegramente. Pues, en primer lugar, desde el punto de vista psicoevolutivo, la serie de conductas y de hechos que han dado lugar al término de "conciencia ética", "sentido del deber", "noción de la propia responsabilidad" y similares se observa algunos años después del momento en que, según dicho autor, tiene lugar esa liquidación del complejo edipiano (éste se disolvería entre los 4 y 5 años, en tanto que las manifestaciones de la presencia autóctona del deber no se observan, por lo general, hasta el último período de la infancia). Además, lo cierto es que el grado de cumplimiento del deber y la estrechez de la conciencia ética *dependen mucho más del modo como los padres se comportan con los hijos que viceversa*. Ese supuesto super-yo, que en realidad debería llamarse "contra-yo" (pues es un sector de fuerzas psíquicas hostil al yo) varía, por lo demás, enormemente, en un mismo individuo, según las circunstancias específicas de todos sus aprendizajes experienciales en el terreno social y, por tanto, contribuyen a formarlo, en igual o menor medida que los padres, los familiares, maestros, amigos, etc., y las observaciones espontáneas de las conductas ajenas.

Lo que sí podemos admitir es que la introyección de la cons-tricción social y la aceptación voluntaria de las obligaciones éticas no pasa de ser un caso especial del proceso general de asimilación e introyección de los demás hábitos de la vida humana. Cualquier

acto —hasta el más neutro e indiferente desde el punto de vista ético— es, al principio, enseñado (insignado, es decir *incrustado*) mecánica y coactivamente, en tanto no es de naturaleza instintiva, mas en el correr del tiempo se pone en marcha sin necesidad de esa accidental coacción y el sujeto adquiere la impresión de que lo realiza “por cuenta propia”. Es así como, por ejemplo, todos preferimos empezar el almuerzo con la sopa o entremeses y terminarlo con el café, mas si hubiésemos sido enseñados a comer en forma inversa tendríamos —cuando adultos— la impresión de que era contrario a nuestros gustos proceder así. Del propio modo, empero, como es factible que, bajo la acción de múltiples motivos, nos *deshabituemos* de tales rutinas y adquiramos nuevos modos de reacción ante esas situaciones, así también es factible que, en un momento dado, se rompan las mallas de la red con que nos aprisiona un deber y éste deje de parecernos tal.

Todos los que tienen un poco de experiencia en el trato humano saben cuán fácil es que lleguemos a creer que estamos siendo dueños de nuestro pensamiento y de nuestra conducta cuando, en realidad, ambos no son sino el producto de la asimilación de pensamientos y conductas ajenos: al lado de la imitación voluntaria hay otra involuntaria, que es considerada como “creación” por quien la realiza. Y así, cuando alguien afirma enfáticamente: “yo no obedezco a otros deberes que los que mi propia conciencia me señala” ignora que o está tratando de decir que, en algún aspecto, los desobedeció, o bien está siguiendo líneas de conducta inspiradas en ajenos ejemplos, aun cuando éstos no sean lo que admitimos como modélicos en la moral *ad usum*.

Nuestra copiosa contribución experimental en este campo (v. al respecto nuestro libro de *Psicología Jurídica*, 4ª ed., Buenos Aires, “El Ateneo”, 1954) nos autoriza a afirmar que no hay un índice genérico de moralidad individual, ya que, incluso en quienes devotamente se proponen actuar de acuerdo con la máxima perfección ética imaginable, actúan subconscientemente las funciones de racionalización, autojustificación y autoengaño, que les preparan el punto de mira o enfoque propicio para la satisfacción (directa o retorcida) de las tendencias reaccionales prepotentes en cada instante. Y éstas, a su vez, en cuanto no son comunes al fondo genotípico de la especie, son arquitecturadas y propulsadas por motivaciones exógenas, es decir, situadas fuera del ámbito personal. Lo que no impide que el sujeto las crea auténtica e individualizadamente suyas, o sea, que se juzgue en posesión no sólo de un libre albedrío sino de un libre juicio moral.



## CAPÍTULO XVI

### LOS INGREDIENTES QUE ALIMENTAN AL DEBER

#### El llamado "principio del orden".

Por regla general en nuestra actual sociedad las llamadas "gentes de orden" acostumbran más recordar los deberes ajenos que cumplir los propios, mas ello no obsta para que la tendencia a establecer un orden en la conducta pudiese dejar de ser considerada como una de las fuentes nutricias del deber.

Es propio de toda actividad psíquica —que por definición es sincrética, integradora, unitaria e intencional— la propensión a estructurar todos sus datos elementales en síntesis perceptivas y afectivas que obedecen a ciertas leyes, más discutidas que sabidas por los psicólogos modernos. Una de ellas, enunciada por los adeptos de la "Gestalt Psychologie" (Wertheimer, Köhler, Koffka) es aquella según la cual, incluso en vertebrados inferiores hay la tendencia a organizar los datos sensoriales en configuraciones sencillas y armónicas, de suerte que, por así decirlo, el progreso o evolución del psiquismo se efectúa gracias a la reducción de caóticos complejos a cosmos de relativa sencillez. Una vez más se confirma que la misión de la conciencia intelectual es introducir "claridad y distinción" en lo que es borrosa penumbra.

Pues bien: una vez lograda la estructuración de un material psíquico (perdónesenos la aparente contradicción de este ambo en gracia a su fuerza expresiva) en una forma o configuración que obedece a relaciones sencillas —y por lo general expresables en ritmos y proporciones idénticos a los usados en el mundo de la naturaleza— el animal (pez u hombre, lo mismo da) trata de conservar esa pauta o modelo, canalizando y grabando las imágenes resultantes, gracias a oscuros cambios en la cronaxia de las

sinapsis implicadas en esa actividad. Así, merced a una especial "iteración" se propende a repetir una y otra vez el mismo modo de percibir, sentir o reaccionar ante una situación, se ahorra esfuerzo, se economiza tiempo y se automatiza una buena cantidad de operaciones vitales. Todo eso no es, pues, otra cosa más que un modo de manifestarse, en el campo psíquico, de orden biológico, es decir, lo que podríamos denominar la razón de la naturaleza, cuyos secretos se esfuerza por develar la ciencia.

En virtud de ese principio del orden, cuando las primitivas aglomeraciones humanas se vieron forzadas a convivir y tolerarse (ante la necesidad de compartir refugios, alimentos, etc.), es de suponer que la iteración de sus conductas las hiciese habituales, las erigiéndose en ley (la llamada "ley del hábito") y adquiriese ese orden tal inercia que, con el tiempo, se hiciese compulsivo *per se*, o sea, en ausencia de las coacciones que inicialmente lo determinaron. En eso radica la inmensa fuerza de la tradición en el espíritu de las mentes débiles, que, por desgracia, son la mayoría.

Gentes listas se dieron cuenta, ya en los tiempos prehistóricos, que era preciso fomentar ese principio del orden, erigiéndolo en arcano inmutable de toda la vida social, pues gracias a él ellos conservarían las prebendas y ventajas que tenían. Y es así como, desde los faraones hasta nuestros caudillos tartufescos, las gentes de orden invocan al "pasado milenario" y se esfuerzan en desempolvar reliquias y resucitar nombres mohosos y anacrónicos para asegurarse el *quietismo*, es decir, la iteración resignada, la conservación cómoda y barata de la sumisión de sus vasallos.

Conviene, una vez más, aclarar que cada constelación histórica, cada ciclo cultural, tiene su concepción del mundo y pide a sus integrantes una nueva misión en él. Si el orden se estratifica y no cambia, cuando el tiempo cambia la composición y la posición de lo ordenado, se transforma en *ex-orden* y se hace causa de *des-orden*. Las leyes o normas de la convivencia social habían de cambiar al compás del progreso de los conocimientos humanos. Lo que más aspira a la verdad, que es el saber científico, cambia constantemente sus técnicas y sus opiniones. Así también deberían cambiar las disciplinas normativas del hombre, no sólo en sus concepciones sino en sus aplicaciones, mas solamente lo hacen con dificultad y retraso, porque a ese cambio se oponen las contrafuerzas regresivas de quienes se hallan interesados en la eternización de sus ventajas y conveniencias, sin ver —por miopía mental—

que en definitiva les sería preferible tratar de guiar y encauzar esos cambios.

Mas, volvamos al tema: lo que nos interesa destacar es que el DEBER se alimenta en primer término con la tendencia humana a seguir siempre un mismo camino y a jalonar éste de etapas que han de ser seriada y rigurosamente cumplidas, pues de esta suerte se obvia el esfuerzo creador y se facilita la adaptación al medio y el encauce existencial. A esto podríamos denominar raíz ordinal, iterativa o tradicional del deber.

### El llamado "sentimiento de justicia".

No hay duda de que el DEBER nos aprisiona y obliga en la medida en que lo reputamos justo. Mas, ¿qué es eso de creer que "algo" es justo? ¿En qué consiste ese sentimiento misterioso de "equidad" que nos lleva, a veces, no solamente a aceptar, sino a defender hechos o ideas que nos son particularmente adversos? ¿Por qué un delincuente que durante horas o años huyó de la policía se presenta un buen día, espontáneamente, a ella considerando que es "justo" que lo metan en la cárcel o, inclusive, que lo cuelguen de un palo?

Quien conteste plena y verídicamente a estas preguntas no será un hombre sino un superhombre o, si se quiere, un Dios, pues a la razón humana le ha sido (es y será) vedado penetrar en la incógnita alquimia de las "raisons du coeur" de Pascal. Mas no poder hallar toda la verdad en ese campo no va a impedirnos que tratemos de rasgar alguno de sus velos y a ello vamos:

Si privamos a un animal cualquiera de la satisfacción de una tendencia podemos observar que cuando consigue satisfacerla lo hace en exceso, dando la impresión de que la fuerza de la tendencia había aumentado con su forzada represión. Igualmente, si un bebé es privado de alcanzar cualquier objeto, al lograr contacto con él, muestra una conducta de triunfo y posesión, agarrándolo con mayor fuerza que la que primariamente habría usado, si no hubiese sido trabado en su inicial intento. Del propio modo como, si detenemos el curso de un río, colocando un dique, el día en que la presión del agua rompa este muro de contención, se determinará no ya la reanudación del anterior curso sino el violento desborde e irrupción acuosa, en forma de avasallador torrente, más allá de los cauces normales de su curso.

Todos estos fenómenos ilustran la llamada "ley de la compensación", que rige todos los cursos biológicos y que, también, podría denominarse ley del "contraste".

Pues bien, a nuestro juicio, el sentimiento de justicia no pasa de ser un fenómeno que ilustra, en el plano afectivo, esta misma ley general de las compensaciones y que, en este caso, tiende al restablecimiento —en el curso temporal— del equilibrio de acciones interpersonales que ha sido, en cualquier lugar, instante y modo, por cualquier constelación de motivos, alterado de su curso habitual, desviándose en uno o en otro sentido. Ese sentimiento se revela en forma de malestar, provocado por cuanto creemos tuerce, altera o suprime un curso expectable (esperable) de acontecimientos, suprimiendo así la paz dinámica —la tranquilidad— de nuestra existencia común (creando, primero, sorpresa y luego tensión emocional). Ésta se resolverá en alegría y nos predispondrá a benévolas efusiones si con tal alteración hemos alcanzado, *a posteriori* —o hemos visto alcanzar— algo deseado. O se resolverá en indignación y cólera si las consecuencias, para nosotros —o para todos aquellos que incluyamos en nuestra simpatía—, son temibles. En el primer caso, nuestro "sentimiento de justicia" nos inclina a beneficiar al agente productor de la satisfacción (es decir, a "premiarlo") mientras que, en la segunda alternativa, nos induce a maleficarlo (sancionarlo) haciendo, así, que sobre él recaiga el mismo efecto que produjo o desencadenó.

Por desgracia, esta tendencia "retributiva" del sentimiento de equidad, compensación o justicia es más notable en el polo negativo (de venganza o retribución de males) que en el positivo (de gratitud y retribución de bienes); esa diferencia mide, precisamente, el ámbito de nuestro egoísmo colectivo. Y en cuanto al aspecto "distributivo" del propio sentimiento, es decir, lo que ha dado en llamarse "justicia social", ni que decir tiene que todavía está más polarizado y desviado por nuestro egoísmo. Así, es raro hallar quien tome una posición realmente objetiva y coherente ante este magno problema y sienta su verdadero deber humano. La postura comodona se manifiesta en la adopción de una filosofía cínica, epicúrea o escéptica vehiculada en afirmaciones fataloides, tales como, por ejemplo, ésta: "Hay quien nace con estrella y quien nace estrellado".

El carácter iracundo y antihumano que en el curso histórico ha tomado la noción de justicia —debido a que el derecho ha

sido siempre dictado por los poderosos (en fuerza, dinero, inteligencia, prestigio, audacia, etc.) — ha sido ya destacado por nosotros al ocuparnos del Gigante Rojo y no vamos a insistir sobre él. En cambio, nos falta precisar algo más por qué llegamos a considerar justa la necesidad de cumplir nuestro deber y por qué, asimismo, creemos que en el caso de no cumplirlo merecemos una sanción. Pero esto solamente aparecerá diáfano después de conocer los restantes ingredientes del deber y, especialmente, el siguiente, o sea:

### La tendencia autodestructiva, tánica o catabiótica.

Las más antiguas cosmologías y los más primitivos credos religiosos han concebido la vida como resultante del eterno conflicto entre dos principios antitéticos (Sol-Luna; Dios-Demonio; Bien-Mal; Yan-Yin; Krihna-Schiva; Isis-Osiris). Análogamente, los biólogos consideran que toda vida lleva en su seno la muerte, que no es sino su ineluctable complemento; en multitud de reacciones químicas reversibles los compuestos se crean y desaparecen alternativamente, invirtiéndose de un modo periódico el signo ana o catabólico de los mismos. Y, más recientemente, Freud —con su innegable filia por el paganismo griego— ha concebido la vida del espíritu como resultante de una feroz lucha entre Eros (principio creador, fecundante, vital y amoroso) y Tanos (principio destructor, anulador, mortal y sádicoagresivo).

Esa coincidencia o paralelismo entre concepciones primitivas y modernas, procedentes de puras especulaciones o de rigurosos experimentos, viene confirmada por la simple observación de la conducta humana. “El hombre no muere sino que se mata”, ha dicho Besançon y otro médico de renombre, el Dr. Richet, en su libro *L'homme stupide*, ha coleccionado innumerables pruebas de ese aserto. Existe, pues, en nosotros, una fuerza que nos impulsa a vivir y otra que nos impulsa a retornar a la nada; una energía que nos llevaría a trascendernos hacia el ser (absoluto y eterno) y otra que propende a disolvernos en el no-ser, en el Tao, en el Nirvana, en el reposo eterno. Aquélla se muestra explícita y ruidosa, en tanto ésta trabaja oculta y silenciosa, mostrando apenas su faz en los actos del llamado sadomasoquismo, en las conductas automutiladoras y suicidas.

Si no resistimos a la auténtica soledad, si constantemente huimos de nosotros mismos y procuramos ignorarnos en el trabajo, en la distracción o en el sueño es, precisamente, para no enfrentarnos con el eco de esa energía en nuestra conciencia... de esa energía que nos lleva a pensar que, sin motivo alguno, seríamos capaces de tirarnos al abismo, de buscar el peligro, de hundirnos definitivamente en el misterio de la nada. Y bien: es esa tendencia la que, desde los orígenes del hombre, le ha impuesto penas y sacrificios, daños y sufrimientos que serían fácilmente evitables si ella no actuase constantemente, atrayéndonos hacia su consumación.

Hay casos en los que el análisis psicológico retrospectivo permite demostrar que el goce especial obtenido en la infracción de una norma es motivado por la anticipación de la reacción punitiva que tal falta determinará, dando así ocasión al infractor para satisfacer esa obscura necesidad de sufrir vejámenes, privaciones y penas, creada por la tendencia antibiótica. A ésta cabe también hacer responsable de la serie de supuestas hazañas de infinidad de seudodeportistas que comprometen su salud y su vida estúpidamente para alcanzar metas absurdas e inútiles (tales como, por ejemplo, meterse varias horas en un bloque de hielo, caminar 50 kilómetros de espaldas, tirarse dentro de un barril a las cataratas del Niágara, tragar vidrio y clavos, ascender a un pico inaccesible, etc.). El afán de exhibicionismo y publicidad es apenas un motivo secundario en casi todos estos casos, cuyo verdadero placer está en jugar con su atracción por la muerte, en tanto van cayendo paulatinamente en sus garras.

Y sin llegar a extremos tales, es sin duda esa tendencia la que nos facilita la aceptación sumisa de constricciones, aun cuando éstas sean injustificables y nos llevan a buscar responsabilidades, obligaciones y deberes que no nos han sido impuestos y que tratamos de justificar con nombres tales como "la moda", "la etiqueta", etc.

### La llamada "necesidad de aprobación".

He aquí un cuarto y último ingrediente del que se compone y nutre el icterobilioso DEBER. De un modo más o menos persistente y amplio necesitamos saber que "somos alguien", que "va-

lemos algo"; que "se no estima", es decir, que "contamos" para los demás. Desde muy pequeñitos, cuando hemos realizado alguna acción difícil hemos buscado en nuestro derredor muestras de aprobación y elogio, demostrando con ello que nos interesa causar buen efecto en el pequeño mundillo interpersonal circundante. Luego, esa necesidad de aprobación, ese afán de "prestigio" nos llevará a solidarizarnos con los grupos y entidades cuyo valor juzguemos destacarse en el panorama social, por este o aquel motivo. Y una vez "membrados" a esos grupos trataremos de representarlos como si realmente fuésemos parte substancial de los mismos. Entonces hablamos del "honor" del club, gremio a asociación, al que no podemos mancillar y hemos de defender cual si fuese el propio. El "qué dirán", la censura de la "opinión pública" gravitan sobre una mayoría de los mortales tan sólo en la medida en que su íntima vanidad aspira a que los demás digan algo bueno de ellos —aunque no fuese totalmente exacto—. Y de aquí deriva el prurito en cumplir los deberes públicos, es decir, "cubrir las apariencias", haciendo de un modo visible esa aceptación de las normas de grupo que es condición precisa para merecer su aprobación. Lo cual no impide que, íntimamente, se las critique, se las burle o, cuando menos, se las olvide siempre que ello pueda hacerse impunemente.

### Las retortas.

Esos cuatro ingredientes son vehiculados hacia la intimidad anímica de cada ser humano en formación, vertiéndose en él, continuamente, desde sus retortas respectivas: el *espíritu de orden* emana principalmente de la *lógica racional* e incluso quienes le niegan —como Kant— eficacia para esta composición lo adoptan en su dialéctica y lo obedecen en su conducta. El *sentimiento de justicia* es cuidadosamente guardado en los odres jurídicos y vertido en las grandes retortas *codificadoras*, que destilan desde las cartas magnas nacionales y los reglamentos de la ONU hasta los ignorados compromisos bilaterales, de compraventa de míseros cachivaches o de usufructo de ruidos bienes terrenales. La *tendencia antibiótica* es utilizada pródigamente en la inmensa y multilocular retorta *religiosa*, de donde salen constantemente exhortaciones, con y sin música, para que la humanidad considere

esta vida como puro tránsito y preparación para la muerte y se disponga a fastidiarse lo más posible en ella con el fin de ultravivir mejor en diversos e ilocalizables paraísos. Finalmente, la *necesidad de aprobación* es, por desgracia, estimulada y cultivada por una mayoría inmensa de instituciones, organizaciones y personalidades que afirman ser ideal de la vida humana la adaptación al medio social y a ese fin dirigen sus técnicas *pedagógicas* (¡no paidogógicas!).

## CAPÍTULO XVII

### L A S A R M A S D E L D E B E R

#### **Cómo se estructuran y actúan las mallas de su red.**

Aun hallándose tan diversa y pródigamente nutrido, el DEBER no podría, con frecuencia, oponerse y vencer a sus tres mayores hermanos si no contase con armas que le han sido dadas en el curso de su constante evolución, para reforzar los agujeros que sufrían las mallas de su red y evitar que a su través pudiesen escapar los astutos, los escépticos, los muy pequeños o los muy fuertes.

Esas armas, que constituyen a modo de envolturas protectoras, de refuerzo y seguridad, son de dos tipos: preventivas (de las infracciones) y punitivas. Entre las primeras se encuentran abigarrados conjuntos de “inspectores” “supervisores”, “fiscales”, “controladores”, etc., cuya misión es la constante vigilancia de los actos de cada ciudadano, en relación con la sociedad y el Estado, para intimidarlo y obligarlo al cumplimiento de las normas legales. Entre las segundas se incluyen no menor diversidad de “policías”, “jueces” y “autoridades penales” que se encargan de prender y reprender o castigar a quienes no fueron potencialmente detenidos en su huida del deber y eludieron la acción de vigilancia anterior.

Hay, asimismo, armas mixtas y poderosas, que actúan en la doble vertiente, íntima y pública, encadenando al hombre para hacer de él un verdadero *sujeto*. En esta categoría se incluyen las ejercidas por la presión familiar, social y religiosa. Veamos, en un corte longitudinal, ilustrativo, la acción de esos agentes instrumentales en un caso cualquiera:

Lo que se oyó decir a *Periquito*, cuando tenía un año y medio:  
“No te subas ahí. No toques allá. No te metas esto en la



tos. Tu padre te va a meter de interno en un reformatorio. Ya eres un "hombrecito" y *no debes* dejar que tus compañeros se burlen de ti. Has de ser cariñoso para los pequeños. *Debes* proteger a tus hermanos menores. *Debes* tener paciencia con los débiles... y con los viejos... y con los tontos... y con los superiores".

A los 12 años:

"¿Qué porquerías son esas que has estado haciendo? ¿No sabes que eso es un gran pecado? Que te puedes quedar tonto. Que puedes caer muy enfermo. Eres muy joven para querer saber tanto como los mayores. Ahora ya no eres niño y tienes "responsabilidad". *Debes cumplir con tu DEBER*".

Lo que se oyo decir a *Pedro*, a los 15 años:

"Joven, usted acaba de adquirir nuevos *deberes*. Tiene que observar la disciplina y el reglamento del establecimiento, procurando poner el máximo esfuerzo en su trabajo, no solamente para retribuir los desvelos de su familia, sino para hacerse un alumno digno, un ciudadano honrado, un hombre de provecho, que sea capaz de sacrificarse por la patria".

Y a los 25 años:

"Acaba usted de contraer nuevos compromisos y *deberes* con el matrimonio. De hoy en adelante, *deberá* usted velar por la felicidad de su esposa y de sus futuros hijos, cumpliendo más celosamente, si cabe, sus obligaciones profesionales, sociales, morales y religiosas, pues ya es un HOMBRE, con plena responsabilidad de sus actos".

Lo que se sigue oyendo decir a *Don Pedro*, en cualquier momento de su adultez:

"Precisas cumplir con los amigos: tienes *deberes* de amistad. Piensa en pagar los impuestos; tienes *deberes* para el Estado. No dejes de ir a misa y contribuir al fondo de la obra pía: tienes *deberes* para el Señor. No te vayas de juerga ni llegues tarde; tienes *deberes* para tu mujer. No te quedes en cama ni pongas los pies sobre la silla; no des malos ejemplos a tus hijos; recuerda que tienes *deberes* hacia ellos. *Debes* asistir a la ceremonia de mañana: tiene *deberes* profesionales. No dejes de contribuir a la colecta pública; tienes *deberes* hacia tus conciudadanos...".

¿Qué va, entonces, a decir el *ilustre señor Don Pedro*, cuando —cano, calvo y dispéptico— reúna a sus empleados, descendientes y demás vasallos en derredor de la celebración de bodas de plata o de cualquier otro metal?

“Queridos familiares, dependientes y amigos: sintiendo ya el peso de los años, que me inclinan hacia la tierra que acogerá mis despojos, siento la inmensa felicidad de poder decir que cuando ese instante llegue *no deberé nada a nadie...*”.

Y así es: hay que morir para librarse del DEBER, porque incluso agonizando nos dicen que tenemos el deber de luchar para conservar la vida.

### Cómo actúan los tentáculos del deber.

Con sus recursos propios y con los prestados, el DEBER nos envuelve y estrangula desde todos los posibles ángulos, planos o enfoques de nuestra vida civilizada. Incluso cuando estamos solos, aislados, en una isla desierta, nos dicen los moralistas que tenemos deberes para nosotros mismos, aun sin contar los que los teólogos nos reclaman para Dios.

Afirman los psicólogos que para influir la conducta humana existen, en síntesis, tres procedimientos: *coacción, sugestión y persuasión*. Su eficacia inmediata decrece en ese orden; su eficacia mediata se acrecienta en el mismo. Quiere eso significar, por tanto, que el medio más rápido y seguro, pero menos definitivamente eficaz, de controlar las acciones del hombre es el empleo de la fuerza muscular; el más lento y difícil, pero más perdurable, es el empleo de la razón y el convencimiento; y entre ambos oscila y establece tránsitos compensadores el uso de la simpatía afectiva. Pues bien: el instrumental con que opera ese culto gigante comprende herramientas de las tres clases: coactivas, sugestivas y persuasivas.

La presión “coactiva” se ejerce mediante la frenación y la propulsión mecánicas, en las primeras fases de la niñez; luego, mediante el anuncio verbal de su ineluctable empleo —o si fracasan medios más suaves— durante el resto de la vida. Esa coacción puede extenderse desde la tortura física homicida hasta la mera privación de los medios conducentes a lograr un deseo; en todo caso, adquiere el carácter de una *imposición directa* y su uso y

abuso caracteriza a los regímenes, sociales, familiares o privados, de tipo dictatorial y tiránico.

Más solapados son los tentáculos "sugestivos" de que se vale el deber para llevarnos a su obediencia: entre éstos cuentan, desde las primeras caricias y elogios que nos prodigan en la infancia, hasta todo el sistema de galardones, premios y honores con que nos obsequian en la vida adulta, como tardía (y no siempre justa ni adecuada) compensación a pasados desvelos, luchas y sacrificios. Y no es el menor, entre los cantos que nos embaucan y ligan a él, la sibilina promesa de "pasar a la inmortalidad" con que tantos incautos han tenido suficiente para perder su vida estúpidamente.

Los más recientes, pero también más recios, tentáculos de este anímico reciario son, empero, los de *convencimiento* persuasivo: conseguir que alguien acepte como mejor o única solución justa la de seguir el áspero sendero que conduce a la renuncia de sus deseos y vocaciones, a la castración mental y la autoanulación de su iniciativa individual requiere, evidentemente, habilidad y paciencia dialéctica, mas ambas son poseídas por algunos de los agentes pensores del deber. Estos pueden tomar las más variadas formas y encarnarse en un artículo de revista, en un profesor de ética, en un viejo amigo, en un temido crítico, en un agitador político o en un humilde hombre del pueblo: todos en general y nadie exclusivamente pueden ejercer ese papel tentacular, de lógica apariencia, mas no de real razonamiento, ya que lo cierto es que el auténtico DEBER no puede ser absolutamente basado en un puro razonar y sí, tan sólo en racionalizaciones y afirmaciones basadas en premisas arbitrariamente elegidas, de acuerdo con las finalidades perseguidas en cada instante de la vida.

Y, no obstante, es tal la necesidad que el hombre siente de autojustificar multitud de los actos con que se priva de goces naturalmente permisibles, que cada día propende más a aceptar ser estrangulado por los llamados razonamientos éticos, sin tomar en consideración que éstos, a pesar del gran esfuerzo de Spinoza, no pueden tener validez por sí mismos —y ello explica precisamente esta paradoja—: cuanto más inteligente es una persona, tanto más duda y le cuesta decidirse antes de convencerse de cuál es ese "camino de su deber" ante cualquier conflicto o situación de emergencia; en tanto el hombre mediocre o el desorbitado creen ver con meridiana lucidez la ruta a seguir y las razones que justifican ese seguimiento.

### Estudio especial del remordimiento.

He aquí la última en aparecer pero la más terrible y feroz de las armas del deber; la que utiliza cuando, previamente, apriados en sus mallas, escapamos por algún resquicio y creímos podernos zafar de su opresión. ¿Qué es, a fin de cuentas, el remordimiento, si lo consideramos bajo la luz de la investigación psicológica y lo disecamos con el escalpelo del análisis psicodinámico y experimental? Antes de contestar a esta pregunta vamos a precisar algunos términos que podrían confundirse con él y entre cuya constelación surge y se delimita, nítidamente.

En primer lugar, digamos: el remordimiento no ha de confundirse con la llamada "conciencia de culpa" ni con la "pena" derivada de un daño cometido, ni, tampoco, con la angustia provocada por la expectación del castigo o con la rabia remanente tras la infracción. Un error, menos grosero, pero error al fin y al cabo, es el de creer que el remordimiento es consubstancial del arrepentimiento. Todas esas equivocaciones se explican por la coincidencia probable, en una misma persona, de los factores psíquicos antes mencionados, constituyentes de lo que podríamos denominar la "constelación" afectiva en que se desarrolla comúnmente el remordimiento. Pero éste, en sí mismo, fenoménicamente, no puede confundirse con ellos, como no puede confundirse un cuadro con su marco.

Lo que, en efecto, caracteriza y define el remordimiento es el *retorno periódico e ineluctable —en forma compulsiva y obsesiva— de las escenas y los pensamientos relacionados con la situación moral que parecía haber sido liquidada y que ahora se presenta con todo su vigor problemático, descubriéndose otras posibles y más satisfactorias soluciones de la misma y creándose un terrible sufrimiento, porque a medida que se ven con mayor claridad las fallas de conducta realizadas se percibe también, con mayor nitidez, la imposibilidad de rectificarlas.*

Eso significa que lo esencial del remordimiento es la *discordancia entre un pensamiento que progresa y una acción que se estanca, porque aquél tomó una dirección contraria a la normal, es decir, retrospectiva, en vez de prospectiva, en cuanto a sus datos.* El historiador puede bucear cuanto desee en el pasado sin sentir remordimientos, por la simple razón de que no se propone en

manera alguna actuar sobre él, sino, simplemente, describirlo o interpretarlo. Un sujeto fatalista podría, también, advertir que cometió graves errores o se comportó perversamente en tal o cual situación vital, sin que ello lo hiciese sufrir. Sufre, empero, quien quiere comportarse en el pasado, de acuerdo con sus ganas actuales y tiene así una tendencia que se aboca en un callejón sin salida ("cul de sac") por corresponder a un deseo retardado, a unas ganas que emergen demasiado lejos del momento en que hubieran podido satisfacerse.

Esta aclaración es esencial para deshacer un equivoco también corriente: el de creer que solamente nos remuerden las *malas* acciones cometidas, cuando la verdad es que tanto como ellas nos pueden remorder las buenas que cometimos y que *ahora* no querríamos haber hecho y las malas que *no* hicimos pero que ahora querríamos haber podido hacer. Expresado en términos más crudos: el remordimiento es, hasta cierto punto, indiferente respecto al significado ético de su objeto, pero es, en cambio, siempre positivo respecto al afán de *cambiar lo que ya no puede cambiarse*, originando así una progresiva acumulación del potencial de acción en la intimidad anímica y, consiguientemente, un mal-estar, que generalmente se localiza en la región torácica (y particularmente en el epigastrio): angustia por remordimiento.

—¡Cómo! —dirán algunos lectores—, ¿entonces el remordimiento es indiferente al deber? ¿Por qué, pues, nos han señalado que constituía una de sus más terribles armas? Pues por la misma razón que la pistola es "indiferente" al "gangster" y, no obstante, constituye una de sus más favoritas y peligrosas armas: por la fuerza de la costumbre; tanto, que cuando pensamos en "pistolero" (hombre que lleva una pistola) no nos lo imaginamos como un "pundonoroso oficial" o un cauteloso hacendado sino como un "desalmado" bandido, cuando lo cierto es que *si se hiciesen estadísticas se comprobaría que hay más pistolas vendidas a gentes de "orden" que a profesionales de la delincuencia*.

Del propio modo: si se hiciesen estadísticas, veríamos que se *inician* más remordimientos por las "ocasiones de obtener placer, pérdidas" (las bofetadas que no dimos, las réplicas que ahogamos en la garganta, las juergas que no corrimos, etc.) que por las "ocasiones de engendrar dolor, aprovechadas". Mas los primeros remordimientos acostumbra extinguirse, por la facilidad de hallar su descarga en actos sustitutivos equivalentes: siempre es

posible hacer algo que no se hizo o, por lo menos, algo muy semejante a lo que no se hizo. En cambio, los segundos remordimientos —alimentados por la presión de la llamada “opinión pública”— solamente pueden descargarse, en parte, creando otros daños, tales como la expiación física o mental, mas es difícil que se halle el modo de anular lo que se hizo (ya que, como afirma un viejo refrán, “lo hecho hecho está”). De aquí que podamos ahora comprender que cuando el DEBER se apodere del remordimiento y lo use para su venganza logre obtener de él su máxima eficacia deletérea.

## CAPÍTULO XVIII

### L A S F O R M A S D E L D E B E R

#### El deber de obediencia.

Cronológicamente hablando, ésta es la forma primitiva con que se nos aparece el deber en nuestra infancia: hemos de obedecer, es decir, hemos de cumplir lo más rápida y exactamente posible las órdenes de las personas encargadas de adiestrarnos para la vida civilizada. El llamado acto de obediencia es, pues, un acto de sumisión a ajenas voluntades, que no serán, quizás, más poderosas que la nuestra, mas que tienen a su servicio recursos de fuerzas de los que nosotros carecemos.

Esa obediencia ha de mostrarse en la doble vertiente, de las acciones y de las inhibiciones: hemos de hacer lo que nos mandan y dejar de hacer lo que nos prohíben, con entera prescindencia de si nos gusta o no, de si nos parece bueno o no, por la simple y válida razón de que es mandado o prohibido por aquellos a quienes debemos obedecer, dando así una prueba de sometimiento *ad hominem* y no *ad res*.

Ahora bien: ese deber de obediencia puede ser inyectado —en el proceso mal llamado educativo que es, en realidad, predominantemente *inductivo*— a fuerza de tirones y de golpes, que engendran en nosotros un reflejo condicional negativo ante toda tendencia a la resistencia o rebelión, o puede ser estimulado valiéndose de ejemplos analógicos, que evoquen la tendencia imitativa (tal sería el caso, frecuente, de lograr que el pequeñuelo haga algo o deje de hacer algo mediante el artificio de que previamente los mayores *simulen* hacer o dejar de hacer lo mismo con lo cual se le da falsa idea de que él va a usar el derecho de repetir lo mismo. . . ; de esa suerte el deber se disimula sugestivamente y es cumplido sin lesionar la voluntad de afirmación del ser, siempre

activa en la infancia. Finalmente, cuando esos dos medios anteriores se tornan peligrosos, de difícil empleo o inefectivos, surge el recurso de explicar al pequeñuelo *por qué* debe obedecer, o sea, de intentar persuadirlo de que esa actitud de obediencia está justificada en motivos lógicos y, sobre todo, que quienes se la imponen no lo hacen por capricho o en uso de arbitrarios derechos sino para, a su vez, cumplir los propios deberes (de padres, maestros, etc.). En esa tarea hay que confesar que una inmensa mayoría de adultos tiene bastante menos éxito que en el uso de las técnicas precedentes, y ello no tanto por defecto de comprensión del niño como por defecto de auténtica claridad de pensamiento en ellos, respecto a la fundamentación éticosocial de su actitud.

Mas ese deber de obediencia no es solamente impuesto al niño por el adulto, sino que también lo es al adulto por el Estado; todo habitante de cualquier país civilizado debe obediencia a las leyes vigentes en él, sin que se le dé oportunidad para ignorarlas, objetarlas ni eludir las sin caer en infracción y ser objeto de sanción. Hasta cierto punto podríamos decir que en este aspecto la obediencia a que se obliga el adulto respecto al Estado es aún más servil que la exigida al niño respecto a sus padres o tutores, pues ante éstos puede tratar de conseguir explicaciones, atenuaciones o incluso eximentes que no obtendrá del Estado, ya que —y éste es el democrático ideal propugnado por el hombre moderno— la ley estatal ha de ser igualmente compulsiva para todos.

Sin embargo, un recurso tiene el adulto, del que carece el niño, para librarse de ese deber de obediencia al Estado: puede tratar de cambiar la estructura constitucional del mismo, mediante su intervención en las contiendas electorales, en tanto el pequeñuelo no puede lograr la sustitución de la estructura mental de sus educadores, pues no tiene "voz ni voto" en el asunto, limitándose a ser objeto y víctima de sus efectos.

Ese deber de obediencia es profundamente antipático, no sólo por su aspecto y consecuencias sino, precisamente por el hecho de que es, entre todos, el más precoz y el que más vulnera nuestra espontaneidad y nuestra necesidad de autodeterminación. Cuando debemos obediencia a algo o a alguien —si esa obediencia es absoluta— no podemos proyectar nada ni tener impresión de libertad en momento alguno ya que, en cualquier instante, imprevistamente, podemos vernos sorprendidos por la "orden" que ha de

ser cumplida y con la que no contábamos, en nuestro juego, afán o reposo.

No obstante, y por extraña paradoja, ese deber de obediencia —como agudamente ha señalado Pavlov— es aceptado alegremente por multitud de seres, infrahumanos y humanos, para los cuales resulta más cómodo y fácil “ser vividos” (o servir de asiento y vehículo de ajenas voluntades), que “vivir” y crearse una propia línea de conducta. Estos seres no poseen energía propia y requieren, para animarse, que desde afuera los empujen y los frenen, obviándoles a la vez el trabajo de otear el camino y el temor de equivocarse en su decisión. Solamente así se comprende la facilidad con que prenden actitudes mesiánicas en la humanidad del siglo xx y la necesidad —incluso en los países más cultos— de crear hombres “conductores”, representativos de la primaria autoridad paterna, a quienes se les promete obediencia ciega. Esos hombres (políticos, científicos, filósofos, sacerdotes, artistas, comerciantes, etc.) son convertidos en verdaderos “ídolos” y consiguen determinar el curso de conducta en grandes masas de adeptos quizás más por la necesidad que éstos sentían de ser mandados que por el impulso que aquéllos tenían para mandar.

Y esto es tanto más verosímil cuanto que, a fin de cuentas, tanto constriñe la propia libertad el deber de obediencia como el deber de comando. Quien manda queda fijado y esclavizado en su mando constante tanto como quien obedece: de la propia manera como, en realidad, sufre tanto la presión del golpe la superficie percutora del “golpeante” martillo como la receptora del “golpeado” clavo. ¡Y cuántas veces quien dio un puñetazo se lesionó más su mano que dañó a su rival! Así bien puede decirse que la atadura que liga al obediente y al obedecido se hunde en sus carnes psíquicas, en sus entrañas afectivas y en sus centros voluntarios por igual, de modo que ambos han de ser igualmente compadecidos en su recíproca esclavitud. Quizás por ello, el odio germine en ambos en la misma proporción, ya que ninguno puede *verse libre* del “otro” y ambos se quejan de su suerte con idéntica amargura. No en balde la consigna del hombre alegre, que existe desocupado y libre, es la propia del auténtico anarquista: ni mandar ni obedecer. Pero las pocas personas que hemos conocido y que, sin darse cuenta, han tratado de *obedecer* precisamente a esa fórmula, han sido sus víctimas en mucha mayor medida que las que la aceptaron plenamente en su inverso sentido o en cualquiera de sus positivas mitades.

### El deber de servir a la patria.

Tan pronto como empieza a apagarse el eco del deber de obediencia absoluta a los ascendientes del círculo familiar o a los tutores y "magísteres" que nos rodean en la infancia, entran en acción impersonales entidades, en nombre de las cuales se nos exigen mayores y más difíciles deberes. Una de ellas, que ya empezó a sernos infiltrada al son de charangas y tambores, desfiles y versos, en la escuela primaria, es la patria. Hay que servirla, hay que honrarla y —si es preciso— hay que sacrificarse por ella. Mas, ¿qué es exactamente? Cuando surge, como hace pocos años, una guerra mal llamada civil (habría de llamarse "incivil") en España, se da el caso de que personas aparentemente respetables invocan la misma patria para exigir de los habitantes de uno y otro lado conductas absolutamente antitéticas, imponiéndoles, por así decirlo, deberes opuestos. Basta poner el pie a uno y a otro lado de la línea divisoria —constantemente fluctuante— de los ejércitos en lucha para que una misma persona, unos mismos actos y unas mismas ideas sean ensalzados y glorificados como representativos del máximo servicio o, por el contrario, de la máxima traición. Cuál de las dos mitades encarna la "verdadera" patria es algo que ni el más aguzado ingenio podría afirmar con certeza en cualquier caso de este tipo. Porque la patria es un eufemismo que encubre frecuentemente las más bajas y rapaces intenciones de aventureros audaces, de logreros oportunistas, de ladrones de chistera o de mágicos embaucadores; en tanto, otras simbolizan una concepción geograhicohistórica, otras un haz de afectivos recuerdos, otras, aún, determinado conjunto de valores ideales. Y por ello, ante tal heterogeneidad de contenidos que el mismo vocablo puede aglutinar, sería más prudente pedirnos que sirviésemos *en* la patria que *a* la patria. Y prueba de que son muchos los que así opinan nos la da la circunstancia de que quienes en cada Estado —y éste es otro de los contenidos que puede ser confundido con el de patria— detentan el poder político, llegado el momento de una emergencia bélica no titubean en fusilar a sus propios compatriotas que eluden el honroso deber de morir para su defensa, colocando así al temeroso resto de la mayoría en la obligación de sucumbir —como cobardes o como héroes— con la única variante de la dirección del tiro.

## El deber profesional.

Casi al propio tiempo que aparece en nosotros —vehiculado a través de siglos de historia— el tentáculo patriótico del deber, se nos ciñe, paulatinamente, su garra profesional, entre cuyas mallas, pinzas y eslabones vamos a vivir la mitad del resto de nuestra vida de vigilia, a menos que tengamos la “fortuna” de poder vivir de renta. En realidad, ese deber profesional es algo más que un simple deber de trabajo: es la forzada imposición de un código moral relacionado con los fines y los modos de ese trabajo, que si fuese así cumplido nos elevaría, indudablemente, a la categoría de semidioses o, cuando menos, a la de arcángeles.

Porque, efectivamente, nos afirman los celosos depositarios de la llamada ética profesional que el acto de *pro-fe-sar* (sin el cual no hay *pro-fe-sión* posible) es propiamente de tipo litúrgico y entraña la observancia de un código moral que, a veces, nos es preciso incrustar en nuestra mente con más vigor aún que las reglas técnicas del *ars laborandi* (arte del trabajo) propiamente dicho. Es así como, por ejemplo, se nos habla de un “honor” profesional, por encima de la “competencia” y del “celo” y en contraposición, por lo general, con el beneficio económico del trabajo. Y numerosos gremios (médicos, sacerdotes, militares, etc.) exigen solemnes juramentos de sus asociados y crean severos tribunales deontológicos destinados a vigilar su cumplimiento y sancionar sus olvidos.

Ahora bien: tomando al pie de la letra tales deberes profesionales podríamos llegar al extremo de entrar en inconciliable conflicto con el resto de los deberes (sociales, familiares, religiosos, patrióticos, etc.) y —de hecho— así sucede en multitud de ocasiones. La fuerza constrictiva de las tentaculares redes de este gigante es tal que, a veces, asfixiado y anulado su aprisionado yo, traban lucha entre sí mismas y propenden a interpenetrarse por transfixión, creando, por así decirlo, áreas de vacío o negatividad, imposibles de colmar humanamente: por ello, en la práctica, ocurre que *el DEBER se queda a deber*, es decir, se sobrepasa y trasciende en su propio débito.

Fijémonos cómo actúa la opresión de ese deber profesional en cualquier trabajador; si es humilde albañil, por ejemplo, no podrá por menos de preguntarse a cada instante si sus ojos no le

engañan de la verticalidad del muro que construye y si la falta de esmero en su trabajo no creará más tarde un derrumbamiento que ocasione muertes, de las que sería indirectamente responsable. Y análogo temor puede sentir el vigía de un barco, o el conductor de un tranvía, o el mancebo de la farmacia, o el sereno de un almacén, o el portero de una casa, o el guarda de un paso a nivel, o el instalador de electricidad, etc.; no hay, en efecto, un sólo trabajo en el que un descuido o error no pueda acarrear daños —morales o materiales— a inocentes desconocidos. El cartero que no entrega una carta, o la telefonista que equivoca una comunicación, o el cajista que equivoca un nombre pueden, en efecto, ocasionar males peores que la propia muerte. ¿Y qué decir de los llamados trabajos intelectuales? Pues bien: esa *responsabilidad tremenda*, de no hallarse a la altura de la confianza depositada en nuestra tarea por aquellos que van a servirse de sus resultados, es una de las múltiples formas con que nos constriñe el deber profesional. Mas hay otras que por brevedad no vamos a analizar y que pueden derivar de algo más hondo y radicalmente insoluble: la duda acerca de la eficacia genérica de la profesión en sí misma. Duda tan grave que, según estadísticas de diversos centros vocacionales, una mayoría de profesionales no quiere que sus hijos sigan la misma ruta que ellos y trata de inclinarlos hacia otros trabajos. ¡Cuántas veces entra en conflicto la llamada moral profesional con la moral humana! Y, a nuestro juicio, injustamente, acostumbra ésta ser sacrificada en aras de aquélla; mas no sin dejar en quien así procede un íntimo y penoso sentimiento de permanente y progresivo divorcio con la costumbre tradicional que así exige proceder, invocando el "espíritu de clase", "el compañerismo", la "fraternidad gremial" y otras expresiones semejantes que tan sólo se suelen enunciar cuando se trata de encubrir fallas de cofrades o de ejercer, colectivamente, presiones económicas y pedir reivindicaciones que de un modo individual no serían obtenidas ni, quizás, pedidas.

Otra fuente de preocupaciones y tortura mental —para quien siente su deber profesional de un modo escrupuloso— es la necesidad constante de "poner un precio" a su trabajo. Cuánto vale, en términos de dinero, algo hecho con la vibración de todos los resortes individuales, algo que viene a ser no solamente nuestra "obra" sino una parte de nuestra vida y de nuestro ser... es difícil de aquilatar con justicia. Y, no obstante, es preciso hacerlo

hasta tanto el organismo social no funcione (y creemos que nunca llegará a hacerlo íntegramente) de acuerdo con la utópica pero sugestiva y bella, racional y justa fórmula: a cada cual según sus necesidades: de cada cual según sus posibilidades. (¿Quién, empero, será capaz de definir hasta dónde llegan esas necesidades y posibilidades individuales, si aquéllas son variables y éstas son ignotas?).

### El deber sexual.

La ingente fuerza de los impulsos sexuales no tiene traba alguna en el mundo animal y en ciertas organizaciones humanas primitivas, mas en nuestra sociedad civilizada se enfrenta con enorme cantidad de restricciones, barreras y obstáculos, condensados en el código de la moral sexual, que es, sin duda, el más variado, complicado, sancionado y burlado de todos los códigos, mas que —también—, si de una parte sufre los influjos de las circunstancias económicas y culturales de la época y lugar, de la otra influye enormemente sobre el modo de vivir y de sufrir de quienes en ella existen.

Resulta un tanto paradójico para el profano, aunque se explica científicamente por la famosa ley del todo o nada que rige la vida primitiva, el hecho de que coetáneamente se dan, en los albores de la historia de la civilización, grupos humanos que viven aún en plena y absoluta libertad y otros que ya se hallan encadenados a numerosos y terribles “tabús” (prohibiciones) sexuales.

Para no alargar excesivamente la consideración del carácter artificial y arbitrario del deber sexual nos limitaremos a estudiarlo en relación con su normativa actual y, especialmente, con la imperante en el llamado Mundo Occidental.

Tres son los factores fundamentales responsables de que los dispositivos funcionales más excelsos, destinados a asegurar la pervivencia del ser humano en el planeta, se conviertan en fuente de tortura y sufrimiento para él. En primer lugar, la herencia del tabú sexual impuesto por los Evangelios: desprecio a la carne y a la mujer. Inclusive la animosa figura de Cristo, mientras es concebida desde un enfoque puramente religioso, se nos aparece como fundamentalmente enemiga no ya del placer sino, inclu-

sive, de la actividad sexual, y por ello aconseja la total renuncia a ella a sus doce masculinos discípulos, aunque su Padre hubiese formulado antes el famoso "creced y multiplicaos". Esta actitud es aumentada en el ginandrofóbico San Pablo y conservada celosamente por el catolicismo, que ve en el instinto sexual una "fuente de pecados", en vez de considerarlo como un manantial de vida.

En segundo lugar, la organización políticojurídica de la sociedad, que solamente autoriza el uso de la función sexual mediante el previo cumplimiento del "acta" matrimonial, que implica, a su vez, la posesión de recursos económicos y derechos civiles alcanzado apenas por una minoría de quienes sienten la "necesidad" de ese uso.

Y, en tercer término, la combinación de las dos fuerzas coercitivas anteriores (religiosa y económica), que nos obliga a satisfacer el impulso sexual con el mismo cónyuge, toda la vida, aun cuando se torne éste indiferente, repulsivo o intolerable. Es así como se "encadena" la raíz fisiológica del amor y se engendra una disociación entre los deseos y deberes sexuales; disociación que lleva a una mayoría del género humano civilizado al sufrimiento y la pena, tanto si resuelve seguir la senda del abstencionismo como si se lanza por el camino de la hipócrita o descarada poligamia.

Se dirá que en los países avanzados se ha establecido el "divorcio" como solución a ese conflicto. Mas lo cierto es que el número de casos en que el divorcio puede realizarse con todos los requisitos legales es muy inferior al de los que permanecen en conflicto y sin solución honesta y benéfica.

Además, los sufrimientos impuestos por el deber sexual, aun en nuestros días, no derivan solamente de las limitaciones y trabas con que lucha la satisfacción sexual *normal*, sino del hecho de que —por precoces y absurdos errores educativos— cada día aumenta el número de personas que adquieren "desviaciones" de su afán sexual y resultan incapaces, llegado el momento en que les sería tolerado, de lograr aquella satisfacción.

Basta echar una ojeada a la producción artística contemporánea y a la organización de los hábitos sociales más espectaculares y aparentes para ver cómo una y otra se hallan teñidas por el apenas reprimido impulso de permitir una liberación de las cargas libidinosas insatisfechas. Pero, aun contando con esos y otros recursos, el hombre y la mujer modernos viven en constante

frustración de sus deseos sexuales más violentos, con la única excepción de tan escasos y felices pares o parejas que éstas sirven para confirmar la regla.

### El deber de discriminar y cumplir el deber.

Sin agotar las formas con que atenaza al hombre éste su más reciente y ambicioso gigante anímico, vamos a estudiar otra —de índole reflexiva— que es completamente semejante a la ya usada por sus hermanos, pero con menor provecho para ellos (el “miedo al miedo”, la “ira de la ira” y el “amor al amor” son, en efecto, estados anímicos que producen menor conmoción y sufrimiento que éste del “deber al deber”). En efecto: aceptado por el sujeto el deber, como norma y guía de su conducta, fáltale saber cuál es su línea en cada emergencia. *¿Qué debo hacer?*, se pregunta angustiado el Yo en casi cada instante, sin poderse contestar *debidamente*, porque las rutas de posible acción son múltiples y cada una puede obedecer a diversas consignas conflictivas. Así, por ejemplo, aceptado el deber de obediencia a sus padres, ¿a quién debe más obediencia, al padre o la madre?; si éstos le piden actos inconciliables, ¿a cuál dará la preferencia? Aceptado el deber de servir a la patria, ¿a cuál de las directrices de sus diversos representantes tiene que adscribirse, cuando todos invocan su nombre para pedir, también, conductas diversas u opuestas? Y queriendo seguir el deber profesional hasta el límite: ¿cómo hallar la acción justa ante los numerosos casos en que ésta resulta “a matter of opinion”, hasta para los más sabihondos de su corifeos? Y tratando de seguir su deber sexual, cuando se es querido sin querer, por ejemplo, ¿cuál ha de ser la conducta si quien nos quiere amenaza con el suicidio? Ciertamente, a veces resulta más penosa la búsqueda del deber que su cumplimiento, y a veces hace sufrir más la idea de haberse equivocado en la interpretación que haber fallado en la adopción de una ley.

Por esto son legión los seres humanos que deambulan en busca de consejo, de guía y de orientación ética, para así zafarse de la molestia de afrontar por sí mismos sus responsabilidades. Y por esto, también, las religiones que cultivan la confesión están llamadas a gozar de mayor éxito y popularidad que aquellas que dejan solo al hombre ante Dios o ante su conciencia.

Mas aquellos cínicos, engreídos o desalmados (sería mejor llamarlos "anéticos") que pretenden vivir "contra" la sociedad, imponiendo en ella la anarquía de la selva primitiva, tampoco se ven libres más que en la medida en que carezcan de inteligencia y de capacidad introspectiva, pues se autoadjudican el "deber de hacer lo que les viene en gana". Y esta nueva forma de esclavizarse a lo más bajo de sí mismos les impone no sólo constantes preocupaciones para escoger *entre sus ganas* sino para hallar los medios de satisfacerlas y de poder *seguirlas obedeciendo*, en lucha contra la creciente presión contraria de su ambiente. Así vemos cómo el protagonista de *Crimen y Castigo*, la famosa novela de Dostoievski, a pesar de no tener escrúpulos y hallarse, fría y premeditadamente, dispuesto a realizar su crimen, por creer que tenía derecho a hacerlo, se ve impelido a arriesgar su obra —de la cual no se aprovecha— y carece de un instante de sosiego hasta que comienza la expiación de su delito. En este aspecto, si desde el punto de vista psiquiátrico Raskolnikoff nos resulta inexplicable, desde el enfoque puramente psicológico su conducta es diáfana y coherente (quizás en contraposición con el propósito de su genial creador).

## CAPÍTULO XIX

### PROS Y CONTRAS DEL DEBER

#### ¿Cuál es la real misión del deber?

Son bastantes los sociólogos que postulan la necesidad de aceptar al deber como uno de los pilares fundamentales de la vida civilizada. Sin ley no hay orden social —nos dicen— y sin sanción no hay ley que sea válida. En tal caso, es preferible que la sanción se haga interna y adquiera valor preventivo, a que sea puramente externa y sólo tenga un valor punitivo o, en el mejor de los casos, compensatorio. De tal modo, la misión del DEBER sería la de asentar, por encima del libre juego de los impulsos y tendencias de reacción primarios, esencialmente manejados por los tres gigantes naturales que hemos descrito, un control y una dirección que se orientarían de acuerdo con normas que la razón y la necesidad crean al hombre, en cada tiempo y lugar, para poder conciliar sus deseos y los de los demás. Expresado de otro modo: el DEBER (delimitando al derecho) sería el regulador que permitiría una adecuada distribución de las libertades individuales, en beneficio de la colectividad humana que lo postula y adopta.

Así concebido, el deber adquiere una significación *benéfica* y se nos presenta bajo una faz lógica y simpática, justa y razonable.

La misión de los educadores consistiría en conseguir que todos lo hallásemos simpático y lo amásemos, en vez de odiarlo o temerlo. ¿Por qué, empero, a través de los tiempos, ha sido preciso no sólo conservar sino aumentar el aparato ortopédico que lo mantiene y le permite asestarnos sus feroces golpes? ¿Por qué tratamos de huir ante él, de rebelarnos o de engañarle astutamente? La respuesta ha sido ya avanzada en anteriores páginas, aun cuando ahora es preciso darla con mayor claridad: porque

quienes han dictado las normas del DEBER y se obstinan en hacé-noslas cumplir han ignorado casi siempre cuáles eran los límites y las posibilidades de nuestro ser y *nos han pedido siempre más de lo que naturalmente podíamos llegar a cumplir*. Han creído que era útil exagerar las obligaciones, para contrabalancear la opuesta acción de nuestras primarias devociones... y al desorbitar y acrecentar artificialmente ese deber *lo han dirigido contra el hombre a quien iba a servir*.

### Efectos perniciosos de la pseudohipertrofia ética.

Olvidando la sabia máxima inscrita en el Templo de Delfos ("De nada en exceso"), legisladores, gobernantes, abogados, moralistas, papas y papás, inductores, jefes y directores de todos los tiempos se han lanzado a la tarea de agriarnos la existencia con órdenes, prohibiciones, amenazas, códigos, reglamentos, decretos, leyes, edictos y demás medios de coerción moral, que han, por así decirlo, degradado y prostituido en sus exagerados alambicamientos la auténtica misión del deber, logrando con ello que éste se nos presentase con su faz antipática, molesta, angustiante y malévol. Romain Rolland pone en la mente de su Jean-Cristophe estas magníficas reflexiones (*L'Adolescent*, pág. 177 y siguiente) que lo acreditan como un profundo observador y psicólogo.

"C'est profaner le nom du devoir, que l'appliquer a tout, aux plus niaises corvées, aux actes indifférents, avec une rigueur raide qui finit par assombrir et empoisonner la vie. Le devoir est exceptionnel: il faut le réserver pour les moments de réel sacrifice, et ne pas couvrir de ce nom sa propre mauvaise humeur et le désir qu'on a d'être désagréable aux autres. Il n'y a pas de raison, parce qu'on a la sottise ou la disgrâce d'être triste, pour vouloir que tous le soient, et pour imposer a tous son régime d'infirme. La première des vertus, c'est la joie. Il faut que la vertu ait la mine heureuse, libre, sans contrainte. Il faut que celui qui fait le bien fasse plaisir a lui-même. Mais ce prétendu devoir perpétuel, cette tyrannie de maitre d'école, ce ton criard, ces discussions oiseuses, cet ergotage aigre et puéril, ce manque de grace, cette vie dépouillée de tout charme, de toute politesse, de tout silence, ce pessimisme mesquin, qui ne laisse rien perdre de ce qui peut rendre l'existence plus pauvre qu'elle n'est, cette intel-

ligence orgueilleuse, qui trouve plus facile de mépriser les autres, que de les comprendre, toute cette morale bourgeoise, sans grandeur, sans bonheur, sans beauté, sont odieux et malfaisants: ils font paraître le vice plus humain que la vertu".

Los efectos de tal aberración han sido los de aguzar el humano ingenio en la hipocresía: quién más, quién menos, se preocupa tan sólo de "cubrir las apariencias", de "estar bien con quienes mandan" y de eludir responsabilidades. Cuando en algo se siente culpable y no puede conciliar el sueño, trata de zafarse de tal molestia obedeciendo la tendencia que en ese instante le mortifica y que se descarga en una confesión o rectificación momentánea de conducta. Mas después, una vez conseguido el equilibrio de su presupuesto ético, prosigue su vida como el comerciante (con el clásico "borrón y cuenta nueva").

De bien poco sirve entonces apretar las mallas del deber y dotarlo de más poderosas armas represivas (hoy, por ejemplo, la policía cuenta ya con tanques, lanzallamas, gases y demás piezas del atuendo bélico moderno) pues del propio modo que "quien hizo la ley hizo la trampa", también quien "exagera el deber exagera su deber", es decir, aumenta el margen de lo incumplido. Y se da el caso, en pleno siglo xx, que en un país esencialmente civilizado de acuerdo con los principios del conservadorismo, el catolicismo tradicional y el capitalismo democrático impere, como principal norma de vida, el cínico, pragmático y descorazonante aserto: "El vivo vive del zonzo"; en otro se proclama que "el tiempo es oro" (Time is money) y en un tercero se escribe: "la vie, c'est une comédie". Con todo ello viene a confirmarse que se ha establecido un trágico paralelismo entre el aumento de las fuerzas represoras de la naturaleza humana y el aumento de los recursos con que ésta las burla.

Y ha llegado el momento en que el *Homo hominis lupus* —justificado por supuestas normas defensivas de no menos supuestos "deberes internacionales"— intenta el uso de bombas atómicas capaces de violar en la máxima escala el más primario de los mandamientos sociales (No matarás). Así se cumpliría la cruel paradoja de la autodestrucción del hombre para asegurar la pervivencia de uno de sus regímenes de organización vital. Y por ello se trata, desde ahora, de justificar con el DEBER de velar por la felicidad humana, *deber que siempre siente crecer en sí el Estado que se juzga mejor equipado para el combate.*

## El deber y la ética.

Desde Platón a nuestros días son muchas las mentes esclarecidas que han intentado una fundamentación del DEBER como categoría independiente de las circunstancias histórico-sociales, adscribiéndolo directamente al valor ético más puro. El auténtico deber del hombre sería, según ellos, comportarse en cada instante del modo como *produjese el mayor bien al mayor número de sus semejantes*. ¿Cuál es ese bien? Ellos responden: el *supremo* bien. ¿Cuál es ese supremo bien? Aquí empiezan las discusiones: para unos, sin temor a incurrir en una *petitio principii*, es... la bondad (!); para otros es la belleza; para otros la justicia; para otros la utilidad; para otros, la vida misma (su fórmula: vive y ayuda a vivir); no falta quien afirme que es la piedad ni quien sustente que es la paz (Nirvana). En suma, hay divergencias notables entre los grandes filósofos y el llamado "problema de los valores" está lejos de ser resuelto, aunque parece que en su actual mayoría retornan a un punto de vista franciscano y místico admitiendo que el supremo bien es el amor. Deambular por el mundo en una actitud amorosa, procurando crear alegrías y fomentar, modestamente, un espíritu de simpatía, fraternidad y perfección sería entonces nuestro auténtico deber. Más ello equivale a invertir totalmente los términos en que se halla hoy planteada la ecuación moral: *¡en vez de querer hacernos amar al deber habría que proclamar el DEBER DE AMAR a todo lo existente!*

## La ética y la psiquiatría.

Bien cerca de ese enfoque parece hallarse hoy la psiquiatría, puesto que varios de sus más destacados cultores teóricos (Binswanger, Freud, Jung y recientemente Chisholm) han formulado la necesidad de hacer una revisión de los métodos educativos, destinada a disminuir la violencia de los conflictos intrapsíquicos, producidos por las luchas entre los tres gigantes naturales y el gigante históricocultural (que nos hace sus esclavos, bajo el pretexto de libranos). Así Chisholm se declara partidario de no emplear más en la infancia las palabras "bueno" y "malo", de las que deriva secundariamente el primer intento de justificación del DEBER.

Los educadores modernos, por su parte, reclaman menos *actoridad* y más *autoridad* pedagógica en los padres para que puedan lograr la habituación de sus hijos a las normas de la moral vigente, sin necesidad de hacer de ellos ovejas ni zorros; con lo que se evitaría la pululación de lobos humanos.

Nada tiene de particular que, a fin de cuentas, coincidan los enfoques de la psiquiatría y la pedagogía, ya que ambas disciplinas tienen cada vez mayores puntos de contacto. Mas, asimismo, también se observa una coincidencia entre los representantes modernos de otro par de disciplinas que parecían hallarse alejadas de esta concepción: el derecho y la criminología.

### El deber y el derecho.

Uno de los pensadores más lúcidos en materia de derecho penal moderno, el profesor Sebastián Soler, en su magnífico libro: *Ley, Historia y Libertad*, adopta un criterio que juzgamos casi coincidente con el nuevo humanismo que estamos describiendo: derecho y deber son las dos vertientes de la montaña en cuya cúspide vive la libertad: cualquier desequilibrio en su simétrica proporcionalidad ha de traducirse en fricción y en amenaza de desmoronamiento. Tan perniciosa resulta la ausencia de deberes o infinidad de derechos —que conduce a la anarquía— como la ausencia de derechos e infinidad de deberes —que conduce a la tiranía—. Los extremos se tocan y confunden, pues la anarquía conduce inevitablemente a la tiranía y viceversa. De aquí que no sea posible imaginar una paz y una estabilidad sociales sin el juego compensatorio y equitativo de ese nudo categorial trinitario. El derecho regula tanto el uso de la libertad como el deber, ya que la limita igualmente y la asegura dentro de su zona; a fin de cuentas, nos hemos de mover casi tan cautamente en el campo de nuestros derechos como en el de nuestros deberes, pues si abusamos o desfiguramos los primeros entramos en la zona prohibida, en tanto que mientras nos mantenemos en el cumplimiento de los segundos nos sentimos protegidos por el que podríamos denominar máximo e indiscutible derecho (el derecho de asegurar el cumplimiento de nuestro deber); esto es tan válido que muy frecuentemente usamos como máximo argumento justificativo de algún acto nuestro, impugnado, esta frase lapidaria: “lo hago en

cumplimiento de un deber". Y, de otra parte, existe una tendencia a transformar en deberes morales los que son derechos legales, en nuestra democracia. Así sucede, por ejemplo, con el llamado "derecho de voto", que empieza a ser convertido en deber, ya que su inuso es criticado y hasta sancionado en varios países. De esta suerte, junto al derecho de cumplir con nuestros deberes se alza el deber de cumplir nuestros derechos y se cierra el círculo de nuestras libertades alrededor de una zona de tolerancia, neutra e indiferente, que representa lo que podríamos denominar nuestra vida íntima, a modo de recinto intrapsíquico limitado por nuestra propia piel.

### El deber y la criminología.

En la reciente evolución de la criminología se pone asimismo de manifiesto el viraje que se está produciendo en nuestras concepciones acerca del deber. Hasta hace pocos años el crimen era penado con la ley del talión: la sociedad devolvía al criminal el mismo daño que éste le había causado. Ahora, empero, ante la participación de cada hombre civilizado en la conciencia social universal, cada uno de nosotros ve en ese criminal un producto de errores, imprevisiones y faltas sociales y empieza a creer —como afirmaba nuestro Dorado Montero— que en el banquillo de los acusados habría de sentarse la sociedad y no el criminal. De aquí que aquélla se considere obligada respecto a él y dedique su esfuerzo a reformarlo, reeducarlo y reintegrarlo a su seno, si bien toma las precauciones necesarias para que el proceso de esa reforma no se malogre por esa reincidencia de los factores que llevaron a la comisión del crimen. La doctrina de la defensa social, que hasta hace pocos años parecía constituir la máxima novedad, es ahora, apenas, un elemento secundario: no solamente para proteger a los demás contra él sino para proteger a él contra los demás, o sea, para facilitar el mejor empleo de la terapéutica y evitar la incidencia de nuevos agentes dañinos en su campo de acción.

## El futuro del deber.

¿Cuál será la suerte que el porvenir reserva al más joven de nuestros cuatro personajes? ¿Llegará el día en que el hombre podrá tener en verdad ese *libre albedrío* que tanto defienden los partidarios del voluntarismo y el espiritualismo? ¿Retornaremos, por el contrario, a condiciones de mayor hedonismo y naturalidad vital? ¿En dónde radica el progreso moral de la humanidad: en aumentar o en disminuir sus constricciones?

No tenemos pretensiones de filosofar ni pujos de profeta, pero ello no impide que podamos echar nuestro cuarto a espadas en materia de tanta enjundia. Y lo hacemos de acuerdo con nuestro modo de ser, que es radicalmente optimista, aunque no bobamente optimista: la conquista de la paz, de la felicidad y de la libertad humanas se hace con lentitud y alternativas pero avanza inexorablemente en la historia. Los miedos, los resentimientos, las frustraciones y los disgustos de muchas gentes serán disminuidos en la medida en que la psicología —el *nosce te ipsum*— penetre en ellas y adquieran una visión más objetiva y serena de lo que son, de lo que pueden llegar a ser y de cómo han de proceder para esculpir en su bloque temperamental el mejor carácter lograble con los recursos que tengan a su disposición: Cuando de un modo racional y amoroso impregnado del famoso *intellecto d'amore* spinoziano) se llega a una planificación de la vida, en forma tal que se obtenga un buen rendimiento de nuestras posibilidades, en función de las circunstancias actuantes sobre ellas, desaparecen en gran parte las angustias del miedo, los zarpazos del rencor y las imposiciones avasalladoras del amor, desarrollándose la actividad del yo en forma armónica y serena. Entonces apenas si hay distinción entre el trabajo y el juego, entre el deber y el placer, entre la pasión y la razón (porque la razón es sentida como pasión y ésta, a su vez, es percibida racionalmente): las coordenadas de la vida mental convergen sin mayor esfuerzo hacia una síntesis, dúctil, fluida, ágil, eficiente y sana. Y nos comportamos correctamente, no porque *debamos* hacerlo así, no porque esperemos con ello el buen rédito celeste, o la aprobación social o satisfacer una íntima vanidad, o seguir la línea marcada por nuestros superiores, sino, pura y simplemente, porque esa correcta conducta surge espontáneamente —sin

sacrificio ni esfuerzo— como resultado de un previo planteamiento correcto de nuestros fines y medios vitales.

¿Cuánto se tardará en lograr que la absoluta mayoría de los habitantes de nuestro planeta alcance ese nivel de maduración mental que acabamos de mencionar? No lo sabemos y es posible que sea aún más de lo que se tardó en conseguir su nivel actual, pero —a no dudar— llegará algún día el superhombre, así como llegó el hombre. Y el superhombre no renegará de su origen animal, ni seguirá empecinado en aparentar lo que no es; pero sabrá reducir las distancias entre sus ensueños ideales y sus realizaciones prácticas. Ese día, del dicho al hecho ya no habrá un gran trecho; de lo prometido a lo cumplido apenas mediará distancia axiológica; la coacción del grupo será imperceptible; la competición se habrá transformado en cooperación; no habrá lucha *para la vida* sino *emulación* en la vida; no se aspirará a ser rico, ni famoso, ni poderoso, ni genial, ni santo... se aspirará a hacer de la propia vida una obra armónica —que por serlo será justa y bella— en relación con la gran vida universal, de la que nosotros somos, apenas, instantáneos e ínfimos momentos.

Mientras ese día no llegue y hayamos de bregar no solamente contra nuestros gigantes sino contra los del prójimo, dos advertencias me parecen buenas para seguir adelante o, por lo menos, no retroceder: “Cuando nos declaramos definitivamente satisfechos, empieza nuestra declinación”. “Cuando tratamos de retener una satisfacción o un bien que se desvanece por ley natural, empieza nuestra degradación”. Y para quien después de leer estas páginas todavía se preocupe en saber qué es lo bueno y lo que *debe* hacerse, le recordamos la aguda afirmación de Whitman: “Whatever, tastes sweet to the most perfect person this is finally right. (Lo que gusta a la persona más perfecta es, definitivamente, justo).

# INDICE

	<u>Pág.</u>
A GUISA DE ENFOQUE .....	7

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL MIEDO

Sus orígenes en la escala biológica .....	13
Sus orígenes en la vida individual humana .....	15
Presencia del miedo en el neonato .....	16
Cómo crece el Gigante Negro .....	18
Análisis de la "doble alimentación" del miedo .....	20
La imaginación, poderosa aliada del miedo humano .....	21

## CAPÍTULO II

### LAS MOTIVACIONES DEL MIEDO

Previa distinción entre causa y motivo .....	25
Motivos por carencia .....	26
Motivos por insuficiencia .....	27
Motivos conflictivos .....	28
Estímulos, objetos o "agentes" del miedo .....	30
<i>El dolor</i> .....	30
<i>La pena</i> .....	32
<i>La muerte</i> .....	33
<i>Las enfermedades</i> .....	35
<i>La soledad</i> .....	35
<i>La vida</i> .....	36
<i>Los instintos</i> .....	36
<i>La guerra</i> .....	37
<i>La revolución</i> .....	38
<i>Cataclismos naturales</i> .....	38

## CAPÍTULO III

## FORMAS Y GRADOS DE INVASIÓN DEL MIEDO

	<u>Pág.</u>
El miedo instintivoorgánico .....	41
El miedo racionalensato .....	43
El miedo imaginativoinsensato .....	44
Fases progresivas del ciclo emocional del miedo .....	45

## CAPÍTULO IV

## "CAMOUFLAGES" Y MÁSCARAS DEL MIEDO

Disfraces más comunes del Gigante Negro .....	53
<i>Timidez</i> .....	53
<i>Escrupulosidad</i> .....	54
<i>Pesimismo</i> .....	55
<i>Escepticismo</i> .....	55
Máscaras menos comunes .....	56
<i>El aburrimiento</i> .....	56
<i>La vanidad</i> .....	57
<i>La hipocresía</i> .....	58
<i>La mentira</i> .....	59

## CAPÍTULO V

## LOS MIEDOS PATOLÓGICOS: FOBIAS

¿Qué es una fobia? .....	61
Diversas clases de fobias .....	63
Diversos mecanismos de formación (patogénica) de las fobias .....	67

## CAPÍTULO VI

## LA LUCHA CONTRA EL MIEDO

Etapas a recorrer en el dominio del Gigante Negro .....	71
Miedo individual y miedo colectivo .....	73
La lucha contra la "raíz orgánica" del miedo .....	74
La lucha contra las "raíces psíquicas" del miedo .....	75
Fijación de la misión del ser .....	77
Necesidad del apoyo propulsivo .....	78

CAPÍTULO VII

LA IRA

	<u>Pág.</u>
Génesis del Gigante Rojo .....	81
Antecedentes biológicos de la ira .....	82
La irritabilidad celular .....	82
La agresividad animal .....	83
La ambición humana .....	84
La chispa de la ira es la conciencia o la amenaza del fracaso .....	85
Combinación de los ingredientes en el recién nacido humano .....	85
<i>Evolución del Gigante Rojo: fases, grados y variantes de la ira</i> ....	87
La ira bermeja, la cólera verde y el pálido encono .....	87
Los diversos grados de intensidad de la ira: pulsión versus pasión iracunda.	90
<i>Las formas de "camouflage" del Gigante Rojo</i> .....	92
El llamado impulso reivindicativo (sed de justicia) .....	92
La crítica .....	95
La ironía .....	96
El "humorismo" .....	97
La soberbia .....	98

CAPÍTULO VIII

ESTUDIO ESPECIAL DEL ODIO

<i>La cólera en conserva</i> .....	101
<i>Los odios religiosos</i> .....	103
<i>Los odios raciales</i> .....	106
<i>Los odios políticos</i> .....	107
<i>Los odios profesionales</i> .....	110
<i>Los odios familiares</i> .....	113

CAPÍTULO IX

CATAMNESIS DE LOS ODIOS

<i>El desprecio</i> .....	117
<i>La venganza</i> .....	118
<i>El resentimiento</i> .....	119

	Pág.
<i>El perdón conciliatorio</i> .....	119
<i>Cómo domesticar la ira</i> .....	121
El proceso natural de dilución y metamorfosis de la ira .....	122
<i>La lucha contra el mal humor</i> .....	124
<i>Sujeto "versus" objeto</i> .....	126
<i>Corolario práctico</i> .....	127

## CAPÍTULO X

## EL AMOR

<i>¿Qué es el amor?</i> .....	129
Limitaciones previas .....	129
La raíz metabólica del amor .....	130
La gran paradoja biológica del amor .....	132
La raíz tánica y nihilista del amor .....	133
La raíz agresiva, posesiva e imperialista del amor .....	135
La raíz genital del amor .....	137
La raíz érgica, creadora o fáustica del amor .....	139

## CAPÍTULO XI

## LAS "FASES" DEL AMOR

La fase de iluminación .....	143
La fase de ilusionismo y duda .....	146
La fase de insinuación y exploración .....	147
La fase de correspondencia y la vivencia del "eco" .....	150
La fase de fusión y simbiosis .....	152
La fase de elevación y creación .....	154

## CAPÍTULO XII

## LOS TIPOS DEL AMOR

Conveniencia de una clasificación de los amores .....	157
Amores puros e impuros .....	157
Amores "pasajeros" y "duraderos" .....	158
Amores ególicas y generosos .....	158
La base de clasificación psiquiátrica .....	159
Los amores monocordes de algunos normales .....	161
Algunos ejemplos de amores bifásicos .....	166

	Pág.
El amor a tres tiempos: atracción (genital), pugna (celosa) y aversión (agresiva) .....	167
Cursos terminales, habituales, del proceso amoroso .....	168

CAPÍTULO XIII

**LAS LISIS Y LAS CRISIS AMOROSAS**

Lisis por sublimación .....	171
Lisis por degradación .....	172
Lisis por desinterés y abandono .....	173
Lisis discordantes .....	173
Las "crisis" amorosas propiamente dichas .....	179

CAPÍTULO XIV

**EL "DEMONIO" DE LOS CELOS**

Análisis estructural de las vivencias celosas .....	184
El "shock" o "trauma" inicial .....	185
Creencia o convicción celosa .....	185
Las conductas celosas .....	186
La lucha contra los celos .....	189

CAPÍTULO XV

**EL DEBER**

<i>Ese extraño gigante incoloro</i> .....	193
El recitativo .....	194
Los orígenes del deber .....	194
Etapas evolutivas del ser al deber ser .....	196
La "introyección compulsiva", fase esencial en la psicogénesis del deber ...	199
La formación de la "conciencia ética" y la noción del super-yo .....	201

CAPÍTULO XVI

**LOS INGREDIENTES QUE ALIMENTAN AL DEBER**

El llamado "principio del orden" .....	205
El llamado "sentimiento de justicia" .....	207

	Pág.
La tendencia autodestructiva, tánica o catabiótica .....	209
La llamada "necesidad de aprobación" .....	210
Las retortas .....	211

## CAPÍTULO XVII

## LAS ARMAS DEL DEBER

Cómo se estructuran y actúan las mallas de su red .....	213
Cómo actúan los tentáculos del deber .....	216
Estudio especial del remordimiento .....	218

## CAPÍTULO XVIII

## LAS FORMAS DEL DEBER

El deber de obediencia .....	221
El deber de servir a la patria .....	224
El deber profesional .....	225
El deber sexual .....	227
El deber de discriminar y cumplir el deber .....	229

## PROS Y CONTRAS DEL DEBER

¿Cuál es la real misión del deber? .....	231
Efectos perniciosos de la pseudohipertrofia ética .....	232
El deber y la ética .....	234
La ética y la psiquiatría .....	234
El deber y el derecho .....	235
El deber y la criminología .....	236
El futuro del deber .....	237

## CUATRO GIGANTES DEL ALMA

### EL MIEDO • LA IRA • EL AMOR • EL DEBER

La agudeza del examen de las cuatro fundamentales pasiones humanas: el miedo, la ira, el amor y el deber, a las que el autor de esta obra llamó con sobrada razón "Los cuatro gigantes del alma", demuestra la importancia del análisis que se les dedica en el presente libro.

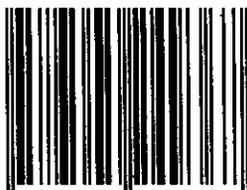
"No es exagerado emplear la voz *gigante* —dice Mira y López— para designar estos cuatro núcleos energéticos que, a modo de cuatro puntos cardinales, orientan, propulsan y, a la vez, limitan el universo mental, individual y específico del hombre. Nuestra vida personal, en efecto, discurre a menudo por los cauces de la mera *noesis*, del mero *contemplar*, *divagar*, *saber* o *razonar* neutro, frío y objetivo."

Porque parecería que miedo, ira, amor y deber fueran los cuatro pilares en los que se apoya el edificio de nuestra personalidad, tal vez los elementos del motor que mueve el alma y la conciencia del hombre.

La lectura de este libro ha de ser de utilidad para el estudioso, y también para el lector común que se sienta atraído por obras que unen a la seriedad científica la amenidad y la elegancia de una creación literaria.

## Ediciones Lidiun

ISBN 950-524-936-5



9

789505 249367